
UN REINO DE
SANGRE
Y
SOMBRAS

CAPÍTULO 1: Sangre entre las sombras

El olor a sangre siempre llegaba primero.

Kira lo reconoció antes de que sus botas tocaran el primer peldaño de la cloaca: ese tono metálico que se pegaba a la garganta como una advertencia. La muerte había estado allí. No la asustaba —era una vieja compañera de tres años— pero esa noche había algo diferente en el aire. Una densidad que no pertenecía a las alcantarillas.

El palacio Blackveil se alzaba sobre ella como una bestia dormida cuya respiración resonaba en las paredes de piedra. Trescientos escalones separaban la entrada del alcantarillado de los jardines inferiores. Trescientos escalones que había memorizado durante semanas, estudiando las patrullas, los cambios de guardia, los puntos ciegos donde las antorchas no alcanzaban. Cada paso era una apuesta. Cada respiración, una deuda con el destino.

El tatuaje en su antebrazo derecho pulsó bajo la venda que lo cubría. La marca de los Oprimidos —ese símbolo geométrico que limitaba su magia desde el nacimiento— rezumaba un calor incómodo cada vez que se acercaba a fuentes de poder sanguíneo. Y el palacio era un hervidero de él. Podía sentirlo en la médula: cientos de vidas sacrificadas empapando cada piedra, cada columna, cada maldita baldosa del recinto.

—Treinta y siete —susurró, contando los escalones que faltaban.

El contacto debía estar esperando en la tercera columna del patio este. Vera había organizado el encuentro con un informante de la corte, alguien que supuestamente tenía acceso a los planos de la torre del rey. El nombre no importaba. Solo importaba que el hombre conocía los códigos de las puertas internas.

Llegó al final de la escalera y se detuvo en la sombra del arco de entrada. El jardín se extendía ante ella, iluminado por antorchas de fuego fatuo que ardían con una luz verdosa y enfermiza. La magia sanguínea alimentaba esas llamas. Sangre de Oprimidos, probablemente. Sacrificios menores para mantener la estética de los nobles.

Kira apretó los puños hasta que sus nudillos brillaron bajo la luz fantasmal.

El primer guardia apareció a su izquierda, caminando con la parsimonia de quien lleva horas de ronda y solo quiere llegar a su cama. Ella esperó. Contó sus respiraciones —una, dos, tres— y cuando el hombre pasó frente al pilar que la ocultaba, ya se había desplazado hacia el siguiente punto de sombra. El jardín era un laberinto de setos tallados en formas de bestias mitológicas. Dragones sin ojos. Serpientes con fauces abiertas. Criaturas que parecían gritar en silencio mientras ella se deslizaba entre ellas.

La tercera columna del patio este era una estructura de mármol negro, grabada con runas que contaban la historia de la dinastía Blackveil. Kira llegó hasta ella y esperó en la oscuridad, con la espalda contra la piedra fría.

El contacto no apareció.

Pasó un minuto. Luego otro.

Kira sintió el frío antes de verlo: ese escalofrío que recorría la piel cuando algo andaba terriblemente mal. Se movió hacia el lado este de la columna y descubrió el cuerpo.

El informante yacía contra la base del pilar, con los ojos abiertos hacia el cielo y la garganta cortada de oreja a oreja. La sangre se había coagulado hacía horas, formando un charco oscuro que brillaba bajo la luz de las antorchas. Alguien lo había interrogado antes de matarlo: los dedos estaban rotos, doblados en ángulos

antinaturales, y había marcas de quemaduras en sus muñecas donde el hierro candente había dejado su firma.

Kira sintió que su respiración se aceleraba. No por miedo —el miedo era un lujo que no podía permitirse— sino por la certeza helada de que la habían descubierto. Si el informante había hablado antes de morir, toda la operación estaba comprometida.

Un sonido metálico resonó a lo lejos.

Las campanas de alarma.

El jardín cobró vida de repente: antorchas que se encendían en ventanas antes oscuras, pasos que resonaban contra la piedra, voces que gritaban órdenes en el dialecto antiguo de la corte. Kira calculó sus opciones en segundos. La salida por la que había entrado ya estaría bloqueada. Los muros del palacio estaban encantados: cualquier intento de escalarlos activaría las defensas sanguíneas.

Su única opción era avanzar.

Salió de detrás de la columna y corrió hacia el ala oeste del palacio, donde Vera había identificado una entrada de servicio que llevaba a las cocinas. El primer guardia apareció de detrás de un seto, con la espada ya desenvainada. Kira no se detuvo. Bajó el cuerpo y giró sobre sí misma, usando el impulso para conectar su codo con la garganta del hombre. El guardia cayó sin un sonido, llevándose las manos al cuello mientras intentaba recuperar el aire.

Ella no esperó a que lo lograra.

La puerta de las cocinas estaba a veinte pasos. Quince. Diez.

Una figura emergió de la oscuridad frente a ella, y Kira solo tuvo un instante para reconocer el uniforme de la guardia real antes de que la espada del hombre cayera hacia su cabeza. Levantó sus brazos en cruz, y el tatuaje de su antebrazo ardió cuando liberó un pulso de

magia defensiva. El golpe se desvió lo suficiente para que ella pudiera rodar hacia un lado.

Pero la magia tenía un precio.

El dolor llegó inmediato: una línea de fuego que se abrió en su hombro izquierdo, sangre que brotaba de la herida autoinfligida que el hechizo demandaba como tributo. Kira apretó los dientes y continuó moviéndose, dejando un rastro de gotas escarlata en las baldosas.

La puerta de las cocinas estaba abierta.

Entró corriendo y cerró el panel de madera detrás de sí, buscando algo con qué atrancarlo. Las cocinas estaban vacías a esa hora, los fogones apagados, los olores de la cena flotando todavía en el aire. Encontró un barril de sal y lo empujó contra la puerta.

Necesitaba pensar. Necesitaba un nuevo plan.

El informante estaba muerto. La alarma había sonado. El rey estaría protegido por su guardia personal y probablemente por hechizos de sangre que ella no podía siquiera imaginar. La misión había fracasado antes de comenzar.

Pero Kira Nighthollow no se rendía.

Cruzó las cocinas hacia un pasillo de servicio, moviéndose con la precaución de un fantasma. El palacio era un laberinto, pero Vera le había dado algo más que un contacto: le había enseñado los patrones de arquitectura de los Blackveil. Pasillos ocultos. Túneles de escape. Habitaciones secretas.

Si podía llegar al segundo piso, encontraría un acceso a los conductos de ventilación que atravesaban todo el edificio.

Subió las escaleras de servicio de dos en dos, con la mano apretada contra la herida del hombro. La sangre se filtraba entre sus dedos, caliente y pegajosa. Cada paso dejaba evidencia que los guardias podrían seguir.

El segundo piso era un pasillo largo con puertas a ambos lados: habitaciones de la corte, probablemente. Las lámparas de la pared proyectaban sombras danzantes sobre las paredes, y el silencio era absoluto.

Demasiado absoluto.

Kira se detuvo.

Escuchó el sonido de una espada desenvainándose.

Se giró, pero ya era tarde.

El hombre que emergió de las sombras no era un guardia común. Llevaba armadura negra con runas doradas que brillaban con luz propia, y su espada estaba forjada con un metal que absorbía la luz a su alrededor. Guardia de élite del rey.

No tenía escapatoria.

Retrocedió hasta que su espalda chocó contra la pared. El guardia de élite avanzó sin prisa, con la espada en posición de ataque. No había duda en sus ojos. No había piedad.

Kira apretó los dientes y preparó su magia. Si iba a morir, moriría peleando.

Pero antes de que pudiera liberar otro hechizo, una mano emergió de la oscuridad a su derecha y la agarró por la muñeca.

Un tirón violento la arrastró hacia un pasaje oculto que no había visto, y la puerta se cerró detrás de ella con un golpe sordo. La

oscuridad era absoluta, pero el cuerpo contra el que chocó era sólido y cálido. Demasiado cálido.

Una voz masculina resonó en su oído, profunda y urgente:

—No grites si quieres vivir.

Kira intentó liberarse, pero el agarre era de acero. Sentía la fuerza en los dedos que la mantenían inmóvil, y algo más: una vibración extraña que recorría su piel donde él la tocaba. Como una corriente eléctrica bajo la epidermis.

—¿Quién eres? —preguntó, con la voz ronca por el esfuerzo.

La respuesta llegó en un susurro que heló su sangre:

—Príncipe Dorian Blackveil. Y tú, rebelde, tienes exactamente treinta segundos para convencerme de no entregarte a mi padre.

En la oscuridad, Kira sintió que algo cambiaba. Una presión en su pecho, como si su corazón hubiera comenzado a latir al ritmo de otro. El tatuaje de su antebrazo ardió con una intensidad que nunca había sentido —no de dolor, sino de reconocimiento— y supo, con la certeza del instinto, que nada volvería a ser igual.

El príncipe la soltó lentamente, y ella pudo ver sus ojos por primera vez: oscuros como la noche, con destellos dorados que brillaban en las profundidades. Había algo en ellos que no esperaba. Algo que la desarmó más que cualquier arma.

Reconocimiento.

—Tú —murmuró él, y su voz había perdido el tono amenazante. Se transformó en algo casi reverente—. Eres tú.

Kira no entendió las palabras, pero entendió el peligro que representaban. Porque el príncipe Dorian Blackveil la estaba mirando

como si fuera la respuesta a una pregunta que había llevado años haciéndose. Como si hubiera cruzado un continente entero solo para encontrarla en este pasillo oscuro.

Y eso era mucho más aterrador que cualquier ejecución.

CAPÍTULO 2: El rostro de las visiones

Dorian había esperado este momento durante trescientos doce días.

La cifra estaba grabada en su memoria con la misma precisión que las runas de sangre en las paredes del calabozo. Cada amanecer, desde que las visiones comenzaron, había despertado con el rostro de ella flotando en los restos de sus sueños. Borroso. Incompleto. Pero innegablemente real.

Y ahora ese rostro estaba frente a él, separado únicamente por los barrotes de hierro negro.

La prisionera estaba arrodillada en el centro del recinto, con las muñecas encadenadas a un aro de metal incrustado en el suelo. La luz de las antorchas proyectaba sombras sobre su figura, acentuando los ángulos de sus hombros y la curva obstinada de su mandíbula. No había levantado la vista, pero Dorian podía sentirla. Esa presión en su pecho. Esa resonancia que hacía que su sangre vibrara con cada respiración de ella.

El Vinculum Sanguinis.

—Mi príncipe —la voz del carcelero resonó desde la entrada—. Los instrumentos están preparados.

Dorian no apartó la mirada de la mujer.

—Déjanos.

—Señor, el rey ha ordenado que cualquier interrogatorio a prisioneros políticos sea supervisado por—

—Déjanos —repitió, y esta vez dejó que la autoridad Blackveil se filtrara en su tono. El carcelero inclinó la cabeza y se retiró.

El silencio que siguió era denso. Dorian se acercó a los barrotes, estudiando cada detalle de la mujer que había alterado el curso de su existencia. El cabello oscuro, enmarañado y manchado de sangre seca. La herida en su hombro, que él había vendado personalmente. El tatuaje de los Oprimidos en su antebrazo derecho.

Y debajo de todo eso, latiendo con una intensidad que amenazaba con consumirlo, el vínculo que los unía.

—Sabes quién soy —dijo él finalmente.

La mujer levantó la cabeza. Sus ojos eran de un gris tormentoso. Y lo miraban con un odio tan puro que casi podía saborearlo.

—Príncipe Dorian Blackveil —respondió, cada sílaba teñida de veneno—. Heredero de una dinastía de carniceros. Ejecutor de Thornwall.

El golpe llegó antes de que pudiera evitarlo. Thornwall. La aldea que su padre había ordenado destruir tres años atrás. La masacre que lo había despertado a la verdadera naturaleza del reino que algún día heredaría.

—¿Cuál es tu nombre?

Ella lo estudió, calculadora. Dorian sostuvo su mirada. El Vinculum latía en su interior, susurrando verdades que su mente racional se negaba a aceptar.

—Kira —dijo finalmente—. Kira Nighthollow.

Nighthollow. El apellido resonó en su memoria. Visiones ancestrales. Rostros que no pertenecían a su tiempo.

Dorian parpadeó, y el calabozo desapareció.

Vio una sala del trono diferente. Columnas de mármol blanco. Una mujer en el centro, con el mismo rostro que la prisionera, pero vestida con ropas reales y una corona de plata. A su lado, un hombre con ojos dorados idénticos a los de Dorian. Y entre ellos, el mismo vínculo que ardía en su pecho.

La visión se fragmentó: una guerra antigua, hermanos enfrentados, una maldición pronunciada con el último aliento de una reina moribunda. Sangre Blackveil mezclándose con sangre de un linaje que los libros de historia habían declarado extinto.

—¿Mi príncipe?

La voz de Kira lo arrastró de vuelta. Dorian se dio cuenta de que había apretado los barrotes con tanta fuerza que el hierro crujió bajo su agarre.

—Nighthollow —repitió—. Ese nombre debería estar extinto.

—Lo está —sonrió ella con amargura—. Tu padre se encargó de ello hace tres años.

Dorian soltó los barrotes. Su mente conectaba piezas de un rompecabezas imposible. Las visiones habían comenzado hace un año, mostrándole rostros que no reconocía, una mujer que nunca había conocido. Y ahora esa mujer estaba arrodillada frente a él.

—Tu padre —dijo Kira—. El rey Aldric. Tiene planes para ti. Planes que involucran tu sangre y un sacrificio que ni siquiera puedes imaginar.

Dorian se tensó.

—¿Cómo obtuviste esa información?

—Tengo mis fuentes. Igual que tú tienes tus visiones.

El aire se congeló en los pulmones de Dorian.

—¿Qué sabes de las visiones?

—Sé que has estado buscando algo —respondió ella—. Sé que no duermes porque los rostros te persiguen. Sé que hay una parte de ti que reconoce que esto —sacudió las cadenas— es más complicado de lo que parece.

Dorian extendió la mano hacia la cerradura. Necesitaba estar más cerca.

—No te muevas —advirtió Kira, pero hubo un temblor en su voz.

—No voy a hacerte daño.

—Todos los Blackveil hacen daño. Es vuestra naturaleza.

Él detuvo la mano a centímetros de la cerradura.

—¿Incluso yo?

—Especialmente tú. Porque tienes la capacidad de ver lo que tu familia hace y elegiste no actuar.

Dorian retiró la mano. El Vinculum pulsaba, transmitiéndole fragmentos de lo que ella sentía: dolor, pero también algo más profundo. Una soledad que había durado años.

—Podría haberte dejado morir en ese pasillo —dijo él—. ¿Por qué crees que no lo hice?

La pregunta flotó entre ellos.

—No lo sé —mintió ella, y la mentira brilló en sus ojos grises.

Kira lo estudió. Luego, algo cambió en su expresión.

—Tu padre mató a mi familia —dijo, con una calma aterradora—. Me dejó viva porque no me encontró. Era una niña escondida en un sótano, cubierta por los cuerpos de mis padres, respirando el olor de su sangre mientras los soldados registraban la casa.

Dorian sintió que algo se agrietaba en su interior.

—Yo tenía siete años —continuó ella—. Siete años, y ya entendía que el mundo era un lugar donde los poderosos podían destruir a los débiles sin consecuencias.

—Dijiste que te dejaron viva porque no te encontraron —dijo lentamente—. Pero Thornwall fue arrasada completamente. No hubo supervivientes según los informes.

Kira guardó silencio. Su mandíbula se tensó.

—¿Quién te escondió, Kira?

Antes de que ella pudiera responder, la puerta del calabozo se abrió violentamente.

El rey Aldric Blackveil.

Su padre.

El monarca caminó hacia la celda con la elegancia depredadora de un hombre que nunca había conocido la derrota. Su túnica de terciopelo negro arrastraba sobre el suelo de piedra, y los anillos en sus dedos brillaban con runas de protección, poder y dominio.

—Dorian —saludó el rey, con una sonrisa que no alcanzaba sus ojos —. Veo que has estado ocupado con nuestra invitada.

—Padre —respondió Dorian—. Estaba conduciendo un interrogatorio.

—Lo noté. Y también noté que llevas aquí casi una hora sin obtener información útil.

El rey se detuvo frente a los barrotes, estudiando a Kira con una expresión que heló la sangre de Dorian. Era la evaluación de un depredador ante su presa.

—Interesante —murmuró Aldric—. Una Oprimida con el descaro de infiltrar mi palacio. Debe haber alguien detrás de ti.

Kira sostuvo la mirada del rey con determinación. —El silencio no te servirá, querida —continuó el rey—. Tenemos métodos que han funcionado durante generaciones.

Dorian se colocó parcialmente entre su padre y la celda.

—He logrado progreso. Con más tiempo—

—Has tenido suficiente tiempo —lo interrumpió Aldric—. Esta mujer es una amenaza. No podemos permitirnos el lujo de la compasión.

—¿Qué propones?

El rey sonrió. Una sonrisa que Dorian había aprendido a temer desde la infancia.

—Una ejecución pública. Al amanecer. En la plaza central.

Las palabras golpearon a Dorian como un puñetazo. A través del vínculo, sintió el impacto en Kira: un sobresalto seguido de aceptación helada.

Pero Dorian no podía aceptarlo. Si ella moría, él la seguiría. El Vinculum no perdonaba.

—Padre, hay información que aún no hemos obtenido—

—La resistencia es irrelevante —Aldric agitó la mano—. Lo que importa es enviar un mensaje.

El rey se giró hacia los guardias.

—Preparen todo para el amanecer. Quiero que todo el reino vea lo que sucede a quienes desafían la corona.

Aldric se volvió hacia Dorian una última vez.

—Hijo, no dejes que la curiosidad te ciegue ante las realidades del poder. Esta mujer es una herramienta que ha cumplido su propósito.

Con esas palabras, el rey salió del calabozo. —Lo sabías —dijo Dorian finalmente—. Sabías que esto pasaría.

Ella levantó la cabeza. No miedo. No odio. Sino paz resignada.

—Sabía que era una posibilidad. La resistencia acepta que algunos no regresaremos.

—Hay algo que no entiendes —dijo él, acercándose a los barrotes—. Si mueres, yo también moriré.

Kira lo miró con confusión.

—¿De qué hablas?

Dorian extendió la mano hacia ella, deteniéndose justo antes de tocar su piel.

—El Vinculum Sanguinis —susurró—. Es un enlace de almas. Comparte dolor, sangre y muerte. Si tú mueres, yo te seguiré.

Los ojos de Kira se abrieron con incredulidad y horror.

—Eso es imposible. El Vinculum requiere un ritual—

—Requiere que dos almas se reconozcan —la interrumpió él—. Y las nuestras lo hicieron.

El sonido de pasos interrumpió el silencio. Los guardias regresaban.

—Mi príncipe —anunció uno—. El rey ha ordenado que la prisionera sea preparada para la ejecución.

Dorian miró a Kira una última vez. A través del vínculo, sentía el torbellino de emociones que ella luchaba por contener.

—Encontraré una solución —prometió.

—No te creo —respondió ella, pero sus ojos decían algo diferente.

Los guardias la sacaron a rastras. Dorian permaneció inmóvil, con los puños tan apretados que sus uñas dejaron marcas en sus palmas.

El amanecer estaba a solo horas. Y con él, la muerte que el Vinculum convertiría en doble.

Su padre había firmado su sentencia sin saberlo.

Y Dorian tenía hasta el amanecer para encontrar una forma de evitar que se cumpliera.

CAPÍTULO 3: Sangre prestada

Las cadenas de hierro negro no eran lo que mantenía a Kira prisionera.

Era la promesa de la muerte lo que pesaba sobre sus muñecas. En seis horas, el amanecer traería la plaza pública, la cuchilla del verdugo, y una multitud que la vería como criminal en lugar de libertadora. Tres años de guerra. Tres años de pérdidas y victorias amargas, terminando en una celda de dos metros cuadrados.

El calabozo olía a humedad y desesperación. Las antorchas proyectaban sombras que danzaban como espectros, y el frío se filtraba a través de la piedra hasta sus huesos. Pero este frío era diferente. Tenía peso. Tenía intención.

El Vinculum.

Podía sentirlo ahora, esa conexión que el príncipe había revelado con palabras que aún resonaban en su mente: Si tú mueres, yo también moriré. Una maldición disfrazada de vínculo. Una cadena invisible más fuerte que cualquier hierro forjado por los Blackveil.

Kira apretó los puños, y el movimiento envió una oleada de dolor a través de su hombro herido. La herida que se había infligido al usar su magia defensiva durante la huida. La herida que—

Se detuvo.

Había sentido algo más. No solo el dolor de su propio cuerpo, sino un eco. Una resonancia que venía de algún lugar fuera de ella. Como si alguien más hubiera sentido el mismo dolor.

Dorian.

El nombre cruzó su mente con la misma intrusión que una espada atravesando una defensa. El príncipe Blackveil. El ejecutor de Thornwall. El hombre que la había salvado de los guardias de élite y luego la había entregado a su padre.

—Mentiroso —susurró al vacío.

Pero incluso mientras pronunciaba la palabra, sabía que no era verdad. Había algo en la forma en que él la había mirado, algo en esa resonancia que sentía en su pecho, que le decía que el Vinculum era real. Y eso era peor que cualquier mentira.

Porque si el vínculo era real, entonces el príncipe enemigo tenía más poder sobre ella que cualquier cadena.

El sonido de pasos interrumpió sus pensamientos. Pesados. Múltiples. Guardias que venían a buscarla para la ejecución. Kira enderezó la espalda. Los rebeldes no morían rogando. Morían de pie.

Pero cuando la figura apareció en el pasillo, no era un guardia.

Era Dorian Blackveil.

El príncipe avanzó hacia la celda con una determinación que hacía temblar las sombras. Su cabello oscuro estaba despeinado, y había manchas de algo oscuro en su túnica. Sangre. Kira lo reconoció por el olor.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella, con la voz ronca por las horas de silencio.

Dorian no respondió. Sacó una llave de su cinturón y la introdujo en la cerradura. El mecanismo cedió con un clic que resonó en el silencio.

—Tu padre ordenó mi ejecución —continuó Kira—. Si te descubre aquí—

—Mi padre no sabe que estoy aquí. Y si no nos movemos en los próximos tres minutos, lo descubrirá.

Abrió la puerta y entró. A la luz de las antorchas, Kira vio algo diferente en él. Una tensión en su mandíbula. Una urgencia en sus ojos dorados.

Y sangre. No solo en su túnica, sino también en su mano izquierda, goteando entre sus dedos.

—Estás herido.

Dorian miró su mano como si acabara de notarla.

—No es nada.

Pero Kira ya lo había sentido. Ese eco de dolor que había percibido antes. Ahora entendía su origen.

—El Vinculum —murmuró—. Cuando yo siento dolor, tú—

—Podemos discutir la teoría mágica después —la interrumpió él, agachándose para examinar las cadenas de sus tobillos—. Ahora necesitamos movernos.

—¿Por qué?

La pregunta lo detuvo. Dorian levantó la vista hacia ella, y en sus ojos había algo que Kira no supo interpretar.

—¿Por qué me ayudas? Eres un Blackveil. Tu familia destruyó todo lo que amaba. Deberías estar celebrando mi ejecución.

El príncipe se incorporó lentamente.

—Crees que esto es fácil para mí. Crees que no sé lo que mi familia ha hecho. Lo que yo he hecho.

Kira sintió un golpe en el pecho. No físico, sino emocional. Transmitido a través del vínculo.

—Thornwall —dijo ella—. Tres años. Trescientas almas.

—Lo sé —respondió él, y el dolor en su voz era genuino—. Cada nombre. Cada rostro. Los veo cada noche cuando cierro los ojos.

—¿Esos son los remordimientos de un Blackveil? ¿O solo la culpa de haber sido descubierto?

—Es la verdad de alguien que pasó trescientos doce días viendo el rostro de la mujer que iba a cambiarlo todo —respondió él—. Y ahora que la he encontrado, no voy a dejar que mi padre la mate delante de una multitud como si fuera un espectáculo.

Kira no supo qué responder. Las palabras habían golpeado algo en su interior, una grieta en la armadura que había construido durante tres años.

—Tres minutos —recordó él—. Eso es todo lo que tenemos.

Se agachó nuevamente hacia las cadenas, pero esta vez Kira notó algo diferente. No estaba usando una llave. Estaba usando su propia sangre.

—¿Qué estás haciendo?

—Los candados de las mazmorras reales están protegidos contra magia convencional —explicó él, dejando caer gotas de su sangre sobre el hierro—. Pero la sangre Blackveil tiene propiedades especiales.

El metal comenzó a brillar, y luego se abrió con un sonido metálico. Las cadenas cayeron de sus tobillos.

—Tu sangre abrió el candado.

—Es lo que nos mantiene prisioneros. Y también lo que puede liberarnos.

Se incorporó y le tendió la mano. Kira la miró con desconfianza.

—Si te toco—

—El vínculo ya existe. Tocarme no cambiará nada que no haya cambiado ya.

Ella dudó un instante más. Luego, aceptó la mano.

El contacto fue como una descarga eléctrica. Kira sintió el Vinculum expandirse entre ellos, una conexión que iba más allá de lo físico. Los latidos de él. Su respiración. El dolor de la herida en su mano. Y algo más: una determinación feroz que ardía como fuego.

—¿Lo sientes?

—Es... abrumador.

—Se acostumbra —dijo él, soltando su mano—. O al menos, eso me dicen los textos antiguos.

—¿Has hecho esto antes?

—Nunca. El Vinculum Sanguinis es extremadamente raro. No ha ocurrido en la familia Blackveil desde hace trescientos años.

—Suerte mía.

—Vamos. Hay un túnel de servicio que lleva a las cloacas. Desde ahí podemos llegar al exterior.

Se movieron hacia la salida, con Dorian tomando la delantera. Kira lo siguió, observando cada movimiento suyo. El príncipe enemigo que la estaba salvando. El verdugo de su pueblo que ahora arriesgaba su propia vida por la de ella.

—Hay guardias en el pasillo principal —advirtió él, deteniéndose en una intersección—. Tendremos que tomar el camino largo. A través de las salas de interrogatorio.

Kira sintió un escalofrío. Las salas de interrogatorio. Donde los rebeldes capturados eran—

—¿Hay alguien allí?

—A esta hora, deberían estar vacías. Pero si nos encontramos con alguien, déjame hablar.

—¿Hablar? ¿Planeas convencer a los guardias de que no me han visto?

—Planeo asegurarme de que no puedan informar a nadie que nos han visto.

El significado de las palabras tardó un segundo en llegar.

—¿Los matarías? ¿A tu propia gente?

—No son mi pueblo —respondió él, con una frialdad que la sorprendió—. Son los perros de caza de mi padre. Y si se interponen entre nosotros y la salida, haré lo necesario.

Avanzaron por el pasillo. Kira contó los pasos. Treinta. Cuarenta. Cincuenta. Cada uno la acercaba a la libertad o a una muerte anticipada.

El primer guardia apareció en una esquina, con la espada desenvainada.

—¡Mi príncipe! ¿Qué—?

Dorian se movió más rápido de lo que Kira hubiera anticipado. Su mano sangrante trazó un arco en el aire, y las gotas de sangre se transformaron en proyectiles que golpearon al guardia en el pecho. El hombre cayó hacia atrás.

—Magia sanguínea —susurró Kira.

—Es lo que fluye por mis venas. Técnicamente, fluye por las venas de todos los Blackveil. Pero la mayoría prefiere usar a otros como fuente.

—¿Tú no?

—Prefiero pagar mis propios precios.

Kira notó que la herida en su mano se había abierto más. La sangre ahora fluía libremente.

—Estás perdiendo mucha sangre.

—Es un costo menor. El túnel está cerca.

Pero antes de que pudieran dar otro paso, una figura emergió de las sombras frente a ellos.

No era un guardia común. La armadura negra con runas doradas identificaba al hombre como uno de la élite real. En su mano, una espada que parecía absorber la luz.

—Príncipe Dorian —dijo el hombre—. El rey ha ordenado que nadie se acerque a la prisionera. Ni siquiera usted.

—Comandante Vane —respondió Dorian, y su cuerpo se tensó—. No esperaba verlo aquí.

—El rey tiene sus formas de enterarse de las cosas. Deje a la prisionera y regrese a sus aposentos. Esta noche será olvidada.

Kira reconoció el nombre. Silas Vane. El comandante de las fuerzas especiales del rey. El hombre que había dirigido las operaciones más brutales contra la resistencia.

—No puedo hacer eso, comandante.

—¿No puede o no quiere? —Vane desenvainó su espada completamente—. La lealtad de un Blackveil debería estar con su familia primero.

—Mi lealtad está con el reino. Y el reino no sobrevivirá si permito que mi padre cometa otro error.

—¿Error? La ejecución de una rebelde es justicia, no error.

—Es un sacrificio —contradijo Dorian—. Mi padre no quiere enviar un mensaje. Quiere usar su sangre para algo. Y no voy a permitirlo.

Kira sintió un golpe en el pecho. ¿Su sangre? ¿Qué planeaba el rey?

Vane avanzó un paso más.

—Última oportunidad, mi príncipe. Aléjese de la prisionera.

—No.

El comandante atacó.

Dorian reaccionó con una velocidad que Kira no hubiera imaginado. Su mano sangrante se alzó, y la sangre se solidificó en un escudo que desvió el golpe. Pero el impacto lo empujó hacia atrás, y Kira vio cómo una línea roja se abría en su antebrazo.

El dolor la golpeó como un latigazo.

—¡No! —gritó.

Vane la miró con curiosidad.

—Interesante. Parece que los rumores son ciertos.

—¿Qué rumores? —preguntó Dorian, recuperando su posición.

—Que hay algo diferente en usted, mi príncipe. Algo que su padre ha estado observando con gran interés.

Vane atacó de nuevo, y esta vez Dorian no pudo bloquear completamente. La espada del comandante encontró su hombro, abriendo una herida profunda.

Kira gritó.

El dolor era insoportable. No solo lo que ella sentía, sino lo que él sentía. El Vinculum lo transmitía todo, amplificado, como si ambos fueran un solo cuerpo siendo cortado.

—¿Qué le pasa? —preguntó Vane—. ¿Por qué siente tu dolor?

Dorian no respondió. Su mano se alzó de nuevo, y la sangre que brotaba de su hombro se unió a la de su mano, formando una estructura compleja que flotó en el aire.

—No tienes que hacer esto —dijo Kira, con la voz quebrada—. Puedo —

—No puedes hacer nada. Tus manos están vacías. Tu magia está limitada por el tatuaje. Solo yo puedo—

Vane atacó de nuevo.

Pero esta vez, algo diferente ocurrió.

Dorian dejó que la sangre fluyera libremente de sus heridas, y esa sangre se transformó en docenas de filamentos que se extendieron hacia el comandante como serpientes hambrientas. Vane intentó retroceder, pero los filamentos lo alcanzaron, envolviendo su espada, sus brazos, su cuerpo.

—Magia sanguínea avanzada —jadeó el comandante—. Solo los—

No terminó la frase. Los filamentos se apretaron, y Vane cayó de rodillas, con los ojos en blanco.

Dorian se tambaleó. La pérdida de sangre había sido considerable. Kira corrió hacia él, sosteniéndolo antes de que cayera.

—Estás sangrando demasiado. Si continúas así—

—Lo sé. Pero tenemos que movernos.

—¿Y él?

—Vivirá. Solo lo incapacité temporalmente.

Se apoyó en ella, y Kira sintió el peso de su cuerpo contra el suyo. El Vinculum latía entre ellos, transmitiendo fragmentos de su estado: el agotamiento, el dolor, la determinación.

Y algo más.

A medida que la sangre de Dorian se filtraba en su ropa, en su piel, Kira sintió algo cambiar en su interior. Una energía que no estaba antes. Una fuerza que parecía fluir de él hacia ella.

—¿Qué está pasando? —preguntó, sintiendo cómo el cansancio comenzaba a disiparse.

Dorian la miró con sorpresa.

—El Vinculum. No solo comparte dolor. También puede compartir fuerza.

—¿Estás diciendo que tu sangre me está—

—Fortaleciendo. Los textos antiguos mencionaban esta capacidad, pero pensé que eran solo leyendas.

Kira sintió que sus heridas comenzaban a sanar. No completamente, pero lo suficiente para que el dolor se redujera a un murmullo. La herida en su hombro, que había sangrado durante horas, ahora estaba cerrándose.

—Es por eso que mi padre quiere tu sangre —dijo Dorian—. No solo por tu linaje. Sino por lo que el Vinculum puede hacer.

—¿Qué puede hacer?

—Conectar dos fuentes de poder. Permitir que uno sacrifique su fuerza por el otro. Crear un ciclo que—

El sonido de pasos interrumpió sus palabras. Más guardias. Viniendo de múltiples direcciones.

—Tienen que irse —djo Dorian, enderezándose—. Ahora.

—¿Y tú?

—Yo—

—No. Si mueres, yo muero. El vínculo—

—Lo sé. Por eso van a irse juntos.

La tomó de la mano y corrieron hacia el final del pasillo, donde una puerta de hierro oxidado prometía el túnel de las cloacas. Dorian usó su sangre una vez más para abrir el candado, y la puerta cedió con un chirrido.

Pero antes de que pudieran entrar, tres guardias aparecieron detrás de ellos.

—¡Alto! ¡En nombre del rey!

Dorian se giró, colocándose entre Kira y los guardias. Su mano sangrante se alzó una vez más, pero Kira podía ver que estaba agotado. Había usado demasiada magia. Perdido demasiada sangre.

—No —dijo ella, tomándolo del brazo—. Ya no tienes nada que dar.

—Tengo que—

—Déjame hacerlo.

Kira no supo de dónde vino el impulso. Solo sabía que la fuerza que había recibido de él ardía en su interior, buscando una salida. Alzó su

propia mano, y el tatuaje de los Oprimidos en su antebrazo brilló con una intensidad que nunca había visto.

La magia salió de ella como una ola. No defensiva esta vez, sino ofensiva. Un golpe de energía que empujó a los guardias hacia atrás, estrellándolos contra las paredes.

Pero el precio llegó inmediatamente.

Kira sintió cómo una línea de fuego se abría en su propio brazo, la herida que el hechizo demandaba como tributo. Sangre que brotaba de su piel.

Y entonces, algo extraordinario ocurrió.

Dorian jadeó, y ella sintió cómo algo fluía de él hacia ella. Su sangre. Su fuerza. El Vinculum se activó en la dirección opuesta, cerrando la herida de su brazo casi tan rápido como se había abierto.

—¿Qué—? —comenzó ella.

—El vínculo —dijo Dorian—. Te está protegiendo. A través de mí.

Los guardias estaban inconscientes. El camino estaba libre.

—Váyanse —dijo Dorian—. El túnel los llevará al río. Desde ahí—

—¿Los? ¿No vienes?

Dorian la miró. En sus ojos dorados había algo que ella no había visto antes. Algo que parecía terriblemente parecido a la rendición.

—No puedo irme. Mi padre sospechará si ambos desaparecemos. Pero si tú escapas y yo quedo, puedo distraerlo. Ganar tiempo.

—No —Kira negó con la cabeza—. El vínculo. Si me voy y tú—

—Sobrevivirás. El Vinculum solo mata si uno de los dos muere completamente. Puedo mantenerme con vida el tiempo suficiente para que encuentres—

—No —repitió ella, con más fuerza—. No voy a dejarte aquí.

—No tienes opción. Si nos van juntos, nos capturarán. Si vas sola, tienes una oportunidad.

—¿Y qué pasa cuando tu padre descubra lo que has hecho?

Dorian sonrió. Una sonrisa amarga.

—Diré la verdad. Que fui un tonto que se dejó engañar por una mujer.

—Te matará.

—Probablemente. Pero al menos viviré lo suficiente para saber que te salvé.

Kira lo miró. Este hombre que había destruido su aldea. Este príncipe que había ejecutado las órdenes de su padre. Este enemigo que ahora estaba dispuesto a sacrificarse por ella.

—No te creo. No creo que esto sea solo por mí. Hay algo más.

—Hay muchas cosas más. Cosas que no tienen tiempo de explicar ahora. Cosas que tendrás que descubrir por tu cuenta.

El sonido de más pasos resonó en la distancia.

—Vete —insistió Dorian—. Ahora.

Kira dudó. Todo en ella le gritaba que no debía confiar en él. Que era un Blackveil. El enemigo. El verdugo de su pueblo.

Pero el Vinculum latía entre ellos, transmitiendo algo que ella no podía ignorar. La verdad de sus emociones. La sinceridad de su sacrificio.

—¿Cómo sé que no es una trampa? ¿Cómo sé que no me estás enviando a algo peor?

Dorian la miró directamente a los ojos.

—No lo sabes. Tendrás que confiar en mí.

—Los Blackveil no merecen confianza.

—Los Blackveil no. Pero yo no soy solo un Blackveil. Soy el hombre que ha visto tu rostro en sus sueños durante trescientos doce días. El hombre cuya sangre ahora fluye en tus venas. El hombre que va a morir por darte una oportunidad.

Kira sintió que algo se agrietaba en su interior. La armadura que había construido durante tres años. El muro que había levantado contra todos los Blackveil.

—Si mueres —dijo ella—, te buscaré en el infierno y te mataré de nuevo.

Dorian soltó una carcajada. Una carcajada genuina que transformó su rostro.

—Es lo más cercano a una promesa de amor que he escuchado en mi vida.

Los pasos se acercaban. No tenían más tiempo.

Kira se giró hacia el túnel, pero antes de entrar, Dorian la agarró del brazo.

—Espera.

Se inclinó hacia ella, y por un instante, Kira pensó que iba a besarla. Pero él solo acercó su boca a su oído.

—Confía en mí, traidora —susurró.

Y luego la empujó hacia la oscuridad del túnel.

Kira cayó hacia adelante, rodando sobre la piedra húmeda. Cuando se incorporó, la puerta de hierro ya se estaba cerrando.

A través de la rendija, vio a Dorian volverse hacia los guardias que llegaban. Lo vio alzar sus manos sangrantes. Lo vio sonreír una última vez.

Y luego, la puerta se cerró completamente.

Kira quedó en la oscuridad, con el corazón latiendo violentamente, el Vinculum pulsando en su pecho, y las palabras del príncipe resonando en su mente.

Confía en mí, traidora.

El problema era que, contra toda razón, contra toda lógica, contra tres años de odio bien fundamentado...

...ya lo hacía.

CAPÍTULO 4: El precio de la confianza

Dorian despertó con el sabor de su propia sangre en la boca.

No había oscuridad. Solo un rojo pulsante que teñía sus párpados, el eco de un dolor que no le pertenecía completamente. El Vinculum latía en su interior como un segundo corazón, arrítmico y desesperado, tirando de él hacia el este. Hacia ella.

Hacia Kira.

Se incorporó lentamente, inventariando los daños. Las heridas de la noche anterior habían dejado de sangrar, pero la pérdida de sangre lo había dejado débil. Demasiado débil para lo que debía hacer a continuación.

La habitación era pequeña, de piedra húmeda, iluminada por una única antorcha. Reconoció el lugar: una de las cámaras de seguridad del ala oeste, usada por los guardias para turnos de descanso. Alguien lo había traído aquí en lugar de a las mazmorras.

La puerta se abrió.

—Mi príncipe. —El mayordomo de la familia, Haldren, entró con un tazón de agua y vendas limpias—. Sugiero que se explique antes de que su padre envíe a la guardia completa a buscarlo.

Dorian aceptó el agua, bebiendo con avidez.

—¿Cuánto tiempo perdí?

—Tres horas. El rey cree que fue atacado por la prisionera fugitiva. Los guardias que usted... incapacitó han confirmado esa versión.

Por supuesto que lo hicieron. Un príncipe atacado por una prisionera era más aceptable que un príncipe ayudando a una prisionera a escapar.

—¿Y el comandante Vane?

—Enfermería. Se negará a hablar. Su lealtad es... complicada.

Dorian se incorporó, ignorando el mareo. El Vinculum tiraba de él con más fuerza ahora. Kira estaba en movimiento. Y si conocía a su padre, ya había enviado exploradores tras ella.

—Necesito ropa. Algo que no huela a sangre y mazmorra.

—Mi príncipe, el rey ha convocado una audiencia—

—El rey puede esperar. —Dorian se puso de pie—. Lo que no puede esperar es lo que ya está en marcha.

Haldren lo estudió con ojos que habían servido a tres generaciones de Blackveil.

—La prisionera. ¿Es verdad lo que dicen los susurros? ¿Sobre usted y ella?

Dorian se detuvo.

—¿Qué dicen los susurros?

—Que la tocó en la celda. Que sintió algo cuando la tocó. Que tal vez... —el anciano bajó la voz—... el Vinculum ha regresado.

No había motivo para mentir. Haldren había guardado secretos más peligrosos.

—Si eso fuera verdad, ¿qué harías?

—Haría lo que mi padre hizo antes que yo. Lo que su abuelo hizo antes que él. —Haldren se acercó a un arcón y sacó una túnica oscura—. Serviría al heredero verdadero.

Dorian tomó la ropa, procesando las implicaciones.

—¿Mi padre sabe?

—El rey sabe muchas cosas. Pero hay verdades que prefiere ignorar hasta que conviene reconocerlas.

El anciano lo ayudó a vestirse, y Dorian sintió el Vinculum pulsar con urgencia renovada. Kira no solo estaba en movimiento. Estaba en peligro.

—Hay un caballo en los establos del este. Sin marcas. Sin preguntas. —Haldren le entregó una daga con la empuñadura envuelta en cuero

—. Y mi príncipe... si lo que sospecho es verdad, entonces ella es la clave de todo. La sangre de Nighthollow no se extinguió. Solo se ocultó.

Dorian asintió y salió sin mirar atrás.

El Vinculum era una brújula de dolor.

Dorian había cabalgado durante dos horas, siguiendo el tirón invisible que lo conectaba a Kira. Cada milla que aumentaba la distancia entre ellos era un peso en su pecho, una presión que amenazaba con convertirse en algo peor. Los textos antiguos lo llamaban la Locura de la Separación. El destino final de aquellos que rompían el vínculo por la fuerza.

Pero Kira no había roto nada. Solo se había alejado. Y el dolor era soportable, si apenas.

La encontró en las ruinas de un templo abandonado, media milla después de cruzar el límite del bosque. Las columnas caídas y el techo parcialmente colapsado creaban un refugio natural, oculto de los caminos principales. El tipo de lugar que un rebelde conocería.

Bajó del caballo y entró en las sombras del templo.

Kira estaba arrodillada junto a una columna rota, con la espalda apoyada en la piedra. Su respiración era irregular. A través del Vinculum, Dorian sentía su agotamiento, su dolor, y algo más oscuro que burbujeaba bajo la superficie.

—Sabía que vendrías —dijo ella sin levantar la vista—. El vínculo. Es... ruidoso.

—Lo siento.

—¿Por qué? ¿Por el vínculo o por venir?

Dorian se acercó lentamente, manteniendo distancia suficiente para que ella no se sintiera acorralada.

—Por ambos.

Kira levantó la cabeza. Sus ojos grises estaban cansados, pero la chispa de determinación seguía allí.

—Tu padre envió cuatro exploradores. Los perdí en el bosque, pero encontrarán este lugar antes del anochecer.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —hubo un deje de sospecha en su voz—. ¿Cómo?

Dorian se sentó en una piedra caída, frente a ella.

—Porque los envié yo.

El silencio que siguió fue denso.

—¿Disculpa?

—Les di una dirección falsa. Ganamos tiempo. Quizás seis horas antes de que descubran el error.

Kira lo estudió como evaluaría un arma defectuosa.

—¿Por qué? ¿Para que pueda escapar? ¿Para que pueda vivir lo suficiente para que tu conciencia se sienta mejor antes de que tu padre nos mate a ambos?

—No.

Dorian sostuvo su mirada. El Vinculum latía entre ellos, transmitiendo fragmentos de emociones que ninguno de los dos

quería reconocer.

—Para que podamos hablar.

—¿Hablar? —Kira soltó una carcajada amarga—. ¿Quieres hablar? Mi pueblo fue masacrado. Tu padre ordenó mi ejecución. Y tú, el príncipe que ejecutó esas órdenes durante años, quieres tener una conversación civilizada.

—No civilizada. Necesaria.

Se incorporó y se acercó un paso más. Kira se tensó, pero no retrocedió.

—Hay cosas que no sabes. Cosas que mi padre planea. Cosas que explican por qué te quería viva.

—¿Viva? —las palabras de Kira goteaban veneno—. Ordenó mi ejecución pública.

—Una ejecución pública es un espectáculo. Pero el cuerpo... el cuerpo lo habría recuperado. Para sus experimentos.

Kira se puso de pie de golpe.

—¿Qué estás diciendo?

—Que mi padre no quería matarte. Quería usarte. Tu sangre. Tu linaje. Hay un ritual que requiere sangre Nighthollow, y él cree que tú eres la última.

El impacto de las palabras fue visible en su rostro.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque he visto sus notas. Sus planes. El ritual que pretende realizar en el solsticio de invierno.

—¿Y debería creerte? ¿Un Blackveil?

—No tienes motivo para creerme. —Dorian dio otro paso, acortando la distancia entre ellos a menos de un metro—. Pero tienes el Vinculum. Puedes sentir si miento.

Kira parpadeó. El Vinculum efectivamente transmitía emociones, y Dorian sabía que ella podía sentir su sinceridad. Su desesperación. Su miedo genuino por lo que su padre planeaba.

—El vínculo no muestra la verdad —dijo ella—. Solo muestra lo que tú sientes.

—¿Y qué sientes ahora?

El silencio se estiró. Kira lo miraba, y Dorian sintió el Vinculum vibrar con la tensión entre ellos. Había algo más allá de la sospecha en sus ojos. Algo que él reconocía porque lo había sentido en sus visiones durante trescientos doce días.

—Confusión —admitió ella finalmente—. Y algo que no quiero nombrar.

—Eso es el vínculo.

—No. —Kira negó con la cabeza—. El vínculo es conexión. Lo que sea que esté pasando entre nosotros es...

—¿Inevitable?

—Peligroso.

Dorian sonrió. Una sonrisa pequeña, sin alegría.

—Todo lo que vale la pena es peligroso.

—No hagas eso.

—¿Qué?

—No intentes encantarme. Eres un Blackveil. El ejecutor de Thornwall. El hombre que destruyó todo lo que amaba.

—Soy todo eso. —Dorian dio un paso más. Ahora estaban a centímetros—. Pero también soy el hombre que arriesgó su vida por ti. Que sangró por ti. Que está aquí, traicionando a su familia, porque cree que hay una forma de detener esto.

—¿Detener qué?

—El ciclo. La guerra. Mi padre.

Kira se quedó inmóvil. El aire entre ellos estaba cargado, y el Vinculum pulsaba con una intensidad que hacía difícil pensar. El calor de sus cuerpos se mezclaba en el espacio reducido, y Dorian pudo ver las pupilas de Kira dilatarse, el leve temblor en su respiración.

—¿Qué estás proponiendo?

—Una alianza. Temporal. Incómoda. Pero necesaria.

—¿Contra tu padre?

—Contra todo lo que representa.

Kira lo estudió durante un largo momento. Dorian sintió su escepticismo a través del vínculo, pero también algo más. Curiosidad. Esperanza enterrada bajo capas de dolor. Y debajo de todo eso, un hilo de deseo que neither of them was willing to acknowledge.

—¿Y qué pasa después? ¿Si ganamos? ¿Si tu padre cae?

—Entonces habremos roto el ciclo.

—¿Y tú? ¿Qué pasa contigo?

Dorian sintió el peso de la pregunta.

—Yo no importo.

—Eso es mentira. —Kira se acercó más, invadiendo su espacio personal hasta que Dorian pudo sentir el calor que emanaba de su piel—. Lo siento a través del vínculo. Tú crees que importas. Que tu vida tiene valor. Pero también crees que no mereces sobrevivir a esto.

Dorian no respondió. No podía. La cercanía de ella nublaba sus pensamientos.

—Eres un idiota, Dorian Blackveil.

—Probablemente.

—Y un mentiroso.

—Con frecuencia.

—Y el hombre más peligroso para mí en este reino.

—Sí.

Kira levantó la mano. Por un instante, Dorian pensó que iba a golpearlo. Pero sus dedos solo se detuvieron en su pecho, sobre el corazón. A través de la tela, el contacto quemó como fuego.

—Puedo sentirlo —susurró—. Late con el mismo ritmo que el mío.

—Eso es el Vinculum.

—No. Esto es otra cosa.

El momento se estiró. Dorian era consciente de cada detalle: el calor de su mano, el patrón irregular de su respiración, la forma en que la luz del atardecer teñía sus cabellos de cobre oscuro. El Vinculum

cantaba entre ellos, y por un instante, el deseo de inclinarse hacia ella fue casi insoportable.

—Kira...

—No. —Ella retiró la mano abruptamente, como si se hubiera quemado—. No digas nada. Solo... respóndeme una cosa. Si vamos a hacer esto, si realmente vamos a aliarnos contra tu padre... ¿qué me pides a cambio?

—¿A cambio?

—Nada es gratis. Especialmente no con un Blackveil.

Dorian consideró la pregunta. ¿Qué quería de ella? ¿Su confianza? ¿Su lealtad? ¿Su perdón?

—Quiero que vivas.

—Eso no es una petición. Eso es el vínculo hablando.

—Entonces quiero que me des una oportunidad. Una. De probar que no soy mi padre.

Kira lo miró durante un largo momento. El Vinculum transmitía su conflicto interno, la guerra entre tres años de odio y algo nuevo que estaba comenzando a formarse.

—Tienes tu oportunidad —dijo finalmente—. Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Cuando todo esto termine, cuando tu padre caiga... yo seré quien lo mate. No tú. No la resistencia. Yo.

Dorian sintió el peso de las palabras. A través del vínculo, percibió algo que lo heló.

—Hay algo que no sabes —dijo lentamente.

—¿Qué?

—Mi padre ya sabe del Vinculum.

El silencio que siguió fue absoluto.

—¿Qué?

—Haldren, mi mayordomo, me lo confirmó esta mañana. Los rumores han circulado durante días. Mi padre no los ha desmentido porque...

—¿Por qué?

—Porque planea usarlo.

Kira retrocedió un paso.

—¿Usarlo cómo?

Dorian sintió que su sangre se helaba.

—El Vinculum conecta dos almas. Comparte dolor, sangre, muerte. Pero también puede transferir poder. Si mi padre nos captura a ambos, puede usar el vínculo para drenar tu linaje y transferirlo a él mismo.

—¿Eso es posible?

—Los textos antiguos lo describen. Es por eso que el Vinculum fue prohibido hace trescientos años. No porque fuera peligroso para los portadores. Sino porque era demasiado poderoso para quienes querían explotarlo.

Kira palideció.

—Entonces todo esto... mi escape... tu traición...

—Él lo sabe. O lo sospecha. Y está esperando.

—¿Esperando qué?

—Que hagamos exactamente lo que estamos haciendo. Que nos encontremos. Que forjemos una alianza. Que nos confiemos el uno al otro.

Kira se alejó más, y Dorian sintió el dolor de la separación a través del vínculo.

—¿Entonces esto es una trampa? ¿Todo esto es parte de su plan?

—No. —Dorian avanzó hacia ella—. Es un riesgo. Uno que él está dispuesto a correr porque cree que puede ganar. Pero también es nuestra oportunidad.

—¿Oportunidad para qué?

—Para hacer exactamente lo que quieres. Matarlo. Pero a nuestra manera. No como él espera.

Kira se detuvo. El atardecer proyectaba sombras alargadas sobre las ruinas, y el aire se había enfriado.

—Matarlo juntos —dijo ella, y no era una pregunta.

—Juntos —confirmó Dorian—. Es la única forma en que funciona.

El silencio se estiró nuevamente. Dorian sintió la guerra interna de Kira a través del vínculo. La desconfianza. El odio. Pero también la necesidad. La comprensión de que, en este momento, no tenían otra opción.

—Tienes tu alianza —dijo ella finalmente—. Pero si me traicionas, si vacilas, si me das cualquier motivo para dudar de ti...

—No lo haré.

—No me interrumpas. —Kira se acercó, invadiendo su espacio una vez más, y esta vez Dorian pudo ver la furia y el deseo librando una guerra en sus ojos—. Si me traicionas, usaré el vínculo para destruirte desde adentro. Te haré sentir cada herida que haya sufrido mi pueblo. Cada muerte que causó tu familia. Y luego te dejaré vivir con eso.

Dorian asintió lentamente.

—Aceptado.

—¿Aceptado? ¿Así sin más?

—Nunca he conocido a nadie que me amenace con tanta convicción. Es...

—¿Qué?

—Refrescante.

Kira negó con la cabeza, pero hubo algo en sus ojos que no era odio. Algo cálido y peligroso que parpadeaba bajo la superficie.

—Eres imposible.

—Me lo han dicho.

El sonido de ramas rompiéndose en el bosque los interrumpió. Dorian se giró hacia la entrada del templo, con los sentidos alerta.

—Los exploradores. Llegan antes de lo previsto.

—¿Dijiste seis horas?

—Mentí. Calculé mal.

Kira desenvainó una daga que había estado oculta en su bota.

—¿Los cálculos erróneos son una característica Blackveil?

—Solo cuando estoy... distraído.

—¿Distraído? ¿Por qué estarías...? —Kira lo miró, y Dorian vio el momento en que comprendía—. No. No ahora. No cuando hay guardias acercándose.

—El vínculo no tiene buen momento.

—El vínculo es un inconveniente.

—También he escuchado eso.

Se movieron hacia la parte posterior del templo, donde las sombras eran más profundas. El Vinculum pulsaba entre ellos, compartiendo adrenalina, miedo, y algo más que ninguno de los dos nombraría.

—¿Tienen un plan? —susurró Kira.

—Sobrevivir. Encontrar a la resistencia. Descubrir qué sabe mi padre y cómo usarlo contra él.

—¿Y después?

Dorian la miró. A la luz del crepúsculo, sus ojos grises brillaban con determinación.

—Después, matamos al rey.

—Juntos.

—Juntos.

Kira asintió una vez. Y en ese gesto, Dorian sintió que algo cambiaba entre ellos. No era confianza. No todavía. Pero era el comienzo de

algo que podría convertirse en ella.

—Entonces vámonos —dijo ella—. Antes de que tu padre arruine otro momento.

Dorian asintió y la siguió hacia la salida trasera del templo. El Vinculum latía entre ellos, compartiendo más de lo que cualquiera de los dos estaba dispuesto a admitir.

Y en algún lugar del palacio, el rey Aldric sonreía.

Porque todo estaba procediendo exactamente como lo había planeado.

CAPÍTULO 5: Heridas compartidas

Kira había imaginado su primer entrenamiento con Dorian de muchas formas. Ninguna incluía estar empapada en sudor, con los músculos temblando por el agotamiento, mientras el príncipe Blackveil la observaba con esos ojos dorados que parecían ver más de lo que ella quería mostrar.

—Otra vez —dijo él.

—Llevamos tres horas.

—Y has fallado diecisiete veces.

Kira apretó los dientes. El claro del bosque que habían elegido como campo de entrenamiento estaba bañado por la luz gris del amanecer. Habían viajado durante la noche, evitando los caminos principales, durmiendo en turnos breves que ninguno de los dos realmente confiaba en el otro. La resistencia estaba a dos días de marcha si mantenían el ritmo. Pero Dorian había insistido en detenerse.

"Necesitas saber defenderte de los guardias de élite. No solo escapar. Sobrevivir."

Ella había aceptado a regañadientes. Ahora, con cada músculo gritando, se arrepentía.

—El problema no es mi técnica —dijo, incorporándose del suelo donde había caído por tercera vez consecutiva—. El problema es que cada vez que te golpeo...

—Lo sientes en tu propio cuerpo.

Dorian completó la frase con una calma que la irritaba.

—Exacto. ¿Cómo se supone que voy a aprender a pelear si mi propio cuerpo me castiga por hacerlo bien?

El príncipe se acercó, moviéndose con esa economía de movimiento que ella había aprendido a temer. Tres días de viaje juntos le habían enseñado que Dorian Blackveil era peligroso de maneras que no eran obvias. No era solo su magia sanguínea o su entrenamiento. Era la forma en que observaba todo, evaluando, calculando.

—El Vinculum no es un castigo —dijo él—. Es información. Aprende a leerla.

—¿Leerla? Me duele. Eso no es información, es tortura.

—Todo dolor es información. —Dorian se detuvo a un metro de ella —. Te dice qué está funcionando y qué no. Te dice dónde soy vulnerable. Te dice cómo vencerme.

Kira soltó una carcajada amarga.

—¿Vencerte? Si te venzo, me venzo a mí misma.

—No necesariamente.

Hubo algo en su tono que la hizo detenerse.

—¿Qué quieres decir?

Dorian no respondió con palabras. En su lugar, atacó.

Kira reaccionó por instinto, bloqueando su golpe con el antebrazo y rodando hacia la izquierda. El movimiento la llevó detrás de un árbol caído, dándole un segundo para recuperar el aliento.

—Más rápido —dijo él, apareciendo a su lado—. Los guardias de élite no te darán tiempo para pensar.

Ella lanzó un golpe hacia sus costillas. Dorian lo bloqueó, pero ella sintió el impacto resonar en su propio cuerpo. Una punzada de dolor en las costillas que la hizo jadear.

—Ahí está —dijo él—. Lo sentiste. ¿Dónde exactamente?

—En las costillas. Izquierda.

—Bien. Eso significa que mi izquierda está expuesta después de un bloqueo bajo. Úsalo.

Kira lo miró con incredulidad.

—¿Quieres que te golpee sabiendo que me dolerá a mí?

—Quiero que aprendas a usar el dolor a tu favor.

Ella negó con la cabeza, pero algo en sus palabras resonó. El Vinculum era una conexión bidireccional. Si ella sentía su dolor, él también sentía el de ella. Eso significaba...

—Espera. Si yo siento tu dolor y tú sientes el mío...

—Entonces cada golpe que recibo te da información sobre mi estado. Y cada golpe que recibes me da información sobre el tuyo. —Dorian se incorporó—. Es una espada de doble filo. Pero si aprendes a controlar la información que transmites...

—Puedo engañarte.

—Puedes manipular lo que percibo. Hacerme creer que estás más herida de lo que estás. O menos.

Kira procesó la información. Era arriesgado. Requería un control que ella no estaba segura de tener. Pero también era brillante.

—Enséñame.

Los siguientes treinta minutos fueron una serie de ejercicios diseñados para probar los límites del Vinculum. Dorian la golpeaba con fuerza controlada, y ella practicaba suprimir su reacción. No el dolor en sí, eso era imposible, sino la respuesta externa. El jadeo. El tensarse. Las señales que un oponente leería.

—Mejor —dijo él después de un golpe que ella absorbió sin hacer sonido—. Pero tus ojos te traicionan.

—¿Mis ojos?

—Se entornizan cuando el dolor te golpea. Es sutil, pero está ahí.

—¿Y cómo se supone que controle eso?

Dorian se acercó más. Demasiado cerca.

—Mírame.

Kira lo hizo. Sus ojos dorados estaban a centímetros de los suyos, y el Vinculum pulsaba entre ellos con una intensidad que nada tenía que dover con el dolor.

—Cuando te golpee esta vez —dijo él en voz baja—, quiero que pienses en algo que no sea dolor. Algo que sea más fuerte.

—¿Como qué?

—Eso depende de ti.

Ella dudó. ¿Qué era más fuerte que el dolor? ¿El odio? ¿La venganza? ¿El deseo de sobrevivir?

Dorian atacó sin advertencia. Su puño hacia su hombro, un golpe que ella sabía que dolería. Pero esta vez, en lugar de anticipar el dolor, pensó en Thornwall. En los rostros de su pueblo. En la promesa que se había hecho a sí misma bajo los cuerpos de sus padres.

El golpe aterrizó. El dolor llegó.

Pero ella no se movió. No parpadeó. Ni siquiera respiró diferente.

—Perfecto —susurró Dorian.

Estaba tan cerca que ella podía sentir su aliento. El Vinculum vibraba entre ellos, y por un momento, el dolor del golpe se mezcló con algo más. Algo caliente y eléctrico que subía desde su estómago.

—Eso fue... —comenzó ella.

—No te detengas.

Kira no supo si se refería al entrenamiento o a otra cosa. Pero antes de que pudiera responder, él se apartó bruscamente.

—Otra vez. Esta vez más rápido.

El resto de la mañana se convirtió en un borrón de movimiento y dolor. Kira aprendió a leer las señales del Vinculum: el tirón en su hombro derecho cuando Dorian favorecía su izquierda, la presión en su pecho cuando él respiraba con dificultad, el cosquilleo en sus manos cuando él preparaba magia sanguínea.

Pero también aprendió algo más. Cuanto más intenso se volvía el entrenamiento, mejor peleaba Dorian. No en el sentido obvio de que se esforzaba más. Sino en algo más fundamental. Sus movimientos

se volvían más fluidos. Sus reflejos, más rápidos. Su capacidad de anticiparla, sobrenatural.

—Espera —dijo ella, deteniéndose después de un intercambio particularmente intenso—. Algo está pasando.

—¿Qué?

—Estás peleando mejor. No es solo que te estás esforzando más. Es como si...

Dorian la miró, y hubo algo en su expresión que ella no supo interpretar.

—¿Como si qué?

Kira se concentró en el Vinculum, tratando de leer lo que él sentía. Había algo allí. Una energía que no estaba antes. Un filo que no había notado.

—Cuando estoy en peligro —dijo lentamente—, peleas mejor.

El silencio que siguió fue denso.

—Lo has notado —dijo él finalmente.

—¿Lo sabías?

—Lo sospechaba. El Vinculum tiene propiedades protectoras. Cuando uno de los dos está en peligro genuino, el otro recibe un aumento de capacidades.

—¿Y no pensaste mencionarlo?

—No estaba seguro de cómo funcionaba. Hasta ahora.

Kira procesó las implicaciones. Si el Vinculum los hacía más fuertes cuando uno de los dos estaba en peligro...

—Entonces, si quiero que pelees mejor, tengo que estar en peligro real.

—No —Dorian negó con la cabeza—. No voy a ponerte en peligro deliberadamente.

—No tienes que hacerlo. Yo puedo—

—Kira. —Su voz se endureció—. No.

Hubo algo en su tono que la detuvo. Algo que iba más allá de la preocupación lógica.

—¿Por qué? Si nos da una ventaja táctica—

—Porque no voy a usar tu dolor como herramienta.

La frase flotó entre ellos. Kira sintió el peso de lo que no estaba diciendo. El Vinculum transmitía emociones, y lo que ella percibía de él en ese momento era complejo. Protector. Territorial. Casi posesivo.

—Eso suena a algo más que estrategia —dijo ella.

Dorian se giró, dándole la espalda.

—Descansa. Continuamos en una hora.

—No necesito descansar.

—Yo sí.

Kira lo observó caminar hacia el borde del claro. El Vinculum tiraba de ella, transmitiendo fragmentos de su estado: agotamiento físico, sí, pero también algo más oscuro. Algo que él estaba tratando de suprimir.

—Dorian.

Él se detuvo pero no se giró.

—¿Qué?

—El vínculo. Me muestra lo que sientes. No puedes ocultarlo.

Los hombros de él se tensaron.

—Entonces sabes que no tenemos que hablar de esto.

—¿De qué? ¿De que te importa más de lo que debería? ¿De que el Vinculum no es lo único que te hace protector conmigo?

Él se giró finalmente. Sus ojos dorados ardían.

—Tres días. Has pasado tres días conmigo. No sabes nada de lo que siento.

—El vínculo dice lo contrario.

—El vínculo muestra emociones. No las explica. No te dice por qué siento lo que siento.

Kira dio un paso hacia él.

—Entonces explícalo.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque si lo hago, si admito lo que sea que está pasando aquí... —señaló el espacio entre ellos—... se vuelve real. Y lo real puede ser usado como arma.

Kira sintió un escalofrío. No de miedo, sino de reconocimiento.

—Tu padre.

—Sabe del vínculo. Si descubre que hay algo más, algo que pueda explotar...

—Lo usará contra nosotros.

—Contra ti —corrigió él—. Todo lo que toco lo corrompo. Es la maldición Blackveil.

Kira se detuvo. El Vinculum transmitía su dolor ahora, no físico, sino emocional. Una culpa profunda y arraigada que pesaba como plomo.

—Crees que eres veneno.

—Sé que lo soy. Thornwall. Las ejecuciones. Todo lo que hice bajo las órdenes de mi padre... manchó todo lo que toqué.

—Y sin embargo me salvaste.

—Un acto no borra años de complicidad.

—No. —Kira se acercó más—. Pero es un comienzo.

Dorian la miró. El Vinculum pulsaba entre ellos, y ella podía sentir su resistencia desmoronándose.

—Kira...

—No. Tú escuchaste. Ahora yo hablo. —Se detuvo frente a él, invadiendo su espacio—. No sé lo que es este vínculo. No sé si es magia, destino, o una maldición del universo. Pero sé que cuando peleas a mi lado, me siento más fuerte. Y sé que cuando te veo sangrar, algo en mi interior se rompe.

—Eso es el Vinculum.

—No. El Vinculum comparte dolor. Esto es otra cosa.

Dorian cerró los ojos. El Vinculum transmitió una oleada de algo que ella no pudo nombrar. Deseo, sí. Pero también miedo. Y debajo de todo eso, una necesidad desesperada que él había estado suprimiendo.

—Deberíamos volver al entrenamiento —dijo él, pero no se movió.

—Sí, deberíamos.

Ninguno de los dos se movió.

El aire entre ellos estaba cargado. El Vinculum cantaba, transmitiendo la tensión de ambos en un bucle que se alimentaba a sí mismo. Kira podía sentir su pulso, rápido y desigual, y sabía que él sentía el suyo.

—Si hago lo que estoy pensando —dijo Dorian en voz baja—, no hay vuelta atrás.

—¿Qué estás pensando?

Él levantó la mano, lentamente, dándole tiempo a apartarse. Ella no lo hizo. Sus dedos rozaron su mejilla, y el contacto envió una descarga eléctrica a través del Vinculum.

—Esto.

Se inclinó hacia ella. Kira sabía que debería retroceder. Cada instinto de supervivencia que había desarrollado en tres años de guerra le gritaba que se alejara. Este era un Blackveil. El enemigo. El verdugo de su pueblo.

Pero el Vinculum transmitía algo más fuerte que el odio. Algo que había estado creciendo durante días y que ahora ardía entre ellos.

Sus labios se encontraron.

El beso fue suave al principio, una pregunta más que una afirmación. Pero cuando ella respondió, cuando sus manos encontraron su nuca y lo atrajeron hacia ella, todo cambió. El Vinculum se abrió completamente, y de repente Kira no solo estaba sintiendo sus propias emociones, sino las de él también. El deseo. La necesidad. El miedo a que esto se rompiera. La esperanza de que no lo hiciera.

Fue abrumador.

Se separaron jadeando. El contacto físico había intensificado todo, y ahora el Vinculum latía entre ellos como un corazón compartido.

—Eso fue... —comenzó él.

—Estúpido.

—Probablemente.

—Peligroso.

—Sin duda.

—¿Otra vez?

La palabra salió antes de que ella pudiera detenerla. Dorian la miró con algo que podría haber sido sorpresa o alivio.

—Estás herida —dijo él—. El entrenamiento...

—Puedo manejarlo.

—No me refiero a eso.

Kira lo miró sin comprender. Entonces sintió algo a través del Vinculum. Una punzada de dolor que no era suya. Miró hacia abajo y vio la herida en su antebrazo, la que él había bloqueado mal durante el último intercambio. Estaba sangrando.

Pero no era su herida. Era la de él.

—Cuando me besaste —dijo ella—, tu guardia bajó.

—El Vinculum te mostró dónde estaba herido.

—No. Tú me mostraste dónde estabas herido.

Dorian miró su brazo como si lo viera por primera vez.

—No sentí...

—Porque estabas concentrado en otra cosa.

El silencio que siguió fue diferente. Cargado de una comprensión que ninguno de los dos estaba preparado para enfrentar.

—El vínculo no solo comparte dolor —dijo Kira lentamente—. Cuando bajamos las defensas, compartimos todo.

—Heridas incluidas.

—Heridas incluidas.

Dorian se sentó en el suelo, repentinamente exhausto. Kira lo siguió, sentándose a su lado. El Vinculum pulsaba entre ellos, transmitiendo el cansancio de ambos.

—Esto complica las cosas —dijo él.

—¿El beso o la herida compartida?

—Ambos.

Kira miró la herida en su propio antebrazo, idéntica a la de él. Sangraban al mismo ritmo, dolían en el mismo punto.

—Tenemos que vendarnos juntos —dijo ella—. Literalmente.

Dorian soltó una carcajada, un sonido genuino que transformó su rostro.

—Si esto es una metáfora de nuestra situación, es bastante apropiada.

—No era una metáfora. Pero también funciona.

Él la miró, y en sus ojos dorados había algo que ella no había visto antes. Algo cálido y vulnerable.

—Kira Nighthollow, eres...

—¿Qué?

—Imposible.

—Me lo han dicho.

Se quedaron en silencio, el bosque alrededor de ellos despertando con los sonidos de la mañana. El Vinculum latía entre ellos, compartiendo más que dolor. Compartiendo algo que ninguno de los dos estaba preparado para nombrar.

—Deberíamos vendarnos —dijo Kira finalmente.

—Deberíamos.

Ninguno de los dos se movió.

—¿Después del beso? —preguntó él.

—Después del beso.

Se inclinaron el uno hacia el otro, y el Vinculum cantó entre ellos, compartiendo heridas, sangre, y algo más peligroso que cualquier cosa que el rey Aldric pudiera planear.

Esperanza.

CAPÍTULO 6: Máscaras de corte

Dorian había olvidado cuánto odiaba el peso de la corona.

No la literal, que descansaba sobre terciopelo carmesí en la cámara del consejo. Sino la invisible. La que presionaba contra sus sienes cada vez que entraba en la sala del trono, recordándole que cada palabra, cada gesto, cada respiración era observada, medida y juzgada.

—Mi príncipe. —La voz de Haldren lo recibió en la antesala—. Su padre lo convoca. Hay... desarrollos.

El tono neutro del mayordomo ocultaba algo. Dorian lo reconoció después de años de servicio: preocupación cuidadosamente envasada.

—¿Desarrollos?

—Lady Seraphina ha llegado temprano. Con su séquito completo.

El nombre golpeó como un puñal de hielo. Seraphina Valdris. Su prometida política. La mujer que su padre había elegido para asegurar la alianza con las tierras del norte.

—¿Cuánto tiempo?

—Llegó esta mañana. El rey la ha recibido en audiencia privada.

Dorian maldijo internamente. Tres días. Había estado fuera solo tres días, y el rey ya movía las piezas.

—¿Y la otra cosa?

Haldren lo condujo hacia un pasillo secundario, lejos de los oídos cortesanos.

—En los establos. Vestida apropiadamente. Nadie ha hecho preguntas. Todavía.

—Todavía es la palabra clave.

Dorian caminó hacia los establos, manteniendo un ritmo que no sugería urgencia. Cada paso que lo acercaba a Kira aliviaba la presión en su pecho, el tirón constante del Vinculum que se intensificaba con la distancia.

La encontró en el establo más alejado, vestida con la ropa de sirvienta que Haldren había conseguido. El contraste era absurdo: la guerrera que había sobrevivido a Thornwall, que había escapado de las mazmorras del rey, ahora inclinada sobre un cubo de agua, frotando sangre seca de sus manos.

—Te ves ridícula —dijo él.

—Me veo como una sirvienta. —Kira no levantó la vista—. Es el punto.

—Podrías pasar por una dama de compañía si te pusieras algo más limpio.

Ella se giró, y el Vinculum transmitió una oleada de irritación tan nítida como un toque.

—¿Damas de compañía? ¿Esas mujeres que siguen a las nobles como sombras y sonríen cuando quieren llorar? No tengo la paciencia.

—No necesitas paciencia. Necesitas estar cerca de mí sin levantar sospechas.

Kira se incorporó, secándose las manos en el delantal manchado.

—¿Y cómo planeas explicar una nueva sirvienta personal que aparece de la nada? ¿Una que coincide con la descripción de la prisionera fugitiva?

—Haldren ha preparado una historia. Eres una huérfana del norte, traída por Lady Seraphina como parte de su séquito. Llegaste enferma del viaje y permaneciste en los cuartos de servicio. Ahora te has recuperado y buscas posición.

—¿Y si alguien reconoce mi rostro? La recompensa por mi captura...

—La recompensa es por una rebelde. Nadie busca a una rebelde disfrazada de sirvienta en el propio palacio.

Kira lo estudió, y Dorian sintió su escepticismo a través del vínculo, una sensación de arena rozando contra piedra.

—Es arriesgado.

—Todo es arriesgado.

—Tu padre sabe del Vinculum. Si nos ve juntos...

—Nos verá juntos. Es inevitable. Pero si te presenta como una sirvienta sin importancia, no pensará en el vínculo. Esperará que mantenga distancia. Que te trate como invisible.

—¿Puedes hacer eso? ¿Tratarme como invisible?

Dorian la miró. El Vinculum pulsaba entre ellos, transmitiendo la pregunta que ella no estaba formulando.

—Tendré que hacerlo.

—¿Y si no puedes?

—Entonces ambos moriremos. —Se acercó un paso—. Pero antes, probablemente te besaré de nuevo.

El Vinculum transmitió un destello de algo cálido antes de que ella lo suprimiera.

—Concéntrate, Blackveil.

—Siempre.

Lady Seraphina Valdris era todo lo que Kira había imaginado y nada de lo que esperaba.

Alta, delgada, con cabello del color del trigo maduro y ojos azul pálido que parecían calcular el valor de todo lo que tocaban. Su vestido era de seda verde oscuro, bordado con hilos dorados que formaban el patrón de escarcha de su casa. Se movía por la corte como si el palacio fuera una extensión de su propia mansión, saludando a cortesanos con una sonrisa que nunca alcanzaba sus ojos.

Kira la observó desde su posición junto a la pared, intentando parecer invisible mientras su mente trabajaba.

—Acércate más —murmuró Dorian, pasando a su lado sin mirarla—. Necesito agua.

El código era simple: acércate más significaba que había información que él no podía compartir en público. Kira tomó una jarra de una mesa cercana y lo siguió mientras él se alejaba de la multitud.

—Seraphina es peligrosa —dijo él en voz baja, simulando hablar sobre el vino—. No por su fuerza, sino por su percepción. Mi padre la eligió específicamente porque nota lo que otros ignoran.

—¿Sabe del Vinculum?

—No. Pero sospecha que algo cambió. Me observó durante toda la cena buscando inconsistencias.

Kira vertió agua en su copa, manteniendo los ojos bajidos.

—¿Y qué encontró?

—Que miré hacia la puerta tres veces más de lo normal. Que mis manos temblaron cuando mencionó los disturbios en el sur. Que sonreí sin razón aparente durante el segundo plato.

—¿Sonreíste?

El Vinculum transmitió una punzada de algo que podría haber sido vergüenza.

—Tú estabas cerca. El vínculo...

—El vínculo te hizo sonreír en medio de una cena con tu prometida política.

—Suena peor cuando lo dices así.

Kira colocó la jarra en la mesa, forzándose a mantener la compostura de sirvienta mientras su interior ardía.

—¿Qué va a hacer ella?

—Mañana exigirá una demostración pública de mi compromiso. Es tradición en su casa.

—¿Qué tipo de demostración?

—Un gesto de buena fe. Algo que demuestre que mi lealtad está con la alianza, no con... —Dorian hizo una pausa casi imperceptible—... otras consideraciones.

Kira sintió un escalofrío recorrerle la espina dorsal. El Vinculum transmitía la tensión de él, la precaución con la que elegía cada palabra.

—¿Qué tipo de gesto?

—Probablemente un castigo público. A alguien que haya ofendido a la corona.

El aire se heló en los pulmones de Kira.

—¿Un castigo?

—Azotes, normalmente. A veces algo más severo si el delito lo merece. Seraphina presidiría, demostrando que tendrá autoridad en mi casa.

—¿Y tú harías eso? ¿Castigarías a alguien inocente para mantener tu cobertura?

Dorian se giró hacia ella por primera vez. Sus ojos dorados brillaban con algo que el Vinculum traducía como dolor.

—¿Tienes una alternativa?

Kira no respondió. No tenía una.

—Mañana será un día largo —continuó él—. Mantente alejada de Seraphina. No te acerques a ella bajo ninguna circunstancia.

—¿Por qué?

—Porque ella ya te notó.

El suelo pareció temblar bajo los pies de Kira.

—¿Qué?

—Esta tarde, durante la recepción. Te miró tres veces. La tercera vez, sus ojos se detuvieron en tu tatuaje.

Kira llevó la mano a su muñeca instintivamente. El tatuaje de los Oprimidos estaba oculto bajo la manga larga, pero si Seraphina lo había visto...

—¿Cree que soy...

—No sabe qué eres. Pero es curiosa. Y su curiosidad es peligrosa.

Dorian se alejó, dejándola con la jarra en las manos y el peso de la amenaza comprimiéndole el pecho.

La noche cayó sobre el palacio como un manto de secretos.

Kira permaneció en los cuartos de servicio, fingiendo sueño mientras su mente daba vueltas. El Vinculum tiraba de ella, transmitiendo la inquietud de Dorian desde algún lugar del ala norte.

La puerta se abrió sin previo aviso.

—Tú. —Una voz femenina, fría como el acero—. Sígueme.

Kira se incorporó, reconociendo a una de las damas de Seraphina.

—¿Para qué?

—Lady Valdris requiere servicio. Ahora.

El Vinculum pulsó con advertencia. Algo andaba mal.

—La hora es avanzada para...

—No se te pagó para preguntar.

Kira siguió a la mujer a través de pasillos que no conocía, memorizando cada giro, cada puerta, cada posible ruta de escape. El palacio era un laberinto diseñado para confundir invasores, pero también servía para atrapar a los que no pertenecían.

Llegaron a una cámara amplia, iluminada por docenas de velas. Seraphina estaba de pie junto a la ventana, con la espalda hacia la puerta.

—Déjanos —dijo sin girarse.

La dama se marchó, cerrando la puerta detrás de ella.

Kira permaneció inmóvil, evaluando sus opciones. Dos salidas: la puerta principal y una puerta lateral parcialmente oculta por un tapiz. Ninguna era viable sin revelar sus habilidades.

—Acércate —ordenó Seraphina.

Kira obedeció, manteniendo la cabeza baja.

—¿Sabes quién soy?

—Lady Seraphina Valdris. Prometida del príncipe Dorian.

—Correcto. —La mujer se giró finalmente—. ¿Y sabes qué significa eso?

—Que tendrá autoridad sobre este palacio.

—Parcialmente. Significa que este palacio será mi hogar. Que estas paredes protegerán a mis hijos. Que cada persona bajo este techo será mi responsabilidad.

Los ojos de Seraphina recorrieron a Kira con una intensidad que hizo que el Vinculum se tensara como un arco.

—Incluidas las sirvientas que aparecen de la nada con cicatrices de combate en las manos.

Kira mantuvo el rostro neutral, pero su corazón galopó.

—He trabajado duro, mi lady.

—No lo dudo. —Seraphina se acercó—. Pero el trabajo duro no deja cicatrices de espada en los antebrazos. Eso lo deja el entrenamiento. Entrenamiento militar.

—Mi familia...

—Tu familia. —Seraphina interrumpió—. Haldren dice que vienes del norte. De una aldea cerca de la frontera. Que llegaste con mi séquito.

—Sí, mi lady.

—Interesante. Porque conozco a cada persona que viajó conmigo. Y ninguna de ellas coincide con tu descripción.

El silencio se estiró como un cable a punto de romperse.

—¿Quién eres?

—Una sirvienta, mi lady. Buscando trabajo.

Seraphina sonrió. No había calidez en ella.

—Mañana, durante la demostración pública, tendrás la oportunidad de probarlo. Servirás directamente al príncipe. Frente a toda la corte. Frente a mí.

El Vinculum transmitió una oleada de alarma desde Dorian. Él había sentido su miedo.

—¿Por qué, mi lady?

—Porque quiero ver cómo te mueves. Cómo respiras. Cómo reaccionas cuando él te mira. —Seraphina se acercó más, bajando la voz—. Hay algo extraño en mi prometido últimamente. Algo que cambió hace unos días. Y creo que tú tienes algo que ver con eso.

Kira no respondió. No podía.

—Puedes irte. —Seraphina se giró hacia la ventana—. Y recuerda: mañana, frente a todos, servirás al príncipe. Y yo estaré observando cada segundo.

Kira caminó de regreso a los cuartos de servicio con las manos temblando.

El Vinculum tiraba de ella con urgencia ahora. Dorian sabía que algo había pasado. Probablemente podía sentir su corazón acelerado, el sudor frío en su espalda.

Pero no podía ir a él. No ahora. No con Seraphina vigilando.

Entró en la habitación asignada y cerró la puerta. Oscuridad. Silencio.

—¿Qué pasó?

La voz de Dorian vino de las sombras. Kira sofocó un grito.

—¿Cómo entraste?

—Pasadizo secreto. Haldren me mostró el sistema hace años. —Él emergió de la oscuridad, con el rostro tenso—. Sentí tu miedo. ¿Qué hizo ella?

—Sabe que algo no cuadra. Mañana me pondrá frente a ti durante la demostración.

—Eso es...

—Una trampa. Lo sé.

Dorian se acercó, y el Vinculum se abrió entre ellos, transmitiendo más que palabras. Preocupación. Miedo. Algo más profundo que ninguno de los dos nombraría.

—Podemos anularlo. Enfermarte. Algo.

—Eso confirmaría sus sospechas. —Kira negó con la cabeza—. Tengo que hacerlo. Tengo que servirte frente a todos mientras ella observa.

—Kira...

—No hay otra opción. —Ella lo miró a los ojos—. Si flaqueo, si me traiciono, ella lo verá. Y si ella lo ve, se lo dirá al rey.

El silencio se estiró entre ellos como un abismo.

—Esta noche —dijo Dorian finalmente—. Quédate conmigo.

—¿Qué?

—Solo para dormir. Nada más. Solo... necesito sentir que estás a salvo.

Kira debería haber rechazado la oferta. Debería haberle recordado el peligro, las consecuencias, todo lo que arriesgaban.

Pero el Vinculum transmitía su necesidad. Y algo en ella respondió.

—Solo dormir.

—Solo dormir.

Se movieron hacia el pequeño catre en la esquina. Dorian se acostó primero, dejando espacio para ella. Kira se acurrucó a su lado,

manteniendo distancia profesional.

Profesional.

La palabra parecía absurda cuando su corazón latía al ritmo del de él.

—Mañana será difícil —susurró él en la oscuridad.

—Lo sé.

—Tendré que tratarte como...

—Lo sé.

El Vinculum pulsaba entre ellos, compartiendo el miedo de ambos. Pero también compartía algo más. Una calidez que ninguno de los dos había esperado.

—Si algo sale mal —dijo Dorian—, si ella descubre...

—No descubrirá.

—Pero si lo hace...

—Entonces luchamos. Juntos. Como acordamos.

El brazo de él encontró su cintura en la oscuridad. El contacto envió una ola de consuelo a través del vínculo.

—Juntos.

Kira cerró los ojos, permitiendo que el cansancio la arrastrara. El Vinculum cantaba entre ellos, una conexión que ningún disfraz podía ocultar.

En algún lugar del palacio, Lady Seraphina Valdris permanecía despierta.

Porque había visto más de lo que Kira creía.

Y mañana, frente a toda la corte, los destruiría a ambos.

CAPÍTULO 7: La trampa de Seraphina

La sala del consejo olía a sangre vieja y poder.

Kira lo reconoció en el instante en que cruzó el umbral, cargando la jarra de vino que Haldren le había puesto en las manos con una advertencia silenciosa en los ojos. El tatuaje de su muñeca ardía bajo la manga, una pulsación constante que le recordaba que estaba rodeada de enemigos.

El rey Aldric ocupaba el centro de la mesa larga, con Dorian a su derecha y media docena de nobles dispuestos a lo largo de los costados. Lady Seraphina estaba sentada junto al príncipe, tan cerca que sus hombros casi se tocaban.

—El vino, muchacha —dijo el rey sin mirarla.

Kira avanzó, contando los pasos. Diez hasta la mesa. Otros cinco hasta el rey. El Vinculum tiraba de ella, transmitiendo la tensión de Dorian como un cable apretado alrededor de su pecho.

Vertió el vino en la copa del rey primero, como Haldren le había instruido. Luego la de Dorian. Cuando se inclinó sobre él, el príncipe movió la mano con naturalidad, posándola en la parte baja de su espalda.

El contacto fue eléctrico.

El Vinculum se abrió de golpe, transmitiendo una oleada de información que Kira tuvo que luchar por no mostrar en su rostro. La tensión de él. Su miedo. Y algo más oscuro, enterrado bajo capas de control: una advertencia.

—Quédate cerca —murmuró Dorian, lo suficientemente bajo para que solo ella oyera—. Y no reacciones.

Su mano permaneció en su espalda. Posesiva. Pública. El gesto de un noble con una sirvienta que le pertenecía.

Kira sintió náuseas.

No porque el contacto fuera desagradable. El Vinculum aseguraba que cualquier toque de él enviara corrientes de algo que no quería nombrar a través de su cuerpo. Lo que le revolvía el estómago era la representación. El hecho de que él pudiera tocarla así, frente a todos, como si fuera propiedad.

Como si Thornwall no hubiera importado.

—Continuemos —dijo el rey, y su voz cortó los pensamientos de Kira como un cuchillo—. El solsticio de invierno se aproxima. Los preparativos deben acelerarse.

—¿Los sacrificios están listos, Majestad? —preguntó un noble calvo que Kira no reconoció.

—No del todo. —El rey tomó un sorbo de vino—. Los Oprimidos de las provincias del sur han sido... desaprovechados.

Kira mantuvo el rostro neutral. El tatuaje en su muñeca pulsaba más fuerte.

—¿Desaprovechados, padre? —La voz de Dorian fue cuidadosamente neutra.

—Su sangre es débil. Generaciones de restricciones han diluido su potencial mágico. Necesitamos algo más potente para el ritual.

—¿Qué sugieres?

El rey sonrió. Era el tipo de sonrisa que precedía a la muerte.

—Los rebeldes han estado reuniendo a los supervivientes de Thornwall. Los que escaparon de la masacre. Los que tienen sangre más pura.

Kira sintió que su corazón se detenía.

Thornwall. Su pueblo. Los pocos que habían sobrevivido, escondidos en campamentos, protegidos por la resistencia.

—¿Los has localizado? —preguntó Seraphina, inclinándose hacia adelante con interés calculador.

—Nuestros informadores han sido... persuasivos. —El rey se recostó en su silla—. Los tendremos antes del solsticio. Y su sangre alimentará la Oscuridad Primordial durante mil años.

El Vinculum transmitió el horror de Dorian antes de que su rostro pudiera mostrar nada. Luego, con un esfuerzo que Kira sintió como dolor físico, él lo suprimió.

—Una estrategia audaz, padre.

—La única estrategia posible. La magia sanguínea requiere sacrificio. ¿O prefieres que nuestra línea se debilite hasta la irrelevancia?

—No, padre. Solo cuestiono la logística.

La mano de Dorian se apretó en la espalda de Kira. Una señal. Mantén la calma.

Pero su sangre hervía.

Su pueblo. Los supervivientes que ella había jurado proteger. Los niños que había visto nacer en los campamentos. Los ancianos que le habían enseñado a rastrear.

Todos ellos. Sacrificados para alimentar la ambición de un rey loco.

—Hay otro asunto —continuó el rey, y sus ojos se desplazaron hacia Kira por primera vez—. Esta muchacha. ¿De dónde viene?

Kira sintió que su cuerpo se congelaba.

—Del séquito de Lady Seraphina, padre —respondió Dorian antes de que ella pudiera hablar—. Una huérfana del norte.

—¿Del norte? —El rey la estudió con ojos que parecían ver a través de su piel—. Tiene manos fuertes para una sirvienta.

—Trabajadora —dijo Seraphina con una sonrisa—. La elegí personalmente.

El rey asintió lentamente, pero su mirada permaneció en Kira un momento más de lo necesario.

—Puedes retirarte, muchacha.

Kira hizo una reverencia y caminó hacia la puerta, contando cada paso para no correr. La mano de Dorian se deslizó de su espalda con una lentitud calculada, un gesto de propiedad que ella sabía que era necesario pero que le quemaba la piel.

La puerta se cerró detrás de ella.

Y entonces corrió.

El pasadizo estaba oscuro, pero Kira conocía el camino.

Haldren le había mostrado las rutas secundarias la noche anterior, trazando un mapa mental que ella había memorizado con la desesperación de quien sabe que su vida depende de ello.

Emergió en un patio interior, lejos de los oídos cortesanos. El aire frío golpeó su rostro, pero no calmó el fuego que ardía en su pecho.

—Kira.

La voz de Dorian vino de las sombras. Ella se giró, y el Vinculum transmitió su presencia antes de que sus ojos la encontraran.

—¿Cuánto sabías?

La pregunta salió más dura de lo que pretendía.

—No lo sabía. Te lo juro.

—¿No sabías que tu padre planea sacrificar a mi pueblo? ¿A los supervivientes de Thornwall?

—No hasta hoy. —Dorian emergió de las sombras, con el rostro tenso—. Las visiones me mostraron la caída de Vaelor. No los detalles de cómo ocurriría.

—¿Y ahora? ¿Ahora que lo sabes?

—Ahora tenemos más información. Sabemos dónde se realizará el ritual. Sabemos cuándo.

—¿Y eso cambia algo? —Kira sintió la amargura en su propia voz—. Seguirás siendo su hijo. Seguirás siendo un Blackveil.

—Seguiré siendo yo. —Dorian se acercó—. Y yo no dejaré que eso suceda.

—¿Cómo? ¿Traicionando a tu padre? ¿A tu rey?

—Si es necesario.

Las palabras flotaron entre ellos, pesadas con implicaciones que ninguno de los dos estaba listo para enfrentar.

—Tu pueblo —continuó él—. Los supervivientes. ¿Dónde están?

Kira dudó. El Vinculum transmitía su sinceridad, pero años de desconfianza no se borraban con un beso.

—No puedo decírtelo.

—Kira...

—Si te lo digo, y tu padre lo descubre...

—No lo descubrirá. El vínculo protege...

—¿El vínculo? —Ella soltó una carcajada amarga—. El vínculo que nos une a la sangre de tu familia. El vínculo que tu padre podría explotar si descubre su verdadera naturaleza.

Dorian se detuvo.

—¿Qué quieres decir?

—El Vinculum puede ser usado para transferir poder. Para transferir linajes. Lo aprendí en los archivos de la resistencia.

—Eso es imposible. El Vinculum fue prohibido hace...

—Trescientos años. Exactamente. Y fue prohibido precisamente porque podía ser explotado.

El silencio se estiró entre ellos.

—Si mi padre sabe... —comenzó Dorian.

—Tu padre sabe. Tiene que saber. ¿Por qué otra razón permitiría que viviera?

—Porque yo...

—Porque tú eres la pieza que necesita para completar el ritual. —Kira lo miró directamente a los ojos—. Tu sangre Blackveil más mi

sangre Nighthollow. El Vinculum como conducto. No es solo mi pueblo lo que quiere. Es lo que podemos crear juntos.

El rostro de Dorian palideció.

—No lo sabía.

—Claro que no. —Kira sintió el cansancio arrastrarla—. Eres su hijo. Te usa como usa a todos.

—Kira...

—Necesito irme. Necesito advertir a los míos.

—No puedes irte ahora. Seraphina te vigila. Si desapareces...

—¿Qué? ¿Descubrirá que no soy una sirvienta? ¿Que soy la mujer que tu padre quiere sacrificar?

—Descubrirá el vínculo. Y si lo hace, mi padre sabrá que soy consciente de sus planes.

—¿Y eso es peor que dejar morir a mi pueblo?

—No. —Dorian cerró la distancia entre ellos—. Pero es más estúpido. Si te vas ahora, mueres. Y si mueres, no puedes salvar a nadie.

Kira sintió la lógica de sus palabras, pero también sintió el peso de la verdad que él no estaba diciendo.

—¿Es eso lo único que importa? ¿La estrategia?

—No. —Su voz se quebró—. Lo que importa es que no puedo perderte. No de esa manera.

El Vinculum transmitió la verdad de sus palabras. No era solo deseo. Era algo más profundo, más desesperado.

—Dorian...

—Lo sé. —Él dio un paso atrás—. Lo sé que no deberíamos. Lo sé que cada momento que paso cerca de ti es un riesgo. Pero no puedo...

La puerta del patio se abrió con un chirrido.

—Ah, aquí están.

La voz de Seraphina cortó el momento como un cuchillo.

Kira se giró, con el corazón golpeando contra sus costillas. La prometida de Dorian estaba de pie en el umbral, con una sonrisa que no alcanzaba sus ojos.

—Lady Seraphina. —Dorian recuperó la compostura instantáneamente—. ¿Te has perdido?

—No. Buscaba a mi sirvienta. —Sus ojos se desplazaron hacia Kira—. Y a mi prometido. Curioso encontrarlos juntos en un patio oscuro.

El silencio se estiró como un cable a punto de romperse.

—La muchacha estaba perdida —dijo Dorian—. La estaba guiando de regreso.

—¿De regreso? ¿De dónde?

—Del consejo. Sirvió vino.

—Ah, sí. El consejo. —Seraphina se acercó—. Me preguntaba de qué hablarían. Tantas discusiones importantes sobre el solsticio.

Kira mantuvo el rostro neutral, pero el Vinculum transmitía la tensión de Dorian como electricidad.

—Asuntos de estado —dijo él—. No sería apropiado discutirlos.

—Por supuesto. —Seraphina llegó junto a ellos—. Aunque me resulta fascinante que una simple sirvienta necesite guía para encontrar su camino de regreso. Especialmente una que supuestamente conoce el palacio.

—No conoce el palacio. Es nueva.

—¿Es nueva? Qué curioso. Porque la he observado moverse con una familiaridad que sugiere lo contrario.

El aire se heló.

—Lady Seraphina —dijo Dorian, y su voz cambió, adquiriendo un filo que Kira no había oído antes—. ¿Estás cuestionando mi palabra?

—Cuestiono las apariencias, mi príncipe. Y las apariencias sugieren que hay algo más entre tú y esta muchacha de lo que debería haber.

Kira vio el momento en que las opciones se redujeron a cero.

Si Seraphina sospechaba, hablaría. Si hablaba, el rey sabría. Si el rey sabía, todo terminaría.

—Eres perspicaz —dijo Dorian, y algo en su tono hizo que Kira se tensara—. Demasiado perspicaz.

Se giró hacia ella, y el Vinculum transmitió una disculpa antes de que sus labios pudieran formar palabras.

—Tienes razón. Hay algo entre nosotros.

—¿Perdón? —La voz de Seraphina perdió su compostura.

—Esta muchacha. —Dorian tomó el rostro de Kira entre sus manos —. No es una sirvienta.

El tiempo se detuvo.

—¿No? ¿Qué es entonces?

—Es mi entretenimiento.

Las palabras golpearon a Kira como un puñetazo.

Entretenimiento.

No aliada. No compañera. No nada que importara.

—¿Tu entretenimiento? —Seraphina parpadeó—. ¿Una sirvienta?

—¿Acaso hay algo más apropiado para un príncipe? —Dorian sonrió, y era una sonrisa fría, calculadora—. Las damas de la corte son tediosas. Esta tiene... fuego.

Kira sintió que algo dentro de ella se rompía.

Sabía que era una actuación. Sabía que cada palabra era una mentira diseñada para protegerla.

Pero eso no hacía que doliera menos.

—Ya veo. —Seraphina recuperó la compostura—. Entonces los rumores sobre tu... apetito eran ciertos.

—Los rumores siempre son ciertos. —Dorian acarició la mejilla de Kira con un gesto que podría haber sido tierno si no fuera por la frialdad en sus ojos—. ¿Tienes algún problema con eso, mi lady?

—No es mi lugar cuestionar los... pasatiempos de mi prometido.

—Exacto. No lo es.

El silencio que siguió fue denso.

—Sin embargo —continuó Seraphina—, me gustaría ver una demostración. De este... fuego.

Kira sintió que su sangre se helaba.

—¿Una demostración?

—Un beso. —Los ojos de Seraphina brillaban con malicia—. Si es tan apasionada como dices, seguramente un beso frente a tu prometida no será problema.

Dorian se tensó. El Vinculum transmitió su horror, su rechazo, su desesperación.

—No creo que sea...

—¿Apropiado? —Seraphina sonrió—. ¿Más inapropiado que encontrar a tu prometido a solas con una sirvienta en un patio oscuro? Creo que la apropiación ya no es una preocupación.

Kira vio las opciones agotarse.

No había salida. No había excusa. Solo el beso, o la exposición.

—Como desees. —La voz de Dorian era una cáscara vacía.

Se giró hacia ella, y el Vinculum gritó su disculpa.

—Mírame —susurró, tan bajo que solo ella pudo oír—. Y perdóname.

Sus labios encontraron los de ella.

Y el mundo se incendió.

No como antes. No con la suavidad del primer beso en el bosque, ni con la desesperación del beso después del entrenamiento.

Este beso era posesión. Era marca. Era una mentira que quemaba la verdad debajo.

Dorian la atrajo hacia él, y el Vinculum se abrió completamente.

Kira sintió todo.

Su culpa. Su desesperación. El odio que sentía hacia sí mismo por hacer esto. Y debajo de todo eso, enterrado tan profundo que casi no podía alcanzarlo, el amor que no se atrevía a nombrar.

Ella respondió porque no tenía otra opción. Porque el Vinculum exigía reciprocidad. Porque si no lo hacía, Seraphina vería la verdad.

Sus manos encontraron su pecho. Sus labios se movieron contra los de él. Y por un momento, un momento terrible y hermoso, la mentira se convirtió en verdad.

El beso se profundizó.

El Vinculum pulsaba entre ellos, transmitiendo más que emociones. Transmitía pensamientos fragmentados, memorias ajenas, pedazos de alma.

Kira vio destellos de la infancia de Dorian. Un niño solo en un palacio de monstruos. Vio sus visiones del futuro, la caída de Vaelor, rostros que no reconocía. Vio su propio rostro, una y otra vez, en sueños que precedían su encuentro.

Y él vio lo mismo en ella.

Thornwall. Los cuerpos de sus padres. La promesa que se hizo a sí misma. La venganza que ardía en su sangre.

Se separaron jadeando.

Seraphina los observaba con ojos que no revelaban nada.

—Impresionante —dijo finalmente—. Ciertamente hay... fuego.

—¿Satisfecha? —La voz de Dorian era rasposa.

—Por ahora.

Seraphina se giró hacia la puerta.

—Oh, y muchacha —dijo sin volverse—. Ese tatuaje en tu muñeca. Lo he visto antes. En rebeldes capturados.

Kira sintió que el mundo se contraía.

—Los Oprimidos llevan esa marca. Todos ellos. —Seraphina la miró sobre su hombro—. Curioso que una huérfana del norte tenga el mismo diseño.

El silencio fue absoluto.

—Mañana —continuó Seraphina—, durante la ceremonia del solsticio, tendremos una demostración más elaborada. Y tú participarás.

La puerta se cerró detrás de ella.

Kira se quedó inmóvil, con los labios todavía ardientes, el Vinculum todavía vibrando con la intensidad del contacto.

—Lo sabe —susurró.

—No todo. —Dorian tomó sus manos—. Si supiera todo, ya nos habría expuesto.

—¿Eso supone ser un consuelo?

—Es una oportunidad. —Él la miró a los ojos—. Mañana, durante la ceremonia, haremos nuestro movimiento.

—¿Qué movimiento?

—El que salve a tu pueblo.

Kira sintió la determinación de él a través del vínculo. Era real. Era genuina.

Pero también sintió algo más.

Miedo.

Dorian Blackveil tenía miedo.

Y si él tenía miedo, ella debería estar aterrorizada.

—Confío en ti —dijo ella, y fue la verdad más difícil que había pronunciado.

—No deberías. —Él apretó sus manos—. Pero lo agradezco.

Se inclinó hacia ella, y por un momento ella pensó que la besaría de nuevo.

Pero no lo hizo.

En su lugar, presionó su frente contra la de ella, y el Vinculum cantó entre ellos con una intensidad que casi la derribó.

—Mañana —susurró—. Terminaremos esto.

Kira cerró los ojos, permitiendo que la conexión los envolviera.

Mañana.

El pueblo de Thornwall sería salvado o sacrificado. Y ella y Dorian vivirían o morirían juntos. No había otra opción.
El Vinculum no permitía otra opción.

CAPÍTULO 8: La verdad enterrada

Los archivos reales ardieron hace tres generaciones, pero el olor a ceniza permanecía como una herida que nunca cicatrizó.

Dorian lo recordaba de su infancia: pasillos que conducían a puertas selladas, sirvientes que susurraban sobre los conocimientos

perdidos, su padre destruyendo cualquier registro que no sirviera a sus propósitos. La historia de Vaelor era lo que el rey decidía que fuera.

Pero existían otros lugares.

—La cripta inferior no fue tocada —dijo Haldren, apareciendo de las sombras con una llave de hierro oxidado en la mano—. Los ancestros guardaban allí lo que los reyes posteriores consideraron... peligroso.

—¿Y por qué confías en mí?

El mayordomo lo miró con ojos que habían servido a tres generaciones de Blackveil.

—Porque su abuelo me hizo prometer que, cuando llegara el momento, mostraría a su heredero la verdad. —Haldren extendió la llave—. Creo que el momento ha llegado.

Dorian tomó la llave. El metal frío quemaba su palma como si supiera qué secretos protegería.

—¿Sabes qué busco?

—Sé que busca respuestas sobre el Vinculum. —Los ojos del mayordomo se oscurecieron—. Y le advierto, mi príncipe: algunas verdades destruyen más de lo que construyen.

La cripta inferior olía a tiempo muerto.

Dorian descendió por escalones de piedra que crujían bajo sus botas, sosteniendo una antorcha que proyectaba sombras danzantes sobre las paredes. El aire era denso, cargado de polvo y algo más:

un sabor metálico que reconoció como magia antigua. Magia que había esperado siglos para ser encontrada.

El pasillo se abrió a una cámara circular, llena de estantes de madera podrida y pergaminos dispersos. Pero no eran los documentos lo que capturó su atención.

Eran los murales.

Cubrían las paredes de piso a techo, pintados con pigmentos que brillaban débilmente bajo la luz de la antorcha. Mostraban figuras entrelazadas, cuerpos que se fundían, sangre que fluía entre dos formas como un río carmesí.

Y en el centro de cada imagen, un símbolo que reconoció instantáneamente.

El Vinculum.

Dorian se acercó a la pared más cercana, levantando la antorcha. El mural mostraba a dos figuras: una con cabello oscuro como la noche, otra con cabello dorado como el sol. Entre ellas, un hilo de luz las unía por el pecho.

Debajo, una inscripción en el idioma antiguo:

"Cuando la sangre Nighthollow se una a la sangre Blackveil, el ciclo terminará."

Nighthollow.

El nombre golpeó a Dorian como un puñetazo en el estómago.

Kira había mencionado su apellido una vez, en un momento de ira. Él no lo había registrado entonces, ocupado con la supervivencia inmediata. Pero ahora...

Nighthollow. La familia exterminada. La reina que según los registros oficiales murió sin herederos.

Excepto que no murió sin herederos.

Dorian se movió hacia el siguiente mural, con el corazón golpeando contra sus costillas como un pájaro enjaulado. Este mostraba una escena de batalla: ejércitos Blackveil cayendo ante una figura solitaria con cabello oscuro. La figura sostenía una espada que brillaba con luz propia, y de su pecho salían hilos de sangre que conectaban con cada soldado enemigo.

La inscripción decía:

"El Vinculum fue forjado para destruir. Para tomar lo que la tiranía ha robado y devolverlo a quienes merecen."

Dorian sintió que las rodillas le fallaban.

El Vinculum no era una maldición. Era un arma.

Un arma diseñada específicamente para destruir a los Blackveil.

Los pergaminos estaban organizados por fecha, no por tema.

Dorian pasó horas revisando documentos, buscando cualquier mención del Vinculum que confirmara lo que los murales sugerían. La mayoría estaban escritos en idiomas que solo podía traducir parcialmente, pero encontró suficiente.

Un texto, fechado trescientos años antes, describía el ritual de creación:

"La primera portadora del Vinculum fue Elena Nighthollow, reina de las tierras del norte. Lo forjó con su propia sangre, sacrificando a su hermana gemela para crear un enlace que transmitiera su linaje a

través de generaciones. El propósito: asegurar que siempre existiera alguien capaz de destruir a los Blackveil cuando la oscuridad consumiera a la familia real."

Dorian leyó las palabras una y otra vez, esperando que cambiaran.

No lo hicieron.

El Vinculum había elegido a Kira. No por casualidad. No por destino romántico. Porque ella era la heredera Nighthollow. Porque su sangre llevaba la misión de destruirlo.

Un segundo pergamino, más deteriorado, contenía una profecía:

"Cuando el heredero Blackveil se una a la heredera Nighthollow, el reino temblará. Uno debe matar al otro, o ambos perecerán. No hay otra forma. El Vinculum no permite alternativas. La sangre exige sacrificio."

Las palabras se borraron en un punto, pero Dorian había leído suficiente.

Uno debe matar al otro.

Kira estaba vinculada a él por un poder diseñado para obligarla a matarlo.

Y él estaba vinculado a ella por el mismo poder, que lo obligaría a matarla si quería sobrevivir.

La antorcha se estaba consumiendo.

Dorian reunió los pergaminos más importantes, aquellos que podrían explicar a Kira la verdad de su herencia. Ella merecía saber. Merecía entender por qué el Vinculum existía, qué significaba para ambos.

Pero mientras los enrollaba, una frase del primer mural regresó a él.

"El ciclo terminará."

No decía que uno destruiría al otro. Decía que el ciclo terminaría.

¿Qué ciclo? ¿El de la tiranía Blackveil? ¿El de la venganza Nighthollow? ¿El de sangre sobre sangre que había consumido a Vaelor durante generaciones?

Había una interpretación que no quería considerar. Una posibilidad que quemaba más que la esperanza.

¿Y si el Vinculum no estaba diseñado para forzar el asesinato? ¿Y si estaba diseñado para darles una elección?

El pergamino de la profecía decía que uno debía matar al otro, o ambos perecerían. Pero "perecer" no significaba necesariamente muerte física.

Podría significar la destrucción de todo lo que eran. De sus linajes. De sus identidades.

Dorian pensó en su padre. En el ritual del solsticio. En los planes del rey para usar a Kira como sacrificio.

El Vinculum había elegido este momento. Había unido a Kira y a Dorian ahora, cuando el rey estaba a punto de completar su ritual más ambicioso.

No podía ser coincidencia.

Un sonido.

Dorian se congeló, con los pergaminos todavía en las manos.

Pasos en la escalera. Lentos. Deliberados. El eco metálico de botas sobre piedra.

Apagó la antorcha y se presionó contra la pared, usando las sombras como cobertura. Los pergaminos crujieron suavemente mientras los escondía bajo su capa.

Los pasos se detuvieron en la entrada de la cámara.

—Puedes salir, hijo. Sé que estás ahí.

La voz del rey Aldric perforó la oscuridad como una lanza.

Dorian sintió que el Vinculum se tensaba en su pecho, transmitiendo la alerta a Kira a través de kilómetros de distancia. En algún lugar del palacio, ella sentiría su miedo.

No había escapatoria. La única salida era la escalera, y su padre la bloqueaba.

Salió de las sombras, manteniendo el rostro neutral.

—Padre. No esperaba encontrarte aquí.

—No. —El rey encendió una antorcha propia, iluminando su rostro—. Esperabas encontrar respuestas. ¿O me equivoco?

La luz reveló algo que Dorian no había notado antes: su padre no estaba solo. Dos guardias de élite flanqueaban la entrada, con las armaduras runadas brillando débilmente.

—Buscaba información sobre la historia de nuestra familia.

—¿La historia de nuestra familia? —El rey se acercó, con los ojos fijos en el bulto bajo la capa de Dorian—. ¿O la historia de los Nighthollow?

El silencio fue su condena.

—Sabía que vendrías aquí. —El rey sonrió—. Cuando descubrí que el Vinculum se había manifestado, supe que buscarías las viejas leyendas. Es tu naturaleza. Siempre has sido demasiado curioso para tu propio bien.

—¿Sabías?

—Por supuesto que sabía. —El rey hizo un gesto a los guardias, que avanzaron—. ¿Crees que permitiría que un poder así existiera sin monitorearlo? He esperado tres generaciones que el Vinculum eligiera a alguien. Y cuando finalmente lo hizo, eligió exactamente a quien debía.

Dorian sintió un frío que no tenía nada que ver con la temperatura de la cripta.

—Kira.

—La heredera Nighthollow. La última de su línea. —El rey se detuvo frente a él—. ¿Crees que fue coincidencia que sobreviviera a Thornwall? ¿Que llegara al palacio precisamente cuando mis planes estaban madurando? Nada de esto es casual, hijo. Todo ha sido orquestado.

—¿La dejaste vivir?

—La preservé. Hay una diferencia. Su sangre es necesaria para completar el ritual. Y el Vinculum... —Los ojos del rey brillaron—. El Vinculum la conecta a ti. Y a través de ti, a toda la línea Blackveil. Cuando el ritual se complete, su poder fluirá hacia mí. No solo destruiré a los Nighthollow. Me apropiaré de su legado.

Dorian sintió que algo dentro de él se rompía.

Todo había sido una trampa. Desde el principio. Kira no había llegado a su vida por destino. Había sido empujada hacia él por un rey que jugaba con vidas como piezas de ajedrez.

—¿Y yo? —preguntó, con la voz quebrada—. ¿Soy solo otra pieza?

—Eres mi hijo. Eres el conducto. —El rey extendió la mano hacia el rostro de Dorian—. Cuando el Vinculum se complete, tu conexión con ella me dará acceso a su sangre. Y a través de esa sangre, al poder de los Nighthollow.

Dorian se apartó del toque.

—No dejaré que lo hagas.

—¿No? —El rey se rió—. ¿Qué planeas hacer? ¿Matarla tú mismo? Porque esa es tu única alternativa. La profecía es clara: uno de ustedes debe morir. Y si no la matas, el Vinculum los consumirá a ambos.

—Las profecías pueden ser interpretadas.

—Las profecías son absolutas. —El rey señaló los murales—. ¿Crees que Elena Nighthollow creó el Vinculum por amor? Lo creó por venganza. Quería que su descendiente destruyera a los Blackveil. Y ahora, irónicamente, esa misma venganza me dará el poder que necesito para gobernar eternamente.

Los guardias rodearon a Dorian, cortando cualquier ruta de escape.

—Mañana, durante el solsticio, completaré el ritual. Y tú, hijo mío, participarás voluntariamente.

—¿O?

—O la muchacha sufrirá de maneras que ni siquiera puedes imaginar. —El rey se inclinó hacia él—. El Vinculum comparte dolor, ¿verdad? Imagina lo que sentirás cuando la torturen frente a ti. Imagina cuánto durará antes de que ruegues por acabar con ella tú mismo.

Dorian sintió que el Vinculum pulsaba en su pecho, transmitiendo algo a través de la distancia. Kira. Ella estaba sintiendo su terror, su desesperación.

—¿Ella vale tu reino, hijo?

La pregunta flotó en el aire, pesada como una sentencia de muerte.

—¿Vale tu reino?

Dorian pensó en Kira. En su risa rara y su ira constante. En la forma en que lo miraba como si fuera un enemigo y un salvador al mismo tiempo. En el beso que los había quemado a ambos.

Pensó en los pergaminos escondidos bajo su capa. En la profecía que decía que uno debía matar al otro.

Y entonces pensó en algo más.

El Vinculum había sido creado para destruir a los Blackveil. Pero también había sido creado por una reina que amaba a su hermana. Que sacrificó a su gemela por un propósito mayor.

El amor y la destrucción no eran opuestos. Eran lados de la misma moneda.

—Sí —respondió Dorian, y cada palabra era una verdad absoluta—. Ella vale mi reino. Ella vale todo.

El rey lo estudió durante un momento que se estiró como una eternidad.

—Entonces —dijo finalmente—, no me dejas otra opción.

Hizo un gesto a los guardias.

—Enciérrenlo en sus aposentos. Y traigan a la muchacha. Es hora de que vea qué pasa cuando un Blackveil elige traicionar su sangre.

Los guardias lo agarraron por los brazos, arrastrándolo hacia la escalera.

Dorian no luchó.

No porque no pudiera. Sino porque el Vinculum le mostraba algo más importante.

Kira ya sabía. El vínculo le había transmitido todo. Y ella estaba en movimiento.

La profecía decía que uno debía morir.

Pero no especificaba cuál.

CAPÍTULO 9: El precio de la lealtad

El dolor la despertó antes del amanecer.

No era suyo. Kira lo supo en el instante en que el Vinculum la atravesó como una lanza de hielo, arrancándola del sueño con el corazón golpeando contra sus costillas. El terror de Dorian. La presión de manos que no la tocaban. La sensación de ser arrastrado, inmovilizado, encerrado.

Lo habían capturado.

El rey. Tenía que haber sido el rey. El Vinculum transmitía fragmentos de la confrontación: la cripta, los guardias, las palabras de su padre resonando en la mente de Dorian como ecos distantes. Todo había sido orquestado. Desde el principio.

Kira se llevó las manos al pecho, intentando calmar el latido desbocado. A través del vínculo, sentía a Dorian luchando por mantener el control, empujando emociones hacia ella que eran tan claras como palabras habladas.

No vengas. Es una trampa.

Como si ella tuviera opción.

El solsticio era al día siguiente. Los supervivientes de Thornwall estaban siendo cazados. Y el rey había revelado finalmente su juego: usar el Vinculum para acceder a la sangre Nighthollow, destruir todo lo que quedaba de su pueblo, y concederse inmortalidad en el proceso.

Las rutas de escape que Haldren le había mostrado. Los contactos de la resistencia en la ciudad baja. El código que Vera le había enseñado hace tres años, cuando todavía creía que la guerra era simple.

Tenía que advertirlos.

El Vinculum pulsó con la desesperación de Dorian.

No confíes en nadie. Mi padre tiene espías en todas partes.

Kira apretó los dientes. Incluso ahora, incluso prisionero, él intentaba protegerla. La ironía la golpeó como un puñetazo: el hijo del tirano preocupándose por ella mientras su propio pueblo probablemente la consideraba una traidora.

Se deslizó por el pasadizo que emergía detrás de las cocinas. El palacio dormía, pero los guardias patrullaban con duplicada frecuencia.

El contacto era un hombre llamado Corvan.

Kira lo encontró en una taberna que olía a cerveza rancia y desesperación, sentado solo en una esquina donde las velas no alcanzaban a iluminar. Su rostro era una red de cicatrices que reconocía: marcas de los Oprimidos que habían intentado usar magia más allá de lo que sus tatuajes permitían.

—Nighthollow —dijo él, sin levantar la vista de su copa—. Pensé que estabas muerta.

—Casi. —Kira se sentó frente a él, manteniendo las manos sobre la mesa—. Necesito enviar un mensaje a la resistencia.

—¿La resistencia? —Corvan la miró, y sus ojos eran dos abismos de cansancio—. ¿Qué resistencia? El rey ha estado capturando a nuestros hombres durante semanas. Los campos del sur han sido arrasados.

El estómago de Kira se contrajo.
—¿Los supervivientes de Thornwall?
—Presos. Todos. —Corvan bebió de su copa—. El rey los reunió antes de que pudiéramos moverlos. Cualquiera que intentó interferir terminó en las mazmorras o en la fosa común detrás del palacio.

La habitación giró ligeramente.
—¿Vera? ¿El Comandante Vane?
—Vane está muerto. Lo ejecutaron hace tres días por traición. —Corvan hizo una pausa—. Vera... no se sabe. Algunos dicen que huyó. Otros que la capturaron con los demás.

El Vinculum transmitió una oleada de dolor que no pertenecía a Kira. Dorian, sintiendo su angustia a través del vínculo. —¿Y los demás? ¿Los que quedan?
Corvan se recostó, estudiándola con ojos que habían visto demasiadas traiciones. —¿Por qué preguntas? ¿Para enviarles a ellos también al matadero? —Yo no...
—Tú qué. —La voz de él se volvió dura—. Te infiltraste en el palacio hace meses. Tenías una misión: eliminar al príncipe heredero. Y ahora resulta que sigues viva, él sigue vivo, y de repente el rey sabe exactamente dónde encontrar a cada uno de nuestros escondites.

Kira sintió el frío de la acusación en sus huesos. —No traicioné a nadie.
—¿No? —Corvan se inclinó hacia ella—. Entonces explícame por qué

el príncipe te mantiene cerca. Explícame por qué no te ha ejecutado como a los demás. —No puedo explicarlo sin...
—¿Sin revelar que eres una traidora? —Corvan se levantó—. Los demás tenían razón. Debimos matarte cuando tuvimos la oportunidad.

El movimiento en las sombras fue casi imperceptible. Kira lo reconoció demasiado tarde: el brillo de una hoja, el gesto de un hombre que no tenía nada que perder. Se lanzó hacia atrás mientras la daga de Corvan cortaba el aire donde había estado su garganta.
—¡Espera!
—Esperé tres meses. —Él atacó de nuevo, con la ferocidad de alguien que ha perdido todo—. Tres meses enterrando a amigos que confiaron en que cumplirías tu misión.

Kira esquivó el golpe, pero el Vinculum la distrajo con un flash de advertencia de Dorian. Alguien se acercaba. Guardias. El rey había enviado refuerzos. —No soy tu enemiga.
—Todos son mi enemiga. —Corvan la acorraló contra la pared—. Y los traidores mueren como traidores.

La puerta de la taberna se abrió de golpe.

No fueron guardias.

La figura que entró vestía de negro, con el rostro cubierto por una máscara que Kira reconoció instantáneamente. Vera. Pero no la Vera que ella conocía: esta versión tenía ojos que habían visto la muerte de demasiados amigos y habían aprendido a no llorar.

—Corvan. Baja el cuchillo.
—Thornwood. Esta mujer es una traidora. —Dije que lo bajes.

La autoridad en la voz de Vera era inconfundible. Corvan dudó, luego retrocedió, manteniendo la daga visible. —¿Sabes lo que ha hecho?

—Sé más de lo que crees. —Vera se acercó a Kira—. ¿Vienes del palacio? —Sí. Y tengo información que...
—¿Información? —Vera soltó una risa amarga—. Tu información nos ha costado medio movimiento. —Yo no...
—¿No qué? ¿No sabías que el rey te estaba usando? ¿No sabías que cada paso que dabas era monitoreado? —Vera la agarró del brazo, arrastrándola hacia una puerta trasera—. Eres un cabo suelto, Nighthollow. Y los cabos sueltos se cortan.

El callejón estaba desierto, pero Kira podía sentir a los guardias acercándose. El Vinculum le mostraba su ubicación a través de los ojos de Dorian: patrullas rodeando la manzana. —Vera, escúchame. El rey planea usar a los prisioneros de Thornwall en un ritual. Mañana. Al amanecer. —¿Hacemos? —Vera la soltó bruscamente—. No hay "hacemos". Tú elegiste tu bando cuando dejaste vivo al príncipe. —No pude matarlo. El Vinculum...
—¿Esa es tu excusa? —Vera sacudió la cabeza—. Sabíamos del Vinculum antes de enviarte. Creímos que serías lo suficientemente fuerte para ignorarlo. —¿Sabían? —Kira sintió que el suelo se abría bajo sus pies—. ¿Sabían que estábamos vinculados y me enviaron de todos modos? —Eras la única con sangre suficiente para acercarte a él. La única cuya conexión con los Nighthollow podría despertar el vínculo. —Vera la miró con algo que podría haber sido compasión si no estuviera tan enterrada bajo capas de pragmatismo —. Fuiste un arma, Kira. Un arma diseñada para destruir a los Blackveil desde adentro. —¿Y si el arma fallaba...?
—Entonces el Vinculum te mataría a ti. O lo mataría a él. De cualquier forma, el resultado sería aceptable.

El mundo se detuvo.
Kira escuchó las palabras, pero su significado se negaba a penetrar. La resistencia. Su pueblo. Las personas por las que había luchado, sangrado, sacrificado todo. La habían usado. Como el rey usaba a todos. Como Dorian había sido usado. —¿Vane sabía?
—Vane dio la orden. —Vera se ajustó la máscara—. Ahora vete. Los guardias llegarán en minutos. —¿Así de simple?

—Nada es simple. —Vera le dio la espalda—. Pero la guerra no espera a los que se enamoran de sus enemigos.

Se desvaneció en las sombras como si nunca hubiera estado allí.

No recordaba cómo llegó al palacio.
Los pasadizos se desdibujaban en su memoria, una serie de túneles y giros que recorrió automáticamente mientras su mente procesaba lo que había aprendido. Todo había sido una mentira. Su misión. Su propósito. La causa por la que había jurado vivir y morir. La resistencia la había enviado a morir, esperando que el Vinculum cumpliera lo que ella no pudiera. Y ella había fallado incluso en eso.
El Vinculum pulsó con la presencia de Dorian, más cercana ahora. Él estaba en sus aposentos, custodiado pero vivo. A través del vínculo, ella sintió su alivio al saber que había regresado, mezclado con el dolor de lo que había descubierto. Él sabía. El maldito vínculo le había mostrado todo. La puerta de sus aposentos estaba abierta cuando llegó. Los guardias la flanqueaban, pero no intentaron detenerla cuando entró. Dorian estaba de pie junto a la ventana, con la luz de la luna recortando su silueta. Su rostro era una máscara de emociones en conflicto: ira, alivio, algo más profundo que se negaba a nombrar. —Supongo que no necesito preguntar cómo te fue. Su voz era suave, pero el Vinculum transmitía el huracán que rugía debajo. —Lo siento.
—¿Lo sientes? —Él se giró hacia ella—. ¿Por qué? ¿Por contactar a tus aliados? ¿Por descubrir que te usaron como yo fui usado? —No fui a traicionarte.
—¿No? —Dorian dio un paso hacia ella—. Entonces ¿a qué fuiste, Kira? —Fui a salvar a mi pueblo.
—¿Tu pueblo? —La risa de él fue amarga—. El pueblo que te envió a matarme. El pueblo que esperaba que el Vinculum te destruyera.
Kira no tuvo respuesta.
—Te dije que la resistencia me consideraba una traidora. —Dorian cerró la distancia entre ellos—. Te dije que no había nadie en quien

pudieras confiar fuera de estos muros. ¿Y qué hiciste? Corriste hacia ellos como una niña buscando a su familia. —Tenía que intentarlo.
—¿Tenías que arriesgar tu vida por personas que te ven como un arma gastada? —No me toques como si tuvieras derecho. —¿Derecho? —Sus dedos se apretaron—. Tengo más derecho del que quieres admitir. El Vinculum me muestra lo que sientes, Kira. Incluso ahora. —¿Sentir qué?
—Que quieres confiar en mí. Que una parte de ti, una parte estúpida y suicida, ha dejado de verme como tu enemigo. Kira intentó apartarse, pero él no se lo permitió. —Suéltame.
—No. —La voz de Dorian se quebró—. No hasta que admitas la verdad. —¿La verdad? ¿Que el Vinculum nos obliga a esto? —¿Eso es lo que crees? ¿Que lo que siento es solo el vínculo? Se inclinó hacia ella, y por un instante Kira pensó que la besaría. Pero se detuvo a centímetros de su rostro, con el aliento mezclándose con el de ella. —El Vinculum transmite lo que ya existe. No crea. No inventa. Solo... amplifica. —No...
—Mientes. —Él presionó su frente contra la de ella—. Puedo sentir la mentira a través del vínculo. Puedo sentir lo que intentas enterrar. El deseo reprimido. La atracción que ella había combatido desde el principio. La verdad que se negaba a aceptar porque aceptarla significaba traicionar todo lo que había sido. —Incluso si fuera verdad —susurró ella—, no cambiaría nada. —¿No? —Dorian la miró a los ojos—. Cambiaría todo. —Tu padre matará a mi pueblo. Mañana. Al amanecer. —Lo sé.
—¿Y qué piensas hacer?
El silencio se estiró entre ellos.
—Hay algo que no te he contado —dijo finalmente Dorian—. Algo que encontré en la cripta antes de que mi padre me capturara. —¿Qué?
—La profecía del Vinculum. Dice que uno de nosotros debe matar al otro, o ambos pereceremos. Kira sintió que las palabras la atravesaban. —¿Uno de nosotros?
—Eso es lo que dicen los pergaminos. —Dorian la soltó, dando un paso atrás—. Mi padre lo sabe. Por eso me dejó vivo. Por eso te dejó acercarte a mí. Espera que el vínculo nos obligue a destruirnos

mutuamente. —Y si no lo hacemos...
—El vínculo nos consumirá.
Kira cerró los ojos, sintiendo el peso de todo lo que había aprendido. La resistencia la había usado. El rey la había manipulado. Y ahora el vínculo que la unía a Dorian podía ser la muerte de ambos. —Entonces no tenemos salida.
—Siempre hay una salida. —Dorian tomó sus manos—. Los pergaminos también decían otra cosa. "El ciclo terminará." No cómo. No cuándo. Solo que terminará. —¿Y eso se supone que es esperanzador? —Es algo. —Él apretó sus dedos—. Y en este momento, algo es todo lo que tenemos. Kira abrió los ojos, encontrando los de él a través de la penumbra. —Tu padre tiene a mi pueblo. Tiene a los prisioneros. Y mañana... —Mañana haremos algo al respecto.
—¿Qué?
—No lo sé todavía. —Dorian llevó una de sus manos a su mejilla—. Pero no dejaré que los mate. Te lo prometo. —No puedes hacer esa promesa.
—Acabo de hacerla.
El Vinculum cantó entre ellos, transmitiendo la verdad de sus palabras. Él creía lo que decía. Y una parte de ella quería creerlo también. —Dorian...
—Lo sé. —Él retiró la mano—. Lo sé que no deberíamos. Pero no puedo... —¿No puedes qué?
—No puedo dejarte ir. —Las palabras salieron como una confesión arrancada bajo tortura—. Ni siquiera sabiendo que podría ser mi muerte. Kira sintió que algo dentro de ella se rompía. —¿Planeabas usarme y desecharme?
La pregunta salió antes de que pudiera detenerla. No era lo que había querido preguntar. Pero estaba ahí, flotando entre ellos como una acusación. Dorian se tensó.
—¿Qué?
—La resistencia creía que te mataría. ¿Y tú? ¿Qué planeabas tú? —¡No! —La palabra estalló de él con una fuerza que los sobresaltó a ambos—. Nunca. Yo nunca... Se interrumpió, y el Vinculum transmitió su verdad más claramente que cualquier palabra. Él la

amaba.
La amaba de una manera que ninguno de los dos había pedido, que los destruiría a ambos si la profecía se cumplía. Y ella lo amaba también.
El conocimiento la golpeó como una ola, arrasando las mentiras que se había contado durante semanas. No era solo el vínculo. Era algo que había crecido en los espacios entre el odio y la necesidad. —Esto nos matará —susurró ella.
—Probablemente. —Dorian la atrajo hacia él—. Pero no esta noche.
Sus labios encontraron los de ella en la oscuridad. Y por primera vez desde que el Vinculum los había unido, el beso no fue desesperación ni supervivencia. Fue rendición. Fue la verdad que ambos habían estado huyendo. Cuando se separaron, Kira supo que algo había cambiado irreversiblemente. —Mañana —dijo él—. Mañana enfrentaremos a mi padre. Mañana salvaremos a tu pueblo. —¿Y si no podemos?
—Entonces moriremos intentándolo.
—Juntos.
—Juntos.
Afuera, el cielo comenzaba a clarear hacia el este. El solsticio había llegado.

CAPÍTULO 10: La jaula de cristal

La encerró porque quería castigarla. Y porque sabía que castigarla era la única forma de mantenerla viva.

Dorian observó a través de los barrotes mientras Kira se golpeaba contra el hierro como un animal enjaulado, con los puños ensangrentados y los ojos ardiendo con una furia que el Vinculum transmitía directamente a su pecho. Cada golpe resonaba en sus costillas. Cada grito le rasgaba la garganta. El dolor era exquisito. Delicioso. Y eso lo aterrorizaba. —¡No tienes derecho! —Kira golpeó los barrotes otra vez, y Dorian sintió el impacto en sus propios nudillos—. ¡Eran mi gente! ¡Tenía que ir! —¿Para que te mataran? —Él no se movió de su posición frente a la puerta—. ¿Para que mi

padre te usara exactamente como planeaba? —¡No me importa lo que planeaba!
—¡A mí sí! —La voz de Dorian estalló con una intensidad que sorprendió a ambos—. Me importa si vives. Me importa si sobrevives a esta maldita noche. Y si eso significa que me odias... entonces ódiame. Kira se detuvo. La sangre de sus manos goteaba al suelo de piedra, y Dorian sintió cada gota como si fuera la suya propia. Pero debajo del dolor, el Vinculum transmitía algo más oscuro: el pulso de su ira mezclándose con algo que ninguno de los dos quería nombrar.
—Ya te odio —dijo ella, con la voz más suave de lo que debería haber sido—. Pero el Vinculum muestra que miento. El deseo lo golpeó como una ola de calor, atravesando los barrotes, atravesando la ira, asentándose en su bajo vientre con una insistencia que lo mortificaba. —Deja de hacer eso —murmuró.
—¿Hacer qué? —Kira se acercó a los barrotes, con los dedos sangrantes curvándose alrededor del metal—. ¿Sentir? No puedo controlar lo que el vínculo transmite más de lo que tú puedes. Pero sus ojos brillaban con algo que no era ira. Y el Vinculum latía con algo que no era odio. ---
La habitación que Dorian había convertido en prisión era una de las cámaras de invitados del ala este, lejos de las mazmorras donde el rey mantenía a los verdaderos prisioneros. Había una cama con sábanas limpias, una ventana con vista a los jardines, y una chimenea que proyectaba calor suficiente para combatir el frío del solsticio. No era una celda. Pero los barrotes en la puerta la convertían en una jaula. Y él era el carcelero. —Los prisioneros de Thornwall —dijo Kira, con la voz más calmada ahora—. ¿Sabes dónde están? —En las mazmorras inferiores. Mi padre los prepara para el ritual del amanecer. —Entonces déjame ir. —Ella se acercó a los barrotes, agarrándolos con los dedos sangrantes—. Si voy ahora, puedo... —¿Qué? ¿Rescatarlos tú sola? ¿Enfrentarte a los guardias de élite de mi padre? —Tengo que intentarlo.
—No. —Dorian dio un paso hacia ella—. No tienes que hacer nada. Yo encontraré una forma. —¿Tú? —La risa de Kira fue amarga—. ¿El príncipe que no puede ni salir de sus propias habitaciones sin permiso? ¿El hombre que necesita encerrarme para sentir que tiene

control? El golpe llegó a través del Vinculum antes de que Dorian pudiera bloquearlo. No era dolor físico, sino algo peor: la verdad de sus palabras resonando en su mente, mezclada con una vergüenza que él no quería admitir. —Mañana —continuó ella—, tu padre completará su ritual. Usará mi sangre. Usará a mi pueblo. Y tú... tú te quedarás aquí, encerrándome mientras el mundo arde. —No entiendes.
—Entiendo perfectamente. —Kira lo miró a través de los barrotes, y el Vinculum transmitió algo que casi lo doblega: deseo puro, sin adulterar, mezclado con desprecio—. Eres un cobarde. Y lo peor es que puedo sentir cuánto te excita tenerme aquí. Encerrada. A tu merced. Dorian sintió que el aire se le escapaba de los pulmones. No era verdad. No podía ser verdad.
Pero el Vinculum no mentía. Y lo que transmitía era un deseo oscuro, prohibido, que él había enterrado tan profundamente que ni siquiera lo había reconocido hasta este momento. ---
—¿Cobarde? —repitió, con la voz más suave de lo que debería haber sido. —¿Qué otra palabra hay para alguien que encierra a la única persona que podría ayudarlo? —Kira se acercó más a los barrotes, con los dedos sangrantes apretando el metal—. Alguien que usa la protección como excusa para el control. —¿Ayudarme? —Él se acercó más, atraído por una fuerza que no podía nombrar—. ¿Ayudarme a morir más rápido? —Ayudarte a luchar.
—¿Luchar? —La risa de Dorian fue amarga—. ¿Contra qué? ¿Contra mi padre? ¿Contra el ejército que obedece cada una de sus órdenes? ¿Contra la profecía que dice que uno de nosotros debe morir? Kira no respondió.
—He pasado toda mi vida viendo cómo mi padre destruía todo lo que tocaba —continuó Dorian—. Pueblos. Familias. Personas. Y cada vez, yo permanecía callado. Cada vez, elegía sobrevivir en lugar de resistir. —Entonces cámbialo.
—Estoy intentando cambiarlo. —Él presionó su frente contra los barrotes, tan cerca de ella que podía sentir su aliento, tan cerca que el Vinculum ardía entre ellos—. Estoy intentando que sobrevivas. —No a costa de mi pueblo.
—¿Tu pueblo? —La ira volvió a subir, mezclándose con el deseo que

lo mortificaba—. ¿El mismo pueblo que te envió a morir? ¿El mismo pueblo que sabía del Vinculum y te usó como un arma? El rostro de Kira se tensó, pero el Vinculum transmitió su dolor, su conflicto, la herida que esas palabras abrían. —No puedes elegir a quién protejo. —No. Pero puedo señalarte cuando eliges mal. —¿Y tú? ¿Qué eliges tú, Dorian? ¿Encerrarme aquí mientras decides qué hacer conmigo? ¿Mientras decides si soy una persona o una posesión? —Yo elijo que vivas. —Las palabras salieron como una confesión—. Aunque me odies por ello. Aunque el Vinculum me transmita cada momento de tu odio. Aunque puedas sentir... —se interrumpió, incapaz de terminar la frase. —¿Sentir qué? ¿Tu deseo? —Kira lo estudió a través de los barrotes, y el Vinculum se tensó entre ellos—. ¿Crees que no lo sé? ¿Crees que no puedo sentir cómo me quieres? ¿Cómo me deseas? —Kira...
—El Vinculum muestra todo, Dorian. Cada pensamiento oscuro. Cada impulso prohibido. —Ella inclinó la cabeza, con los ojos brillando—. Puedo sentir cuánto te gusta tenerme aquí. Encerrada. Atrapada. Dependiendo de ti. —Eso no es...
—¿No es qué? ¿No es verdad? —Ella extendió la mano entre los barrotes, con los dedos sangrantes rozando el aire frente a su rostro —. Entonces ¿por qué tu corazón se acelera cuando me acerco? ¿Por qué el vínculo pulsa más fuerte cuando estoy tan cerca que casi puedo tocarte? Dorian no podía respirar. No podía pensar. El Vinculum estaba ardiendo entre ellos, transmitiendo el deseo de ella mezclado con el suyo, creando un ciclo que se alimentaba a sí mismo. —Eso no es protección —dijo ella finalmente, con la voz más suave—. Es posesión. Y los dos lo sabemos. ---
El amanecer se acercaba.
Dorian lo sentía en el aire, una presión que aumentaba con cada hora que pasaba. El solsticio. El momento en que su padre completaría el ritual que había planeado durante décadas. —Necesito que te quedes aquí —dijo, alejándose de los barrotes con un esfuerzo que casi lo destruyó—. Solo hasta que encuentre una forma de... —¿Una forma de qué? ¿De salvar a todos sin sacrificar a nadie? —Kira se apoyó contra la pared opuesta, y el Vinculum transmitió algo más que ira: desesperación, y debajo, el deseo que

ella intentaba enterrar—. Ese no es el mundo en el que vivimos. —Lo sé.
—Entonces actúa como si lo supieras. —¿Qué quieres que haga? —preguntó él, con la voz quebrada—. ¿Que te deje ir a morir? —Quiero que me dejes elegir.
—¿Elegir morir?
—Elegir cómo vivo. —Kira se acercó de nuevo a los barrotes—. El Vinculum no te da derecho sobre mis decisiones. —El Vinculum me da derecho sobre tu vida. —¿De verdad? —Hubo algo en su tono que lo detuvo, algo oscuro y peligroso—. ¿Crees que el Vinculum te da poder sobre mí? —Yo...
—El Vinculum comparte dolor. —Ella extendió la mano entre los barrotes, tocando el aire frente a su rostro—. Comparte sangre. Comparte muerte. Pero no te da control. —Yo no...
—Déjame demostrarte algo.
Antes de que Dorian pudiera reaccionar, Kira apretó su propia mano contra el hierro frío, con los dedos sangrantes presionando contra el metal. El dolor lo golpeó como una ola.

No era solo el dolor físico. Era algo más profundo, una agonía que recorría cada nervio de su cuerpo, que le arrancaba el aire de los pulmones y le nublaba la visión. —¿Lo sientes? —La voz de Kira llegó desde muy lejos—. ¿Sientes lo que yo siento? Dorian cayó de rodillas, incapaz de respirar. —El Vinculum —continuó ella, sin soltar el hierro—. Comparte todo. Incluyendo esto. El dolor aumentó. Ella estaba presionando más fuerte, deliberadamente, usando su propio sufrimiento como un arma. —Podría matarme ahora —dijo Kira—. Golpear mi cabeza contra estos barrotes hasta que mi cráneo se rompa. Y tú morirías conmigo. El Vinculum no distingue entre el dolor que me infligen y el dolor que me inflijo. —Kira... —El nombre salió como un jadeo. —¿Todavía crees que tienes control? Ella soltó el hierro.
El dolor desapareció instantáneamente, dejando a Dorian jadeando en el suelo. El Vinculum latía con el eco del sufrimiento, transmitiendo la satisfacción oscura de Kira junto con el alivio... y algo más. Deseo.

El deseo de ella, mezclado con el poder que acababa de demostrar. El deseo de él, mezclado con una rendición que lo mortificaba. —No eres mi carcelero, Dorian. —Ella se agachó frente a los barrotes, mirándolo desde arriba—. Eres mi prisionero tanto como yo lo soy tuya. Y los dos sabemos cuánto te gusta. ---
Dorian se incorporó lentamente, con los músculos temblando. Ella tenía razón. Por supuesto que tenía razón. El Vinculum los ataba de maneras que ninguno de los dos había anticipado. Cada vez que él intentaba protegerla, ella podía usar el vínculo para destruirlo. Cada vez que ella intentaba escapar, él podía transmitirle suficiente dolor para detenerla. Pero había algo más. Algo que el Vinculum había estado transmitiendo todo el tiempo, enterrado bajo la ira y el miedo. Deseo. Deseo oscuro, prohibido, mutuo.
—¿Por qué? —preguntó él, todavía en el suelo—. ¿Por qué no lo usaste antes? —Porque no quería. —Kira se sentó en el borde de la cama, con las manos sangrantes sobre las rodillas—. No quiero hacerte daño, Dorian. A pesar de todo, no quiero. El Vinculum transmitió la verdad de sus palabras. —Pero si me encerras aquí mientras mi pueblo muere... —continuó ella—. Si me obligas a elegir entre tú y ellos... no me dejas otra opción. —No es una elección justa.
—Nada es justo. —Kira lo miró—. ¿Crees que fue justo que el Vinculum nos uniera? ¿Que mi pueblo me usara? ¿Que tu padre nos manipulara desde el principio? —No.
—Entonces deja de actuar como si pudieras hacer que las cosas sean justas. Solo puedes actuar. Dorian se levantó, apoyándose contra la pared frente a los barrotes. —Si te dejo ir... mi padre te usará en el ritual. —Si me quedo... mi pueblo morirá de todas formas. —Hay una tercera opción.
—¿Cuál?
—Esperar. Encontrar otra forma.
—No hay tiempo.
—Kira... —Él se acercó a los barrotes—. Si sales de este palacio, mi padre sabrá. Tiene espías en todas partes. Tiene magia que rastrea la sangre Nighthollow. No llegarás ni a las murallas. —Entonces ve conmigo.

—¿Qué?
—Tú conoces el palacio. Conoces los pasadizos. Conoces los puntos débiles de tu padre. —Kira se puso de pie—. Si vamos juntos, tenemos una posibilidad. —¿Y si fallamos?
—Entonces morimos juntos. —Ella se encogió de hombros—. Al menos será nuestra elección. ---
El Vinculum transmitió algo que Dorian no esperaba. Ella tenía miedo. Mucho miedo. Pero debajo del miedo había algo más: una determinación feroz que la sostenía incluso cuando todo lo demás se derrumbaba. Y había otra cosa.
Deseo.
No solo el deseo físico que el vínculo amplificaba, sino algo más profundo. El deseo de que él la siguiera. De que eligiera luchar a su lado en lugar de protegerla desde lejos. —Mientes —dijo él.
—¿Qué?
—Dices que quieres que vaya contigo por estrategia. Pero el Vinculum muestra otra cosa. Kira se tensó.
—El Vinculum muestra demasiado.
—Muestra lo que realmente quieres. —Dorian agarró los barrotes—. ¿Cuánto tiempo has sabido que no era solo el vínculo? —No sé de qué hablas.
—Mientes otra vez. —Él presionó su frente contra el metal—. Puedo sentirlo. El deseo. La necesidad. Todo lo que intentas enterrar. Todo lo que yo intento enterrar. —Cállate.
—¿Por qué? ¿Porque duele admitirlo? —Porque no cambia nada. —La voz de Kira se quebró—. Aunque quisiera... aunque sintiera... no cambia que uno de nosotros tiene que morir. El silencio que siguió fue denso como el plomo. —La profecía —dijo Dorian.
—La profecía. Uno mata al otro, o ambos perecen. —Kira lo miró con ojos que brillaban en la penumbra—. ¿Cómo podemos luchar juntos sabiendo eso? ¿Cómo podemos... querernos... sabiendo eso? —No lo sé.
—Entonces no me pidas que pretenda que hay esperanza. —No te pido que pretendas nada. —Dorian metió la mano por los barrotes, tocando su mejilla—. Te pido que pelees conmigo. ---
Kira se tensó bajo su toque, pero no se apartó. El Vinculum cantó

entre ellos, transmitiendo emociones que las palabras no podían capturar. El miedo de ambos. El deseo de ambos. La desesperación compartida y la esperanza que ninguno se atrevía a nombrar. —Si te dejo salir —dijo Dorian—, prométeme algo. —¿Qué?
—Que no te sacrificarás por tu pueblo. —No puedo prometer eso.
—Entonces promete que lucharás para vivir. Kira lo estudió durante un momento que se estiró como una eternidad. —Prometo luchar —dijo finalmente—. No puedo prometer más. Era suficiente.
Dorian sacó la llave de su bolsillo, con los dedos temblando ligeramente. El metal estaba frío, sólido, real. Una decisión que no podía deshacer. —Si mi padre nos atrapa...
—Nos matará.
—Si el ritual se completa...
—Mi pueblo morirá.
—Si la profecía se cumple...
—Uno de nosotros matará al otro.
—Hay muchas formas de morir —dijo Dorian, girando la llave en la cerradura. Los barrotes se abrieron con un chirrido que resonó en el silencio. Kira salió lentamente, como si esperara que él cambiara de opinión. Dorian no se movió, manteniendo la puerta abierta mientras ella se detenía frente a él. —¿Por qué? —preguntó ella.
—Porque tienes razón. —Él dejó caer la llave al suelo—. No puedo protegerte encerrándote. Solo puedo protegerte luchando a tu lado.
—Y si perdemos...
—Entonces perdemos juntos.
Kira asintió una vez, con los ojos brillantes en la penumbra. —Deberíamos movernos. El amanecer llega en dos horas. —Los pasadizos del ala este nos llevarán a las mazmorras inferiores. Conozco una ruta que evita las patrullas principales. —¿Y tu padre?
—Estará preparando el ritual. No esperará que nos movamos antes del amanecer. —¿Estás seguro?
—No estoy seguro de nada. —Dorian la miró—. Pero es nuestra mejor opción. Se movieron hacia la puerta, con el Vinculum pulsando entre ellos como un segundo corazón. Cada paso que daban juntos transmitía algo nuevo: determinación, miedo, y debajo de todo, el deseo que ninguno de los dos podía ignorar. En el

umbral, Kira se detuvo.
—Dorian.
—¿Qué?
—Gracias.
No era la palabra correcta. No era suficiente para lo que él había hecho, para lo que ambos arriesgaban. Pero el Vinculum transmitía el significado real: la gratitud, el alivio, la conexión que se profundizaba con cada momento que pasaban juntos. —No me des las gracias todavía —dijo él—. Aún tenemos que sobrevivir a esta noche. —Lo sé.
Kira se giró hacia el pasillo, con la espalda recta y los puños apretados. Pero Dorian la detuvo antes de que pudiera avanzar, agarrándola de la muñeca. —Kira.
Ella se volvió, y el Vinculum ardió entre ellos. —¿Qué?
—La profecía dice que uno de nosotros debe morir. —Lo sé.
—Pero no dice cuándo.
El Vinculum transmitió su confusión, mezclada con una chispa de algo que podría haber sido esperanza. —¿Qué quieres decir?
—Quiero decir que la profecía no tiene fecha límite. Podemos posponerla. Podemos luchar contra ella. Podemos encontrar otra forma. —¿Y si no hay otra forma?
—Entonces nos enfrentaremos a eso cuando llegue el momento. —Dorian tiró de ella suavemente, acercándola—. Pero no voy a dejarte ir pensando que estamos destinados a destruirnos. Kira miró su mano en su muñeca, luego sus ojos. —El Vinculum... —susurró.
—Lo sé. Puedo sentirlo.
—Duele.
—¿Qué?
—Cuando te alejas. Cuando intentas protegerme desde lejos. —Kira apretó sus dedos sobre los de él—. Duele más cuando me alejo.
Dorian sintió las palabras como un golpe físico. —No sabía...
—Yo tampoco. Hasta ahora. —Ella lo miró a los ojos—. Así que no me pidas que me quede atrás. No me pidas que te deje ir. Porque cada vez que lo haces, siento como si me arrancaran algo. —No te lo pediré otra vez.
—Bien.

Se movieron hacia la oscuridad del pasillo, con las manos todavía entrelazadas. Afuera, las primeras luces del amanecer comenzaban a teñir el cielo. El solsticio había llegado.

CAPÍTULO 11: La máscara de la carne

Los pasadizos del ala este olían a humedad y a secretos que prefería no recordar.

Kira avanzaba pegada a la pared, con cada sombra convertida en posible amenaza. El Vinculum latía entre ella y Dorian como un segundo corazón, transmitiendo la tensión de él, la precaución, y algo más oscuro que se negaba a nombrar. Cada roce de hombros en la estrechez del túnel enviaba descargas que no eran exactamente dolor. —El acceso a las mazmorras está custodiado —susurró Dorian, deteniéndose ante una intersección donde la luz de las antorchas no llegaba—. Pero hay otra ruta. A través de los jardines de invierno. —¿Jardines? ¿Públicos?
—Semi-públicos. —Hubo algo en su tono—. Los nobles usan ese sector para reuniones que requieren... discreción. Kira reconoció la evasiva.
—¿Y cómo pasamos desapercibidos?
Dorian se volvió hacia ella, y el Vinculum transmitió su resignación antes de que las palabras abandonaran sus labios. —Como una pareja más.

El jardín de invierno era una jaula de cristal disfrazada de paraíso.

Antorchas de aceite proyectaban sombras sobre muros translúcidos, y el aire cargado con el perfume de flores que no deberían florecer en esa estación. Kira reconoció el trabajo de la magia sanguínea: plantas mantenidas con vida mediante sacrificios que prefería no imaginar. Las parejas se movían entre la vegetación como fantasmas, manos entrelazadas, voces reducidas a murmullos íntimos. Algunos se besaban abiertamente, usando la oscuridad que los muros proporcionaban. —Toma mi mano —ordenó Dorian.

—¿Qué?
—Si queremos pasar desapercibidos, necesitamos parecer lo que no somos. El vínculo ya le mostraba lo que él sentía: el deseo que intentaba enterrar, la necesidad de tocarla que combatía con cada paso. Tomar su mano sería abrir una puerta que ambos habían mantenido cerrada con llave. —Está bien —dijo finalmente, entrelazando sus dedos con los de él. El contacto fue como sumergirse en agua helada y arder al mismo tiempo. El Vinculum se abrió completamente entre ellos. De repente Kira no solo sentía el contacto físico: sentía lo que él sentía al tocarla. El calor de su piel. La textura de sus dedos. El deseo pulsando debajo de su control, luchando por salir. —¿Estás bien? —La voz de Dorian era ronca. —Sigamos moviéndonos.
Caminaron entre la vegetación, fingiendo ser lo que el vínculo ya sabía que eran: dos personas que se deseaban a pesar de todas las razones para no hacerlo. ---
El noble apareció frente a ellos como si el jardín lo hubiera escupido.

Era un hombre de mediana edad, con el rostro marcado por arrugas prematuras y los ojos de alguien que ha sobrevivido a demasiadas traiciones. Vestía ropas elegantes pero desgastadas, los restos de una fortuna que se desmoronaba. Y la miraba como si la conociera.
—¿Kira Nighthollow?
La voz del hombre la hizo congelarse. Dorian se tensó a su lado, y el Vinculum transmitió su alerta instantánea. —¿Quién eres? —preguntó Dorian, con la mano libre moviéndose hacia el cuchillo oculto. —Lord Marcus Valdris. —El hombre hizo una reverencia superficial—. Y tú debes ser el príncipe Dorian. Las descripciones no te hacen justicia. Valdris. Kira reconoció el nombre. Una familia menor, leal a la corona en público pero rumoreada de simpatizar con la resistencia. —¿Qué quieres? —La voz de Dorian era fría. —Quiero lo que todos queremos en estos tiempos: sobrevivir. Y creo que puedo ayudarlos a hacer lo mismo. —No necesitamos ayuda.
—¿No? —Marcus dio un paso hacia ellos—. Entonces ¿por qué cruzan mis jardines a las horas previas al solsticio, fingiendo ser amantes cuando cualquiera con ojos puede ver que el príncipe tiene

una daga en la bota y la dama tiene cicatrices de combate en las manos? Kira maldijo internamente. Había olvidado cubrirse. —No sabemos de qué hablas —dijo, apretando más fuerte la mano de Dorian. —Por favor. Reconozco a una Nighthollow a leguas. Tu madre y yo... teníamos historia. El nombre de su madre golpeó como un puñetazo. —¿Conocías a mi madre?
—Luchamos juntos. Antes de que todo se fuera al infierno. —Los ojos de Marcus se oscurecieron—. Fui yo quien te escondió en el sótano. Quien cubrió tu cuerpo con los de tus padres para que los soldados no vieran que respirabas. El mundo se inclinó.
Kira sintió que las piernas le fallaban. A su lado, Dorian la sostuvo, y el Vinculum transmitió su conmoción, su confusión, su necesidad de protegerla. —Tú... —Las palabras no salían—. Fuiste tú quien me salvó. —Y puedo salvarte otra vez. —Marcus se acercó más, con la voz reducida a un susurro—. Hay una salida. Un pasadizo que lleva más allá de las murallas. Puedo llevarte allí ahora mismo, antes de que el rey complete su ritual. —¿Y los prisioneros? ¿Mi gente?
—Están perdidos. —Marcus negó con la cabeza—. El rey los tiene en las mazmorras inferiores, rodeados de guardias de élite. No hay forma de rescatarlos sin morir en el intento. —Entonces no me voy.
—Kira... —Dorian comenzó.
—No. Si hay una oportunidad de salvarlos... —¿A costa de qué? ¿Tu vida? ¿La del príncipe? —Marcus agarró su brazo, y el Vinculum transmitió el dolor del contacto—. ¿Crees que no sé lo que eres para él? ¿Lo que ese vínculo significa? —¿Cómo sabes...?
—Sé muchas cosas. Sé que el Vinculum los une. Sé que la profecía dice que uno debe matar al otro. Y sé que si te quedas, morirás sin haber logrado nada. ---
El aire se espesó.

Dorian se movió entre Kira y Marcus, liberando su brazo. El Vinculum ardía con su instinto protector, mezclado con algo más oscuro: celos primitivos por otro hombre tocándola. —Nadie la toca sin su permiso.
—¿Permisos? —Marcus soltó una risa amarga—. ¿Hablamos de permisos cuando el vínculo que los une fue creado para destruirlos?

¿Cuando la profecía dice que uno morirá por mano del otro? —Eso no es asunto tuyo.
—Todo es asunto mío cuando veo a la hija de Elena Nighthollow caminando hacia su muerte. —Marcus miró a Kira—. Tu madre creó el Vinculum. Ella sabía lo que hacía. Y sacrificó todo para que tú tuvieras la oportunidad de elegir. —¿Elegir qué?
—Elegir vivir. —Marcus señaló hacia un arco cubierto de enredaderas —. El pasadizo está ahí. Te llevará a salvo más allá de las murallas. Tienes cinco minutos antes de que las patrullas pasen. Kira miró el arco. Luego miró a Dorian. El Vinculum transmitía su miedo, su desesperación, su deseo de que ella eligiera vivir. Pero también transmitía algo más: la verdad que él intentaba ocultar, la esperanza egoísta de que ella se quedara. —Kira —dijo él, con la voz quebrada —. Ve. Por favor. ---
El arco estaba a diez pasos.

Diez pasos hacia la libertad. Diez pasos hacia la vida. Diez pasos lejos de Dorian, de la profecía, de la muerte que los esperaba. Kira dio el primero.
El Vinculum pulsó con el alivio de Dorian. Y con algo más oscuro: el dolor de dejarla ir. —Rápido —urgió Marcus.
Kira dio el segundo paso.
El vínculo transmitió el corazón de Dorian, golpeando contra sus costillas. El latido de un hombre que la amaba lo suficiente para dejarla escapar. Tercer paso.
—Kira. —La voz de Dorian era un susurro—. No mires atrás. Cuarto paso.
¿Por qué le dolía tanto? ¿Por qué cada paso se sentía como arrancarse la piel? Quinto paso.
El Vinculum transmitió algo que no esperaba: la soledad de Dorian. La desolación de un hombre que había pasado toda su vida siendo usado, y que finalmente había encontrado a alguien que lo veía como algo más que un instrumento. Sexto paso.
—Vete —dijo él—. Por favor.
Séptimo paso.
¿Por qué no podía respirar?

Octavo paso.
—Kira... —La voz de Dorian se rompió. Noveno paso.
El arco estaba frente a ella. La oscuridad prometía escape. Vida. Una oportunidad de empezar de nuevo. Décimo paso.
Kira se detuvo.

Se volvió hacia Dorian.

Él estaba de pie donde lo había dejado, con los hombros caídos y los ojos fijos en el suelo. El Vinculum transmitía su dolor con tanta claridad que ella podía casi saborearlo: la resignación de un hombre que esperaba ser abandonado. —No puedo —dijo ella.
—¿Qué? —Marcus frunció el ceño—. ¿Qué dijiste? —Dije que no puedo. —Kira caminó de vuelta hacia Dorian, con cada paso aliviando el dolor del vínculo—. No puedo dejarte. —Kira, no tienes que... —Dorian levantó la vista, con los ojos brillantes—. Te estoy dando una salida. —No me estás dando una salida. Me estás pidiendo que te deje morir solo. —No voy a morir.
—Los dos sabemos que es mentira. —Kira se detuvo frente a él—. Si me voy, intentarás salvar a mi pueblo tú solo. Y morirás en el intento. —Ese es mi problema, no el tuyo.
—El Vinculum hace que sea mi problema. —Ella agarró su camisa, tirando de él hacia ella—. Si mueres, yo muero contigo. Eso es lo que dice la profecía, ¿no? —La profecía dice que uno de nosotros debe matar al otro. —Entonces tendremos que encontrar otra forma. El Vinculum cantó entre ellos, transmitiendo emociones que las palabras no podían capturar. El alivio de Dorian. El deseo que había estado enterrando. La esperanza que no se atrevía a nombrar. —No entiendo —dijo Marcus—. ¿Por qué te quedas? ¿Por el vínculo? ¿Por la profecía? —No lo sé. —Kira no apartó la mirada de Dorian—. No sé por qué me quedo. Solo sé que no puedo irme. ---
Marcus se marchó sin decir otra palabra.

El ruido de sus pasos se desvaneció entre la vegetación, dejándolos solos. El aire estaba cargado con el perfume de las flores imposibles, y el Vinculum latía entre ellos con una intensidad que hacía difícil

pensar. —Deberíamos movernos —dijo Dorian finalmente—. Las patrullas... —Lo sé.
Pero ninguno de los dos se movió.
El vínculo transmitía algo que iba más allá de las palabras: la necesidad de tocarse, de confirmar que el otro estaba ahí, de que la elección era real. —¿Por qué te quedaste? —preguntó Dorian. —Te dije que no lo sé.
—Mientes. —Él levantó la mano, tocando su mejilla—. El Vinculum muestra la verdad. —Entonces ya sabes por qué.
—Quiero escucharlo.
Kira cerró los ojos, dejando que el contacto se profundizara. El vínculo se abrió completamente, transmitiendo todo: el miedo, el deseo, la desesperación, y algo más que se negaba a nombrar. —Me quedé porque duele demasiado irme —admitió—. El vínculo... tú... No sé dónde termino yo y dónde empiezas tú. Y eso debería aterrorizarme. Pero no es así. —Debería aterrorizarte. —Dorian acarició su mejilla—. Soy el hijo del hombre que masacró a tu pueblo. Soy el enemigo. —No. —Kira abrió los ojos—. Eres el hombre que me salvó la vida. Eres el hombre que está dispuesto a morir por mí. Eso no es ser el enemigo. —Kira...
—No sé qué es esto —continuó ella—. No sé si es el vínculo, o si es algo real. Solo sé que cuando intenté irme, sentí como si me arrancaran el corazón. Dorian la miró durante un momento que se estiró como una eternidad. —El vínculo no crea sentimientos. Solo los amplifica. Lo que sea que sientas... ya estaba ahí. —¿Y qué sientes tú?
—¿Necesitas preguntar? —Él tomó su mano, presionándola contra su pecho—. ¿Necesitas preguntar cuando puedes sentirlo a través del vínculo? Kira sintió el latido de su corazón. El rápido golpeteo de un hombre que la deseaba. La profunda calma de alguien que había encontrado su lugar. —No —susurró—. No necesito preguntar. ---
Se besaron como si fuera la primera vez.

O tal vez como si fuera la última. El Vinculum se abrió completamente entre ellos, transmitiendo cada sensación, cada emoción, cada pensamiento superficial que cruzaba sus mentes. El

deseo de Dorian se mezclaba con el de ella, creando un ciclo que se alimentaba a sí mismo. Las manos de él en su cintura. Las manos de ella en su cabello. Los labios encontrándose con una urgencia que ninguno de los dos podía explicar. —Esto es una locura —murmuró Kira contra su boca. —Probablemente.
—La profecía...
—La profecía puede esperar.
—Los prisioneros...
—Los prisioneros pueden esperar.
—Dorian...
—Solo un minuto más. Dame un minuto más de esto. Kira se rindió al beso, dejando que el vínculo los consumiera. Por un momento, no había profecía. No había rey tirano. No había pueblo masacrado ni resistencia traicionera. Solo ellos dos, conectados por algo que iba más allá de la magia sanguínea. Cuando finalmente se separaron, el aire a su alrededor estaba cargado. —Deberíamos irnos —dijo Dorian.
—Lo sé.
—Las mazmorras están al final del jardín. Si nos movemos rápido...
—Dorian. —Kira lo interrumpió, tocando su pecho—. ¿Qué fue esto?
—No lo sé. Pero no me arrepiento.
—Tampoco yo.
Se movieron hacia la salida del jardín, con las manos todavía entrelazadas. El Vinculum latía entre ellos con un nuevo ritmo: algo había cambiado irreversiblemente. Afuera, las primeras luces del amanecer comenzaban a teñir el cielo. Y en algún lugar del palacio, un rey loco preparaba el ritual que destruiría todo lo que amaban.

CAPÍTULO 12: Sangre por sangre

El pasadizo terminaba en una pared de piedra falsa.

Dorian presionó tres ladrillos en secuencia —el código que solo los herederos Blackveil conocían— y el muro se deslizó hacia atrás con un susurro de mecanismos antiguos. Ante ellos se abría el corredor de servicio que conducía a las mazmorras inferiores, iluminado por

antorchas que ardían con llama violeta. —Sangre de Oprimidos —murmuró Kira, reconociendo el tinte—. Usan prisioneros como combustible. El Vinculum transmitió su náusea antes de que ella pudiera ocultarla. Dorian sintió el peso de cada vida gastada en esa luz como si fueran sus propias manos las que habían encendido las antorchas. —Lo sé —dijo, porque no había defensa posible. —No es tu culpa.

—Todo en este palacio es mi culpa. Mi familia. Mi sangre. Mi maldito legado. Kira no respondió, pero el vínculo transmitió algo que lo sorprendió: una ternura que no esperaba, mezclada con la ira que ella todavía sentía por su pueblo. —Muévete —dijo ella—. El amanecer no espera. Avanzaron por el corredor, con las sombras de la llama violeta proyectando formas que parecían rostros atrapados en la piedra. Dorian conocía este camino. Había caminado por él cientos de veces, siempre como príncipe, siempre con el poder de vida y muerte sobre los que habitaban las celdas. Nunca como traidor.

—¿Cuántos guardias? —susurró Kira. —Dos en la entrada principal. Cuatro en la rotación interior. Mi padre mantiene una guardia de élite para los prisioneros de valor. —¿Y los de Thornwall?

—En las celdas del fondo. Las que están... preparadas para rituales. El Vinculum transmitió un escalofrío que no era de frío. —¿Preparadas cómo?

—Runas de contención. Cadenas de hierro negro. Y drenajes en el suelo para cuando comience la extracción. Kira se detuvo.

—Drenajes.

—No puedo cambiar lo que mi padre ha construido. Solo puedo cambiar lo que sucede esta noche. Ella lo estudió durante un momento que se estiró como una herida abierta. El vínculo transmitía su conflicto: la necesidad de creerle luchando contra años de odio justificado. —Si me traicionas... —comenzó.

—No lo haré.

—Si me traicionas, usaré el Vinculum para arrastrarte conmigo. Te lo juro por todo lo que mi pueblo sufrió. —Lo sé. —Dorian sostuvo su mirada—. Y confío en que lo harás. Algo pasó entre ellos en ese momento. El vínculo se tensó, transmitiendo más que palabras: la

aceptación de que sus vidas estaban entrelazadas de formas que ninguno había elegido, pero que ambos estaban empezando a abrazar. —Vamos —dijo Kira—. Antes de que cambie de opinión.

La cámara de guardia estaba vacía.

Dorian lo supo antes de cruzar el umbral. El silencio era demasiado profundo, las antorchas demasiado ordenadas. Alguien había eliminado a los guardias, y no había sido su padre. —Algo está mal —murmuró, con la mano en el cuchillo. Kira se tensó a su lado, y el Vinculum transmitió su alerta instantánea. —¿Rebeldes?
—Posiblemente. Mi padre no mataría a sus propios hombres sin razón. —Entonces alguien más sabe del ritual. Alguien más quiere llegar a los prisioneros. Se movieron hacia la entrada de las mazmorras, con cada paso calculado para minimizar el ruido. El corredor se abría a una escalera de caracol que descendía hacia las celdas, y desde algún punto abajo llegaba el sonido de voces.
—...órdenes fueron claras —decía una voz masculina—. La Nighthollow primero. Luego los prisioneros. Dorian sintió que el suelo se desplazaba bajo sus pies. —Rebeldes —susurró Kira, con la voz convertida en acero—. Vienen por mí. —¿Por qué los rebeldes querrían...? —Porque me consideran una traidora. Porque estoy contigo. Porque el Vinculum me marca como enemiga tanto como tu padre. El Vinculum transmitió su dolor antes de que ella pudiera ocultarlo: la traición de su propia gente, el peso de ser cazada por ambos lados. —¿Cuántos? —preguntó Dorian.
—No lo sé. Pero si están aquí, es porque alguien les dijo que yo vendría. —¿Quién podría...?
La respuesta golpeó a ambos al mismo tiempo. Vera. La espía que había cortado lazos con Kira. La aliada que ahora la consideraba un cabo suelto. —Maldición —murmuró Kira—. Nos vendió.

Descendieron por la escalera en silencio.

La luz de las antorchas violetas se reflejaba en las paredes de piedra, proyectando sombras que parecían moverse por voluntad propia. Dorian contó los pasos: veintisiete hasta el primer rellano, cuarenta y tres hasta el segundo. Los números eran un ancla, una forma de mantener la cordura mientras el Vinculum transmitía cada vez más claramente el miedo de Kira. No era miedo por ella misma. Era miedo por él. —Deja de hacer eso —susurró ella, sin volverse. —¿Hacer qué?
—Preocuparte por mí cuando eres tú quien debería estar a salvo. —El Vinculum no permite que...
—El Vinculum permite más de lo que crees. —Kira se detuvo en un descanso, volviéndose hacia él—. Puedo sentir lo que planeas. Piensas interponerte si algo sale mal. Piensas sacrificarte. —No...
—Mientes. —Ella tocó su pecho, directamente sobre el corazón—. Puedo sentirlo aquí. El impulso estúpido de morir por mí. —¿Estúpido?
—Si mueres, yo muero contigo. ¿Eso no significa nada para ti? —Significa que no quiero que mueras.
—Entonces piensa. —Kira apretó su mano contra el pecho de él—. Usa esa cabeza Blackveil para algo más que martirio. Si caes, caemos los dos. Dorian cubrió su mano con la suya. El Vinculum cantó entre ellos, transmitiendo la frustración de ella mezclada con algo más profundo: un miedo que no era por ella, sino por él. —No voy a dejarte morir —dijo él.
—Y yo no voy a dejarte sacrificarte. —Kira retiró su mano—. Así que los dos vamos a sobrevivir a esta noche, maldita sea. Se movieron hacia la entrada de las mazmorras, con las armas listas y el vínculo pulsando como un tercer corazón entre ellos.

Los rebeldes eran cinco.

Dorian los contó desde las sombras del arco de entrada: tres hombres y dos mujeres, vestidos con el negro práctico de la resistencia, armados con cuchillos y espadas cortas. No eran soldados de élite, pero no necesitaban serlo cuando la sorpresa estaba de su lado. Y en el centro de la cámara, encadenados a la pared, estaban los prisioneros de Thornwall. Dorian reconoció los rostros demacrados, los cuerpos marcados por semanas de cautiverio y extracción sanguínea. Hombres, mujeres, algunos apenas adolescentes. La sangre de Kira. Su gente. Los supervivientes que el rey planeaba sacrificar en menos de una hora.
—Ahí están —murmuró Kira, con la voz quebrada. El Vinculum transmitió su dolor: el reconocimiento de rostros que ella conocía, la culpa de no haberlos protegido, la ira contra el rey y contra sí misma. —Los sacaremos —prometió Dorian.
—¿Cómo? Son cinco. Y nosotros...
—Conoces estas mazmorras mejor que yo. ¿Hay otra entrada? Kira cerró los ojos, claramente accediendo a recuerdos que prefería no tocar. —El conducto de ventilación. En el techo. Conduce a... —Las cocinas. —Dorian asintió—. Conozco el camino. —Pero eso no resuelve el problema de los rebeldes. —No. Pero resuelve el problema de los prisioneros. Tú los sacas por el conducto. Yo distraigo a los rebeldes. —No.
—Kira...
—Dijiste que no te sacrificarías.
—No es sacrificio. Es estrategia. —Dorian señaló hacia la cámara—. Ellos están aquí por ti. Si me ven, se centrarán en mí. Eso te da tiempo. —Tiempo para qué, ¿huir mientras te matan? —Tiempo para salvar a tu pueblo.
El Vinculum transmitió la guerra interna de Kira: la necesidad de proteger a los suyos contra la necesidad de protegerlo a él. —No puedo perderte —susurró ella, y las palabras cayeron como confesiones—. No después de todo lo que... —No me perderás. —Dorian la besó, rápido y duro—. Te lo prometo. Se separó de ella antes de que pudiera detenerlo, avanzando hacia la cámara con las manos en alto y la voz proyectada. —Buscan a la Nighthollow. Aquí estoy.

Los rebeldes se giraron como un solo hombre.

Dorian vio el reconocimiento en sus ojos: el príncipe Blackveil, el hijo del tirano, el enemigo. Y vio algo más: la sorpresa de encontrarlo solo, sin guardias, sin armas visibles. —Príncipe Dorian —dijo el líder, un hombre con cicatriz en la mejilla—. Esto es una sorpresa. —Lo imagino. —Dorian mantuvo las manos visibles—. Supongo que no están aquí por los prisioneros. —Los prisioneros son un beneficio secundario. —La mano del líder se movió hacia su cuchillo—. Vinimos por la traidora. —¿Traidora? ¿Una mujer que luchó por su pueblo durante tres años? —Una mujer que se acuesta con el enemigo. —El líder escupió—. Que se deja usar por el Vinculum. Que traicionó todo lo que la resistencia representaba. —El Vinculum no fue elección de nadie. —Eso es lo que dicen todos los traidores. Dorian sintió el movimiento antes de verlo: Kira emergiendo de las sombras, con el cuchillo listo y los ojos ardiendo. —No —murmuró—. No, maldita sea.
Pero ella ya estaba ahí, parándose frente a él como si pudiera protegerlo con su cuerpo. —Si quieren a alguien —dijo ella— aquí estoy.

Todo ocurrió en segundos.

El líder se movió primero, con el cuchillo trazando un arco hacia la garganta de Kira. Dorian se lanzó hacia ella, intentando interponerse, pero el Vinculum transmitió su intención antes de que pudiera actuar. Kira vio el ataque. Y en lugar de retroceder, avanzó. Su cuchillo interceptó el del líder, desviándolo. Pero no vio al segundo rebelde, el que venía por detrás. Dorian lo vio. El hombre con la daga levantada, apuntando directamente a su espalda. El golpe que él no podría bloquear, el ataque que lo mataría. Y entonces Kira se giró.

No hacia el atacante que venía por ella. Hacia el que venía por él. La daga se hundió en su hombro.
El tiempo se congeló. Dorian vio la hoja desaparecer en la carne de ella, vio la sangre brotar oscura contra su piel, vio sus rodillas doblarse mientras el impacto la atravesaba. Y a través del Vinculum, sintió todo. Cada fibra de su cuerpo gritó con el dolor que no era suyo. El desgarro del metal en músculo. El choque del hueso resquebrajándose. La oleada de fuego líquido que recorría el brazo de Kira y se transmitía al vínculo como un grito mudo. Pero ella no gritó.
Kira giró sobre su atacante con los dientes apretados, y su cuchillo encontró la garganta del rebelde antes de que él pudiera comprender que había cometido un error fatal. El hombre cayó, y ella cayó con él, con la mano izquierda apretando el hombro herido mientras la derecha seguía empuñando el arma. —¡Kira!
Dorian se lanzó hacia ella, ignorando a los otros rebeldes, ignorando todo excepto el dolor que atravesaba el vínculo. Sus rodillas golpearon la piedra cuando llegó a su lado. —Estoy bien —jadeó ella, con el rostro pálido como la cera—. No es... —Estás sangrando.
—Lo sé. Puedo sentirlo.
El Vinculum transmitía algo más que dolor: la confusión de ella, la sorpresa de haber actuado por instinto, el reconocimiento de lo que había hecho. —Te salvaste —murmuró Dorian, con la voz rota—. Deberías haber dejado que... —¿Que te mataran? —Kira lo miró, con los ojos brillantes de lágrimas que no caían—. ¿Crees que podría vivir con eso? —La profecía...
—La profecía puede ir al infierno. —Ella agarró su camisa con la mano sangrante—. Tú vas al infierno conmigo o no vas a ningún lado. Los otros rebeldes se estaban moviendo, reagrupándose. Dorian vio al líder levantarse, con una nueva arma en la mano: un arco con flecha negra, apuntando directamente a su pecho. —Muerde polvo, príncipe.

La flecha voló.

Pero nunca llegó a su objetivo.
Dorian sintió el poder antes de entender qué estaba pasando: sangre saliendo de su propia muñeca, dibujando símbolos en el aire, creando una barrera carmesí que desvió la flecha hacia la pared. Los glóbulos rojos giraban en patrones que él no había aprendido, respondiendo a un instinto que no sabía que poseía. Magia sanguínea. Su magia. La que nunca había usado para proteger, solo para sobrevivir. Los rebeldes retrocedieron, con los ojos llenos de un terror que reconoció: el miedo a lo que su familia había representado durante generaciones. —Mago —escupió el líder, con la voz temblando. —No —dijo Dorian, y su voz sonó extraña incluso para sí mismo—. Peor. Soy un Blackveil. El poder lo atravesaba, caliente y terrible, exigiendo más sangre, más sacrificio. Podía sentirlo arañando las paredes de su control, susurrando promesas de violencia. Podría matarlos a todos con un gesto. Podría... —Dorian. La voz de Kira lo alcanzó a través del Vinculum, transmitiendo calma en medio del caos. —No los mates.
—Intentaron matarte.
—Lo sé. Pero si los matas, te conviertes en lo que tu padre quiere que seas. El poder pulsaba, exigiendo ser usado. Dorian podía sentirlo: la satisfacción que vendría, la calma que traería la muerte.
—Dorian. —Kira agarró su mano sana—. Vuelve a mí. El Vinculum se abrió completamente entre ellos, transmitiendo todo: el dolor de su hombro, el miedo que no admitía, el amor que había estado negando. Y algo más.
Sangre.
La sangre de ella mezclándose con la de él a través del vínculo. Dos cuerpos compartiendo una herida, un dolor, una vida. Por primera vez, Dorian sintió lo que significaba verdaderamente estar atado: no como una cadena, sino como un puente. La sangre de ella lo anclaba. Lo mantenía humano. Dorian dejó que el poder se apagara.

Los rebeldes huyeron.

No por miedo a la muerte, sino por algo que Dorian no entendió hasta que el líder se volvió en la puerta, con el rostro pálido como un muerto. —El Vinculum —susurró el hombre—. Es verdad. Los une. Y luego se fueron, dejando a los prisioneros encadenados y a Dorian arrodillado junto a Kira, con la mano apretando su hombro herido. —Necesitas vendaje —dijo él.
—Necesito que dejes de sangrar. —Kira señaló su muñeca—. Usaste mucha sangre. —Valió la pena.
—¿Para qué? ¿Para asustar a unos rebeldes? —Para protegerte.
Kira lo miró durante un momento que se estiró como una eternidad.
—Me salvaste —dijo él finalmente—. Tomaste una daga por mí. —Parecía lo correcto en el momento.
—Podrías haber muerto.
—Tú también. —Ella tocó su mejilla, dejando una mancha carmesí en su piel—. Parece que los dos somos idiotas. El Vinculum transmitió algo que las palabras no podían capturar: el alivio de estar vivos, la gratitud por el otro, y algo más profundo que ninguno se atrevía a nombrar. —Los prisioneros —dijo Kira finalmente—. Necesitamos moverlos. —Lo sé.
—¿Puedes... puedes caminar?
Dorian asintió, ayudándola a levantarse. Su muñeca pulsaba donde había usado la magia, y el hombro de Kira sangraba a través de la tela rasgada. Pero estaban vivos.
Y el vínculo que los unía ardía con algo nuevo: la certeza de que cada uno moriría por el otro. —El conducto —dijo Dorian—. Yo los subiré. Tú cubres la entrada. —Estás herido.
—Estoy vivo. —Él la besó, sabiendo a sangre y a promesas—. Gracias a ti. Se movieron hacia los prisioneros, con el amanecer acercándose y el ritual del rey esperándolos. Y entonces Dorian lo sintió: un latido a través del Vinculum que no venía de Kira. Un eco que debería ser imposible. Alguien más estaba conectado a su sangre. —¿Dorian? —Kira lo miró, sintiendo su miedo—. ¿Qué pasa?
—Nos siguieron —murmuró él, con el corazón convertirse en hielo—. Alguien más sabe lo que somos. En algún lugar del palacio, una campana comenzó a sonar. Y en algún lugar de su mente, Dorian

escuchó una voz que reconocía: la de su padre, susurrando a través de un vínculo que nunca debió compartir. "Te encontré, traidor."

CAPÍTULO 13: La sangre no miente

El dolor llegaba en oleadas, cada una más brutal que la anterior.

Kira apretó los dientes mientras Dorian arrancaba la tela empapada de su hombro. El Vinculum convertía el sufrimiento en un eco compartido: ella sentía su culpa, él sentía su dolor, y ninguno podía romper el ciclo. —Lo siento —murmuró Dorian, con los dedos temblando sobre su piel—. Tengo que limpiarla antes de que la infección... —Ya lo sé. —Kira exhaló cuando él vertió el contenido de una botella sobre la herida—. Solo hazlo. El alcohol ardía como fuego líquido, pero era el Vinculum lo que la hacía insoportable: el miedo de Dorian mezclándose con su propio dolor, su necesidad de protegerla chocando contra la realidad de que no podía. Estaban en una de las celdas vacías del nivel inferior, lejos de los prisioneros que ahora dormían en el conducto de ventilación. La campana del palacio había dejado de sonar hacía minutos, pero el silencio que dejaba era peor: pesado, expectante, como si el aire mismo contuviera la respiración. —Tu padre sabe dónde estamos —dijo Kira. —Lo sé. —¿Puede rastrearnos a través del vínculo? —No debería poder. El Vinculum es... privado. —Dorian presionó un paño contra la herida —. Pero mi padre ha hecho cosas que no deberían ser posibles. Kira quiso preguntar más, pero el dolor la hizo callar. El hombro palpitaba con cada latido, y algo extraño comenzaba a surgir debajo de la piel: un calor que no pertenecía a la herida. —¿Qué estás haciendo? —preguntó cuando notó que Dorian murmuraba palabras en un idioma que no reconocía. —Magia de curación. Menor. Solo para detener la hemorragia. —No sabía que los Blackveil curaban. —La mayoría no lo hace. —Su voz era amarga—. Mi madre me enseñó antes de morir. Dijo que algún día necesitaría sanar en lugar de destruir. Kira sintió el momento exacto en que la magia tocó su sangre. Fue como si alguien hubiera encendido una hoguera en sus venas. El calor estalló desde el hombro, extendiéndose por su brazo, su pecho, su

cuello. Y con el calor llegó algo más: una sensación de reconocimiento antiguo, como si su sangre supiera algo que su mente ignoraba. —Kira. —La voz de Dorian era un susurro—. ¿Qué es eso? Ella miró hacia abajo.

La herida ya no sangraba. En su lugar, la piel se había cerrado dejando una marca que no debería estar ahí: líneas delgadas y plateadas que se extendían desde la cicatriz como raíces de luz, formando patrones que reconocía de los libros de historia. Runas. Runas reales.

—No —susurró—. No, no, no.

—Kira, esas marcas...

—Sé lo que son. —Ella apartó su mano, retrocediendo hasta que su espalda golpeó la pared de piedra—. No las tengo. No puedo tenerlas. —Son runas de sangre real. Solo aparecen en... —En los Blackveil. En tu familia. Lo sé. Dorian la miró con algo que ella no pudo descifrar a través del caos del Vinculum: confusión, miedo, y algo más oscuro que se negaba a nombrar. —Déjame ver tu otra mano.

—No.

—Kira.

—Dije que no.

Él no esperó su permiso. Se movió hacia ella, agarrando su muñeca izquierda, y empujó la manga hacia arriba. El tatuaje de los Oprimidos estaba ahí, las líneas negras que habían limitado su magia desde que nació. Pero algo había cambiado.

Debajo del tatuaje, apenas visible, las mismas líneas plateadas se extendían como una segunda piel. Intentando salir. Intentando ser vistas. —Tu sangre... —Dorian soltó su muñeca como si quemara—. Tu sangre está rechazando el sello. —Eso es imposible. El sello es permanente. —Nada es permanente cuando la sangre real está involucrada. Kira quiso negarlo. Quiso encontrar una explicación que no implicara lo que ambos sabían. Pero el Vinculum transmitía la certeza de Dorian, y debajo de esa certeza, un terror que él intentaba ocultar. —Los Nighthollow no tienen sangre real —dijo ella, con la voz quebrada—. Éramos nobles menores. Sirvientes de la corona. —Los Nighthollow fueron exterminados hace trescientos

años. Todos los registros dicen que no hubo supervivientes. —Mi familia sobrevivió. Eso es todo. —¿Sobrevivió? ¿O fue protegida?
La pregunta flotó entre ellos, pesada como una sentencia. —¿Qué estás diciendo? —Kira sintió el frío extendiéndose por su cuerpo—. ¿Que mi familia no era lo que yo creía? —Estoy diciendo que tu sangre reaccionó a la magia Blackveil como si fuera propia. —Dorian se incorporó, creando distancia entre ellos—. Y eso solo significa una cosa. —No.
—Los registros dicen que la reina original, la primera Blackveil, tuvo una hermana. Una hermana que desapareció antes de la guerra civil.
—No.
—Una hermana que llevaba un apellido diferente. Una hermana cuya línea fue cazada durante generaciones. —¡No! —Kira se puso de pie, ignorando el dolor del hombro—. Mi familia eran rebeldes. Luchamos contra la corona. Morimos luchando contra la corona. —¿Y nunca te preguntaste por qué mi padre te quiere tanto? ¿Por qué el ritual requiere específicamente sangre Nighthollow? El Vinculum transmitía la respuesta antes de que Dorian pudiera articularla: el reconocimiento del horror, la comprensión de lo que eso significaba para ambos. —Los Nighthollow no son una familia rebelde —continuó él—. Son la línea perdida de la reina original. La verdadera heredera del trono. —¡Cállate!
—Y tú... —Dorian la miró, y por primera vez desde que se conocieron, hubo miedo real en sus ojos—. Tú eres la última descendiente de la reina que mi familia exterminó. El silencio que siguió fue absoluto.
Kira quería gritar, negar, destruir la verdad que colgaba entre ellos. Pero el Vinculum transmitía la certeza de Dorian, y debajo de esa certeza, algo que la hizo sentir más frío que la muerte: el reconocimiento de que él tenía razón. —No —susurró—. No puedo ser... eso. Mi madre luchó contra los Blackveil. Mi padre murió luchando contra los Blackveil. —¿O te contaron esa historia para protegerte? —¿Protegerme? ¿De qué?
—De la verdad. —Dorian dio un paso hacia ella—. Si mi padre descubriera que existe una heredera rival, con sangre real capaz de desafiar la suya... —¿Qué haría?

—Te usaría. Te casaría conmigo para legitimar su poder. O te sacrificaría para absorber tu linaje. Kira sintió que las rodillas le fallaban. El Vinculum transmitía el peso de la revelación, y con ese peso vino algo más: la comprensión de que Dorian ahora tenía un poder sobre ella que nadie más poseía. —Ahora lo sabes —dijo ella, con la voz vacía—. Puedes usar esto contra mí. —¿Crees que haría eso?
—Eres un Blackveil.
—Soy el hombre que te salvó la vida. El hombre que arriesgó todo por ti. —El hombre que ahora tiene un arma que podría destruirme. Dorian la miró durante un momento que se estiró como una herida abierta. El Vinculum transmitía su conflicto: la necesidad de protegerla contra el peso de lo que acababa de descubrir. —Si quisiera destruirte —dijo finalmente—, solo tendría que gritar. Mi padre está en el palacio. Podría entregarte ahora mismo y reclamar mi lugar como heredero indiscutido. —¿Y por qué no lo haces?
—Porque... —Él exhaló, con algo que era casi una risa—. Porque soy un idiota. Porque te amo más de lo que amo mi propia supervivencia. Y porque... Se detuvo, como si las palabras siguientes pesaran demasiado. —¿Porque qué?
—Porque si tienes sangre real, entonces tienes derecho al trono. Y si tienes derecho al trono, entonces... —¿Entonces qué?
—Entonces no soy tu enemigo. Soy tu único camino hacia él. Kira quiso responder, pero las palabras se atascaron en su garganta. El Vinculum transmitía la verdad de lo que él decía, y con esa verdad vino una comprensión que la golpeó como un puñetazo: todo lo que había creído sobre su vida, sobre su familia, sobre su propósito, era una mentira. —Mi madre —susurró—. Ella sabía. Tenía que saber. —Probablemente te protegió de la única forma que pudo. Ocultando tu linaje incluso de ti. —¿Y Marcus? ¿Él sabía?
—Marcus Valdris salvó a la hija de la mujer que amaba. Eso sugiere que sabía exactamente quién eras. Kira cerró los ojos, dejando que la verdad la golpeara. Su madre no era solo una rebelde. Su padre no era solo un mártir. Eran algo más, algo que había sido ocultado incluso de ella. —¿Qué hago ahora? —preguntó, con la voz quebrada. —Ahora sobrevivimos. —Dorian se acercó, tocando su

mejilla—. Encontramos la forma de sacar a tu gente del palacio. Y luego... —¿Luego qué?
—Luego decidimos qué hacer con la verdad. El Vinculum transmitió algo que ella no esperaba: la determinación de Dorian de protegerla incluso de sí mismo. Incluso del poder que ahora tenía sobre ella. —¿Puedes... puedes no decirle a nadie? —preguntó Kira—. Al menos hasta que... —Hasta que sepamos qué significa esto para nosotros. Ella asintió, dejando que él la atrajera hacia su pecho. El Vinculum se abrió entre ellos, transmitiendo todo: el miedo, la confusión, la necesidad mutua que ninguno podía nombrar. —Lo siento —murmuró Dorian contra su cabello. —¿Por qué?
—Porque ahora tengo poder sobre ti. Y odio cada segundo de ello.
—Entonces úsalo bien.
—¿Cómo?
—Úsalo para destruir a tu padre. Úsalo para liberar a mi gente. Úsalo para... —Kira se interrumpió, buscando las palabras correctas—. Para darnos una oportunidad. Dorian la sostuvo más fuerte, y el Vinculum transmitió su respuesta antes de que las palabras abandonaran sus labios: la promesa de que usaría ese poder como ella pedía, o moriría intentándolo. —Tenemos que movernos —dijo él finalmente—. Los prisioneros no pueden esperar. —Lo sé.
—¿Puedes caminar?
—Tengo que poder.
Se separaron, y Kira sintió la pérdida como un frío repentino. El Vinculum los mantenía conectados, pero el contacto físico era algo más: un ancla que necesitaba más de lo que estaba dispuesta a admitir. Se movieron hacia el conducto de ventilación, con Dorian liderando el camino y Kira cubriendo la retaguardia. Cada paso enviaba oleadas de dolor a través del hombro herido, pero algo había cambiado: la sangre ya no ardía, y las runas plateadas brillaban débilmente bajo el tatuaje de los Oprimidos. —Tus runas —dijo Dorian, mirando hacia atrás—. Se están extendiendo. —¿Qué significa eso?
—Que tu sangre está despertando. Y cuando lo haga completamente... —¿Qué?
—No lo sé. Nadie ha visto sangre real despertar en un adulto antes.

Llegaron al conducto, donde los prisioneros de Thornwall dormían en posiciones incómodas, demasiado débiles para despertar ante el ruido. —¿Podemos moverlos? —preguntó Kira. —Tendremos que hacerlo. El ritual es al amanecer. —Eso es en menos de una hora.
—Lo sé.
Dorian comenzó a subir al primer prisionero, un anciano que pesaba menos de lo que debería. Kira observó, con el Vinculum transmitiendo su agotamiento, y algo más: una sensación extraña que venía de su propia sangre. Las runas palpitaban.
No con dolor, sino con reconocimiento. Como si supieran que estaban cerca de algo importante. —Dorian —dijo ella, con la voz extrañamente distante. —¿Qué pasa?
—Algo... algo está cambiando.
Él se volvió hacia ella, y el Vinculum transmitió su alarma antes de que ella pudiera explicarla. —¿Tu herida?
—No. Es... —Kira se llevó la mano al pecho, donde el latido de su corazón estaba cambiando—. Es mi sangre. Y entonces lo vio.
Las líneas plateadas se habían extendido hasta su cuello, formando patrones que reconocía de los tapices del palacio. Patrones que solo aparecían en un lugar: la corona de los Blackveil. —Kira... —Dorian dejó caer al prisionero—. Tu sangre... —Lo sé.
—Está reconociendo algo.
—¿El qué?
—El ritual. —Dorian la miró con algo que era casi terror—. Mi padre ya comenzó. Y tu sangre está respondiendo. Kira quiso responder, pero las palabras se ahogaron en un grito. El dolor estalló en su pecho, no desde afuera, sino desde dentro: su propia sangre ardiendo con un reconocimiento que no podía negar. Y a través del Vinculum, Dorian lo sintió también. —Te encontró —susurró él, con el rostro pálido—. A través del ritual. Tu sangre lo está llamando. —¿Qué significa eso?
—Significa que ya no tienes dónde esconderte. —Dorian agarró sus hombros—. Significa que mi padre sabe exactamente quién eres. En algún lugar del palacio, una puerta se abrió con un estruendo. Y Kira supo, con la certeza que solo la sangre podía proporcionar, que el rey venía por ella.

CAPÍTULO 14: Sangre de mi sangre

Las puertas de la sala del trono se abrieron antes de que Dorian pudiera decidir qué hacer.

No hubo guardias, ni trompetas, ni la pompa que normalmente acompañaba las audiencias reales. Solo el rey Aldric sentado en su trono de obsidiana, con las manos apoyadas en los brazos tallados y los ojos fijos en Dorian como si hubiera estado esperando exactamente este momento durante años.

Dorian sintió a Kira tensarse a su lado. El Vinculum transmitía su miedo, pero también algo más: una determinación fría que no esperaba. Ella había aceptado la verdad sobre su sangre más rápido de lo que él habría creído posible. O tal vez simplemente no tenía otra opción.

—Hijo —dijo el rey, con la voz suave como terciopelo sobre navajas —. Trajiste a la invitada.

—No es una invitada. —Dorian mantuvo su voz firme—. Es una prisionera que escapó.

—¿Escapó? —El rey sonrió—. O fue guiada hacia donde necesitaba estar.

El Vinculum transmitió un escalofrío que no era de Kira. Era de Dorian. La comprensión de que cada paso había sido calculado, cada aparente oportunidad de escape orquestada desde las sombras.

—Supiste todo el tiempo —dijo Dorian—. Sobre el Vinculum. Sobre ella.

—Supe antes de que tú nacieras. —El rey se incorporó, descendiendo los escalones del trono con movimientos fluidos y depredadores—. Supe cuando tu madre aún te llevaba en su vientre

que existía una posibilidad. Una línea perdida que podría completar lo que empezamos.

—¿Completar?

—El poder ancestral, hijo. El que fue fragmentado cuando Elena Nighthollow rompió el sello original.

Dorian sintió el peso de las palabras antes de comprender su significado. El Vinculum transmitía la confusión de Kira, pero también su instinto de alerta.

—¿Fragmentado?

—La primera reina poseía el poder completo. Sangre que podía crear y destruir, sanar y corromper. Cuando su hermana la traicionó, ese poder se dividió. Una mitad quedó en nuestra línea. La otra... —El rey se detuvo frente a Kira, estudiándola como un coleccionista estudiaría una pieza rara—. La otra fue ocultada en una línea que creímos extinguida.

—Los Nighthollow —susurró Dorian.

—Los Nighthollow —confirmó el rey—. Que resultó no estar tan extinguida después de todo.

Kira no retrocedió. El Vinculum transmitía su terror, pero algo en ella se negaba a mostrar debilidad frente al hombre que había ordenado la muerte de su familia.

—Por eso sobreviví —dijo ella—. Por eso Marcus me escondió.

—Marcus Valdris siempre fue sentimental. Protegió a la hija de la mujer que amaba, incluso cuando eso significó traicionar a su rey. —El rey giró hacia Dorian—. Aunque supongo que tú ya sabías eso.

—No sabía nada.

—¿No? —El rey inclinó la cabeza—. Curioso. Porque los registros muestran que pasaste horas en la cripta inferior antes de tu... deserción.

Dorian sintió un frío que no venía del exterior. Su padre había estado vigilándolo. Cada movimiento, cada investigación, cada pregunta sobre el pasado.

—¿Por qué dejarme buscar? —preguntó—. Si sabías lo que encontraría...

—Necesitaba saber si eras digno. —El rey se acercó más—. Si tenías la curiosidad necesaria, la determinación, la voluntad de cuestionar. Un heredero que acepta ciegamente es inútil. Un heredero que busca la verdad... ese tiene valor.

—¿Valor para qué?

—Para lo que viene.

El rey extendió la mano, y Dorian sintió el poder antes de verlo: un tirón en su sangre que lo obligó a avanzar. No era magia física, sino algo más profundo. Un llamado que venía de su propio linaje.

—Tu sangre también lo siente, ¿verdad? —El rey sonrió—. El reconocimiento.

—No sé de qué hablas.

—No mientas, hijo. Puedo sentirlo en ti. La misma resonancia que ella provoca.

Dorian quiso negarlo, pero las palabras se atascaron. Porque era verdad. Desde que las runas de Kira habían aparecido, algo en su propia sangre había respondido. Un eco que no debería existir.

—¿Qué le hiciste a mi madre? —preguntó, con la voz convertida en acero.

El rey apartó la mirada, y por un instante Dorian creyó ver algo parecido al arrepentimiento. Pero desapareció tan rápido como llegó.

—Ella cumplió su propósito. Me dio un heredero fuerte. Me dio...

—¿Te dio qué?

—Sangre de dos líneas.

El silencio que siguió fue absoluto.

Dorian sintió las palabras antes de comprenderlas. El Vinculum transmitía la confusión de Kira, pero también su horror creciente mientras las implicaciones se clarificaban.

—¿Qué significa eso? —preguntó Kira.

—Significa —dijo el rey, volviéndose hacia ella— que tu sangre no es la única que vale. Significa que mi hijo lleva algo que creí perdido hace generaciones.

—No —Dorian retrocedió—. Eso es imposible.

—¿Lo es? ¿Nunca te preguntaste por qué tu magia es más fuerte que la de cualquier Blackveil en generaciones? ¿Por qué las visiones te mostraban a ella antes de que se conocieran?

El Vinculum transmitió un escalofrío que venía de ambos. La comprensión simultánea de una verdad que ninguno quería aceptar.

—Tu madre —continuó el rey— era hija de una Nighthollow que sobrevivió a la purga. Ocultada, criada como noble menor, casada conmigo para fortalecer una línea que se estaba debilitando.

—Mientes.

—¿Lo hago? —El rey señaló el brazo de Dorian—. Mírate. La sangre no miente.

Dorian bajó la mirada. Allí, apenas visible bajo su piel, las mismas líneas plateadas que habían aparecido en Kira estaban emergiendo. Más tenues, más lentas, pero presentes.

—Somos... —Kira no terminó la frase.

—Primos —confirmó el rey—. Lejanos, pero sangre de la misma sangre. Las dos mitades del poder original, separadas por trescientos años, ahora reunidas.

Dorian sintió que el suelo se desplazaba bajo sus pies. Todo lo que había creído sobre sí mismo, sobre su familia, sobre su lugar en el mundo, se desmoronaba. No era solo un Blackveil. Era también un Nighthollow. Era el enemigo y el heredero, el opresor y el oprimido.

—¿Por qué ahora? —preguntó, con la voz rota—. ¿Por qué revelar esto ahora?

—Porque el solsticio llega en horas. Porque el ritual requiere sangre de ambas líneas. Porque... —El rey se acercó más, con los ojos brillando con ambición—. Porque necesito que elijas.

—¿Elegir qué?

—Tu destino.

El rey caminó hacia el trono, tocando el respaldo tallado con dedos que parecían demasiado jóvenes para su edad.

—Podrías ser mi heredero legítimo. El que completa el trabajo que empezamos. El que trae la Oscuridad Primordial y asegura el poder eterno de nuestra línea.

—O...

—O podrías morir con ella. Porque eso es lo que la profecía promete, ¿no? Uno de los portadores debe matar al otro, o ambos perecerán.

El Vinculum transmitió el miedo de Kira, pero también su rechazo. Ella no aceptaría la muerte. No sin luchar.

—Hay una tercera opción —dijo Dorian.

—¿Ah, sí? —El rey sonrió—. Me encantaría escucharla.

—Destruirte a ti primero.

La risa del rey llenó la sala, genuina y cruel.

—Ese espíritu. Esa determinación. Es precisamente por lo que eres digno. —Se volvió hacia ellos—. Pero te equivocas si crees que tienes poder para detenerme. El ritual ya comenzó. Tu sangre y la suya están cantando la misma canción. En horas, la Oscuridad Primordial despertará, y tú decidirás de qué lado estás.

—No sacrificaré a Kira.

—¿No? —El rey inclinó la cabeza—. ¿Incluso si eso significa que ambos mueren? ¿Incluso si significa que todo lo que luchaste por proteger desaparece?

—Encontré otra forma antes. Encontraré otra ahora.

—No hay otra forma. El Vinculum fue creado para esto: unir las sangres para que una pueda consumir a la otra. Elena Nighthollow diseñó su propia maldición.

Dorian sintió el peso de las palabras como un golpe físico. El Vinculum no era solo un vínculo. Era un arma. Y había sido forjado específicamente para obligar a uno de ellos a matar al otro.

—¿Por qué? —Kira habló por primera vez, con la voz temblando—. ¿Por qué crear algo tan horrible?

—Porque Elena sabía que los Blackveil nunca dejarían de buscar el poder completo. Creó el Vinculum como última defensa: si no podían tener el poder sin destruirse mutuamente, entonces nadie lo tendría.

—Eso es monstruoso.

—Eso es supervivencia. —El rey se encogió de hombros—. Los Nighthollow siempre fueron pragmáticos.

Dorian sintió que algo se rompía dentro de él. El Vinculum transmitía el dolor de Kira, su horror, su sensación de traición. Pero también transmitía algo más: la determinación de no aceptar ese destino.

—No nos mataremos entre nosotros —dijo él.

—Entonces morirán juntos. —El rey se volvió hacia el trono—. La elección es tuya, hijo. Únete a mí, sacrifica a la Nighthollow, y hereda un reino eterno. O resiste, y perece sabiendo que podrías haber evitado todo esto.

—Hay algo que no consideras.

—¿Ah?

—No estoy solo.

Dorian extendió la mano hacia Kira, y el Vinculum se abrió completamente entre ellos. No como una herida, sino como un puente. Podía sentir su sangre, su dolor, su determinación. Y ella podía sentir la suya.

—Juntos —dijo ella, tomando su mano—. O no estamos.

El rey observó la unión con algo que podría haber sido admiración.

—Hermoso. Trágico. E inútil.

Chasqueó los dedos, y las puertas de la sala se abrieron. Veinte guardias entraron, con las armaduras brillando y las espadas desnudas.

—Llévenlos a la cámara del ritual —ordenó el rey—. Al amanecer, veremos si el amor es más fuerte que la sangre.

Los guardias avanzaron, y Dorian supo que no podrían luchar contra veinte. No heridos, no agotados, no con el Vinculum transmitiendo el dolor de ambos.

—Dorian —susurró Kira mientras los separaban—. Lo que pase...

—No voy a dejarte morir.

—Tienes que sobrevivir. Aunque eso signifique...

—No.

—Escúchame. —Ella lo miró con ojos que ardían—. Si tienes que elegir entre yo y el reino...

—No voy a elegir.

Los guardias los arrastraron hacia pasillos separados, y el Vinculum se estiró como un elástico, transmitiendo dolor con cada metro de distancia.

—La elección ya está hecha, hijo —dijo el rey mientras las puertas se cerraban—. Al amanecer, tú realizarás el ritual. Tú drenarás su sangre. Tú completarás lo que empezamos.

—¿Y si me niego?

—Entonces morirán los prisioneros de Thornwall. Uno por uno, frente a tus ojos, hasta que aceptes. —El rey sonrió—. Tienes hasta el amanecer para decidir qué amor es más fuerte: el que sientes por ella, o el que sientes por su pueblo.

Las puertas se cerraron con un estruendo.

Y Dorian se quedó solo, con el eco de las palabras de su padre y el dolor de Kira resonando a través del Vinculum como un grito que nunca terminaría.

CAPÍTULO 15: El precio de la cercanía

La celda no tenía ventanas, pero Kira sabía que el amanecer se acercaba.

Lo sentía en la sangre. Las runas que ahora atravesaban su piel pulsaban con un ritmo que no era suyo, marcando un compás que venía de las profundidades del palacio. El ritual. Su sangre lo reconocía incluso cuando su mente se negaba a aceptarlo.

El Vinculum transmitía el dolor de Dorian como un eco constante, atenuado por la distancia pero nunca silenciado del todo. Podía sentir su desesperación, su culpa, la forma en que se castigaba por cada decisión que lo había arrastrado hasta aquí.

Pero también sentía algo más.

Determinación. Dorian estaba planeando algo.

Kira se incorporó lentamente, cada músculo protestando. Los guardias la habían golpeado cuando la separaron de Dorian —no lo suficiente para dejarla inconsciente, pero sí lo bastante para recordarle que era prisionera. El tatuaje de los Oprimidos ardía donde las runas plateadas lo atravesaban, como si dos fuegos opuestos libraran una guerra bajo su piel.

La puerta se abrió sin ceremonia.

No eran guardias. Era Haldren, el mayordomo, con una linterna en una mano y un fardo de ropa oscura en la otra.

—Tienes tres minutos antes de que cambie la guardia —dijo, con la voz inexpresiva—. El príncipe me envió.

Kira parpadeó, segura de que alucinaba.

—¿Qué?

—Hay un pasadizo detrás de la tercera piedra a la izquierda de la cama. Llega a los jardines de invierno. —Haldren dejó la ropa sobre el catre—. Tu gente ya no está en las mazmorras.

—¿Qué?

—El príncipe los movió durante la noche. Están en el conducto de ventilación del ala este, demasiado débiles para caminar pero vivos. —El mayordomo se volvió hacia la puerta—. El príncipe te encontrará en el jardín.

—Espera. —Kira se puso de pie—. ¿Por qué haces esto?

Haldren se detuvo sin volverse.

—Mi familia ha servido a los Blackveil durante tres generaciones. Servimos al heredero verdadero, no al usurpador que mató a mi señora.

La puerta se cerró detrás de él.

Kira no perdió tiempo. Cambió la ropa de prisionera por las prendas oscuras que Haldren había traído: una túnica de sirvienta, botas que le quedaban ligeramente grandes, una capa con capucha que ocultaría su rostro. Las runas de sus brazos brillaban débilmente a través de la tela, pero no había nada que pudiera hacer por eso.

Encontró la piedra que el mayordomo había mencionado y la empujó. El mecanismo era antiguo pero funcional, y el pasadizo que reveló olía a humedad y tiempo olvidado.

El Vinculum se intensificó cuando entró. Dorian estaba cerca.

Kira avanzó por el túnel con una mano en la pared y la otra sobre su pecho, como si pudiera calmar el latido acelerado de su corazón. Las runas pulsaban más fuerte con cada paso, respondiendo a algo que ella no podía ver.

El pasadizo terminó en una puerta de madera podrida que cedió bajo su peso. Más allá, los jardines de invierno se extendían bajo un techo de cristal empañado, con plantas que crecían en silencio bajo la luz gris del amanecer que se filtraba.

Y allí estaba Dorian.

De pie junto a un invernadero, con la ropa manchada de lo que parecía sangre seca y los ojos oscuros por el agotamiento. Pero estaba vivo. Estaba completo.

El Vinculum se abrió entre ellos como una herida que sanaba, transmitiendo alivio, miedo y algo más profundo que Kira no quiso nombrar.

—Dorian.

Él se volvió hacia ella, y por un instante ninguno de los dos se movió.

—Pensé que no vendrías —dijo él finalmente.

—Pensé que no tendría oportunidad.

Se encontraron en el centro del jardín, bajo un árbol cuyas ramas desnudas se extendían como dedos esqueléticos hacia el techo de cristal. El Vinculum transmitía la cercanía como una corriente eléctrica, haciendo que la piel de Kira hormigueara donde la presencia de Dorian la rozaba.

—Tenemos que movernos —dijo ella—. Haldren dijo que hay un pasadizo más allá de las murallas.

—Lo sé. —Dorian no se movió—. Pero hay un problema.

—¿Qué problema?

—El Vinculum.

Kira sintió un escalofrío que no venía del frío.

—¿Qué pasa con él?

—Cuando nos separaron, sentí... algo. —Dorian apartó la mirada—. Como si algo estuviera arrancando parte de mi alma. Y no era solo dolor. Era...

—¿Era qué?

—Pérdida. Como si cada metro de distancia me estuviera matando de una forma que no puedo explicar.

Kira recordó la sensación en la celda: el eco atenuado de Dorian, la forma en que el vínculo se estiraba como un elástico a punto de romperse.

—¿Qué significa eso?

—Significa que el Vinculum no fue diseñado para separación. —Dorian la miró finalmente—. Si nos alejamos demasiado, si tratamos de huir cada uno por su lado...

—Moriremos.

—No solo moriremos. —Él hizo una mueca—. Perderemos la cordura primero. El Vinculum nos consumirá desde adentro.

Kira absorbió las palabras como un golpe físico.

—Entonces nos vamos juntos.

—No es tan simple.

—¿Por qué no?

—Porque mi padre tiene a tu gente. Porque si desaparecemos, los ejecutará. Porque...

—¿Porque crees que no hay salida?

Dorian se acercó más, y el Vinculum se intensificó con su proximidad. Kira podía sentir su conflicto, el peso de las decisiones que había tomado y las que aún debía tomar.

—Creo que no hay salida que no termine en muerte —dijo él—. Pero no puedo dejarte aquí.

—Entonces no lo hagas.

—Kira...

—Escúchame. —Ella tomó su rostro entre las manos, obligándolo a mirarla—. Tu padre quiere que elijas entre yo y tu pueblo. Quiere que te rompas intentando salvar ambos. Pero no es así como funciona.

—¿Entonces cómo funciona?

—Elegimos vivir. Elegimos luchar otro día. —Las runas de Kira brillaban ahora con más fuerza, respondiendo a la cercanía de Dorian—. Tu padre tiene poder, pero nosotros tenemos algo que él no tiene.

—¿Qué?

—Nosotros.

El Vinculum transmitió la respuesta antes de que Dorian pudiera articularla: la comprensión de que ella tenía razón, de que la única fortaleza que tenían era la conexión que el rey había intentado usar como arma.

—No sé si podemos —dijo él—. No sé si el vínculo nos permitirá separarnos lo suficiente para escapar.

—Entonces no nos separamos.

Kira se acercó más, eliminando la distancia entre ellos. El Vinculum estalló con la proximidad, transmitiendo emociones que ninguno de los dos había nombrado: miedo, esperanza, deseo, necesidad.

—Kira...

—Dorian, el vínculo se fortalece con la cercanía. Lo sentí cuando me curaste. Lo sentí cuando nos separaron. —Ella apretó los dedos contra su rostro—. Si queremos escapar, necesitamos que el vínculo sea fuerte. Más fuerte que nunca.

—¿Qué estás sugiriendo?

—Que dejemos de luchar contra él.

Dorian la miró, y el Vinculum transmitió su comprensión antes de que las palabras abandonaran sus labios.

—Si nos acercamos demasiado... —comenzó.

—Ya estamos demasiado cerca.

—El vínculo podría... consumirnos.

—Ya nos está consumiendo.

Kira no supo quién se movió primero. Solo supo que de repente los labios de Dorian estaban sobre los suyos, y el Vinculum se abrió

como una flor bajo el sol.

Fue como ahogarse y respirar al mismo tiempo.

El contacto físico que antes transmitía solo dolor y emociones superficiales se transformó en algo más: una inundación de sensaciones, memorias y pensamientos que ninguno de los dos podía controlar. Kira vio destellos de la infancia de Dorian: un niño solo en un palacio lleno de peligros, una madre que le susurraba secretos antes de morir, un padre que lo observaba como un científico observaría un espécimen. Y supo que él estaba viendo lo mismo de ella: una niña escondida bajo cuerpos, una adolescente entrenando hasta el colapso, una mujer que no sabía distinguir entre venganza y justicia.

El Vinculum los unía de una forma que iba más allá de la sangre.

—Kira —murmuró Dorian contra sus labios—. Esto es...

—Lo sé.

—No sé si podemos detenerlo.

—No quiero detenerlo.

Se besaron de nuevo, y esta vez el vínculo respondió con una intensidad que los dejó temblando. Las runas en la piel de Kira brillaban como estrellas, y las marcas más tenues en los brazos de Dorian respondían con la misma luz. Podía sentir su sangre como si fuera suya, latiendo en dos cuerpos pero compartiendo un mismo ritmo.

—Te veo —susurró ella, con las manos enredadas en su cabello—. Te veo completamente.

—Y yo a ti.

El Vinculum se profundizó, transmitiendo algo más que pensamientos: sensaciones físicas, el calor de la piel, el latido acelerado del corazón, la respiración entrecortada. Cada toque se multiplicaba, cada caricia se reflejaba en ambos cuerpos.

—Esto es... —Dorian se apartó lo suficiente para mirarla—. El vínculo está cambiando.

—¿Qué significa eso?

—No lo sé. Pero puedo sentir... más. Mucho más de lo que debería.

Kira lo sentía también. El Vinculum ya no era solo un puente entre sus sangres: era una fusión, una integración que iba más allá de lo que cualquiera de los dos había experimentado.

—¿Es peligroso? —preguntó.

—Todo lo que hacemos es peligroso.

—Eso no es una respuesta.

—No tengo respuestas. —Dorian la atrajo más cerca—. Solo tengo esto.

La besó de nuevo, y esta vez no hubo palabras. Solo el calor de la conexión, la forma en que el vínculo se abría más con cada toque, cada suspiro, cada centímetro de contacto entre sus pieles.

Kira sintió que perdía el sentido de dónde terminaba ella y dónde comenzaba él. El Vinculum transmitía todo: el deseo de Dorian, su propia necesidad, el miedo compartido de que esto fuera un error y la certeza compartida de que no podían detenerse.

—Te amo —susurró ella, y no supo si las palabras eran suyas o si el vínculo las había arrastrado desde algún lugar profundo de su alma.

—Te amo —respondió Dorian, y ella sintió la verdad de eso a través del vínculo como una llama que ardía en ambos.

El beso se profundizó, y con él el Vinculum alcanzó una intensidad que ninguno de los dos había anticipado. Kira sintió que su conciencia se expandía, tocando la de Dorian como dos llamas que se fundían en una. Las runas de sus brazos ardían con luz brillante, y las de Dorian respondían con el mismo brillo.

—Kira —dijo él, con la voz ronca—. Algo está pasando.

—Lo sé.

—No, quiero decir... algo está pasando.

Ella abrió los ojos y vio lo que él quería decir.

Las runas de ambos brillaban con la misma intensidad, pero no era solo eso. La luz se extendía entre ellos, formando patrones que flotaban en el aire como hilos de plata. El Vinculum se estaba manifestando físicamente.

—¿Qué significa esto? —preguntó Kira.

—No lo sé. —Dorian extendió la mano, y los hilos de luz respondieron a su movimiento—. Pero puedo sentir... todo. Tu cansancio, tu dolor, tu esperanza. Como si fueran míos.

—Y yo puedo sentir tu miedo. Tu culpa. Tu...

—Tu deseo de vivir. —Dorian sonrió, con una expresión que era mitad alegría y mitad asombro—. Pensé que querías morir luchando.

—Eso era antes.

—¿Antes de qué?

—Antes de esto.

Se besaron de nuevo, y los hilos de luz se intensificaron, envolviéndolos en un capullo brillante que los aislaba del resto del mundo. Por un momento, no hubo rey, ni ritual, ni profecía. Solo ellos dos, unidos por un vínculo que ninguno había elegido pero que ahora elegían abrazar.

Fue Kira quien notó lo que estaba pasando.

—Dorian. Tus heridas.

Él se apartó lo suficiente para mirar sus brazos, donde los cortes de la batalla anterior habían estado. La piel estaba sana.

—¿Qué...?

—El vínculo. —Kira miró sus propias manos, donde las contusiones de los guardias habían desaparecido—. Nos está curando.

—Eso no debería ser posible.

—El vínculo no debería hacer muchas cosas que hace.

Se miraron en silencio, con la luz del amanecer filtrándose a través del techo de cristal y los hilos de plata del Vinculum todavía flotando entre ellos.

—Podemos usar esto —dijo Kira finalmente—. Si el vínculo puede curarnos, si puede darnos acceso a los pensamientos del otro...

—Podríamos coordinarnos en batalla de una forma que nadie más puede.

—Podríamos ser más fuertes juntos de lo que somos separados.

—Si sobrevivimos lo suficiente para usarlo.

Kira asintió, con la realidad volviendo a golpearla como agua fría.

—Los prisioneros. Tu padre. El ritual.

—Lo sé.

—Tenemos que movernos.

—Lo sé.

Pero ninguno de los dos se movió. El Vinculum los mantenía unidos, transmitiendo la renuencia de ambos a separarse incluso un centímetro.

—El vínculo... —Dorian hizo una mueca—. Se resiste a la separación.

—¿Podemos forzarlo?

—Podemos intentarlo.

Kira dio un paso atrás, y el dolor la golpeó inmediatamente. No era físico, pero era peor: una sensación de pérdida, como si parte de su alma estuviera siendo arrancada.

—El Vinculum quiere que estemos cerca —dijo, con los dientes apretados—. Muy cerca.

—La intimidad física lo fortaleció más de lo que anticipamos. —Dorian también parecía luchar contra algo invisible—. Necesitamos... calmarnos. Dejar que se estabilice.

—¿Y si no podemos?

—Entonces tendremos que...

El sonido de una campana lo interrumpió.

Era un sonido profundo, resonante, que parecía venir de las entrañas del palacio. Las runas de Kira respondieron inmediatamente, brillando con una intensidad que la hizo retroceder.

—El ritual —dijo Dorian, con el rostro pálido—. Ha comenzado.

—Pero el amanecer... pensé que teníamos hasta el amanecer.

—Mi padre no espera. —Dorian la miró con algo que era mitad miedo y mitad determinación—. Tenemos que movernos ahora.

—¿Podemos? ¿Con el vínculo así?

—No tenemos opción.

Tomó su mano, y el dolor de la separación se desvaneció inmediatamente. Pero el alivio trajo su propio problema: el Vinculum ahora transmitía todo con más fuerza, haciendo difícil distinguir entre sus pensamientos y los de él.

—Tengo que encontrar a tu gente —dijo Dorian—. Tú tienes que llegar al pasadizo.

—No. —Kira apretó su mano—. Juntos. Dijimos juntos.

—Kira...

—Juntos. O no estamos.

Él la miró durante un momento que se estiró como una eternidad. El Vinculum transmitía su conflicto: la necesidad de protegerla contra la certeza de que ella no aceptaría ser protegida.

—Juntos —aceptó finalmente.

Se movieron hacia el extremo del jardín, donde el pasadizo que Haldren había mencionado debía estar. Pero antes de que pudieran alcanzarlo, una figura emergió de las sombras.

—Príncipe Dorian —dijo el rey Aldric, con una sonrisa que no llegaba a sus ojos—. Y la heredera Nighthollow. Qué predecible.

Dorian se tensó, y el Vinculum transmitió su miedo y su ira.

—Padre.

—¿Pensabas que no sabía sobre los pasadizos? ¿Sobre el mayordomo? ¿Sobre los prisioneros? —El rey se acercó, con los brazos cruzados detrás de la espalda—. Cada movimiento que has hecho ha sido observado. Cada decisión, anticipada.

—Entonces sabes que no voy a hacer el ritual.

—Oh, lo harás. —El rey sonrió—. Pero primero, veamos qué ha hecho el Vinculum con vosotros.

Sus ojos se posaron en los hilos de luz que todavía flotaban entre ellos, en las runas brillantes de sus pieles.

—Fascinante —murmuró—. La unión completa. No creí que fuera posible.

—¿De qué hablas? —preguntó Kira.

—El Vinculum fue diseñado para consumir, no para fusionar. Pero vosotros... —El rey inclinó la cabeza—. Vosotros lo habéis transformado.

—Eso no tiene sentido.

—Todo tiene sentido si entiendes la sangre. —El rey se acercó más —. Vuestros linajes son mitades del mismo todo. Cuando se unen, crean algo que no existía desde hace trescientos años.

—¿El poder original?

—No. Algo mejor. —El rey extendió la mano, y Kira sintió un tirón en su sangre que la obligó a retroceder—. Un recipiente completo.

El dolor estalló en su interior, pero no venía del exterior. Venía del Vinculum, que se retorcía como algo vivo bajo su piel.

—Dorian —jadeó—. Algo... algo está mal.

—Lo sé. —Él la sostuvo, con el rostro contorsionado—. Lo puedo sentir.

—El ritual no necesita sacrificio —dijo el rey, con la voz convertida en un susurro—. Solo necesita que el Vinculum se complete. Y vosotros lo habéis hecho por mí.

Kira quiso responder, pero las palabras se ahogaron en un grito. El Vinculum se estaba contrayendo, apretándola desde adentro, fusionando algo que no debería ser fusionado.

—Lo siento —susurró Dorian, y ella sintió su dolor a través del vínculo como si fuera propio—. Lo siento, lo siento, lo siento.

—No... es... tu... culpa.

El rey observaba con algo que podría haber sido admiración.

—Hermoso —murmuró—. El vínculo completo. Por fin.

Kira sintió que su conciencia se desdibujaba, que los bordes entre ella y Dorian se disolvían en algo que no podía nombrar. El beso que los había unido ahora parecía una sentencia.

Y entonces, el Vinculum habló.

No con palabras, sino con una certeza que resonó en ambos: la promesa de que los consumiría, los fusionaría, los convertiría en algo que ninguno de los dos reconocería.

El último pensamiento coherente de Kira fue que el amor que los había unido sería también lo que los destruiría.

Y entonces, todo se volvió luz.

CAPÍTULO 16: La línea que no debe cruzarse

Dorian despertó en sus aposentos como si el amanecer anterior nunca hubiera ocurrido.

La ropa de cama estaba intacta. Las cortinas, cerradas. El fuego en la chimenea, reducido a brasas que proyectaban sombras danzantes sobre las paredes. Todo en su lugar, todo correcto, todo horriblemente normal.

Excepto por el dolor en su pecho.

El Vinculum latía como un segundo corazón, transmitiendo la presencia de Kira desde algún lugar distante. No palabras, no pensamientos claros, solo una sensación de frío y confusión que le helaba la sangre.

Estaba viva. El vínculo le confirmaba eso. Pero algo había cambiado.

Se incorporó lentamente, y los recuerdos volvieron en oleadas: la luz del Vinculum envolviéndolos, la voz del rey hablando de recipientes completos, la sensación de su conciencia disolviéndose en la de ella.

Y luego, nada.

Un golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos.

—Su Alteza —la voz de Haldren, neutral como siempre—. Su padre lo espera en la sala del consejo. La dama Seraphina ha solicitado su presencia para el desayuno posterior.

Dorian tardó un momento en procesar las palabras. Seraphina. Su prometida. La mujer que el rey había elegido para él años atrás, antes de que supiera lo que significaba ser un Blackveil.

—Ahora no.

—Su Alteza, el rey fue explícito. Dice que tiene algo que mostrarle.

Algo en el tono de Haldren le heló la sangre. El mayordomo nunca enfatizaba palabras sin razón.

—Voy.

Se vistió con manos que temblaban apenas perceptiblemente. Las runas de sus brazos habían palidecido durante la noche, volviéndose casi invisibles bajo su piel. El Vinculum seguía allí, pero atenuado, como si algo lo hubiera debilitado.

O como si alguien lo hubiera suprimido.

El pasillo hacia la sala del consejo estaba desierto. Ningún guardia, ningún sirviente. Solo el eco de sus propios pasos sobre la piedra.

Su padre lo esperaba en el centro de la sala, con las manos cruzadas detrás de la espalda y una expresión que podría haber sido satisfacción.

—Hijo. Dormiste bien.

No era una pregunta.

—¿Qué hiciste?

—¿Yo? —El rey sonrió—. Nada que no estuviera previsto. El Vinculum es... impredecible cuando se completa. Necesitaba asegurarme de que no te consumiera antes de tiempo.

—¿Antes de tiempo?

—El ritual requiere preparación. Y tú, mi querido hijo, acabas de darme exactamente lo que necesitaba.

Dorian sintió un nudo en el estómago.

—¿Dónde está Kira?

—A salvo. Por ahora. —El rey se acercó a una de las ventanas, observando el patio inferior—. Los prisioneros de Thornwall han sido trasladados a las celdas del ala norte. La Nighthollow está en la cámara del ritual, recuperándose de su... entusiasmo.

—Si la tocas...

—¿Qué? ¿Me matarás? —El rey se volvió hacia él con una sonrisa—. Ya has demostrado que no puedes. O tal vez, que no quieres.

Dorian apretó los puños hasta que sus nudillos se volvieron blancos. El Vinculum pulsaba con un dolor distante, el eco de Kira en algún lugar del palacio.

—¿Qué quieres de mí?

—Tu cooperación. —El rey se acercó, con la voz convertida en un susurro—. El ritual se completará al anochecer. Puedes hacerlo voluntariamente, o puedo obligarte. La primera opción es más... elegante.

—¿Y si me niego?

—Entonces la Nighthollow morirá lentamente, los prisioneros de Thornwall serán ejecutados uno por uno frente a ella, y tú observarás todo desde la comodidad de tus aposentos. —El rey se encogió de hombros—. Tienes hasta el mediodía para decidir.

—Eso no es una elección.

—No. Es una lección. —El rey caminó hacia la puerta—. Ah, y Dorian... tu prometida está ansiosa por verte. Seraphina ha preparado un desayuno en los jardines. Te sugiero que asistas. Las apariencias importan.

La puerta se cerró detrás de él.

Dorian se quedó solo, con el peso de las palabras de su padre y el dolor sordo del Vinculum resonando en su pecho.

Kira estaba viva. Los prisioneros estaban vivos. Pero por cuánto tiempo, eso dependía de decisiones que no sabía si podía tomar.

El Vinculum transmitió un destello de algo desde la cámara del ritual: miedo, pero también determinación. Kira estaba consciente. Estaba luchando.

Y él necesitaba hacer lo mismo.

Los jardines estaban cubiertos por una niebla matutina que se aferraba al suelo como un fantasma. Seraphina lo esperaba junto a una mesa de hierro forjado, con un vestido color marfil que contrastaba con su cabello oscuro.

—Dorian. —Sonrió, pero la expresión no alcanzaba sus ojos—. Pensé que no vendrías.

—Tuve una noche difícil.

—Me imagino.

Se sentó frente a ella, y los sirvientes aparecieron silenciosamente para servir té y pastas que Dorian no tenía intención de probar.

Seraphina Valdris era todo lo que una prometida real debía ser: hermosa, educada, descendiente de una casa menor que había servido a los Blackveil durante generaciones. El rey la había elegido específicamente por su capacidad de percepción, una cualidad que Dorian ahora entendía como una amenaza.

—Tu padre me informó sobre los preparativos para la ceremonia —dijo ella, con la voz suave—. El solsticio de invierno parece ser... significativo.

—Lo es.

—Me preguntaba si podrías explicarme mi papel.

Dorian la estudió con cuidado. Seraphina nunca preguntaba algo que no pudiera deducir por sí misma.

—Tu papel es el de siempre. Estar presente. Sonreír. Representar.

—¿Solo eso? —Inclinó la cabeza—. Porque he notado cierta... agitación en el palacio. Guardias adicionales. Movimientos en las mazmorras. Y tú, mi prometido, desapareciendo durante la noche para aparecer con la mirada perdida y las manos temblorosas.

—No es de tu incumbencia.

—Todo en este palacio es de mi incumbencia, Dorian. —Su voz se endureció—. O has olvidado que mi familia también tiene intereses en lo que ocurre aquí.

El Vinculum pulsó con un destello de advertencia desde Kira. Algo estaba cambiando.

—Seraphina...

—¿Quién es ella?

La pregunta cayó como un golpe.

—¿Perdón?

—La mujer. La prisionera. La que tu padre mantiene en la cámara del ritual. —Seraphina se inclinó hacia adelante—. He oído los

rumores. Una sirvienta que no es sirvienta. Una rebelde con runas bajo la piel. Una Nighthollow.

—No sabes de qué hablas.

—¿No? —Sonrió—. Mis fuentes son mejores de lo que crees. Sé que pasaste la noche con ella. Sé que el Vinculum se activó de forma visible. Sé que algo cambió entre vosotros.

Dorian sintió un frío que no venía de la niebla.

—¿Qué quieres?

—Quiero entender. —Seraphina tomó su taza de té con dedos perfectamente calmados—. Soy tu prometida, Dorian. Cualquier cosa que te afecte, me afecta a mí.

—No tienes que preocuparte.

—¿No? Porque desde donde estoy sentada, parece que estás planeando algo. Y eso me preocupa.

Se incorporó, caminando hacia él con movimientos fluidos.

—He notado tus conversaciones con Haldren. Tus visitas a los pasadizos. Tu interés en los prisioneros del ala norte. —Se detuvo frente a él—. Si estás planeando traicionar a tu padre, necesito saberlo. Mi familia no puede permitirse estar del lado equivocado de una guerra.

—No hay ninguna guerra.

—Todavía.

El Vinculum transmitió un dolor agudo desde Kira, seguido de un destello de pánico. Algo estaba pasando en la cámara del ritual.

—Seraphina, esto no es...

—¿No es asunto mío? —Su voz se endureció—. Todo en este palacio es asunto mío. Mi familia ha servido a los Blackveil durante tres generaciones. No permitiré que un romance mal concebido arruine décadas de planificación.

—¿Planificación?

—Mi matrimonio contigo fue un acuerdo entre tu padre y el mío. Una alianza política que beneficia a ambas casas. —Seraphina lo miró directamente a los ojos—. Si tienes intenciones de romper ese acuerdo por una... rebelde... necesito saberlo ahora.

Dorian se incorporó lentamente.

—No tienes que preocuparte por eso.

—¿No? Porque tengo ojos, Dorian. Te he visto mirarla cuando crees que nadie observa. Te he visto tensarte cuando alguien menciona la cámara del ritual. —Se acercó más—. Estás enamorado de ella.

—Eso es absurdo.

—¿Lo es? —Sonrió—. Entonces no te importará si le cuento a tu padre sobre tus conversaciones con Haldren. Sobre tus visitas a los pasadizos. Sobre los prisioneros que desaparecieron del ala norte.

El aire se volvió denso.

—¿Qué sabes de los prisioneros?

—Sé que ya no están donde deberían estar. Sé que Haldren ha estado moviendo cosas en las sombras. Sé que tú has estado reuniendo recursos para algo que no es el ritual. —Seraphina se cruzó de brazos—. Soy muchas cosas, Dorian, pero no soy estúpida.

—Seraphina...

—Si tu plan es huir con ella, necesito saberlo. Mi familia necesita prepararse para las consecuencias. —Su voz se suavizó—. No soy tu enemiga. Solo quiero sobrevivir a lo que viene.

Dorian la estudió en silencio. El Vinculum transmitía dolor y urgencia desde Kira, una presión constante que hacía difícil pensar.

—Si le cuentas a mi padre —dijo finalmente—, matará a todos los que yo haya intentado salvar.

—¿Y si no le cuento? ¿Qué ganas?

—Gano tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—Para encontrar una forma de detener esto sin que todos mueran.

Seraphina lo observó durante un largo momento.

—Estás dispuesto a traicionar a tu padre por ella.

—Estoy dispuesto a hacer lo necesario para que sobrevivan personas inocentes.

—¿Inocentes? —Sonrió—. ¿Incluyéndote a ti?

—Eso no importa.

—Me importa a mí. —Se acercó más—. He esperado cinco años por este matrimonio, Dorian. Cinco años de preparación, de aprendizaje, de convertirme en lo que tu familia necesitaba. No permitiré que una rebelde con runas en la piel lo arruine todo.

—Seraphina...

—Tienes dos opciones. —Su voz se endureció—. Renuncias a ella y cumples con tu deber, o le cuento a tu padre todo lo que sé.

—No entiendes lo que está en juego.

—Entiendo perfectamente. Tu padre quiere el poder que ella lleva en la sangre. Tú quieres salvarla. Yo quiero mi posición. —Se encogió de hombros—. Parece que solo uno de nosotros puede conseguir lo que quiere.

El Vinculum pulsó con un dolor agudo. Kira estaba en problemas.

—Seraphina, por favor. Si dices algo...

—¿Qué? ¿Morirán personas? —Se inclinó hacia él—. Las personas siempre mueren en este palacio. Lo que me importa es quiénes sobreviven.

Dorian sintió algo romperse en su interior.

El Vinculum le transmitía el dolor de Kira como un eco constante, recordándole lo que estaba en juego. Los prisioneros de Thornwall. La profecía que exigía que uno de ellos matara al otro. El rey que había planeado cada movimiento durante generaciones.

Y ahora Seraphina, amenazando con destruirlo todo por una posición que nunca había ganado.

—Lo siento —dijo, y su voz sonó extraña incluso para él.

—¿Perdón?

—Lo siento, Seraphina. De verdad.

Extendió la mano hacia ella, como si fuera a tomar la suya. Seraphina sonrió, creyendo que había ganado.

Y entonces Dorian la tocó.

El Vinculum se abrió, transmitiendo todo lo que él sentía: la desesperación, la determinación, el amor por Kira que lo consumía.

Pero también transmitió algo más: la magia sanguínea que había reprimido durante años, la oscuridad que heredó de su padre y que siempre había temido.

Seraphina abrió los ojos, sorprendida.

—¿Qué estás...?

No terminó la frase.

La magia de Dorian entró en ella como un veneno, deteniendo su corazón con la misma precisión que había usado para matar rebeldes en batallas que ya no recordaba. No hubo sangre, no hubo drama, solo el brillo momentáneo de las runas en sus manos y el peso de un cuerpo que caía.

Seraphina se desplomó sobre la mesa, con los ojos abiertos y la taza de té volcándose sobre el mantel blanco.

Dorian se quedó paralizado.

No había querido hacerlo. No había planeado hacerlo. Pero en el momento en que ella había amenazado con hablar, algo en él había sabido que no tenía otra opción.

El Vinculum transmitió un grito silencioso desde Kira.

No palabras. No pensamientos. Solo la sensación de algo rompiéndose, de una línea cruzada que nunca podría ser descruzada.

Kira había sentido todo.

Cada momento de la conversación. Cada decisión. Cada justificación que Dorian se había contado a sí mismo. Y el momento final: la magia entrando en Seraphina, la vida abandonando sus ojos.

Dorian se llevó las manos al pecho, donde el Vinculum ardía como una herida abierta.

—Lo siento —susurró, aunque sabía que ella podía sentirlo—. No tenía... no había otra...

El vínculo transmitió algo que no esperaba.

No era condena. No era horror. Era algo peor: comprensión.

Kira entendía lo que había hecho. Y eso la aterraba más que cualquier otra cosa.

Dorian miró el cuerpo de Seraphina, con el té derramado formando un charco sobre el mantel. Había cruzado una línea que nunca podría ser descruzada. Había matado por Kira, sí, pero también por conveniencia, por necesidad, por la fría certeza de que no había otra opción.

Y Kira lo había sentido todo.

Los sirvientes llegarían pronto. El rey preguntaría. Habría consecuencias.

Pero en ese momento, todo lo que Dorian podía sentir era el peso de lo que había hecho, resonando a través del Vinculum como un eco que nunca terminaría.

El vínculo se cerró, y por primera vez en horas, el silencio en su pecho fue absoluto.

CAPÍTULO 17: El peso de la sangre ajena

La cámara del ritual olía a incienso y algo más antiguo, algo que Kira reconocía en su sangre aunque su mente se negaba a nombrarlo.

Yacía sobre una losa de piedra fría, con runas talladas que le raspaban la espalda desnuda. Las marcas de los Oprimidos en sus

brazos ardían bajo la luz de las velas, pero no era ese el dolor que la mantenía despierta.

Era el eco de lo que había sentido a través del Vinculum.

El momento exacto en que Dorian había extendido la mano hacia Seraphina. La decisión, fría y calculada, tomada en menos de un latido. La magia sanguínea fluyendo como veneno invisible, deteniendo un corazón que latía con la certeza de haber ganado.

Y luego, la justificación que él se había repetido como una plegaria:
No había otra opción.
Ella lo habría destruido todo.
Lo siento.

Kira cerró los ojos, pero eso solo empeoraba las imágenes. El Vinculum, incluso debilitado por la supresión del rey, le había transmitido cada matiz del asesinato: la textura del té derramándose sobre el mantel de encaje, el peso muerto del cuerpo de Seraphina cayendo, el silencio que siguió.

Y algo peor.

La parte de Dorian que había sabido exactamente qué hacer. La parte que había matado antes, muchas veces, sin que ella lo supiera. La parte que llevaba años tomando decisiones imposibles y conviviendo con ellas como si fueran sombras normales.

—Estás despierta.

La voz del rey llegó desde algún lugar fuera de su campo de visión. Kira no se molestó en girar la cabeza.

—¿Esperabas que no lo estuviera?

—Esperaba que la supresión del Vinculum te hubiera dejado más... cooperativa.

—Lo siento decepcionarte.

El rey apareció en el borde de su visión, con las manos cruzadas detrás de la espalda y una expresión de curiosidad clínica, como un coleccionista examinando una nueva pieza.

—Mi hijo te ama.

Kira no respondió.

—Es una lástima. El amor complica cosas que deberían ser simples. —El rey caminó alrededor de la losa, observándola como un espécimen—. ¿Sabes qué sintió cuando mató a su prometida?

—No era tu prometida.

—No. Era un acuerdo político, una alianza, un medio para un fin. Pero eso no significa que no pudiera sentirlo. La sangre de Seraphina estaba manchando un mantel blanco mientras tú sentías cada latido de la decisión de mi hijo.

Kira apretó los dientes.

—¿Cuál es tu punto?

—Mi punto, heredera Nighthollow, es que el Vinculum te da acceso a partes de Dorian que él mismo prefiere ignorar. Y lo que encontraste ahí... —El rey sonrió, y algo en esa sonrisa heló la sangre de Kira—. ¿Fue el héroe que esperabas?

—Fue alguien que tomó una decisión imposible.

—Exacto. —El rey se inclinó hacia ella—. Y ahora sabes lo que significa amar a un Blackveil. Significa aceptar la oscuridad que llevamos en la sangre. Significa entender que a veces, la única opción es la que te mancha las manos para siempre.

—¿Eso es lo que te dices cuando matas inocentes?

—Yo no me digo nada. Simplemente actúo. —El rey se enderezó—. Dorian heredó esa capacidad de mí. La capacidad de hacer lo necesario sin dudar. Pensé que la había reprimido, pero parece que tú fuiste el catalizador perfecto.

Kira sintió un frío que no venía de la piedra.

—¿Lo planeaste?

—¿Planeé que Seraphina descubriera los pasadizos? ¿Que amenazara con revelar los secretos de mi hijo? ¿Que él la matara para proteger tus planes de escape? —El rey se encogió de hombros con la naturalidad de quien comenta el clima—. No puedo tomar crédito por todo. A veces, las piezas simplemente caen donde deben.

—Eres un monstruo.

—Soy pragmático. Hay una diferencia, aunque sé que no puedes verla todavía. —El rey caminó hacia la puerta—. El ritual se completará al anochecer. Tienes hasta entonces para decidir si cooperas voluntariamente o si necesito... incentivos adicionales.

—Los prisioneros.

—Son una opción. También está mi hijo. El Vinculum puede suprimirse, pero también puede romperse. Y cuando se rompe... —El rey sonrió—. Digamos que la locura es una forma misericordiosa de describir lo que sigue.

La puerta se cerró detrás de él con un eco que resonó como una sentencia.

Kira se quedó sola con el peso de las amenazas y el eco del asesinato de Seraphina ardiendo en su memoria.

El Vinculum latía débilmente en su pecho, como un corazón herido que se negaba a dejar de bombear. A través de él, podía sentir a Dorian: su culpa, su desesperación, la forma en que se castigaba por lo que había hecho.

Pero también sentía algo más.

Determinación. Dorian estaba planeando algo.

Y esta vez, Kira no sabía si eso la aliviaba o la aterraba.

Las horas pasaron como años.

Kira perdió la noción del tiempo en la cámara del ritual, contando las velas que se consumían y las sombras que se alargaban sobre las paredes como dedos acusadores. El Vinculum permanecía atenuado, pero cada cierto tiempo enviaba destellos de emoción desde Dorian: frustración, miedo, una determinación que bordeaba la desesperación.

Él también estaba planeando.

La pregunta era: ¿qué estaba dispuesto a sacrificar esta vez?

Cuando la puerta se abrió de nuevo, Kira esperaba al rey. Pero no eran los guardias quienes entraron.

Era Dorian.

Entró como una sombra, con la ropa manchada de algo que podía ser sangre o tierra, y los ojos oscuros por el agotamiento. Las runas de sus brazos brillaban débilmente bajo las mangas, respondiendo a la presencia de ella como un eco de lo que habían sido.

El Vinculum se intensificó inmediatamente, transmitiendo el alivio de él y el conflicto de ella en un intercambio que ninguno de los dos

podía controlar.

—Kira.

—No te acerques.

Él se detuvo en la puerta, con el dolor atravesando su rostro como una hoja.

—Puedo explicarlo.

—¿Explicar qué? ¿Que mataste a una mujer indefensa? ¿Que tomaste una vida como si fuera una moneda para pagar una deuda? —Kira se incorporó, con los músculos protestando—. No necesito explicaciones, Dorian. Lo sentí todo.

—Entonces sabes que no había otra opción.

—Siempre hay otra opción.

—¿Cuál? —Dio un paso hacia ella, con la voz quebrada—. ¿Dejarla que le contara todo a mi padre? ¿Dejarla que destruyera cualquier posibilidad de escapar? ¿Dejarla que nos matara a todos con su necesidad de mantener su posición?

—No lo sé. Pero eso no significa que matarla fuera la respuesta.

—Eso es fácil de decir cuando no eras tú quien tenía que tomar la decisión.

Kira lo miró directamente a los ojos, buscando al hombre que había besado en los jardines de invierno, al que había sentido a través del Vinculum como una extensión de sí misma.

Lo encontró.

Pero también encontró algo más oscuro.

—Esa no fue la primera vez que mataste a alguien que no era un enemigo de guerra, ¿verdad?

Dorian se tensó. Todo su cuerpo se convirtió en una línea de tensión.

—El Vinculum me mostró más que el momento. Me mostró... patrones. Recuerdos enterrados. La forma en que tu mente justifica ciertas acciones. —Kira apretó los puños—. ¿Cuántos?

—¿Cuántos qué?

—¿Cuántas personas has matado porque eran inconvenientes?

El silencio se estiró entre ellos como un abismo.

—Tres —dijo finalmente Dorian, y cada sílaba pesó como una confesión bajo tortura—. Tres que no eran soldados. Tres que no estaban armados. Tres que... estaban en mi camino.

Kira sintió que algo se rompía en su interior, una grieta que se abría en la imagen del hombre que había construido en su mente.

—¿Y eso no te importa?

—Me importa cada día. —Dorian se acercó más, con el Vinculum transmitiendo su agonía como una herida abierta—. Me importa cada rostro, cada nombre, cada vida que terminé porque mi padre me enseñó que era necesario. Pero no puedo cambiar lo que hice. Solo puedo decidir qué hago ahora.

—¿Y ahora qué decides?

—Decido que tú vivas. Que tu gente viva. Que mi padre no gane. —Se detuvo frente a ella—. Si eso significa mancharme más las manos, lo haré.

—Eso es lo que tu padre diría.

—No. —La mirada de Dorian se endureció, y por un instante Kira vio al príncipe que había sobrevivido a la corte de Blackveil—. Mi padre mata por poder. Yo mato para sobrevivir. Hay una diferencia.

—¿La hay?

El Vinculum transmitió el dolor de la pregunta como una herida física.

—Kira...

—¿Cómo puedo confiar en ti? ¿Cómo puedo saber que no tomarás la misma decisión la próxima vez que algo sea inconveniente?

—No puedes. —Dorian extendió la mano hacia ella, pero se detuvo antes de tocarla—. Pero puedo prometerte que cada decisión que tome será para protegerte. A ti y a los que importan.

—¿Y si eso significa matar a alguien que yo considero inocente?

—Entonces tendrás que decidir si puedes perdonarme.

Kira lo estudió en silencio, con el Vinculum transmitiendo cada matiz de su honestidad y su dolor.

No había engaño en él. Solo la cruda verdad de lo que era: un hombre criado en la oscuridad, tratando desesperadamente de ser algo mejor.

—No puedo perdonar lo que hiciste —dijo finalmente, y las palabras le rasgaron la garganta—. Pero puedo entenderlo.

—¿Eso es suficiente?

—No lo sé. —Kira tomó su mano, y el Vinculum se abrió completamente, transmitiendo el alivio de ambos como una ola—. Pero tendremos que averiguarlo después.

—¿Después?

—Después de sobrevivir a esto.

Dorian asintió, con la expresión volviéndose práctica.

—Los prisioneros están en el ala norte. Haldren tiene una ruta a través de los pasadizos, pero necesitamos distracción.

—¿El ritual?

—Mi padre lo completará al anochecer si no hacemos algo. Necesita que el Vinculum esté activo, lo que significa que la supresión es temporal.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Horas. Quizás menos.

Kira se incorporó completamente, probando sus músculos.

—Entonces nos movemos ahora.

—No hay suficientes guardias para una salida limpia.

—¿Desde cuándo nos importa limpio?

Dorian sonrió, y por un instante fue el hombre que había besado en los jardines de invierno.

—Tenía esperanza de que dijeras eso.

El pasadizo detrás de la cámara del ritual era más estrecho de lo que Kira recordaba.

Avanzaron en silencio, con el Vinculum transmitiendo la tensión de ambos como un eco constante. Dorian iba primero, con una linterna que proyectaba sombras danzantes sobre las paredes de piedra.

—Haldren dijo que hay una salida al este —susurró—. Pero necesitamos pasar por el ala norte para liberar a tu gente.

—¿Cuántos guardias?

—Demasiados para nosotros solos.

—¿Tienes un plan mejor?

—Tenía uno. Pero mi padre... —Dorian se detuvo—. Él sabía. Sobre Seraphina, sobre los pasadizos, sobre todo. Es como si cada movimiento que hiciera estuviera anticipado.

—¿Crees que nos espera?

—Creo que siempre lo supo. —Dorian se volvió hacia ella—. El Vinculum, los prisioneros, incluso mi decisión de matar a Seraphina. Todo era parte de su plan.

—¿Por qué?

—Porque quiere que elijamos. Quiere que nos rompamos intentando salvar todo lo que importa. —Apagó la linterna—. Y si seguimos mi plan, caemos exactamente en eso.

Kira esperó a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad.

—¿Cuál es la alternativa?

—Tú tomas a tu gente y escapas por el este. Yo voy al norte y creo una distracción.

—No.

—Kira...

—No voy a dejarte.

—No hay otra forma. —Dorian tomó sus manos—. Si vamos juntos, nos capturan. Si te quedas, mueres. La única opción es que uno de nosotros sacrifique...

—No. —Kira apretó sus manos con fuerza—. El Vinculum no permite separación. Lo dijiste tú mismo.

—Puede que yo pueda resistir el tiempo suficiente.

—¿Y si no puedes? ¿Si enloqueces antes de que pueda encontrarte?

—Entonces habrá valido la pena.

Kira quiso responder, pero las palabras se atascaron en su garganta como espinas.

El Vinculum transmitió la determinación de Dorian, la certeza absoluta de que estaba dispuesto a sacrificarse.

Y transmitió algo más: el amor que sentía por ella, crudo y desesperado, sin las barreras que normalmente lo filtraban.

—Te amo —dijo él, con la voz quebrada—. Y si eso significa morir para que vivas, lo haré.

—Eso no es amor. Es rendición.

—Es la única opción que me queda.

El sonido de pasos interrumpió la conversación.

Dorian apagó la linterna inmediatamente, empujando a Kira contra la pared del pasadizo. El Vinculum transmitió su alerta como un grito silencioso.

Voces se acercaban.

—...el ala norte. El rey quiere que estén listos para el anochecer.

—¿Y el príncipe?

—El rey tiene planes especiales para él.

Kira sintió que Dorian se tensaba a su lado.

—¿Qué planes? —susurró.

—No lo sé. Pero Haldren dijo que mi padre ha estado preparando algo en el salón del trono.

Esperaron en silencio hasta que los pasos se alejaron.

—Tenemos que movernos —dijo Dorian—. Ahora.

Salieron del pasadizo a un corredor iluminado por antorchas. El ala norte se extendía ante ellos, con las puertas de las celdas alineadas como dientes en una boca oscura.

Pero antes de que pudieran avanzar, las antorchas se apagaron.

La oscuridad fue absoluta.

Y entonces, las luces volvieron a encenderse.

El rey Aldric estaba de pie en el centro del corredor, rodeado por guardias con armaduras de runas doradas.

—Hijo —dijo, con una sonrisa que no llegaba a sus ojos—. Y heredera Nighthollow. Qué predecible.

Kira sintió que el Vinculum se contraía, transmitiendo el terror de Dorian y su determinación de protegerla.

—Padre.

—¿Pensabais que no sabía de los pasadizos? ¿De los planes de Haldren? ¿De vuestra pequeña... aventura? —El rey se acercó—. Cada movimiento que habéis hecho ha sido observado. Cada decisión, anticipada.

—Entonces sabes que no voy a hacer el ritual.

—Oh, lo harás. Pero primero, veamos cuánto vale tu sacrificio.

Los guardias avanzaron, formando un círculo alrededor de ellos.

Dorian se interpuso entre Kira y los soldados, con las runas de sus brazos brillando con una luz que crecía por segundos.

—Kira, escúchame.

—No...

—Los prisioneros están en la tercera celda a la izquierda. Haldren tiene los pasadizos abiertos. —Dorian se volvió hacia ella, con el Vinculum transmitiendo una despedida que ella se negaba a aceptar —. Te amo. Ahora corre.

—¡Dorian!

—¡CORRE!

La magia sanguínea estalló de Dorian como una ola de luz carmesí, empujando a los guardias hacia atrás con una fuerza que hizo temblar los muros. El rey se mantuvo firme, con una sonrisa de satisfacción en los labios.

—Exactamente como lo planeé.

Kira quiso quedarse, quiso luchar a su lado, pero el Vinculum la empujaba hacia la puerta, transmitiendo la orden de Dorian como un

comando absoluto que le ardía en la sangre.

Vive. Por favor.

Y entonces ella corrió.

CAPÍTULO 18: El precio de la sangre compartida

El primer golpe lo tomó por sorpresa.

Un puño enguantado contra su costado, justo debajo de las costillas, donde la magia sanguínea aún latía débilmente desde el estallido del corredor. Dorian se dobló hacia adelante, pero las cadenas que lo suspendían de los muñecos no le permitieron caer.

El dolor viajó a través del Vinculum como un relámpago.

Y en algún lugar distante, Kira lo sintió.

No como una sensación abstracta, sino como un impacto físico. Dorian percibió su conmoción a través del vínculo: la confusión, el miedo repentino, la comprensión brutal de lo que estaba ocurriendo. Ella había corrido hacia los prisioneros, hacia la libertad, pero el Vinculum la arrastraba de vuelta a él.

—Interesante —dijo el rey, observando las runas en los brazos de Dorian brillar con cada golpe—. La conexión sigue activa incluso a distancia.

El segundo golpe llegó antes de que pudiera respirar.

Esta vez fue una bota en el estómago, lo suficientemente fuerte para levantarlo del suelo y hacer que las cadenas chirriaran contra el techo de piedra. El sabor del metal llenó su boca, y a través del Vinculum, sintió a Kira tropezar en algún pasadizo lejano, con las manos apretándose contra su propio abdomen como si ella también hubiera recibido el golpe.

—Puedo sentirlo, padre —dijo Dorian, escupiendo sangre—. Puedo sentir cómo te divierte esto.

—No tanto como me divierte saber que ella también lo siente.

El tercer golpe fue diferente.

Una varita de metal, calentada al rojo vivo, presionada contra su hombro. El dolor fue agudo, inmediato, y Dorian gritó antes de poder detenerse. A través del Vinculum, el grito de Kira se unió al suyo en un eco que resonó en su sangre.

—El Vinculum fue diseñado para compartir —continuó el rey, caminando alrededor de su hijo con las manos cruzadas detrás de la espalda—. Dolor, placer, muerte. Todo lo que tú sientes, ella lo siente. Todo lo que ella siente, tú lo sientes.

Otra presión de la varita, esta vez en su costado.

—¿Sabes qué pasa si te mato lentamente?

Dorian no respondió. No podía. El dolor era una niebla que consumía todo pensamiento.

—Ella enloquece —respondió el rey por él—. El Vinculum no tolera la separación extrema. Si mueres, ella te sigue. Pero si mueres lentamente, con dolor, ella siente cada momento de tu agonía sin poder hacer nada para detenerla.

La varita se apartó, y Dorian jadeó, buscando aire que parecía negarse a entrar en sus pulmones.

—Por eso la dejé ir.

Las palabras penetraron la niebla del dolor.

—¿Qué?

—¿Creíste que fue un accidente? ¿Que mi pequeño ejército de guardias no pudo detener a una sola mujer? —El rey sonrió—. La dejé escapar, hijo. Porque una Kira que huye es mucho más útil que una Kira prisionera.

Dorian levantó la cabeza, con el sudor y la sangre goteando de su frente.

—¿Por qué?

—Porque ahora vendrá por ti.

El rey se detuvo frente a él, con los ojos brillantes en la oscuridad de la cámara de tortura.

—El Vinculum te da poder sobre ella, sí. Pero también le da poder a ella sobre ti. Y ese poder se amplifica cuando uno de los dos está en peligro. —Se inclinó hacia adelante—. Si te torturo lo suficiente, si el dolor es lo suficientemente intenso, ella sentirá cada momento. Y vendrá. Correrá hacia ti como una polilla hacia la llama, porque el vínculo no le dejará otra opción.

—No vendrá. —Dorian apretó los dientes—. Le dije que escapara.

—¿Y crees que eso importa? —El rey se rió—. El Vinculum es más fuerte que cualquier orden. Más fuerte que cualquier lógica. Ella sentirá tu dolor, y su cuerpo la arrastrará hacia ti antes de que su mente pueda detenerla.

La varita volvió a acercarse, esta vez al lado opuesto de su cuerpo.

—Eres el cebo perfecto, hijo. Y ni siquiera tuve que hacer nada especial.

El cuarto golpe lo desorientó.

Dorian perdió la noción del tiempo, del espacio, de todo excepto el dolor y el eco distante de Kira a través del Vinculum. Cada golpe que él recibía, ella lo sentía. Cada quemadura, cada corte, cada hueso que crujía bajo los puños de los guardias.

Y ella seguía corriendo.

A través del vínculo, Dorian la percibía: avanzando por los pasadizos, encontrando a los prisioneros, guiándolos hacia la salida que Haldren había preparado. Cada paso que ella daba era un paso más lejos de él, pero el Vinculum la mantenía anclada.

Podía sentir su conflicto.

La orden que él le había dado: corre.

El impulso del vínculo: vuelve.

El amor que sentía por él, crudo y desesperado, luchando contra la lógica que le decía que escapar era la única opción.

—Puedo sentirla —dijo Dorian, con la voz rota—. Está lejos. Está a salvo.

—¿Está? —El rey tomó un cuchillo de la mesa de instrumentos—. ¿O está acercándose?

El primer corte fue superficial, un rasguño que ardía como fuego líquido.

—El Vinculum tiene un alcance limitado para la comunicación, pero no para el dolor. —El rey estudió la hoja, girándola bajo la luz—. Puedes sentirla a kilómetros de distancia si el dolor es lo suficientemente intenso. Y ella puede sentirte.

El segundo corte fue más profundo.

Dorian gritó, y a través del Vinculum, sintió a Kira caer de rodillas en algún pasadizo lejano, con las manos apretándose contra su propio brazo.

—Ya viene —susurró el rey—. Puedo verlo en tus ojos.

No supo cuánto tiempo pasó.

Los golpes se mezclaron con los cortes, las quemaduras con los moretones, hasta que su cuerpo fue un mapa de dolor y el Vinculum un hilo que lo mantenía atado a la vida.

Pero a través de todo, Kira seguía moviéndose.

Dorian la sentía avanzar, tropezar, levantarse. Sentía su dolor reflejado, pero también su determinación. Ella no venía hacia él. Estaba llevando a los prisioneros hacia la salida.

Ella estaba eligiendo salvarlos a ellos en lugar de venir por él.

Y eso, más que cualquier tortura, le partió el corazón.

—Tu padre tenía razón —dijo Dorian, con la voz apenas un susurro —. Ella no viene.

El rey se detuvo, con el cuchillo manchado de sangre en la mano.

—¿Perdón?

—Puedo sentirla. Está lejos. Sigue moviéndose hacia afuera. — Dorian levantó la cabeza, con una sonrisa que sabía a sangre—. Tu plan falló.

El rey lo estudió en silencio durante un largo momento.

—¿Falló?

—Ella no es el tipo de persona que vuelve por alguien cuando tiene una misión. No es como tú crees. —Dorian tosió, y más sangre manchó el suelo—. No es débil.

—Nunca dije que lo fuera.

El rey dejó el cuchillo sobre la mesa y se acercó a Dorian con una expresión pensativa.

—Pero tal vez... fui demasiado optimista sobre el poder del vínculo.

Se volvió hacia los guardias.

—Dejadnos.

Los soldados salieron sin una palabra, y la puerta se cerró detrás de ellos con un eco metálico.

—Sabes —dijo el rey, caminando lentamente alrededor de Dorian—, siempre he encontrado fascinante que el Vinculum fuera creado por una Nighthollow. Elena, si no me equivoco. La hermana de la primera reina.

Dorian no respondió. El dolor era demasiado intenso para hablar.

—Lo diseñó como un arma, ¿sabías? Una forma de asegurarse de que si un Blackveil mataba a un Nighthollow, el asesino también moriría. Venganza desde la tumba, por así decirlo.

—¿Cuál es tu punto?

—Mi punto es que el Vinculum no fue diseñado para el amor. Fue diseñado para la destrucción mutua. —El rey se detuvo frente a él—. Y eso significa que hay formas de... explotarlo.

Tomó el rostro de Dorian entre sus manos, forzándolo a mirarlo.

—Si ella no viene por ti, entonces tú irás por ella.

—No.

—El Vinculum puede transmitir más que dolor. Puede transmitir comandos, si el portador es lo suficientemente fuerte. Y yo he tenido trescientos años para estudiarlo.

El rey apretó las sienes de Dorian, y algo entró en su mente.

No era dolor. Era algo peor.

Era una orden.

Ve a buscarla.

Dorian luchó, pero su cuerpo ya no le respondía. El comando del rey se arrastraba por el Vinculum como un veneno, reescribiendo sus impulsos.

—Cuando te suelte —dijo el rey, con la voz suave como terciopelo sobre vidrio roto—, escaparás. Correrás hacia ella. Y la traerás de vuelta.

—No... haré... eso...

—No tendrás elección. —El rey sonrió—. El Vinculum te obligará, igual que la obligó a ella a sentir tu dolor. La diferencia es que tú no podrás resistirte.

La presión en su mente aumentó hasta que pensó que su cráneo se partiría.

—Y cuando la traigas de vuelta, completaremos el ritual juntos. Padre e hijo, unidos por la sangre de una Nighthollow.

El rey lo dejó caer.

Dorian se desplomó sobre el suelo de piedra, con las cadenas aún atadas a sus muñecos. El dolor de la tortura palidecía en comparación con la orden que se arrastraba por su mente.

Ve a buscarla.

Sus músculos se tensaron, listos para moverse.

No.

Sus piernas se prepararon para correr.

No.

Su corazón latía con un ritmo que no reconocía, impulsado por un comando que no era suyo.

El rey se alejó, hacia la puerta.

—Tengo asuntos que atender en el salón del trono. Volveré al anochecer... con ella.

La puerta se cerró detrás de él.

Dorian quedó solo en la oscuridad, luchando contra su propio cuerpo.

Ve a buscarla.

Se obligó a quedarse quieto, a no moverse. Pero el comando era demasiado fuerte. Sus manos ya estaban buscando una salida, sus dedos ya estaban explorando las cadenas.

No. No. No.

Pero su cuerpo no le obedecía.

Y entonces, a través del Vinculum, sintió algo.

Kira.

Ella había sacado a los prisioneros. Estaban fuera de las murallas del palacio, avanzando hacia el bosque. Pero ella se había detenido.

Podía sentir su conflicto, su dolor, su amor.

Y podía sentir algo más.

Ella estaba esperando.

No había escapado del todo. Se había detenido en el límite del bosque, mirando hacia el palacio, sabiendo que él seguía ahí.

El Vinculum la mantenía anclada, igual que a él.

Ella no podía irse sin él.

Y él no podía quedarse sin ir a buscarla.

El comando del rey era absoluto, pero había algo que el rey no había considerado.

El Vinculum era un vínculo de dos vías.

Dorian cerró los ojos y se concentró en Kira. En su rostro, en su voz, en el amor que había sentido a través del vínculo.

Y entonces, hizo lo único que podía hacer.

Envió un mensaje a través del Vinculum, no con palabras, sino con emociones puras.

Vete. Por favor. Vete ahora.

Pero incluso mientras lo enviaba, sabía que era inútil.

El comando del rey era demasiado fuerte. Su cuerpo ya se estaba moviendo, arrastrándose hacia la puerta, con las cadenas rompiéndose bajo la presión de la magia sanguínea que no había querido usar.

Y a través del Vinculum, sintió a Kira dar un paso hacia el palacio.

No.

Ella había sentido su mensaje. Y había decidido ignorarlo.

Dorian se incorporó, con la sangre goteando de sus heridas y formando un rastro sobre el suelo de piedra. El comando del rey lo arrastraba hacia afuera, hacia ella, hacia la trampa que había preparado.

Pero había una cosa que el rey no había considerado.

Si Dorian iba a ser obligado a traerla de vuelta, al menos podía advertirle.

Con cada paso que daba, con cada metro que avanzaba hacia ella, el rastro de sangre se hacía más ancho. Y a través del Vinculum, enviaba todo lo que sabía: la trampa, el comando, el plan del rey.

No era mucho.

Pero era todo lo que tenía.

Y si Kira era tan inteligente como él sabía que era, lo usaría para hacer lo único que él no podía hacer.

Matar al rey antes de que el rey los matara a ambos.

La puerta de la cámara de tortura se abrió bajo el peso de su magia sanguínea, y Dorian salió al corredor, dejando un rastro rojo detrás de él.

El comando del rey lo arrastraba hacia adelante como un perro con una correa invisible.

Pero el amor lo mantenía luchando.

Y mientras caminaba, sangrando y roto, supo que solo había una forma de terminar esto.

Tenía que llegar a ella antes de que el comando tomara control total.

Tenía que darle la oportunidad de hacer lo que él no podía.

Incluso si eso significaba morir en el intento.

CAPÍTULO 19: La traición necesaria

El bosque aullaba con voces que Kira no quería reconocer.

Los prisioneros de Thornwall se habían dispersado entre los árboles, guiados por los sobrevivientes que Haldren había organizado en las sombras. Diecisiete personas. Diecisiete vidas que ella había arrancado de las garras del rey, pagando el precio que Dorian había impuesto con su sacrificio.

Pero el Vinculum tiraba de su pecho como un gancho de carne.

Cada paso que daba hacia la libertad era un paso que su cuerpo se negaba a dar completamente. El dolor de Dorian resonaba en sus huesos, sus heridas se reflejaban en su piel como ecos fantasmales, y el comando que el rey había implantado en su mente llegaba como un susurro constante: *vuelve, vuelve, vuelve*.

No era su voz. Era la de él, distorsionada por la distancia y la tortura, pero reconocible.

Kira se detuvo en el límite del bosque, con las manos apretadas contra el tronco de un roble muerto. El palacio se alzaba contra el

cielo nocturno como una bestia herida, con antorchas parpadeantes en cada torre y sombras que se movían detrás de cada ventana.

—No puedes volver.

La voz llegó desde detrás de ella, y Kira no necesitaba girarse para saber quién era.

Vera Thornwood emergió de entre los árboles como un fantasma, con la ropa manchada de tierra y una daga en cada mano. No la miraba con odio, pero tampoco con afecto. La miraba como se mira a un arma que podría explotar en cualquier momento.

—No debería haber venido —dijo Kira, con la voz ronca por el dolor reflejado—. Ustedes querían que me alejara.

—Yo quería que sobrevivieras. —Vera se detuvo a tres metros de distancia—. Pero el Vinculum no te dejará ir, ¿verdad?

Kira no respondió. El dolor de Dorian atravesó su columna como una lanza, y ella tuvo que morderse el labio para no gritar.

—Podemos ayudarte —continuó Vera—. Hay formas de romper el vínculo. Ritualmente. Si lo hacemos antes de que...

—No.

—Kira, escúchame. —Vera dio un paso hacia adelante—. Ese príncipe es un Blackveil. Ha matado a nuestra gente, ha ejecutado órdenes que destruyeron familias enteras. No puedes...

—Lo sé.

La interrupción fue tan abrupta que Vera se quedó en silencio.

—Sé lo que ha hecho. Sé lo que es. —Kira se volvió hacia ella, con los ojos ardientes por el dolor que no era suyo—. Pero también sé

que está muriendo. Y que el Vinculum me arrastrará hacia él me guste o no.

—Entonces úsalo. —Vera bajó las dagas—. Úsalo para encontrarlo, y luego déjalo morir.

Kira sintió un frío que no venía del bosque.

—¿Qué?

—Es un rehén político, Kira. El hijo del rey, capturado por la resistencia. Podemos usarlo para negociar, para forzar un intercambio, para... —Vera se interrumpió al ver la expresión de Kira —. Tú no pensabas rescatarlo.

—Pensaba traerlo de vuelta.

—¿Vivo?

—Vivo.

El silencio entre ellas se estiró como una herida abierta.

—Entonces eres una traidora.

Kira no parpadeó.

—Si eso es lo que necesitas creer.

—No es lo que necesito creer. Es lo que eres. —Vera levantó las dagas—. La resistencia ha perdido a demasiados por culpa de los Blackveil. No voy a dejarte entregar a nuestro único rehén valioso porque te has enamorado del enemigo.

—No es el enemigo.

—Mató a tu familia.

—Obedeció órdenes. —Kira dio un paso hacia ella—. Igual que yo he obedecido órdenes que han matado a personas inocentes. Igual que tú has hecho cosas que no puedes perdonarte.

—Eso es diferente.

—¿Lo es?

El Vinculum pulsó, y Kira sintió a Dorian caer en algún lugar distante. Sus rodillas se doblaron, y ella tuvo que apoyarse en el árbol para no colapsar.

—Está muriendo —dijo, con la voz quebrada—. Puedo sentirlo. Cada latido es más débil, cada respiración más superficial. Si no voy ahora, no habrá rehén. No habrá negociación. Solo habrá un cuerpo.

—Entonces déjalo morir.

Kira se incorporó lentamente, con el dolor ardiendo en cada músculo.

—No puedo.

—¿Por el vínculo?

—Porque lo amo.

Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas, y Vera retrocedió como si hubiera recibido una bofetada.

—Eso es... —buscó la palabra, con el rostro contorsionado—. Eso es exactamente lo que ellos querían. El Vinculum fue diseñado para esto. Para que una Nighthollow se enamorara de un Blackveil y destruyera su propia causa.

—¿Y si no me importa?

Vera la miró como si fuera una extraña.

—Debería importarte. Tu pueblo...

—Mi pueblo está muerto. —Kira dio otro paso hacia ella, y las runas de sus brazos brillaron bajo la luz de la luna—. Mi pueblo fue masacrado hace tres años mientras el comandante Vane decidía que no era estratégico enviar refuerzos. Mi pueblo fue usado como moneda de cambio por una resistencia que sabía del Vinculum y me envió al palacio de todos modos.

—Eso no...

—La resistencia me usó como arma. El rey me usó como cebo. Y ahora tú quieres usar al hombre que amo como otro peón en este juego. —Kira levantó la mano, y el aire a su alrededor crepitó con magia sanguínea—. No voy a dejar que eso pase.

—¿Me estás amenazando?

—Te estoy dando una opción. Déjame pasar, o te haré pasar.

Vera la estudió durante un largo momento, con las dagas temblando en sus manos.

—Eres peligrosa. El vínculo te ha vuelto peligrosa.

—El vínculo me ha vuelto honesta.

—No hay honestidad en traicionar a los tuyos.

—Los míos me traicionaron primero.

Kira avanzó, y Vera no se movió.

—¿Vas a matarme?

—No. —Kira se detuvo frente a ella—. Pero si intentas detenerme, te heriré. Y no quiero hacer eso.

—Eres una tonta. —Vera bajó las dagas, con los ojos brillantes de algo que podía ser rabia o dolor—. Él te va a destruir.

—Tal vez. —Kira pasó a su lado—. Pero al menos será mi elección.

El camino hacia el palacio fue un descenso hacia el dolor.

Cada paso acercaba a Kira a Dorian, y cada paso intensificaba el eco de sus heridas. El Vinculum no era generoso con la distancia; compartía el sufrimiento como un regalo envenenado, sin importar cuánto ella quisiera bloquearlo.

El rastro de sangre comenzó a aparecer a cincuenta metros del muro exterior.

Gotas oscuras sobre la nieve, manchas en las piedras, una línea roja que marcaba el camino como una confesión silenciosa. Dorian había pasado por ahí, arrastrándose o caminando, perdiendo sangre con cada movimiento.

Kira siguió el rastro, con el corazón latiendo tan fuerte que amenazaba con romperle las costillas.

El comando del rey resonaba a través del Vinculum, empujando a Dorian hacia ella con la misma fuerza que la arrastraba a ella hacia él. Era un ciclo perfecto: el vínculo los obligaba a encontrarse, y el rey esperaba en el centro de la telaraña.

Pero había algo más en el mensaje que Dorian enviaba a través del vínculo.

Imágenes fragmentadas. Emociones crudas. Un plan desesperado que se formaba en los bordes de su conciencia.

Mátalo antes de que nos mate a ambos.

Kira apretó los dientes y continuó avanzando.

Encontró a los primeros guardias en el patio interior.

Tres soldados con armaduras de runas doradas, apostados junto a la puerta del ala este. No la vieron venir porque no esperaban que alguien entrara al palacio cuando todos intentaban salir.

El primero cayó antes de que pudiera gritar.

Kira usó la magia sanguínea sin pensarlo, con las runas de sus brazos ardiendo mientras la sangre del guardia respondía a su llamada. No era un hechizo elegante; era desesperado, sucio, impulsado por el dolor reflejado de Dorian y la urgencia del Vinculum.

El segundo soldado alcanzó a desenvainar su espada, pero Kira ya estaba dentro de su guardia. Una daga en la garganta, un giro, y la vida se escapó entre sus dedos.

El tercero fue el más difícil.

Era más rápido, más joven, y sus ojos mostraban algo que los otros no habían tenido: miedo.

—No te metas en mi camino —dijo Kira, con la voz ronca.

—Tengo órdenes...

—Tus órdenes no importan.

El soldado dudó, y esa duda fue su perdición. Kira lo derribó con un golpe de magia que le abrió una herida en el pecho, y luego lo remató con su propia daga.

Se quedó de pie sobre los cuerpos, con la respiración agitada y las manos temblando.

No había gloria en esto. No había honor. Solo supervivencia.

Y el Vinculum la arrastraba hacia adelante, hacia el hombre que amaba, hacia la trampa que el rey había preparado.

El rastro de sangre la llevó al salón del trono.

Las puertas estaban abiertas de par en par, revelando un espacio inmenso iluminado por cientos de velas. El trono de obsidiana se alzaba en el extremo opuesto, con el rey sentado como si estuviera esperando una audiencia.

Pero no era el rey lo que Kira miró.

Era Dorian.

Yacía al pie de los escalones del trono, con el cuerpo roto y la sangre formando un charco oscuro bajo él. Las heridas de la tortura estaban abiertas, y nuevas marcas cubrían su pecho y sus brazos: runas talladas en la piel, símbolos que brillaban con una luz enfermiza.

—Llegaste —dijo el rey, con una sonrisa de satisfacción—. Sabía que lo harías.

Kira no lo miró.

—¿Está vivo?

—Apenas. El comando lo obligó a caminar hasta aquí, pero la pérdida de sangre fue... significativa.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué todo esto? ¿Por qué no simplemente matarnos?

El rey se incorporó, descendiendo los escalones con la calma de quien tiene todo el tiempo del mundo.

—Porque el Vinculum requiere consentimiento para la transferencia. No puedo tomar tu sangre por la fuerza, pero puedo tomarla si tú la ofreces voluntariamente.

—Nunca te ofreceré nada.

—Ya lo has hecho. —El rey se detuvo junto a Dorian, mirándolo con algo que podía ser orgullo o desprecio—. Viniste aquí sabiendo que era una trampa. Aceptaste el riesgo porque lo amas. Y ese amor es exactamente lo que necesito.

Kira finalmente lo miró, con los ojos ardiendo.

—¿Qué quieres?

—Tu linaje. Tu sangre Nighthollow, combinada con la sangre Blackveil que corre por las venas de mi hijo. Juntos, completan el sello que Elena rompió hace trescientos años.

—No entiendo.

—No necesitas entender. Solo necesitas elegir. —El rey señaló a Dorian—. Puedes dejarlo morir. El Vinculum te arrastrará con él, pero tendrás unos minutos antes de que la muerte te alcance. Tiempo suficiente para matarme, si eso es lo que quieres.

Kira se tensó.

—¿O?

—O puedes usar el vínculo para salvarlo. Transferirle tu sangre, tu fuerza, tu esencia vital. Mantenerlo con vida el tiempo suficiente para que los sanadores lleguen. —El rey sonrió—. Pero si haces eso, agotarás tu propia fuerza. Y cuando termines, estarás demasiado débil para luchar.

—Es una elección falsa.

—Es la única elección que tienes.

Kira miró a Dorian, buscando algún signo de conciencia. Sus ojos estaban cerrados, su respiración era superficial, y el Vinculum latía débilmente entre ellos como un corazón moribundo.

A través del vínculo, sintió un último mensaje.

No lo hagas. Déjame morir. Mátalo.

Pero también sintió algo más.

El amor. Crudo, desesperado, sin condiciones.

Él la amaba lo suficiente para morir por ella.

Y ella lo amaba lo suficiente para no dejarlo morir.

Kira se arrodilló junto a Dorian, con las rodillas tocando el charco de su sangre.

—Lo siento —susurró.

Y entonces, abrió el Vinculum completamente.

La conexión estalló entre ellos como un sol naciente, y Kira sintió su fuerza fluyendo hacia Dorian. Su sangre, su esencia, su vida misma, transferida a través del vínculo que los unía.

El rey observaba, con la sonrisa de quien ha ganado.

—Exactamente como lo planeé.

CAPÍTULO 20: La moneda de dos caras

La oscuridad tenía sabor a cobre y ceniza.

Dorian flotaba en ella, suspendido entre el dolor y la nada, consciente solo de que algo había cambiado. El comando del rey había cesado, reemplazado por una sensación que no reconocía: calor, líquido y dorado, fluyendo hacia él desde algún lugar fuera de su cuerpo.

No era magia sanguínea. O al menos, no como la conocía.

Era algo más antiguo. Más íntimo.

El Vinculum se abrió como una flor nocturna, y de repente Dorian ya no estaba solo. Kira estaba ahí con él, no como presencia física sino como esencia pura, vertiéndose a través del vínculo en oleadas que él no podía detener.

No. Quiso decir. *Detente.*

Pero las palabras no existían en ese espacio. Solo había la conexión, brillante y terrible, y la sensación de ella deshaciéndose para mantenerlo unido.

La primera herida en sanar fue la de su pecho.

Sintió los bordes cerrarse como si el tiempo retrocediera, la carne tejiéndose bajo la guía de una fuerza que no era suya. El dolor se desvaneció, reemplazado por una presión que era casi placentera, casi intolerable en su intimidad.

Podía sentir a Kira con cada fibra de su ser. No solo su presencia, sino sus pensamientos fragmentados, sus recuerdos superficiales,

las emociones que ella no sabía cómo nombrar. El Vinculum no transfería solo vida; transfería todo.

Vio un destello de Thornwall antes de la masacre: casas con techos de paja, niños corriendo entre los campos, su madre tejiendo junto al fuego.

Vio el momento en que ella lo había visto por primera vez en el salón del trono, el odio y la atracción luchando en su pecho.

Vio la noche en que él le había revelado el Vinculum, el terror en sus ojos transformándose en algo más suave cuando él le había prometido que no la usaría.

Estoy usando todo lo que soy. El pensamiento resonó en su mente como una campana bajo el agua. *Cada parte de mí.*

Dorian intentó rechazarla.

No quería esto. No quería su vida a cambio de la suya. Había aceptado morir si eso significaba que ella viviera, y ahora ella estaba invirtiendo el sacrificio con una determinación que lo aterraba.

Pero el Vinculum no permitía rechazos.

Una vez abierto, el flujo era irreversible. La sangre de Kira se convertía en la suya, su fuerza vital reemplazando lo que la tortura había drenado. Y con cada gota que él recibía, sentía cómo ella se vaciaba.

La segunda herida en sanar fue la de su espalda.

Los cortes que el rey había infligido se cerraron bajo la presión de la magia compartida, y Dorian arqueó la columna en un movimiento que era mitad agonía, mitad éxtasis. El Vinculum no distinguía entre placer y dolor cuando se trataba de transferencia de vida; todo se mezclaba en una sola sensación abrumadora.

Kira.

Su nombre fue un grito silencioso en el espacio entre ellos.

Detente. Por favor.

Y por un momento, sintió su respuesta.

No puedo. No voy a hacerlo.

La tercera herida fue la más profunda.

No era física. Era algo que el rey había tallado en su mente, runas de control grabadas en su psique. El comando que lo obligaba a buscar a Kira, a traerla de vuelta, a convertirse en el instrumento de su propia destrucción.

Kira lo encontró en la oscuridad del Vinculum, y sus manos —no manos reales, sino la esencia de ellas— se cerraron alrededor de la intrusión.

El dolor fue absoluto.

Dorian gritó, o intentó hacerlo, mientras ella arrancaba el comando del rey de su mente. Era como extraer un clavo oxidado de la carne, como arrancar una raíz que se había enroscado alrededor de sus pensamientos más profundos.

Pero ella no se detuvo.

Con cada fragmento que arrancaba, sentía cómo se debilitaba más. La transferencia de vida era ya un precio terrible, pero la limpieza mental era algo peor: requería que ella vertiera su propia voluntad en él, reemplazando el comando con su determinación.

Cuando terminó, Dorian estaba libre.

Y Kira estaba casi vacía.

El primer sonido que registró fue el crepitar de las velas.

El segundo fue la respiración de alguien más, superficial y irregular.

Dorian abrió los ojos y vio el techo abovedado del salón del trono. Estaba tumbado sobre algo frío, y cuando intentó moverse, descubrió que podía hacerlo.

Las heridas habían desaparecido.

Se sentía renovado, completo, poderoso.

Y entonces recordó.

Se incorporó de golpe, con el corazón golpeando contra sus costillas.

Kira yacía a su lado, con el cuerpo inmóvil sobre el charco de sangre que había sido suyo hasta hacía minutos. Su piel había perdido el color, sus labios estaban entreabiertos, y el tatuaje de los Oprimidos en su brazo brillaba con una luz débil que parecía extinguirse.

—Kira.

Su nombre fue un susurro, luego un grito.

Dorian la tomó entre sus brazos, buscando algún signo de vida. Su pecho apenas se movía, su pulso era un hilo casi invisible, y el Vinculum entre ellos latía con la fuerza de un latido moribundo.

—No. No, no, no.

La apretó contra su pecho, intentando transferir algo de vuelta, cualquier cosa. Pero el Vinculum fluía en una sola dirección cuando la transferencia se había completado, y él no tenía nada que ofrecer excepto la vida que ella le había dado.

—Despierta. —Su voz se quebró—. Por favor. Kira.

Ella no respondió.

—Conmovedor.

La voz del rey llegó desde el trono, donde se había sentado a observar.

—Ella se sacrificó por ti. Se vació para salvarte. Y ahora tú tienes exactamente lo que yo necesitaba.

Dorian se volvió hacia él, con el cuerpo temblando de una rabia que no tenía palabras.

—¿Qué le hiciste?

—Yo no hice nada. Fue su elección. —El rey se inclinó hacia adelante —. El Vinculum requiere consentimiento, hijo. No podía tomar su sangre por la fuerza. Pero sabía que la daría voluntariamente si el precio era tu vida.

—La mataste.

—La usé. Hay una diferencia. —El rey se levantó, descendiendo los escalones con calma—. Y ahora, con tu sangre combinada con la suya, con tu cuerpo sano y su esencia fluyendo en tus venas, estás listo para la siguiente fase.

Dorian se incorporó lentamente, con Kira aún en sus brazos. Se sentía fuerte, más fuerte de lo que había estado en años, pero esa fuerza venía acompañada de un horror que amenazaba con consumirlo.

—¿Qué fase?

—El ritual final. El que completará lo que Elena Nighthollow intentó destruir hace trescientos años.

Dorian la apretó más fuerte.

—No.

—No es una solicitud. —El rey chasqueó los dedos, y las puertas del salón se abrieron para revelar a una docena de guardias con armaduras de runas doradas—. Ella ha cumplido su propósito. Tú aún tienes el tuyo.

—Ella no ha cumplido nada. —Dorian se incorporó, con Kira inerte entre sus brazos—. Está viva. La mantendré viva.

—¿A qué costo? —El rey sonrió—. Has absorbido su esencia, hijo. Literalmente la llevas dentro. Mantenerla viva requeriría que te vacíes de la misma forma que ella se vació por ti.

Dorian se detuvo.

—¿Qué?

—El Vinculum es un intercambio. Equilibrio. —El rey caminó a su alrededor como un depredador evaluando a su presa—. Ella te dio todo lo que tenía. Si quieres devolverlo, tendrás que darle todo lo que tienes.

—Entonces lo haré.

Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas.

—¿Perdón?

—La sanaré. —Dorian miró a Kira, con el corazón desgarrado—. Le devolveré todo.

—¿Y dejarás que ella te vea morir? ¿Que ella despierte junto a tu cuerpo inerte, sintiendo el mismo horror que tú sientes ahora?

Dorian no respondió.

—Porque eso es lo que harías. —El rey se acercó más—. El Vinculum no perdona. Cada vida que se da debe ser pagada.

—Hay una tercera opción.

Dorian se volvió hacia la voz.

Haldren estaba en la entrada del salón, con una daga ensangrentada en la mano y tres guardias caídos detrás de él. El mayordomo que había servido a su familia durante tres generaciones ahora se erguía como un guerrero, con los ojos brillando de determinación.

—Hay una forma de equilibrar el Vinculum sin destruir a ninguno de los dos.

El rey se tensó.

—Imposible.

—No si ambos dan una parte de sí mismos al mismo tiempo. —Haldren avanzó, ignorando a los guardias que se movían para interceptarlo—. La sangre Nighthollow y la sangre Blackveil pueden fusionarse en lugar de transferirse. Crear algo nuevo.

—¿Y quién te ha contado esa mentira? —El rey levantó la mano, y la magia sanguínea crepitó en el aire—. ¿Los rebeldes? ¿Los viejos textos que mandé quemar?

—La reina original. —Haldren se detuvo junto a Dorian—. Antes de que Elena traicionara a su hermana, dejó escritas instrucciones. Su hija las conservó, y su línea las transmitió hasta mí.

Dorian miró al mayordomo como si lo viera por primera vez.

—¿Tú eres...?

—Descendiente de la línea Nighthollow, sí. —Haldren sostuvo su mirada—. Y sé cómo salvarla sin destruirte.

—Mátalos a ambos —ordenó el rey.

Los guardias avanzaron, pero Dorian ya se estaba moviendo.

La magia sanguínea estalló de sus manos con una fuerza que no sabía que poseía, una mezcla de su poder y el de Kira que arremolinó a los soldados como hojas en una tormenta. Las runas doradas de sus armaduras brillaron, intentando resistir, pero el poder combinado de dos linajes reales era demasiado.

Los guardias cayeron.

El rey retrocedió por primera vez, con algo que podía ser miedo cruzando su rostro.

—No sabes lo que estás haciendo.

—Sé exactamente lo que estoy haciendo. —Dorian se arrodilló junto a Kira, con una mano sobre su pecho y la otra sobre el suelo—. Haldren, dime qué hacer.

—Tu sangre. Su sangre. El Vinculum como puente. —Haldren se arrodilló a su lado—. Pero necesitas abrirla primero. El Vinculum responde a la emoción genuina. Si la amas lo suficiente, el vínculo se abrirá.

Dorian cerró los ojos.

Pensó en Kira. En su sonrisa rara, la que solo mostraba cuando pensaba que nadie la observaba. En la forma en que sus manos temblaban después de usar magia sanguínea, y cómo él había aprendido a sostenerlas hasta que el temblor cesaba. En las noches que habían pasado planeando estrategias, discutiendo, riendo, besándose bajo la luz de las velas.

Pensó en lo que ella había hecho por él.

Y entonces, empujó.

El Vinculum se abrió como una puerta bajo sus manos, y Dorian sintió su propia esencia fluyendo hacia ella. No todo, no como ella había hecho, pero lo suficiente. Una parte de sí mismo que se desprendía para llenar el vacío que ella había dejado.

Kira respiró.

Un sonido pequeño, casi imperceptible, pero real.

Dorian siguió empujando, sintiendo cómo se vaciaba, sintiendo el equilibrio que se formaba entre ellos. No era una transferencia completa; era una fusión. Sus sangres se mezclaban, sus esencias se entrelazaban, y algo nuevo nacía en el espacio entre ellos.

El rey gritó algo, pero Dorian no lo escuchó.

Solo había Kira, y el vínculo que los unía, y la promesa de que haría cualquier cosa para mantenerla con vida.

La oscuridad se disolvió en luz.

Dorian abrió los ojos y descubrió que estaba tumbado sobre el suelo frío del salón del trono. Su cuerpo estaba agotado, pero vivo. Y a su lado, con los ojos cerrados y el pecho subiendo y bajando con un ritmo constante, yacía Kira.

Estaba pálida, pero respiraba.

Las heridas habían desaparecido, reemplazadas por marcas brillantes donde antes había tenido cortes y moretones. El tatuaje de los Oprimidos en su brazo había cambiado: las líneas oscuras ahora estaban entrelazadas con hilos dorados que brillaban bajo la luz de las velas.

Dorian extendió la mano para tocarla, para asegurarse de que era real.

Pero antes de que pudiera hacerlo, una bota se detuvo junto a su cabeza.

—Interesante —dijo el rey, mirándolos desde arriba—. Los dos sobrevivieron. Nadie había logrado eso en trescientos años.

Dorian intentó incorporarse, pero sus músculos no respondían. La fusión lo había dejado tan débil que apenas podía levantar la cabeza.

—Haldren...

—Tu mayordomo está ocupado muriendo en la esquina. —El rey señaló con indiferencia hacia donde el anciano yacía contra la pared, con una herida de espada atravesando el pecho—. Fue valiente, pero inútil.

Dorian sintió que algo se rompía dentro de él.

—Lo siento —susurró, aunque no sabía si hablaba con Haldren o con Kira o con ambos.

—No lo estés. —El rey se arrodilló junto a ellos—. Porque ahora tengo exactamente lo que quería.

Tomó la mano de Dorian y la de Kira, y las presionó juntas.

—Sangre Nighthollow y sangre Blackveil, fusionadas voluntariamente. Un recipiente completo. —Sonrió—. Gracias por completar el ritual por mí.

Dorian intentó soltarse, pero el rey era demasiado fuerte.

—No... no puede...

—Puedo. Y lo haré. —El rey se incorporó, manteniendo sus manos unidas—. El solsticio es en una hora. Y ustedes dos acababan de darme todo lo que necesito para invocar la Oscuridad Primordial.

Dorian miró a Kira, buscando algún signo de que estaba despierta, de que podía ayudarlo.

Pero ella no se movía.

Y el rey comenzó a cantar en un idioma que Dorian no reconocía, pero que resonaba en su sangre como una maldición antigua.

El suelo del salón comenzó a temblar.

Y Dorian supo, con una certeza helada, que todo lo que habían hecho había sido exactamente lo que el rey quería desde el principio.

CAPÍTULO 21: El precio de la corona partida

El canto del rey resonaba en los huesos de Kira como una enfermedad.

No podía moverse. No podía hablar. Solo sentir: el suelo frío bajo su mejilla, las manos del rey apretando las suyas contra las de Dorian, y algo antiguo despertando en las profundidades del palacio.

La fusión había cambiado algo fundamental en ella. El tatuaje de los Oprimidos ardía con hilos dorados que no existían antes, y su sangre —nueva, mezclada con la de Dorian— cantaba en respuesta a las palabras del rey.

Despierta.

El Vinculum se tensó entre ellos como un puente de luz. Por primera vez desde que había perdido el conocimiento, Kira sintió algo más que dolor.

Lo sintió a él.

Su terror. Su desesperación. Su amor, crudo y desesperado, ardiendo a través del vínculo como una llama que se negaba a morir.

Kira. La voz de Dorian resonó en el espacio entre sus pensamientos. *Tienes que despertar.*

No puedo.

Tienes que. La presión de su conciencia contra la suya era casi física. *El ritual requiere que estemos conscientes. Si no participas activamente, no puede completarse.*

El canto del rey se intensificó. El suelo comenzó a temblar. Las velas del salón parpadearon, y las sombras en las esquinas se alargaron como dedos hambrientos.

Kira forzó sus párpados a abrirse.

El mundo estaba borroso, pero veía suficiente: el rey de pie sobre ellos, los símbolos brillando en el suelo, y algo oscuro acumulándose en el aire como humo de una hoguera invisible.

—Ya despierta —dijo el rey, con una sonrisa que no llegaba a sus ojos—. Justo a tiempo.

Kira intentó retirar las manos, pero sus músculos no respondían. La fusión la había dejado tan vacía que apenas podía mantenerse consciente.

—El solsticio llega —continuó el rey, con la voz resonando con un poder que no era completamente suyo—. Y con él, la Oscuridad Primordial. La primera magia. La que existía antes de que las sangres se dividieran en linajes.

Las sombras se arremolinaban alrededor de ellos. Kira sintió algo frío tocando los bordes de su mente. Algo que quería entrar.

—Tu ancestro Elena intentó destruir esta posibilidad —el rey hablaba mientras las sombras se acercaban—. Creó el Vinculum como arma, pero no entendió que también podía ser una llave. Dos sangres reales, fusionadas voluntariamente, abren la puerta que ella quiso cerrar para siempre.

Kira buscó a Dorian a través del vínculo. *¿Puedes moverte?*

Apenas. La respuesta llegó teñida de dolor. *Pero no necesito moverme para esto.*

Sintió algo acumulándose en él. No magia sanguínea, sino algo más profundo. La fusión había creado una conexión que iba más allá de la sangre, y Dorian estaba usando esa conexión para hacer algo que ella no podía ver.

¿Qué estás haciendo?

Comprando tiempo.

El rey continuó su canto. Las sombras se acercaron más. Kira podía sentir su frío en la piel, su hambre en los bordes de su conciencia. La Oscuridad Primordial no era un hechizo; era una entidad, y quería consumirlos.

—Cuando la Oscuridad entre completamente —el rey casi susurraba ahora—, me concederá lo que le fue negado a mi familia hace trescientos años. Inmortalidad verdadera. Poder absoluto. Y ustedes dos serán el combustible que alimente ese fuego eterno.

Kira sintió que algo cedía dentro de ella.

No era físico. Era el Vinculum, estirándose más allá de su límite, y en ese estiramiento encontró algo que no esperaba.

Un recuerdo que no era suyo.

Elena Nighthollow, de pie sobre un cuerpo que había sido su hermana gemela, con las manos manchadas de sangre y los ojos llenos de lágrimas. El Vinculum naciendo de ese sacrificio, no como arma, sino como disculpa. Un intento desesperado de mantener a su hermana viva de alguna forma.

Pero había algo más.

Una tercera persona en la habitación. Un guardián que observaba desde las sombras, que había visto el ritual y había jurado proteger el secreto de lo que realmente había creado Elena.

Kira abrió los ojos completamente.

—No funciona así —dijo, con la voz ronca pero clara.

El rey se detuvo.

—¿Qué dijiste?

—El Vinculum. No fue diseñado para esto. —Kira sintió la verdad brotando de la fusión, de la sangre combinada que ahora fluía en sus venas—. Elena no creó una llave. Creó una jaula.

El rey frunció el ceño.

—Mientes.

—El Vinculum atrapa a dos almas juntas, pero no para abrir puertas. Para cerrarlas. —Kira sentía las palabras antes de comprenderlas, verdades antiguas que fluían a través de la fusión—. La Oscuridad Primordial no puede entrar mientras el Vinculum esté activo. Somos un sello, no una llave.

El rey palideció.

—Eso es imposible. Mis investigadores... mis fuentes...

—Tus fuentes estaban incompletas. —Kira forzó su cuerpo a moverse, centímetro a centímetro—. Elena diseñó el Vinculum para atrapar a la Oscuridad, no para liberarla. Solo funcionaría si dos portadores con sangres opuestas se fusionaban voluntariamente.

—Entonces... —el rey retrocedió—, ¿por qué el ritual no se detiene?

Las sombras continuaban acumulándose, y el temblor del suelo se intensificó.

—Porque algo más lo está alimentando.

Una figura emergió de las sombras en la esquina del salón.

Era un anciano, pero no como ningún anciano que Kira hubiera visto. Su piel era pálida como el pergamino, sus ojos brillaban con una luz plateada, y las runas que cubrían su cuerpo parecían moverse bajo su piel como serpientes vivas.

—Has esperado mucho tiempo, Aldric —dijo el anciano, con una voz que resonaba en frecuencias que Kira sentía más que oía—. Pero no has entendido nada.

El rey dio un paso atrás.

—¿Quién eres?

—El guardián que Elena dejó atrás. El testigo del primer Vinculum. —El anciano caminó hacia ellos, y las sombras se apartaban a su paso—. He esperado trescientos años a que alguien completara el sello. Y ahora que lo han hecho, mi trabajo finalmente puede comenzar.

Dorian encontró la mano de Kira bajo la mirada del rey, y la apretó. *¿Quién es?*

No lo sé. Kira estudió al anciano, buscando señales de amenaza. *Pero el rey le tiene miedo.*

El guardián se detuvo junto a ellos, mirando sus manos unidas.

—El Vinculum perfecto —murmuró—. Dos sangres, dos linajes, fusionados voluntariamente. No ha ocurrido desde Elena y su hermana.

—¿Elena tenía una hermana? —Dorian preguntó, con la voz apenas un susurro.

—Tenía una gemela. Marielle. —El guardián se arrodilló junto a ellos —. Elena la sacrificó para crear el Vinculum original, pero no entendió las consecuencias. La muerte de Marielle no cerró la puerta; la dejó entreabierta. Y la Oscuridad ha estado esperando desde entonces.

El rey recuperó parte de su compostura.

—Si eres un guardián, sirves a la corona. Soy el rey.

—Eres un usurpador. —El guardián ni siquiera lo miró—. La verdadera corona está dividida entre estos dos. Tú solo eres el heredero de un error.

Kira sintió un escalofrío.
—¿Qué quieres de nosotros?

El guardián la miró directamente por primera vez, y sus ojos plateados contenían trescientos años de soledad.

—El Vinculum fue diseñado para ser una jaula, como dijiste. Pero hay un problema con las jaulas: necesitan llaves. Y las llaves, con el tiempo, se desgastan.

—¿Qué significa eso? —Dorian preguntó.

—Significa que el sello que ustedes representan no puede mantenerse para siempre. La Oscuridad Primordial los consumirá eventualmente, o los usará para entrar en este mundo. Solo hay una forma de evitarlo.

El guardián extendió la mano, y una imagen apareció en el aire entre ellos: dos figuras unidas por hilos de luz, con una sombra creciendo en el espacio entre sus pechos.

—El Vinculum puede cerrarse permanentemente. Pero requiere un sacrificio final.

Kira sintió el peso de esas palabras antes de entenderlas completamente.

—¿Qué tipo de sacrificio?

El guardián cerró los ojos.

—El Vinculum fue creado con la muerte de Marielle. Elena vivió, su hermana murió, y el vínculo se formó entre la superviviente y el fantasma de la caída. Ese desequilibrio es lo que lo hace inestable.

—¿Y cómo se equilibra? —Dorian preguntó.

—Con sangre. —El guardián abrió los ojos—. Uno de los dos debe morir voluntariamente, transfiriendo su esencia completamente al otro. Solo entonces el sello será perfecto. Solo entonces la Oscuridad será contenida para siempre.

El silencio que siguió fue absoluto.

Kira miró a Dorian, y a través del Vinculum sintió lo que él sentía: el horror de la elección, la certeza de que ambos sabían lo que tenían que hacer, y la imposibilidad de aceptarlo.

—No —dijo ella—. Debe haber otra forma.

—No la hay. —El guardián se incorporó—. El Vinculum es una profecía tanto como un vínculo. Fue creado con muerte, y solo con muerte puede completarse. Uno de ustedes debe sacrificarse por el otro, o ambos perecerán cuando la Oscuridad los consuma.

El rey comenzó a reír.

—Perfecto. Absolutamente perfecto. —Se incorporó, con los ojos brillando de locura—. No importa lo que hagan, uno de ustedes morirá. Y el sobreviviente será demasiado débil para detenerme.

Las sombras se arremolinaron con más fuerza, y Kira sintió que algo empujaba contra los bordes de su conciencia. La Oscuridad Primordial, esperando su oportunidad.

—El solsticio alcanza su punto máximo en minutos —el guardián dijo —. Deben elegir antes de que la Oscuridad encuentre su camino.

Dorian apretó la mano de Kira.
Kira...

No. Ella lo interrumpió a través del vínculo. *No voy a dejarte morir otra vez.*

Y yo no voy a dejarte sacrificarte por mí. Su respuesta fue firme, inquebrantable. *Encontraremos otra forma.*

El guardián negó con la cabeza.
—No hay otra forma. La profecía del Vinculum es clara: uno debe caer para que el otro pueda sostener el sello. Es el precio del amor que los une.

—Entonces romperemos la profecía. —Kira se forzó a sentarse, con cada músculo gritando en protesta—. El Vinculum fue creado por elección. Puede ser cambiado por elección.

El guardián la estudió con algo que podía ser respeto o lástima. —Nadie ha logrado romper la profecía en trescientos años.

—Nadie había fusionado sangres voluntariamente en trescientos años. —Kira encontró los ojos de Dorian—. Nadie había elegido amarse a pesar de todo.

Las sombras se cerraron alrededor de ellos, y el rey continuó su canto con voz desesperada. El suelo se agrietó bajo sus pies, y una oscuridad absoluta comenzó a emerger de las profundidades.

El guardián extendió la mano hacia ellos. —Si no eligen, la Oscuridad los tomará a ambos.

Kira tomó la mano de Dorian con su mano libre, y a través del Vinculum sintió su determinación igualando la suya.

—Elige —el rey gritó—. ¡Elige quién muere!

Dorian la miró, y en sus ojos había algo que desgarró el corazón de Kira. —Ya elegí hace mucho.

Comenzó a empujar su esencia hacia ella a través del Vinculum, un flujo dorado de vida y voluntad que ella reconoció porque había hecho lo mismo por él.

—No —Kira gritó, intentando rechazarlo—. ¡Dorian, no!

Pero él ya había comenzado, y el Vinculum no permitía rechazos.

El guardián observaba con los ojos muy abiertos. —Es demasiado tarde —dijo—. El sacrificio ha comenzado.

Kira sintió a Dorian deslizándose lejos de ella, su vida vertiéndose en la suya, su amor convirtiéndose en el precio de su supervivencia.

Y supo, con una certeza helada, que solo había una forma de detenerlo.

Si el Vinculum requería que uno muriera por el otro, entonces ella tendría que ser la primera en elegir.

Kira invirtió el flujo.

Su esencia golpeó la de Dorian como una ola contra una pared, empujando hacia atrás con toda la fuerza que le quedaba. El Vinculum se tensó entre ellos, estirándose más allá de lo que debería ser posible.

—¡Los dos están intentando sacrificaros! —el guardián exclamó—. ¡El vínculo se romperá!

Las sombras rugieron, y la Oscuridad Primordial encontró su abertura.

Kira sintió el frío entrando en ella, consumiendo los bordes de su conciencia mientras luchaba por salvar a Dorian de sí mismo.

Y entonces, a través del Vinculum, escuchó su voz una última vez. *Vive, Kira. Por favor. Vive.*

La oscuridad los tragó a ambos.

CAPÍTULO 22: El peso de los recuerdos ajenos

La oscuridad tenía peso.

No era vacío. Era presencia: algo que lo aplastaba desde todos los lados, respirando contra su piel, susurrando en un idioma que su sangre entendía pero su mente rechazaba.

Dorian flotaba en ella. Sin cuerpo. Sin forma. Sin nada excepto el tenue hilo dorado que lo conectaba a algo más allá de la nada.

Kira.

Su nombre era un ancla en el abismo. A través del Vinculum, sentía su presencia como un latido distante, débil pero persistente. Ella también estaba ahí, atrapada en la misma oscuridad, luchando contra la corriente que intentaba devorarlos.

No te vayas.
El pensamiento viajó a través del vínculo, pero ya no sabía si era suyo o de ella. En ese espacio entre mundos, las fronteras entre sus consciencias se habían desvanecido.

Recuerdos que no eran suyos flotaban alrededor como fragmentos de espejos rotos.

Una niña de cabello oscuro corre entre campos de trigo, riendo mientras su madre la persigue. El sol dorado de Thornwall antes de la masacre. Una casa con techo de paja. El olor del pan recién horneado mezclado con el miedo cuando los soldados llegaron.

Dorian sintió el impacto de esos recuerdos como golpes físicos. No eran imágenes distantes; eran experiencias vivas, cargadas de emociones que atravesaban su pecho como cuchillos.

El momento en que Kira lo había visto por primera vez en el salón del trono, el odio ardiendo en sus ojos mezclado con algo más profundo que ella se negaba a reconocer. La confusión cuando el Vinculum se había activado. Las noches en los pasadizos del palacio. El beso que había cambiado todo.

Cada recuerdo era una herida abierta.
Cada memoria de ella, una razón para no dejarla morir.

La luz llegó como una explosión detrás de sus párpados.

Dorian jadeó, incorporándose de golpe. El suelo bajo él era frío, piedra antigua cubierta de runas que brillaban con luz plateada. Una

cámara circular de obsidiana se extendía hacia una oscuridad sin techo visible.

Y en el centro del círculo, a unos metros de distancia, yacía Kira.

Inmóvil. Rostro pálido. El tatuaje de los Oprimidos pulsando con hilos dorados bajo su piel.

—Está viva. —La voz del guardián llegó desde las sombras—. Por ahora.

Dorian se forzó a ponerse de pie. Cada movimiento le enviaba oleadas de dolor a través del Vinculum. La conexión entre ellos estaba estirada, tensa como una cuerda a punto de romperse.

—¿Dónde estamos?

—En el espacio entre mundos. —El anciano emergió de las sombras, los ojos plateados brillando en la penumbra, las runas de su piel moviéndose como serpientes bajo la superficie—. La Oscuridad Primordial los consumiría aquí, pero el Vinculum los mantiene anclados.

—El sello está dañado. —No era una pregunta.

El guardián asintió.
—Cuando intentaron sacrificarse simultáneamente, crearon una paradoja que el vínculo no puede resolver. Se está deshilachando.

Dorian miró a Kira, buscando algún signo de movimiento. Su pecho subía y bajaba, pero sus ojos permanecían cerrados.

—¿Cuánto tiempo?

—Horas. Quizás menos. —El guardián cruzó las manos—. La Oscuridad encontró una grieta. Eventualmente, los consumirá a ambos.

—Entonces lo repararemos. Completaremos el sello.

—Ya te expliqué cómo se completa. —La voz del guardián era suave pero implacable—. Uno de ustedes debe morir voluntariamente.

—No.

La palabra salió antes de que pudiera detenerla.

—Debe haber otra forma. Siempre hay otra forma.

El guardián lo estudió durante un largo momento. Había algo en su expresión que Dorian no supo interpretar: ¿compasión? ¿Cansancio? ¿Algo más oscuro?

—¿Estás dispuesto a pagar el precio de otra forma?

Dorian se tensó.
—¿Qué precio?

El guardián levantó la mano. Una imagen apareció en el aire: dos figuras unidas por hilos de luz, la oscuridad creciendo entre ellas. Luego, los hilos se rompían, y las figuras se separaban.

—El Vinculum puede romperse sin muerte.

El corazón de Dorian dio un vuelco.

—El vínculo fue creado con sangre y memoria. Sangre de dos linajes, memoria de un amor sacrificial. —El guardián dejó que la imagen se disolviera—. Para romperlo sin muerte, uno de los portadores debe renunciar a todas las memorias del otro.

El frío que atravesó a Dorian no tenía nada que ver con la temperatura de la cámara.

—¿Renunciar?

—Cada recuerdo. Cada momento compartido. Cada emoción vinculada a la otra persona. —El guardián sostuvo su mirada—. Uno de ustedes debe borrar al otro completamente de su mente. Solo entonces el vínculo se disolverá sin matar a ninguno.

—¿Y el que conserva los recuerdos?
—Vivirá sabiendo que la persona que amaba ya no lo reconoce. Que cada mirada será la de un extraño. Que cada palabra de amor será olvidada en el momento en que se pronuncie.

El silencio que siguió fue absoluto.

Dorian cayó de rodillas junto a Kira. Sus manos temblaban mientras le acariciaba el rostro. A través del Vinculum, sentía su presencia débil pero constante: un latido de vida que se negaba a extinguirse.

—No puedo hacer eso —susurró—. No puedo borrarla. No puedo dejar que ella me borre.

—Entonces ambos morirán. —El guardián se arrodilló frente a él—. La Oscuridad no espera a que los mortales resuelvan sus dilemas del corazón.

—¿Por qué nos das esta opción? ¿Por qué no simplemente dejarnos morir?

El guardián cerró los ojos. Por primera vez, pareció viejo. Verdaderamente viejo.

—Porque he visto esta historia repetirse tres veces en trescientos años. Dos portadores, dos sangres, dos corazones que se niegan a elegir. Y cada vez, la Oscuridad gana. —¿Y crees que esta elección es mejor? —Creo que es la única que les da una oportunidad de vivir. —Se incorporó—. Elena no tuvo esta opción. Su hermana murió antes de que pudiera encontrar una alternativa. Pero ustedes... ustedes tienen la oportunidad de elegir.

Dorian bajó la mirada hacia Kira.
Sus pestañas oscuras contra su piel pálida. La línea de su mandíbula, que había aprendido a conocer tan bien. La forma en que sus labios se curvaban ligeramente cuando dormía.

Todos esos recuerdos. Todos esos momentos.

¿Podía borrarlos?

—¿Cuánto tiempo tenemos?
—Hasta que la Oscuridad consuma completamente el sello. Horas, quizás. —El guardián comenzó a alejarse—. Cuando ella despierte, tendrán que decidir.

—Espera. ¿El rey? ¿El mundo exterior? —El tiempo fluye diferente aquí. Lo que parece horas pueden ser minutos fuera. O días. —Se detuvo en el borde del círculo de runas—. Pero el rey seguirá con su ritual. La Oscuridad seguirá filtrándose. Y eventualmente, este refugio caerá también.

El anciano desapareció en las sombras, dejando a Dorian solo con Kira y la elección imposible.

Horas pasaron. O quizás minutos.

Dorian permaneció junto a ella, sosteniendo su mano, sintiendo el latido débil del Vinculum. Los recuerdos seguían fluyendo a través del vínculo, fragmentos de sus vidas mezclándose hasta que ya no sabía qué pertenecía a quién.

Vio el momento en que él había ordenado la masacre de Thornwall. La sintió a ella, escondida bajo los cuerpos de sus padres, rogando por una muerte que no llegaba. El peso de esa culpa era inmenso, pero también era una prueba de que había sobrevivido.

Vio la primera vez que ella lo había mirado sin odio. El momento en que ambos habían reconocido que lo que sentían era más que el vínculo.

Cada recuerdo era un tesoro.
Cada memoria, una razón para dejarla vivir.

Dorian se incorporó lentamente. Una decisión se formaba en su pecho, pesada como una sentencia.

Caminó hacia el borde del círculo de runas y habló en voz baja, sabiendo que el anciano podía escucharlo.

—Si elijo el olvido... ¿ella conservará sus recuerdos?

La voz del guardián llegó desde las sombras. —El que elige olvidar es el que pierde todo. El otro conserva cada memoria.

—¿Y si elijo que sea ella quien olvide? —Ella despertará sin saber quién eres. Para ella, serás un extraño. Pero vivirás con el peso de haber tomado esa decisión por ella.

Dorian cerró los ojos.
—¿Puede elegirse por el otro? ¿Sin su consentimiento?

El silencio se estiró.
—El Vinculum responde a la voluntad. Si uno de los portadores elige sacrificarse por el otro, el vínculo aceptará esa elección. Pero el precio será mayor. —¿Qué precio?
—El que elija olvidar perderá más que memorias. Perderá la capacidad de amar de esa forma nuevamente. —La voz del guardián se volvió más grave—. El corazón tiene un número limitado de amores verdaderos, príncipe. Si borras a alguien de tu mente, borras también la parte de ti que fue capaz de amarlo.

El peso de esas palabras se asentó sobre sus hombros como una losa.

Dorian miró a Kira, que seguía inmóvil en el centro del círculo.

—Entonces lo haré yo.

—¿Estás seguro?
—No puedo pedirle que olvide. No puedo pedirle que viva sin saber quién amaba. —Cada paso hacia ella era más pesado que el anterior —. Ella ya ha perdido todo. Su familia. Su pueblo. Su identidad. No puedo quitarle también esto.

—¿Y tú? ¿Qué has perdido?

La pregunta lo detuvo.

—He perdido... —las palabras se atascaron en su garganta.

¿Qué había perdido?

Su padre era un monstruo que lo había usado como herramienta. Su reino era una mentira construida sobre sangre. Su título era una maldición.

Lo único real que había tenido era a ella.

—He perdido todo lo que importaba —dijo finalmente—. Excepto a ella. Y por eso puedo hacer esto.

El guardián emergió de las sombras.
—El ritual del olvido requiere preparación. Debes separarte del Vinculum gradualmente, dejando que los recuerdos se desvanezcan uno a uno. Si lo haces demasiado rápido, el shock podría matarte. —¿Cuánto tiempo?
—El tiempo suficiente para que ella despierte y te encuentre aquí. El tiempo suficiente para despedirte sin que ella sepa que te estás despidiendo.

Dorian se arrodilló junto a Kira una vez más.

—Hazlo.

—Hay algo más. —El guardián se detuvo—. Cuando el ritual se complete, el Vinculum se romperá. Pero ella conservará los poderes que obtuvo de la fusión. La sangre combinada seguirá en sus venas.
—¿Eso significa que el rey podrá usarla? —Significa que ella será más poderosa de lo que nunca fue. Pero también significa que el rey la cazará hasta el fin del mundo. Sin el Vinculum para protegerla, será vulnerable. —Entonces tendré que asegurarme de que esté a salvo antes de que me vaya.

El guardián asintió lentamente.
—Comenzaré los preparativos. Tienes hasta que ella despierte.

El anciano comenzó a trazar runas en el aire. La cámara se llenó de una luz plateada que parecía susurrar en lenguas olvidadas.

Dorian tomó la mano de Kira entre las suyas.

—Lo siento —susurró, con la voz quebrada—. Lo siento por todo. Por Thornwall. Por mi padre. Por cada momento de dolor que te causé.

Apoyó su frente contra la de ella, dejando que el Vinculum se abriera una última vez.

—Pero no siento haberte amado. Eso nunca lo lamentaré.

A través del vínculo, envió todo lo que no podría decirle en persona. Cada emoción reprimida. Cada miedo guardado. Cada esperanza alimentada en secreto.

Y luego, lentamente, comenzó a dejarlos ir.

El primer recuerdo en desvanecerse fue el más reciente.

El momento en que ella había sonreído bajo la luz de las velas, después de que él le confesara que sus sentimientos eran reales. La forma en que sus ojos se habían iluminado. La curva de sus labios. La sensación de su mano en su mejilla.

Dorian lo sostuvo por un momento, dejándolo flotar en su mente.

Y lo dejó ir.

Se sintió como arrancar una parte de su alma.

El segundo recuerdo fue el beso.

La primera vez que sus labios habían tocado los de ella. El sabor de sangre, miedo y esperanza mezclándose. El momento en que el Vinculum se había abierto completamente, y él había sentido su corazón latiendo junto al suyo.

Lo dejó ir.

El tercero fue la noche en que ella había interceptado la daga destinada a él.

El dolor atravesando el vínculo. Su sangre fluyendo. Su determinación ardiendo más fuerte que cualquier herida. La forma en que ella lo había mirado después, con algo en sus ojos que iba más allá del deber.

Lo dejó ir.

Los recuerdos seguían desvaneciéndose, uno a uno, mientras el guardián cantaba en el idioma antiguo y las runas brillaban a su alrededor.

Y entonces, Dorian sintió algo a través del Vinculum.

Un latido de consciencia.

Kira estaba despertando.

¿Dorian?
Su voz resonó en su mente, confusa y adormilada. *¿Qué está pasando? ¿Dónde estamos?*

Él abrió los ojos y la encontró mirándolo.

—Estamos a salvo —dijo, con la voz más estable de lo que esperaba —. Por ahora.

Ella intentó incorporarse, y él la ayudó, sosteniéndola mientras recuperaba el equilibrio.

—¿Qué pasó? ¿La Oscuridad...?
—El guardián nos protegió. Pero tenemos que movernos.

Kira lo estudió con los ojos entrecerrados. —¿Estás bien? Te sientes... diferente.

Dorian forzó una sonrisa.
—Solo cansado. La fusión nos dejó agotados a ambos.

Ella aceptó la explicación, pero algo en su expresión sugería que no estaba convencida.

—El guardián... ¿dijo cómo podemos detener la Oscuridad?

Dorian sintió una punzada en el pecho. —Dijo que hay una forma. Pero requiere preparación.

—¿Qué tipo de preparación?

Él se incorporó, ayudándola a levantarse. —Te lo explicaré en el camino. Tenemos que encontrar la salida antes de que la Oscuridad encuentre otra grieta.

Kira asintió. Pero antes de que pudiera dar un paso, su mano se cerró alrededor de la muñeca de él.

—Dorian.
—¿Sí?
—El Vinculum... se siente extraño. Como si estuviera... —frunció el ceño—. Más delgado.

El corazón de Dorian se detuvo.

—Es la fusión. Nos está llevando tiempo recuperarnos.

Ella lo estudió durante un momento más. Luego asintió lentamente.
—De acuerdo. Pero cuando salgamos de aquí, quiero que me digas la verdad. Todo.

—Te lo prometo —dijo él.

Cada palabra era una mentira que le partía el alma.

Comenzaron a caminar hacia el borde del círculo, donde el guardián los esperaba con una puerta de luz que no había estado ahí antes.

Y mientras caminaban, Dorian sintió otro recuerdo deslizándose lejos de él.

La primera vez que la había visto en el salón del trono, con odio en sus ojos y fuego en su sangre.

Lo dejó ir.

Detrás de ellos, la cámara de obsidiana permanecía en silencio.

Y en algún lugar profundo del Vinculum, donde los ecos de los recuerdos aún resonaban, Kira escuchó cada palabra que él había susurrado.

Lo siento. Lo siento por todo.
Pero no siento haberte amado. Eso nunca lo lamentaré.

Y supo, con una certeza que helaba la sangre, que Dorian estaba planeando sacrificarse por ella una vez más.

CAPÍTULO 23: La memoria que se resiste a morir

Los ecos no dejaban de susurrar.

Kira caminaba junto a Dorian hacia la puerta de luz, pero cada paso era una herida abierta. A través del Vinculum, las palabras que él creía secretas le sangraban en la conciencia:

Lo siento. Lo siento por todo.
Pero no siento haberte amado. Eso nunca lo lamentaré.

Mentía. Sabía que mentía. Pero el hecho de que necesitara mentir era lo que la destruía.

—¿Cuánto falta? —preguntó, manteniendo la voz neutral.

Dorian no la miró.
—Poco. El guardián dice que la salida nos llevará cerca del salón del trono. —¿Y luego?
—Luego tendremos que movernos rápido. Mi padre no se detendrá solo porque el ritual principal falló.

Kira estudió su perfil. Las sombras bajo sus ojos. La rigidez en sus hombros. La forma en que evitaba encontrar su mirada, como si cada contacto fuera un cristal a punto de romperse.

Lo conocía a través del Vinculum, a través de cada memoria compartida, cada dolor intercambiado. Y sabía, con la certeza que solo el vínculo podía otorgar, que él le estaba ocultando algo.

—Dorian.
—¿Hmm?
—Mírame.

Él se detuvo. Por un momento, pareció que seguiría caminando. Pero luego giró lentamente, y sus ojos encontraron los de ella.

Kira sintió un vacío en el pecho.

Había algo ausente en esa mirada. Algo que había estado ahí antes y ahora faltaba. Como una habitación de la que hubieran retirado los muebles mientras ella dormía, dejando solo el eco de lo que había existido.

—¿Qué estás planeando? —la pregunta salió más suave de lo que pretendía.

—Planeo sacarte de aquí. Planeo asegurarme de que vivas. —Eso no es lo que te pregunté.
—Es lo que importa.

Kira dio un paso hacia él.
—El Vinculum se está debilitando. Puedo sentirlo. Y no es por la fusión. —Extendió la mano hacia su rostro—. Es porque tú estás dejando que se debilite.

Dorian retrocedió.

El movimiento fue mínimo, casi imperceptible, pero Kira lo sintió como una herida física. Como si hubiera intentado tocar fuego y él se hubiera convertido en cenizas.

—Estás agotada —dijo él, con voz controlada—. Los dos lo estamos. La fusión nos...

—No me mientas.

La interrupción lo silenció.

—Puedo sentir lo que sientes. Puedo escuchar tus pensamientos cuando bajas la guardia. —Kira avanzó otro paso—. Y he estado escuchando ecos de algo que no quieres que sepa.

El rostro de Dorian permaneció impasible, pero a través del Vinculum, ella sintió una oleada de pánico. Rápido, contenido, inmediatamente enterrado bajo capas de determinación.

—Kira...
—¿Qué te dijo el guardián mientras yo estaba inconsciente? —Que hay una forma de detener la Oscuridad. —¿Qué forma?
—Te lo explicaré cuando estemos a salvo. —No. —Ella lo tomó del brazo, obligándolo a detenerse—. Me lo explicas ahora.

Por un momento, ninguno de los dos se movió. La luz plateada de las runas brillaba a su alrededor, y en algún lugar distante, algo susurraba en lenguas que no deberían existir.

Dorian exhaló lentamente.

—El Vinculum puede romperse.
—¿Romperse?
—Sin muerte. Sin sacrificio mortal. —Sus ojos encontraron los de ella, y había algo en ellos que la heló—. Uno de los portadores debe renunciar a todos los recuerdos del otro.

Kira sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies.

—¿Renunciar?
—Borrar cada memoria. Cada momento compartido. Cada emoción vinculada a la otra persona. —La voz de Dorian era suave, demasiado suave—. Solo entonces el vínculo se disolverá. —¿Y el que olvida?
—Vive. —Una pausa que duró una eternidad—. Pero pierde la capacidad de amar de esa forma nuevamente.

Kira lo soltó como si quemara.

—No.
—Kira...
—No. —Retrocedió, sacudiendo la cabeza—. No voy a dejarte hacer eso. —No es tu decisión.
—¡El infierno que no lo es! —Su voz resonó en la cámara vacía—. El Vinculum nos une a los dos. No puedes tomar esa decisión sin mí. —Ya la tomé.

Las palabras cayeron como piedras en un pozo sin fondo.

Kira lo miró, buscando alguna señal de que estaba bromeando, de que había una alternativa. Pero el rostro de Dorian era una máscara de determinación, y a través del Vinculum, ella sintió la verdad: ya había comenzado.

—Ya estás olvidando.
—He comenzado el proceso. —Él no se disculpó—. Los recuerdos se están desvaneciendo. Para cuando salgamos de aquí, no recordaré...
—¿No recordarás qué? —Kira sintió lágrimas que no sabía que tenía —. ¿No recordarás que te amo? ¿No recordarás que me amaste? —Ya no importa.
—¡Claro que importa!
—No si el resultado es que vivas. —Dorian dio un paso hacia ella—. El rey te cazará. La Oscuridad te buscará. Sin el Vinculum, estarás sola. Pero estarás viva. —¿Y tú? ¿Qué pasará contigo?
—Yo seré... —titubeó por primera vez—. Seré libre del peso.

Kira sintió que algo se rompía dentro de ella.

No era el Vinculum. Era algo más profundo, algo que no tenía nombre pero que le dolía más que cualquier herida física.

—No te voy a dejar hacer esto.
—No puedes detenerme.
—Puedo intentarlo.

Se lanzó hacia él.

No fue un ataque de combate. Fue un intento desesperado de alcanzarlo, de obligarlo a sentir lo que ella sentía, de hacerle entender que prefería morir con sus recuerdos que vivir sin ellos.

Pero Dorian la esperaba.

Sus manos la atraparon antes de que pudiera tocarlo. La sostuvo con una fuerza que no debería tener después de todo lo que habían pasado, y por un momento, Kira pensó que la abrazaría.

En cambio, sintió un pinchazo en el cuello.

Se congeló.

—¿Qué...?
—Lo siento —susurró Dorian, con la voz quebrada—. De verdad lo siento.

Kira intentó luchar, pero sus músculos no respondían. Lo que sea que él le había inyectado se extendía por su cuerpo como hielo, adormeciendo cada extremidad mientras su corazón seguía latiendo desbocado.

—No... no puedes...
—El guardián me dio algo para emergencias. No quería usarlo. —La acostó en el suelo con una suavidad que contrastaba con la violencia de sus acciones—. Pero no me dejaste opción. —Dorian... —Las lágrimas corrían por sus mejillas ahora—. Por favor. No hagas esto.
—Tienes que vivir, Kira. Tienes que sobrevivir. —La miró con ojos que ya no contenían el reconocimiento de antes—. Yo solo... yo solo estorbo. —Eres todo lo que tengo.
—Eso es lo que yo pensaba de ti. —Se incorporó—. Y por eso tengo que hacerlo.

Kira intentó levantarse, pero su cuerpo se negaba a responder. La oscuridad se acumulaba en los bordes de su visión, y a través del Vinculum, sentía los recuerdos deslizándose lejos de él.

Su primer beso.
La noche en los pasadizos.
El momento en que él había elegido salvarla en lugar de obedecer a su padre. Todo desapareciendo, uno a uno, como páginas arrancadas de un libro.

—Te odio —susurró, pero las palabras no tenían fuerza. —Lo sé. — Dorian se arrodilló junto a ella una última vez—. Y eso está bien. Mientras estés viva para odiarme.

Se inclinó y presionó sus labios contra su frente.

El contacto duró solo un segundo, pero a través del Vinculum, Kira sintió lo que quedaba de su amor. Un océano de emociones que él estaba ahogando deliberadamente, hundiendo en las profundidades de su conciencia.

—Adiós, Kira Nighthollow —dijo él, con voz que ya sonaba distante —. Vive.

Y luego se giró y caminó hacia la puerta de luz.

Kira luchó contra la oscuridad que intentaba consumirla. Luchó contra el veneno que circulaba por sus venas. Luchó contra el peso de sus propios párpados.

Pero la oscuridad ganó.

Soñó con fuego.

Thornwall ardiendo. Su madre gritando. Los soldados con los emblemas de los Blackveil avanzando entre las llamas. Pero en este sueño, había algo diferente. Una figura emergía del humo, con ojos plateados y runas brillando bajo la piel.

El guardián.

—No puedes detenerlo —dijo el anciano, con voz que resonaba como campanas lejanas—. Ya ha comenzado. —No aceptaré eso.
—No tienes opción. El Vinculum responde a la voluntad, y su voluntad es más fuerte que la tuya en este momento. —¿Por qué? —Kira sintió lágrimas en el sueño como las había sentido en la realidad —. ¿Por qué me das esta opción si no puedo usarla? —No fui yo quien te dio la opción. Fue él quien la tomó. —Entonces dame una alternativa.
—No hay alternativa.
—¡Siempre hay una alternativa! —La voz de Kira resonó en el espacio onírico—. El Vinculum fue creado por elección. Puede ser cambiado por elección. Él me dijo eso una vez.

El guardián la estudió durante un largo momento.

—Hay una forma de resistir el olvido. Pero requiere algo que quizás no estés dispuesta a dar. —Cualquier cosa.
—El Vinculum se está debilitando porque él lo está debilitando. Pero si abres completamente tu lado del vínculo, si te expones a todo el dolor y la memoria que él está tratando de liberar, puedes anclar algunos de esos recuerdos en ti. —¿Eso lo detendrá?
—No. Pero significará que él no será el único que pierda algo.

Kira no dudó.

—Hazlo.
—El dolor te consumirá. Sentirás cada memoria que él está liberando como si la estuvieras perdiendo tú también. —No me importa.
—Y cuando despiertes, el Vinculum estará tan dañado que apenas podrán sentirse el uno al otro. —No me importa.

—Podrías perderlo todo.
—Ya lo estoy perdiendo. —Kira encontró los ojos plateados del guardián—. Al menos así, algo sobrevivirá.

El anciano asintió lentamente.

—Eres digna de la sangre que llevas.

Extendió la mano hacia ella, y el sueño se convirtió en luz.

Kira despertó con un grito.

El dolor la atravesó como mil cuchillos. Cada memoria que Dorian estaba liberando golpeaba su conciencia como una ola: el primer beso, la primera sonrisa, la primera vez que él la había mirado sin odio.

Pero ella se aferró a cada una. Las ancló en su mente, las envolvió en su propia voluntad, las protegió con todo lo que tenía.

El Vinculum se tensó entre ellos, estirándose más allá de lo que debería ser posible.

Y luego, algo cedió.

No el vínculo completo. Pero una parte de él se rompió, y Kira sintió a Dorian desapareciendo de su conciencia como agua entre los dedos.

—No —gritó, incorporándose de golpe.

La cámara de obsidiana estaba vacía. La puerta de luz había desaparecido. Solo quedaba el guardián, observándola con aquellos ojos plateados que habían visto demasiado.

—¿Dónde está?
—Se fue. —El anciano no se movió—. Hace horas. —¿Horas? —Kira se puso de pie, tambaleándose—. ¿Cuánto tiempo estuve inconsciente? —El tiempo fluye diferente aquí. Pero afuera... el solsticio está llegando a su punto máximo.

El pánico heló su sangre.

—El ritual.
—Tu rey cree que ha ganado. El príncipe se ha entregado voluntariamente, y el Vinculum se está deshaciendo. —¿Entregado? —Kira corrió hacia donde había estado la puerta—. ¿Qué significa entregado? —Ha ofrecido completar el sello. Sacrificar su vida para que la Oscuridad sea contenida. —El guardián la miró—. Es lo que siempre quiso. —No. —Kira negó con la cabeza—. No, no, no. Él iba a olvidar, no a morir. —Cambió de planes cuando tú te resististe. Cuando anclaste parte de sus recuerdos en ti, comprendió que el olvido no sería suficiente. —El guardián señaló hacia una nueva puerta de luz que aparecía en la pared—. El ritual comienza al amanecer. Tienes minutos.

Kira no esperó.

Corrió hacia la puerta y la atravesó sin dudar.

El palacio era un laberinto de pasillos oscuros.

Kira emergió en las cocinas inferiores, un lugar que reconocía de los planos que había memorizado semanas atrás. Desde ahí, el salón del trono estaba a tres pisos de distancia, a través de pasillos patrullados por guardias que responderían ante cualquier intruso.

No tenía tiempo para el sigilo.

El primer guardia cayó antes de que pudiera gritar. El segundo intentó sacar su espada, pero Kira ya estaba detrás de él, usando los movimientos que había perfeccionado en años de rebelión.

A través del Vinculum debilitado, sentía a Dorian como un latido distante. Cada vez más débil. Cada vez más lejos.

—No te mueras —susurró, corriendo hacia las escaleras—. No te atrevas a morir.

Un grupo de guardias apareció en el rellano. Kira no se detuvo. La sangre real que ahora fluía en sus venas respondió a su llamada, y por primera vez, usó la magia conscientemente.

Sombras brotaron de sus manos, envolviendo a los guardias en oscuridad. No era letal, pero los inmovilizó el tiempo suficiente para que ella pasara.

El tatuaje de los Oprimidos ardía en su brazo, pero los hilos dorados de la fusión lo atravesaban, creando algo nuevo. Algo que no había existido antes.

No tenía tiempo para analizarlo.

Subió las escaleras de tres en tres, ignorando el dolor que le recorría el cuerpo. El veneno de Dorian aún circulaba en su sistema, y cada movimiento era una batalla contra sus propios músculos.

Pero el dolor no importaba.

Lo único que importaba era llegar a tiempo.

El salón del trono se abrió ante ella como una herida.

Las puertas estaban abiertas de par en par, y la luz del amanecer entraba por las ventanas superiores, iluminando un escenario de

pesadilla.

El rey Aldric estaba de pie junto al trono, con las manos extendidas sobre un altar de obsidiana. Símbolos brillaban en el suelo, los mismos que Kira había visto en la cámara del guardián.

Y en el centro del círculo, de rodillas, estaba Dorian.

Su espalda estaba arqueada, y las sombras se arremolinaban a su alrededor como serpientes hambrientas. Su sangre corría por los símbolos del suelo, alimentando algo antiguo y terrible.

El rey levantó la vista cuando ella entró.

—Ah —dijo, con una sonrisa que no llegaba a sus ojos—. La otra mitad del sello.

Kira no se detuvo.

Corrió hacia el círculo, pero una barrera invisible la detuvo. El impacto la lanzó hacia atrás, y cayó sobre los escalones del trono.

—Llegas tarde —continuó el rey—. El ritual ya ha comenzado.

Dorian levantó la cabeza.

Sus ojos estaban vacíos, pero cuando encontraron los de Kira, algo parpadeó en ellos. Un reconocimiento fragmentario.

—Kira... —su voz era un susurro—. ¿Por qué...?

—No te atrevas a olvidarme —gritó ella, luchando por incorporarse —. No te atrevas a dejarme.

—No la recuerdas completamente, ¿verdad? —El rey observaba a Dorian con curiosidad clínica—. El proceso de olvido ya ha comenzado a erosionar sus memorias. Cuanto más se resista, más doloroso será. —¡Dorian!

—Pero no importa —el rey continuó—. El sello se completará con su sangre o con la tuya. Preferiría tener a ambos, pero uno es suficiente.

Las sombras se intensificaron alrededor de Dorian. Su cuerpo se tensó, y un grito escapó de sus labios.

Kira golpeó la barrera con los puños.

—¡Dorian, resísteme!

A través del Vinculum debilitado, envió todo lo que tenía. Cada memoria que había anclado. Cada emoción que había protegido. Cada momento que él estaba intentando borrar.

El beso bajo la luz de las velas.
La noche en los pasadizos.
El momento en que él había elegido salvarla. Te amo. Te amo. Te amo.

Dorian se tensó.

Y por un momento, sus ojos se clarificaron.

—Kira... —la reconoció—. ¿Qué... qué estoy haciendo? —¡Resiste! —Ella golpeó la barrera una vez más—. ¡No dejes que te controle!

Pero el rey ya estaba cantando, y las sombras se cerraban alrededor de Dorian como un puño.

—Demasiado tarde —dijo Aldric, con voz resonando de poder—. El ritual ha comenzado. Y cuando termine, el sello será perfecto.

Dorian miró a Kira a través de la barrera.

Y en sus ojos, ella vio algo que la heló hasta los huesos.

Reconocimiento. Amor. Y una determinación que ella conocía demasiado bien.

—Lo siento —murmuró él—. Pero tienes que vivir.

Y comenzó a cantar junto con su padre.

CAPÍTULO 24: El precio de dos sangres

El dolor era un país entero, y Dorian había perdido las fronteras de sí mismo.

Las sombras se arremolinaban a su alrededor como serpientes de hielo, cada una mordiendo profundamente, reclamando territorios de su cuerpo que ya no reconocía. Los símbolos brillaban en el suelo de mármol, alimentándose de su sangre, bebiendo de su voluntad.

Su padre cantaba en el idioma antiguo.

Las palabras resonaban contra los muros del salón del trono, vibrando en los huesos de Dorian. Reconocía fragmentos: invocaciones a la Oscuridad Primordial, promesas de sangre, juramentos de entrega absoluta.

Pero había huecos en su mente. Espacios vacíos donde deberían haber recuerdos.

¿Quién era la mujer que gritaba más allá de la barrera?

Su rostro era familiar. Oscuro, marcado por cicatrices que le provocaron un dolor reconocer. Ojos que ardían con algo que él debería recordar. Pero cada vez que intentaba alcanzar el recuerdo, se deslizaba como agua entre sus dedos.

—Dorian, resísteme.

La voz de ella atravesó el Vinculum debilitado. Un susurro en su conciencia, apenas audible sobre el canto de su padre.

Y con esa voz, vinieron imágenes.

Beso bajo la luz de las velas.
Una mano en su mejilla.
Palabras susurradas en la oscuridad.

El dolor lo golpeó como una ola. Cada memoria que emergía era arrancada de nuevo, consumida por el ritual que exigía todo de él.

—Lo siento —murmuró, aunque ya no sabía exactamente por qué se disculpaba—. Pero tienes que vivir.

Y comenzó a cantar junto con su padre.

Las sombras se intensificaron.

Dorian sintió la Oscuridad Primordial acercándose. Una presencia antigua y hambrienta que esperaba más allá del velo de la realidad. Su sangre era el cebo, su vida el precio.

Esto es correcto, pensó. *Esto es lo que debe hacerse.*

Pero algo en su pecho se negaba a aceptarlo. Una parte de él que gritaba cada vez que la mujer más allá de la barrera lo miraba con aquellos ojos.

—¡Dorian!

El sonido de su nombre en sus labios fue una herida.

A través del Vinculum, sintió lo que ella estaba haciendo. Golpeando la barrera una y otra vez. Usando magia que no debería tener. Ardiéndose desde adentro para llegar hasta él.

¿Por qué? ¿Por qué arriesgaría todo por alguien que ni siquiera recuerda?

El ritual exigió más sangre. Dorian sintió sus venas abriéndose, no visiblemente, pero en un nivel más profundo. Su esencia vital fluía hacia los símbolos, alimentando algo que había esperado trescientos años.

—El sello casi está completo —dijo su padre, con voz que resonaba de poder—. La Oscuridad será contenida. Y tú serás recordado como el príncipe que salvó el reino.

Dorian quiso responder, pero las palabras no llegaban. Su garganta estaba seca, su mente llena de estática.

Solo quedaba el dolor.

Y el rostro de la mujer que no podía olvidar del todo.

El tiempo se estiraba y comprimía.

Dorian perdió la noción de cuánto había pasado. El ritual existía fuera del tiempo normal, en un espacio donde solo contaba la sangre y la voluntad.

Su padre había dejado de cantar. Ahora solo observaba, con los ojos brillantes de anticipación.

—El momento se acerca. La Oscuridad aceptará tu sacrificio.

Dorian cayó de rodillas. Sus manos tocaban el suelo frío, y la sangre que manaba de sus palmas alimentaba los símbolos con un ritmo constante.

A través del Vinculum, sintió un cambio.

La mujer había dejado de golpear la barrera.

Se rindió, pensó. *Finalmente entendió que no puede hacer nada.*

Pero entonces, algo ocurrió.

Kira no se rindió.

Dorian lo sintió a través del vínculo debilitado: una determinación que ardía más caliente que cualquier fuego. Ella no estaba atacando la barrera desde afuera.

Estaba buscando otra forma de entrar.

El Vinculum se tensó entre ellos. No como una cuerda a punto de romperse, sino como un puente que ella estaba cruzando a pesar de las llamas.

No, pensó Dorian. *No hagas eso.*

Pero ya era demasiado tarde.

La barrera que separaba el círculo ritual del resto del salón brilló con luz intensa. Los símbolos en el suelo se reorganizaron, respondiendo a una sangre que el ritual reconocía como igual.

El rey dio un paso atrás, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué estás haciendo?

Kira atravesó la barrera como si fuera agua.

No había magia en el movimiento, solo voluntad pura. El Vinculum la arrastraba hacia el centro del círculo, hacia la fuente de su dolor, hacia él.

—No puedes entrar aquí —la voz del rey temblaba—. El ritual no permite...

—El ritual fue hecho para dos. —Kira caminó hacia Dorian, con sangre brotando de sus propias venas ahora, respondiendo al llamado de los símbolos—. Dos sangres. Dos linajes. Dos portadores.

Dorian la miró, aturdido.

—No... no entiendo...

—No tienes que entender. —Ella se arrodilló a su lado—. Solo tienes que confiar.

El ritual cambió.

Dorian lo sintió en el momento en que las manos de Kira tocaron las suyas. Los símbolos bajo ellos se reorganizaron, expandiéndose para incluir una segunda fuente de sangre.

—¡No! —El rey avanzó hacia ellos, pero una pared de sombras lo detuvo—. ¡El ritual requiere un solo sacrificio!

—El ritual requiere equilibrio. —Kira tomó las manos de Dorian, entrelazando sus dedos—. Elena Nighthollow lo diseñó para dos. Un portador para contener, otro para liberar. Nunca fue pensado para uno solo.

El rey golpeó la pared de sombras, pero esta no cedió.

—¡Están arruinando todo! ¡La Oscuridad será liberada en lugar de contenida!

—O algo nuevo será creado.

El dolor del Vinculum cambió.

No era solo sufrimiento ahora. Era una conexión que se profundizaba, expandiéndose más allá de lo que cualquiera de los

dos había experimentado.

Dorian sintió los recuerdos de Kira fluyendo hacia él. No los que él había liberado, sino los que ella había anclado. Los que había protegido a través del vínculo debilitado.

El beso.
La noche en los pasadizos.
El momento en que él había elegido salvarla.

Todo volviendo, no como recuerdos ajenos, sino como parte de él.

—¿Cómo...? —las palabras se atascaron en su garganta.

—Te dije que no te dejaría olvidar. —Kira apretó sus manos—. No importa cuánto lo intentes.

El rey observaba desde fuera del círculo, impotente.

—Esto no es lo que planeé. Esto no es...

—Tu plan era usar el Vinculum como arma. —Kira no lo miró, manteniendo los ojos fijos en Dorian—. Pero el Vinculum no fue creado para destruir. Fue creado para proteger.

—¡Mentira! —El rey golpeó la barrera una vez más—. ¡Elena Nighthollow lo diseñó para vengarse de los Blackveil!

—Elena lo diseñó para salvar a su hermana. —Dorian sintió las palabras surgir de algún lugar profundo, conocimiento que no sabía que poseía—. Marielle estaba muriendo. El Vinculum iba a compartir su vida, no tomarla.

El rey se congeló.

—¿Qué... qué dijiste?

—El ritual fue corrompido. —Dorian hablaba automáticamente—. Alguien alteró los símbolos. En lugar de compartir vida, el Vinculum comenzó a consumirla.

Las sombras alrededor del círculo se arremolinaban con más fuerza. La Oscuridad Primordial estaba cerca, esperando el resultado.

—Pero si dos portadores se unen voluntariamente... —Kira continuó —. Si ambos dan y reciben en igual medida...

—El Vinculum se vuelve permanente —Dorian completó.

La revelación los golpeó simultáneamente.

No era una solución. Era una condena.

Dorian intentó soltar las manos de Kira, pero el ritual ya los había unido. Sus sangres se mezclaban en los símbolos, creando algo que ninguno de los dos podía romper.

—No. —Negó con la cabeza—. No esto. No puedes...

—Ya es demasiado tarde. —Kira lo miró a los ojos—. El ritual está tomando de ambos. Mitad de mí. Mitad de ti.

—¡Pero eso significa...!

—Que el Vinculum será permanente. Que ninguno de los dos morirá. —Sonrió—. Y que estaremos unidos para siempre.

El rey observaba con horror.

—Imposible. El Vinculum no puede... nunca fue diseñado para...

—Elena nunca tuvo la oportunidad de completarlo. —Dorian sentía la verdad en sus venas—. Su hermana murió antes de que pudieran

unirse completamente.

—Pero la Oscuridad... —el rey señaló las sombras que aún giraban alrededor—. Todavía está aquí.

—Y siempre lo estará. —Kira habló—. Pero contenida. Dividida entre dos portadores en lugar de uno.

El ritual alcanzó su clímax.

Dorian sintió la Oscuridad Primordial intentando entrar en él, como había estado diseñado. Pero ahora había otro cuerpo, otra alma, otra voluntad resistiendo junto a la suya.

La carga se dividió.

No era indoloro. El dolor atravesó a ambos, y Dorian escuchó el grito de Kira mezclarse con el suyo. Pero era soportable. Repartido entre dos, el peso que habría destruido a uno se convertía en algo que ambos podían sostener.

Los símbolos en el suelo brillaron con una última luz cegadora.

Y luego, todo terminó.

El silencio fue absoluto.

Dorian cayó hacia adelante, apenas consciente. Kira lo sostuvo, con los brazos temblando por el esfuerzo.

La barrera que había atrapado al rey se desvaneció. Las sombras que habían girado alrededor del círculo se dispersaron, dejando solo el aire frío del amanecer.

—No. —El rey avanzó hacia ellos, con el rostro contorsionado de furia—. No puede terminar así. Yo planeé todo. Yo manipulé cada movimiento. Yo...

—Tú subestimaste una cosa. —Dorian levantó la cabeza, apenas capaz de mantener los ojos abiertos—. El Vinculum no es una maldición.

—Es una elección. —Kira completó.

El rey se detuvo.

Por un momento, Dorian pensó que los atacaría. Que usaría lo que le quedaba de poder para intentar terminar lo que había empezado.

Pero entonces, algo cambió en el rostro de Aldric.

—Puede que hayan ganado esta batalla. —Su voz era suave, peligrosa—. Pero la guerra apenas comienza.

Se giró y caminó hacia las puertas del salón del trono.

—Disfruten su unión. Ambos la necesitarán para lo que viene.

Y desapareció en las sombras del pasillo.

Dorian se derrumbó contra Kira.

Cada músculo de su cuerpo gritaba de agonía. El ritual había tomado más de lo que esperaba, y su sangre se sentía como agua en sus venas.

—¿Estás... bien? —las palabras salieron como un susurro.

—Esa debería ser mi pregunta. —Kira lo sostuvo contra ella—. Casi te matas tratando de olvidarme.

—Lo siento.

—Ya te escuché disculparte antes. No funcionó entonces, no funcionará ahora.

Dorian intentó reír, pero el sonido se convirtió en una tos.

—El Vinculum... es permanente ahora.

—Lo sé.

—No podrás escapar de mí. Nunca.

—Eso era evidente desde el principio. —Kira le acarició el cabello—. Tonto.

El sol se elevaba sobre el horizonte.

Dorian lo vio a través de las ventanas del salón del trono, tiñendo el cielo de naranja y oro. El solsticio de invierno había llegado, y el ritual había fallado.

O había tenido éxito.

No estaba seguro de cuál.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó.

—Ahora descansamos. —Kira lo ayudó a incorporarse—. Y luego encontramos una forma de detener a tu padre.

—El ritual era su única oportunidad para invocar la Oscuridad.

—Era su oportunidad para controlarla. —Kira negó con la cabeza—. La Oscuridad sigue existiendo. Y ahora está dividida entre nosotros.

Dorian sintió el peso de esas palabras.

La Oscuridad Primordial no había sido destruida. Solo contenida. Y él y Kira eran los recipientes.

—Esto no ha terminado.

—No. —Kira lo miró a los ojos—. Pero al menos ahora estamos juntos.

Dorian sintió el Vinculum entre ellos. Ya no era el vínculo frágil que se había estado deshilachando. Era una conexión sólida, permanente, tan parte de ellos como sus propios corazones.

—Juntos —repitió.

Y por primera vez en días, sintió algo parecido a la esperanza.

El salón del trono quedó en silencio.

Dorian y Kira se apoyaron el uno en el otro, demasiado débiles para moverse. La luz del amanecer los bañaba, y los símbolos del ritual se desvanecían lentamente del suelo.

Todo había cambiado.

El rey había perdido su oportunidad de controlar la Oscuridad. El Vinculum se había convertido en algo permanente. Y dos personas que habían sido enemigos ahora estaban unidas por algo más fuerte que cualquier magia.

Pero mientras Dorian cerraba los ojos, agotado más allá de lo que creía posible, una sombra se movió en el borde de su visión.

No era la Oscuridad Primordial.

Era algo más viejo. Más paciente.

El guardián emergió de las sombras, con los ojos plateados brillando en la luz del amanecer.

—El ritual ha terminado —dijo el anciano—. Pero el verdadero precio aún no ha sido pagado.

Dorian intentó preguntar qué significaba.

Pero la oscuridad lo reclamó antes de que pudiera formar las palabras.

CAPÍTULO 25: La verdad que quema

Kira despertó con el sabor de la ceniza en la boca y el peso de dos almas latiendo en su pecho.

El salón del trono era un cadáver arquitectónico. Columnas agrietadas exhalaban polvo de mármol. Las ventanas destrozadas dejaban entrar un aire que olía a ozono y magia quemada. Los símbolos del ritual brillaban en el suelo como heridas infectadas que se negaban a cicatrizar.

Dorian yacía a su lado, con la respiración superficial. A través del Vinculum permanente, ella sentía cada latido de su corazón como si fuera el suyo propio. La conexión era más profunda ahora, más íntima. Ya no había barreras entre ellos. Solo un abismo compartido.

¿Cuánto tiempo estuvimos inconscientes?

Intentó moverse, pero sus músculos protestaron. La Oscuridad Primordial se había instalado en algún lugar profundo de su ser, un peso frío que respiraba con ella.

—El guardián tenía razón —murmuró Dorian sin abrir los ojos—. El precio aún no ha sido pagado. —¿Qué precio?

—No lo sé. —Se incorporó lentamente, con una mueca de dolor—. Pero lo sabremos pronto. Los precios siempre se cobran.

Kira lo ayudó a ponerse de pie. Ambos se apoyaban el uno en el otro, y el Vinculum pulsaba entre ellos como un tercer corazón, un recordatorio constante de que ya no estaban solos en sus cuerpos.

—Tu padre escapó.
—Lo sé. —Dorian miró hacia las puertas del salón—. Pero no ha abandonado el palacio. Lo sentiría si lo hiciera. La sangre no miente.
—¿Puedes sentirlo a través del...?
—No a través del Vinculum. A través de la sangre. —Se tocó el pecho—. Somos de la misma línea. Esa conexión no desaparece, por mucho que lo desee.

Kira recordó lo que habían descubierto. Dorian tenía sangre Nighthollow por parte de madre. Eran primos lejanos, unidos por una historia que ninguno de los dos había conocido hasta hacía poco. Unidas por sangre, separados por lealtades.

—Entonces vamos a buscarlo.
—Kira...
—No. —Ella lo interrumpió antes de que pudiera protestar—. No voy a esperar a que se recupere y venga por nosotros. Esta vez, lo terminamos. *Esta vez, acabo con lo que debí terminar hace años.*

Dorian la estudió durante un largo momento. A través del Vinculum, ella sintió su preocupación, su miedo, y algo más oscuro que no supo nombrar. Un presentimiento.

—Está bien —dijo finalmente—. Pero vamos juntos. Si caemos, caemos juntos.

Los pasillos del palacio estaban vacíos.

Kira esperaba encontrar guardias, sirvientes, cualquier señal de vida. Pero el silencio era absoluto, como si el edificio mismo hubiera contenido la respiración. El aire se sentía denso, cargado de algo que no podía ver.

—Los evacuó —dijo Dorian, leyendo su confusión—. Mi padre nunca dejó testigos para sus rituales importantes. Los testigos hacen preguntas. Las preguntas crean dudas. —¿Cuántos rituales como este ha realizado? —Tres que yo sepa. —La voz de Dorian era plana —. Cada uno más grande que el anterior. Cada uno con más... participantes.

No dijo más, pero Kira sintió el peso de lo que no estaba compartiendo. A través del Vinculum, vislumbró imágenes fragmentadas: habitaciones cerradas, sirvientes desaparecidos, un hermano mayor cuyo nombre nunca se mencionaba. Un niño que dejó de existir en los registros del palacio.

Eso es una historia para otro momento, pensó, guardando la información para después. *Si sobrevivimos.*

Subieron por la escalera principal hacia las habitaciones reales. Cada paso resonaba en el silencio, y Kira mantenía una mano en el cuchillo que había recuperado de entre los escombros. El metal frío contra su palma era el único ancla en un mundo que se sentía cada vez más irreal.

—¿Por qué las habitaciones? —preguntó—. Si tu padre escapó, no volvería a... —No escapó. —Dorian se detuvo frente a una puerta ornamentada—. Se retiró. Hay una diferencia. Mi padre siempre tiene un plan. Y un plan de respaldo. Y otro más.

La puerta era de madera oscura, tallada con símbolos que Kira reconoció de los libros prohibidos que había estudiado en la resistencia. Runas de protección. Sellos de contención. Marcas de posesión.

Y algo más.

—Sangre —dijo, oliendo el aire—. Sangre fresca. —Lo siento. —Dorian apoyó la mano en el mango—. Tú no tienes que entrar. Lo que sea que esté ahí adentro... es mi carga. —No me digas lo que tengo que hacer.
—Kira, lo que sea que esté ahí adentro... —Es mi problema tanto como tuyo. —Ella lo miró directamente a los ojos—. Tu padre destruyó mi aldea. Mató a mi gente. Eso lo hace mío.

El Vinculum transmitió su frustración, pero también su determinación. Dorian asintió y abrió la puerta.

La habitación del rey era una cámara de horrores.

Kira había esperado lujos, tal vez mapas de guerra o documentos importantes. Lo que encontró fueron paredes cubiertas de runas dibujadas con sangre seca. Símbolos que contaban historias en un idioma que nunca debió existir. Un altar en el centro, manchado de sacrificios recientes. Y en las esquinas, los cuerpos de tres sirvientes, con los ojos abiertos y expresiones de terror congelado. Sus bocas estaban abiertas en gritos silenciosos.

—El solsticio —dijo Dorian, con voz que apenas era un susurro—. Los preparó antes del ritual principal. Como respaldo. Como baterías de reserva.

Kira sintió náuseas, pero las contuvo. Las emociones eran un lujo que no podía permitirse ahora.

—¿Dónde está?
—Aquí.

La voz no vino de Dorian.

El rey Aldric emergió de las sombras detrás del altar, con los ojos brillando con una luz que no era completamente humana. La Oscuridad Primordial no lo había abandonado completamente después de todo. Algo de ella permanecía en él, como un parásito que se negaba a soltar a su huésped.

—Mis hijos —dijo, con una sonrisa que mostraba dientes demasiado afilados—. Llegan justo a tiempo. La función está por comenzar.

—Tu ritual falló —dijo Kira, manteniendo la voz firme—. La Oscuridad está contenida en nosotros ahora. No puedes controlarla.

—¿Falló? —El rey inclinó la cabeza—. Querida niña, eso no fue un fracaso. Fue una prueba. Y la pasaron con honores.

Kira sintió a Dorian tensarse a su lado.

—¿Qué quieres decir?

—El Vinculum permanente era lo que necesitaba todo el tiempo. —El rey caminó hacia ellos, con pasos lentos y deliberados—. Un solo portador habría sido inestable. Dos portadores unidos voluntariamente... eso crea algo que puede ser explotado. Un circuito completo.

—Mientes.

—¿Lo hago? —El rey se detuvo a tres metros de ellos—. Pregúntale a tu príncipe. Él sabe lo que significa llevar sangre Nighthollow. Él sabe que nuestra familia siempre ha tenido... planes para los suyos.

Kira miró a Dorian.

A través del Vinculum, sintió su confusión genuina. Él no sabía a qué se refería su padre. Pero también sintió algo más: un miedo profundo, ancestral, como si alguna parte de él siempre hubiera sabido que esto llegaría.

—El Vinculum fue creado por Elena Nighthollow —continuó el rey—. Pero ¿sabes por qué? ¿Sabes qué estaba intentando realmente?

—Para salvar a su hermana —respondió Kira—. Marielle estaba muriendo.

—Eso es lo que dicen las historias. —El rey sonrió—. Pero la verdad es más interesante. Las historias siempre omiten las partes inconvenientes.

Se acercó más, y Kira sintió el frío de la Oscuridad irradiando de él. Un frío que le recordaba noches en la resistencia, noches sin comida ni calor, noches donde la única compañía era el dolor.

—Elena creó el Vinculum para vengarse. Su hermana no estaba muriendo. Su hermana fue asesinada. —Hizo una pausa—. Por un Blackveil.

Kira no se movió. El apellido resonó en la habitación como una maldición.

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotros?

—Todo. —El rey la miró directamente a los ojos—. ¿Crees que fue coincidencia que tu aldea fuera destruida? ¿Que tú sobrevivieras? ¿Que tu sangre despertara justo cuando mi hijo te encontró? Nada de esto fue coincidencia. Todo fue diseño.

Algo frío se asentó en el estómago de Kira. Un presentimiento que se convertía en certeza.

—¿Qué estás diciendo?

—Tu madre no murió en la masacre de Thornwall. —Las palabras del rey fueron como cuchillos—. Ella sobrevivió. Yo la encontré. Y la maté personalmente.

El mundo se detuvo.

Kira sintió el impacto de esas palabras como golpes físicos. A través del Vinculum, percibió el horror de Dorian, su intento de alcanzarla.

Pero ella ya no estaba allí. Su mente se había quedado en una sola palabra: *sobrevivió*.

—Mientes. —Su voz sonaba lejana, incluso para sus propios oídos—. Mi madre murió cuando yo tenía siete años. En la masacre. La vi... la vi en el suelo...

—Viste un cuerpo. No era ella. —El rey sonreía ahora—. Tu madre murió hace tres semanas. En mis mazmorras. Después de decirme exactamente dónde encontrarte.

Algo se rompió dentro de Kira.

No fue el Vinculum. Fue algo más profundo, algo que había mantenido unida durante años de rebelión, de lucha, de pérdida. La imagen de su madre que había llevado en su corazón, la imagen que la había mantenido viva, se convirtió en ceniza.

—¿La torturaste?

—La necesité para confirmar ciertas... teorías. —El rey se encogió de hombros—. Resultó que tenía razón. Eres la última Nighthollow pura. Y ahora, gracias a tu estúpido sacrificio, estás unida permanentemente a mi hijo. El circuito está completo.

La Oscuridad que Kira llevaba dentro comenzó a moverse.

No fue algo que ella controlara. Fue como una presa rompiéndose, liberando todo el dolor, toda la rabia, toda la desesperación que había contenido durante años. Años de dormir en bosques helados. Años de ver amigos morir. Años de creer que su madre había muerto instantáneamente, sin dolor.

Todo eso era una mentira.

—La mataste. —Las palabras salieron como un gruñido—. La encontraste. La torturaste. Y la mataste.

—Fue necesario para...

—¡LA MATASTE!

Kira no recordó haberse movido.

Un momento estaba de pie junto a Dorian. El siguiente, estaba sobre el rey, con las manos envueltas en sombras que no debería poder controlar. Sombras que respondían a su dolor como un perro a su amo.

El impacto lanzó a Aldric contra la pared. Los símbolos de sangre se agrietaron bajo la fuerza del golpe. Una grieta recorrió el mármol como un rayo.

—¡Kira! —La voz de Dorian llegó desde muy lejos—. ¡Kira, detente!

Pero ella no podía detenerse.

La Oscuridad Primordial respondía a su furia, amplificándola, alimentándose de ella. Cada célula de su cuerpo gritaba por venganza, por sangre, por hacer que el rey sufriera como su madre había sufrido. Como ella había sufrido todos estos años por una mentira.

—¿Sabes qué me dijo antes de morir? —El rey estaba sangrando, pero sonreía—. Me dijo que te amaba. Que esperaba que nunca supieras la verdad. Que prefería que la odiaras por abandonarte antes de saber lo que realmente pasó. ¿No es irónico? Murió tratando de protegerte, y su muerte es lo que te destruirá.

Kira golpeó de nuevo.

Y otra vez.

Y otra vez.

Las sombras se arremolinaban a su alrededor, y algo en ella se estaba rompiendo, algo que no podría ser reparado. Podía sentirlo: grietas en su psique, grietas en su alma.

—¡Kira, por favor! —Dorian la agarró por los hombros—. ¡Esto no eres tú!

—¡Él mató a mi madre! —Las lágrimas corrían por su rostro—. ¡La torturó! ¡La usó! ¡Me mintió durante años!

—¡Lo sé! —Dorian la giró para que lo mirara—. ¡Pero si lo matas así, la Oscuridad te consumirá!

—¡No me importa!

—¡A mí sí!

Kira se congeló.

A través del Vinculum, sintió todo lo que Dorian estaba experimentando. Su miedo. Su amor. Su desesperación. Y algo más: la imagen de ella, tal como la vio la primera vez, salvaje y determinada en los bosques de Thornwall. La imagen de ella que se convirtió en su razón para seguir adelante.

Y algo más.

La Oscuridad que él también llevaba, respondiendo a la de ella, intentando equilibrarla, intentando evitar que se ahogara. Como dos personas en una pequeña balsa, tratando de no volcarse.

—Si caes —dijo Dorian, con la voz quebrada—. Yo caigo contigo. Eso es lo que significa el Vinculum permanente. Nuestros destinos están atados. Nuestras almas están atadas.

Kira lo miró.

Las sombras aún giraban a su alrededor. El rey aún sangraba en el suelo. Y algo dentro de ella aún gritaba por venganza.

Pero a través del Vinculum, también sentía a Dorian. Su presencia sólida, anclándola. El único ancla en un mar de dolor.

—No puedo dejarlo vivir —susurró—. No después de lo que hizo.

—No te pido que lo dejes vivir. —Dorian le tomó las manos—. Te pido que no te pierdas en el proceso. No te pido perdón. Te pico justicia. Pero justicia no es esto.

El rey se rió.

—Qué conmovedor. —Se incorporó lentamente—. Pero ya es demasiado tarde.

Kira lo miró, y vio lo que él ya sabía.

Las sombras que la habían rodeado no se habían dispersado. Se habían integrado. La Oscuridad Primordial que ambos llevaban ahora estaba desequilibrada, más fuerte en ella que en Dorian. Como una balanza rota.

Y el rey lo había planeado desde el principio.

—La furia es una puerta —dijo Aldric, limpiándose la sangre—. Siempre lo ha sido. Solo necesitaba que la abrieras lo suficiente. Solo necesitaba que entraras.

Kira intentó retroceder, pero sus pies no respondían.

La Oscuridad se extendía por su cuerpo, y esta vez, no había dolor. Solo un frío vacío que prometía poder ilimitado. Prometía venganza. Prometía que todo el dolor tendría sentido.

—Dorian... —su voz sonaba extraña, lejana—. Algo está mal.

Lo último que vio antes de que la noche la consumiera fueron los ojos de él, brillando con terror absoluto.

Y luego, ya no hubo nada más que oscuridad.

Y en la oscuridad, algo esperaba.

CAPÍTULO 26: El corazón en la tormenta

Dorian observó impotente cómo las sombras devoraban a la mujer que amaba.

No era una metáfora. La Oscuridad Primordial se arrastraba por el cuerpo de Kira como tinta derramada, manchando su piel, sus venas, sus ojos. Lo que había sido verde intenso ahora era un abismo sin fondo. Y en ese abismo, algo antiguo y hambriento lo observaba con curiosidad depredadora.

—Kira. —Su voz sonaba lejana, incluso para sus propios oídos—. Tienes que luchar.

Ella inclinó la cabeza. El movimiento era incorrecto, como un titire manipulado por hilos invisibles. Cuando habló, su voz era un coro de ecos superpuestos.

—Kira no está aquí ahora, príncipe. Solo estamos nosotros.

El rey se había arrastrado hasta el altar, usando los cuerpos de los sirvientes sacrificados como apoyo. Su sangre manchaba el mármol, pero sonreía con la satisfacción de un ajedrecista que ve su gambito dar frutos.

—¿Lo ves? —jadeó Aldric—. Te lo dije. La furia es una puerta. Y ella la abrió de par en par.

Dorian ignoró a su padre. A través del Vinculum permanente, podía sentir a Kira en algún lugar profundo, atrapada detrás de murallas de dolor y oscuridad. Su presencia era un susurro ahogado, apenas audible sobre el rugido de la entidad que la había poseído.

No. No poseído. Consumido.

La diferencia era crucial. Una posesión podía romperse. Un consumo significaba que ya no había nada que rescatar.

Pero Dorian se negaba a aceptarlo.

Se acercó un paso.

Las sombras alrededor de Kira se tensaron como serpientes preparándose para atacar. Podía sentir su hostilidad, una amenaza primitiva que decía *un paso más y mueres*.

—No te haré daño —dijo, manteniendo las manos visibles—. Sea lo que sea que estés pensando, no te haré daño.

—Mentira. —La voz de Kira, pero distorsionada—. Todos mienten. Tú más que nadie.

El golpe llegó sin advertencia.

No fue físico. Fue una oleada de oscuridad que lo golpeó en el pecho, lanzándolo contra la pared. Su espalda chocó con el mármol, y el aire abandonó sus pulmones. A través del Vinculum, sintió el momento en que Kira —la verdadera Kira— intentó detener el ataque, solo para ser aplastada por la voluntad de la Oscuridad.

Está atrapada. La están usando como batería.

—Dorian Blackveil. —La entidad caminó hacia él, con el cuerpo de Kira moviéndose con una gracia que no le pertenecía—. Hemos

esperado mucho tiempo por esto. Trescientos años en el vacío, observando cómo tu familia nos usaba como herramienta. Ahora finalmente tenemos un ancla.

—Ella no es un ancla. —Dorian se incorporó lentamente—. Es una persona. Con nombre, historia, y gente que la ama.

—¿La amas? —La entidad sonrió con la boca de Kira—. Qué conveniente. El amor es la emoción más fácil de corromper. Convierte a héroes en monstruos más rápido que cualquier otra cosa.

Dorian sintió el Vinculum pulsar.

La conexión entre ellos seguía ahí, enterrada bajo capas de oscuridad. Y a través de ella, podía sentir fragmentos de Kira: su rabia por la muerte de su madre, su desesperación por haber sido manipulada, su culpa por los años de mentiras.

Pero también había algo más.

Miedo.

Kira tenía miedo. No de la Oscuridad, no de la muerte. Tenía miedo de perderse. De convertirse en el monstruo que siempre había temido ser.

Eso es lo que la Oscuridad está usando, comprendió Dorian. *Su propio miedo. Su propia duda.*

El rey observaba desde su posición junto al altar, con los ojos brillando de triunfo.

—¿Lo entiendes ahora? —preguntó—. El Vinculum permanente fue diseñado para esto. Dos portadores significan que la Oscuridad tiene

un respaldo. Si uno cae, el otro puede sostenerlo. Pero también significa que si uno se corrompe...

—El otro lo sigue. —Dorian completó la frase.

—No necesariamente. —Aldric se encogió de hombros—. Puedes elegir dejarla caer. Cortar la conexión. Sobrevivir.

Dorian lo miró con disgusto.

—¿Esa es tu solución? ¿Dejarla morir? —Es tu única opción. —El rey sonrió—. A menos que encuentres otra forma de calmar la Oscuridad. Pero eso requeriría algo que no tienes: control sobre las emociones. Y tú, mi hijo, siempre has sido esclavo de tus sentimientos.

Dorian ignoró la observación. Su padre siempre había confundido emoción con debilidad. Era la razón por la que su madre había muerto. La razón por la que Dorian había crecido solo en un palacio lleno de gente.

Pero ahora, esa supuesta debilidad podía ser su fortaleza.

Se puso de pie.

Las sombras alrededor de Kira se arremolinaron con mayor fuerza, pero Dorian no retrocedió. En lugar de eso, dio otro paso hacia ella.

—Te dije que no te haré daño —repitió—. Y mantengo mi palabra.

—Tu palabra no significa nada. —La entidad levantó una mano, y las sombras se solidificaron en cuchillas—. Eres un Blackveil. Tu familia ha mentido durante generaciones. ¿Por qué deberíamos creerte? — Porque no te estoy hablando a ti.

Dorian miró directamente a los ojos de Kira. Ojos que habían sido verdes y estaban oscuros, pero que aún contenían fragmentos de la mujer que conocía.

—Te estoy hablando a ella.

El Vinculum se tensó.

Dorian envió todo lo que tenía a través de la conexión: sus recuerdos de Kira, sus miedos, sus esperanzas. La primera vez que la vio, salvaje y furiosa en el bosque. El momento en que ella lo había besado en los pasadizos. La noche en que había elegido quedarse con él a pesar de tener una salida.

Kira. Si puedes oírme, necesito que luches.

La respuesta fue un susurro débil.

Dorian... no puedo... es demasiado fuerte...

No tienes que luchar sola. Estoy aquí.

La entidad se burló.
—¿Amor? ¿Esa es tu arma? —Las sombras se arremolinaban con fuerza—. El amor no puede contra nosotros. Hemos consumido imperios. Hemos destruido civilizaciones. Hemos...

—Has estado encerrada trescientos años. —Dorian interrumpió—. ¿Cuánto sabes realmente del amor?

La entidad vaciló.

Dorian aprovechó el momento. Dio otro paso, acercándose más a Kira. Las cuchillas de sombras temblaban, como si la Oscuridad no pudiera decidir si atacar o no.

—El amor no es un arma —continuó—. No es algo que puedas romper o corromper. Es una conexión. Un vínculo que trasciende la sangre, la magia, incluso la muerte.

—Palabras vacías.
—¿Lo son? —Dorian extendió una mano hacia Kira—. Entonces ¿por qué no puedes tomar el control completo? ¿Por qué Kira sigue ahí, luchando?

La entidad no respondió.

Pero Dorian sintió la respuesta a través del Vinculum. Kira estaba resistiendo. No con fuerza bruta, sino con algo más simple: su determinación de no perderse. De no convertirse en el monstruo que la Oscuridad quería que fuera.

El miedo es lo que te controla, pensó Dorian, dirigiendo el pensamiento hacia Kira. *No la Oscuridad. Tu propio miedo.*

¿Y si tengo razón? La respuesta de Kira llegó débilmente. *¿Y si soy el monstruo?*

Entonces serás mi monstruo. Y te amaré igual.

El rey se había incorporado completamente ahora, observando la escena con fascinación.

—Qué interesante —murmuró—. Estás intentando alcanzarla a través del Vinculum. —Cállate. —Dorian no lo miró—. Esto no es un espectáculo. —Todo es un espectáculo si sabes dónde sentarte.

Dorian ignoró a su padre. Toda su atención estaba en Kira. En los fragmentos de ella que podían ver a través de la oscuridad.

—Recuerda lo que me dijiste —habló en voz alta—. Me dijiste que no te dejaría olvidar. Que el Vinculum no era una maldición, sino una elección.

—Mentiras de una moribunda. —La entidad escupió las palabras. —¿Lo eran? —Dorian dio otro paso—. Si eran mentiras, ¿por qué sigo aquí? ¿Por qué no te he atacado? ¿Por qué no he huido?

—Porque eres estúpido.
—Porque la amo.

Las palabras resonaron en la cámara.

La entidad se congeló. Las sombras alrededor de Kira titubearon, como si no supieran cómo procesar esa declaración.

Dorian dio el último paso.

Ahora estaba frente a ella, tan cerca que podía sentir el frío que emanaba de su cuerpo poseído. Tan cerca que podía ver las lágrimas que se formaban en sus ojos oscurecidos.

—Kira Nighthollow —dijo suavemente—. Te amo. No por lo que puedes hacer por mí. No por tu sangre o tu magia. Te amo porque eres tú. Porque elegiste quedarte cuando podías haberte ido. Porque me viste cuando yo no podía verme a mí mismo.

—Para... —La voz de la entidad era un susurro ahora—. No puedes...
—Puedo. Y lo haré.

Dorian tomó el rostro de Kira entre sus manos.

Las sombras intentaron detenerlo. Sintió el frío quemando su piel, la oscuridad intentando arrastrarlo hacia el abismo. Pero el Vinculum permanente lo anclaba a ella, una conexión que ninguna fuerza podía romper.

Y la besó.

El mundo explotó en luz.

No la luz fría de la Oscuridad Primordial, sino algo más cálido. Más antiguo. Una luz que venía del Vinculum mismo, de la sangre compartida, de las almas entrelazadas.

Dorian sintió la Oscuridad gritar.
Era un sonido que no era sonido, una protesta que venía de más allá de la realidad. La entidad que había poseído a Kira se retorcía, intentando mantener su control, pero algo la estaba expulsando.

El amor, comprendió Dorian. *No es un arma. Es un escudo.*

A través del Vinculum, vio fragmentos de Kira: su madre muriendo en sus brazos, años de soledad, la primera vez que había matado a alguien, el peso de una venganza que nunca la había satisfecho.

Y vio algo más.

La Oscuridad no la había poseído por casualidad. Había encontrado una grieta en su alma, un lugar donde el dolor y la rabia se habían acumulado durante años. Pero el amor —el amor genuino, desinteresado, que no pedía nada a cambio— era lo opuesto exacto a esa grieta.

No la curaba. No hacía desaparecer el dolor. Pero la llenaba. La hacía soportable.

Kira abrió los ojos.

Eran verdes de nuevo.

—Dorian... —Su voz era suya, temblorosa pero suya—. ¿Qué... qué hiciste? —Lo que debí hacer hace mucho tiempo.

Las sombras se habían retirado. No completamente, pero lo suficiente. La Oscuridad Primordial seguía en ella, dividida entre los dos, pero ya no la controlaba. Era un invitado indeseado, no un amo.

—Pensé... pensé que me había perdido. —Las lágrimas corrían por sus mejillas—. Escuchaba tu voz, pero no podía alcanzarte. La oscuridad me mostraba cosas... me decía que eras una mentira... que todo era una mentira... —Lo sé. —Dorian la sostuvo contra su pecho—. Lo sé.

El rey observaba desde el altar, con el rostro pálido.

—Imposible —murmuró—. Eso no debería funcionar. La Oscuridad no puede ser rechazada por... —¿Por amor? —Dorian lo miró—. Eso es lo que nunca entendiste, padre. El amor no es debilidad. Es la única fuerza que no puedes controlar.

Aldric intentó responder, pero las palabras se atascaron en su garganta.

Kira se aferraba a Dorian como si fuera el único sólido en un mundo de arena movediza. A través del Vinculum, él sentía su dolor, su alivio, su confusión. Pero también sentía algo más: la Oscuridad, agazapada en algún lugar profundo, esperando.

No se ha ido, pensó. *Solo está herida.*

El rey comenzó a reírse.
Era una risa hueca, desprovista de humor. —¿Crees que has ganado? ¿Crees que un beso resuelve algo? —Se incorporó lentamente—. La Oscuridad sigue ahí. En ambos. Y ahora que sabe lo que pueden hacer, volverá. Más preparada. Más hambrienta. —Entonces

lucharemos de nuevo. —Kira se separó de Dorian, con los ojos aún húmedos pero llenos de determinación—. Y las veces que sea necesario. —¿De verdad lo crees? —El rey sonrió—. Querida niña, no entiendes lo que has despertado. La Oscuridad no es un enemigo que puedas derrotar. Es parte de ti ahora. Parte de ambos. Y cada vez que la uses, cada vez que la toques, ella te tocará de vuelta.

Kira no respondió.

Porque sabía que tenía razón.

La Oscuridad seguía ahí. Podía sentirla, enroscada en algún lugar profundo de su ser. Y el beso de Dorian la había calmado, pero no la había destruido.

—Vámonos —dijo Dorian, tomándola de la mano—. Esto no ha terminado, pero necesitamos recuperarnos. —¿Dejarás que se vayan? —Kira miró al rey—. ¿Así de fácil? —No hay nada fácil en esto. —Aldric se limpió la sangre del labio—. Pero tengo lo que necesitaba. —¿Qué quieres decir?
—El beso. La conexión. El amor. —El rey sonrió—. Ahora tengo los datos que faltaban. Ahora sé exactamente cómo romperlos.

Kira sintió un escalofrío recorrer su columna. —¿De qué estás hablando?
—El Vinculum permanente es poderoso. Pero tiene una debilidad. Todos los vínculos la tienen. —El rey los miró—. Y ahora sé cuál es la vuestra.

Dorian tiró de ella suavemente hacia la puerta. —Después de esto, nos vamos. Ahora.

Kira lo siguió, pero no pudo evitar mirar atrás una última vez.

El rey seguía sonriendo.

Y en las sombras detrás de él, algo se movía.

CAPÍTULO 27: Corazón de dos fuegos

El pasillo se estiraba ante ellos como la garganta de una bestia devoradora.

Kira avanzaba con las piernas rígidas, cada paso una guerra contra la Oscuridad que se arremolinaba bajo su piel. No la controlaba —no completamente—, pero la sentía. Esperando. Observando. Como un parásito acurrucado en las profundidades de su mente, calculando cuándo devorarla desde dentro.

—¿Puedes sentirlo? —preguntó Dorian a su lado. No necesitó especificar.
—Al rey. Sí. —Kira apretó los puños hasta que sus nudillos palidecieron—. Está en el salón del trono. Esperándonos como un depredador que huele la sangre. —Entonces no lo defraudemos.

El sarcasmo en su voz era un escudo, igual que el silencio tenso entre ellos. A través del Vinculum, Kira sentía su miedo, su amor, su determinación feroz. Pero también algo más: la forma en que la miraba de reojo, como si esperara que se fragmentara en cualquier momento.

No me fragmentaré, quiso decirle. *Ya me rompí una vez. Y los fragmentos siguen cortando.*

Pero las palabras se atascaron en su garganta, atrapadas junto a todo lo que no sabía cómo expresar.

—Dorian. —Se detuvo en una encrucijada de pasillos, donde las antorchas proyectaban sombras que parecían tener vida propia—. Lo que pasó en las mazmorras... —No tienes que explicarlo.
—Tengo que explicármelo a mí misma. —Kira se giró hacia él, y la luz vacilante reveló las cicatrices que la Oscuridad había dejado en su piel, líneas negras que se extendían como raíces visibles—. Casi te mato. Casi nos mató a ambos. La Oscuridad usó mi rabia, mi dolor, todo lo que... —Y te salvaste. —Dorian le tomó las manos, y el

contacto envió una ola de calor a través del Vinculum—. Escúchame. La Oscuridad siempre va a intentar usar lo que más te duele. Eso no significa que seas débil. Significa que estás viva. Que sigues sintiendo. —Mi madre...
—Lo sé.
—Él la torturó. Durante semanas. —Las lágrimas ardían detrás de sus ojos, pero Kira se negó a dejarlas caer—. Y yo ni siquiera lo supe. Viví tres años pensando que había muerto rápido, sin dolor, mientras ella estaba en esas mazmorras, rogando por una muerte que no llegaba... —No es tu culpa.
—¿No? —Kira liberó una risa amarga—. Cada día que pasé odiándola por "abandonarme", ella estaba sufriendo. Mientras yo aprendía a usar mi magia, mientras yo reía con amigos, mientras yo vivía... ella estaba siendo desmantelada pieza por pieza.

No pudo continuar. Las palabras se ahogaron en un nudo de dolor que la Oscuridad reconoció y celebró.

Dorian la atrajo hacia sí, y Kira dejó que la abrazara. Solo por un momento. Solo el tiempo suficiente para recordar que aún tenía algo por lo que luchar. Alguio por quien sobrevivir.

—Cuando esto termine —dijo él contra su cabello, su voz un susurro que vibró a través del vínculo—, la lloraremos correctamente. La recordaremos como merece. Pero ahora... —se separó lo suficiente para mirarla a los ojos—, ahora necesitamos a la guerrera que sobrevivió a tres años de soledad. ¿Puedes hacer eso por mí? ¿Por ella?

Kira se separó, secándose los ojos con el dorso de la mano. —No es por ti. Es por ella. —Endureció la mandíbula, y algo frío y letal se asentó en su pecho—. Mi madre merece justicia. Y ese bastardo no va a vivir para ver otro amanecer.

El salón del trono estaba exactamente como lo habían dejado.

Columnas agrietadas, ventanas destrozadas, símbolos de ritual brillando en el suelo como cicatrices luminosas que pulsaban con un latido enfermizo. Pero esta vez, el rey Aldric no estaba solo.

Una figura encapuchada estaba de pie junto al trono, con las manos extendidas sobre los símbolos. La sangre de los sirvientes sacrificados se movía en patrones que desafiaban la gravedad, formando espirales que Kira no reconoció pero que la Oscuridad en su interior reconoció con un estremecimiento de miedo ancestral.

—Llegan justo a tiempo —dijo el rey desde su trono, con una sonrisa que no llegaba a sus ojos—. Mi... socio ha estado ansioso por conocerlos. —¿Socio? —Dorian se tensó a su lado, y Kira sintió su magia sanguínea activándose como un segundo latido. —No todos los Blackveil murieron en la guerra civil. —Aldric se levantó, y las sombras parecieron inclinarse hacia él—. Algunos simplemente... desaparecieron. Y dedicaron trescientos años a perfeccionar el arte que Elena Nighthollow intentó robar.

La figura se volvió hacia ellos, y cuando la capucha cayó, Kira sintió el Vinculum contraatacar en su pecho.

Bajo la tela, un rostro casi idéntico al de Dorian la observaba. Los mismos ojos oscuros, la misma mandíbula angular, el mismo cabello negro. Pero donde Dorian tenía arrugas de preocupación y risas, este hombre tenía líneas de crueldad grabadas profundamente en su piel, como si el tiempo mismo lo hubiera esculpido para la maldad.

—Mis niños —dijo el extraño con una voz que resonó en los huesos de Kira, en la Oscuridad que llevaba dentro, en el Vinculum mismo —. He esperado tres siglos para conocerlos. —¿Quién eres? —La voz de Dorian era apenas un susurro. —Soy lo que tu padre siempre quiso ser. —El hombre sonrió, revelando dientes demasiado blancos —. Soy Malachai Blackveil. El verdadero heredero de la Oscuridad Primordial. Y ustedes... son las llaves que necesito para abrir la puerta final.

Kira sintió el Vinculum pulsar violentamente. No era el latido suave de la conexión con Dorian. Era algo más profundo, más oscuro, más antiguo. Como si algo estuviera intentando despertar, usando su sangre como combustible. —¿Qué está pasando? —murmuró, y el terror en su propia voz la sorprendió. —El Vinculum reconoce a su creador —dijo Malachai, dando un paso hacia ellos—. O más precisamente, reconoce la sangre que lo creó. La sangre Blackveil que fluye en tus venas, pequeña Nighthollow. La sangre que tu madre heredó de su madre, y ella de la suya, hasta llegar a la traidora que robó nuestro conocimiento. —Elena Nighthollow creó el Vinculum —replicó Dorian, poniéndose frente a Kira. —¿Lo hizo? —Malachai inclinó la cabeza—. Tu historia está incompleta, príncipe. Elena robó el ritual. Lo adaptó para sus propósitos. Pero el conocimiento original... siempre perteneció a los Blackveil. Yo simplemente lo recuperé de las cenizas de nuestra caída.

El rey se había movido, observando la escena con la satisfacción de un hombre que ve sus planes fructificar. —Mi tío-abuelo Malachai —presentó, como si estuviera en una reunión social—. El verdadero arquitecto de todo esto. Yo solo fui... el jardinero. Él plantó las semillas. Yo las regué con sangre. —¿Y ahora? —Kira mantuvo la voz firme a pesar del frío que se extendía por sus venas, a pesar de la Oscuridad que parecía despertar con cada palabra de Malachai—. ¿Cosechan? —Algo así. —Malachai caminó hacia ellos, y las sombras se arremolinaban a sus pies como sirvientes obedientes—. El Vinculum permanente que crearon es perfecto. Dos portadores con sangres complementarias, unidos voluntariamente, equilibrando la Oscuridad entre ustedes. Es exactamente lo que necesitaba. —¿Para qué?
—Para completar lo que Elena interrumpió hace trescientos años. Para abrir la puerta que ella cerró. Malachai extendió una mano, y Kira sintió el Vinculum arder. No era dolor físico. Era algo peor: una tirón en su alma, como si algo estuviera intentando arrancarla de su cuerpo, separarla de Dorian, de todo lo que era. —El Vinculum fue

diseñado para ser un puente —continuó Malachai, con la voz de un maestro impartiendo una lección—. Un puente entre este mundo y el vacío donde la Oscuridad Primordial reside en su forma pura. Elena lo corrompió, lo convirtió en una jaula. Pero ustedes... ustedes pueden restaurarlo. Pueden traer la Oscuridad a este mundo. No como un parásito, sino como un dios. —No. —Dorian se interpuso entre Kira y Malachai, y el Vinculum cantó con su determinación—. No vamos a ser tu puente. —No tienen elección. —Malachai sonrió —. El Vinculum responde a la sangre Blackveil. Y ambos llevan esa sangre. La tuya, príncipe, por herencia directa. La tuya, pequeña Nighthollow... —sus ojos se clavaron en Kira—, por un linaje que tu familia intentó enterrar.

Kira actuó por instinto.
Canalizó todo lo que tenía —su dolor, su rabia, su amor, su desesperación— a través del Vinculum. La Oscuridad que aún residía en ella respondió, no como un enemigo esta vez, sino como un arma que reconocía a su portadora legítima. Un rayo de sombras brotó de sus manos, atravesando el aire hacia Malachai con la velocidad de un latido. El hombre ni siquiera se inmutó. Levantó una mano, y las sombras se detuvieron en seco, como si hubieran chocado contra un muro invisible. —Niña, yo he vivido con la Oscuridad durante tres siglos. —Malachai cerró el puño, y Kira sintió un dolor explosivo en el pecho, como si algo estuviera apretando su corazón—. No puedes usarla contra mí. Yo soy parte de ella. Soy su extensión en este mundo.

Dorian gritó y se lanzó hacia adelante, con su propia magia sanguínea ardiendo en sus manos como fuego líquido. Pero el rey interceptó su camino.
—No, hijo. —Aldric lo agarró del brazo con una fuerza que no debería tener—. Tu lugar está con nosotros. Siempre ha estado con nosotros. Desde el momento en que naciste con la sangre correcta.
—Suéltame.

—¿Para qué? ¿Para morir junto a ella? ¿Para desperdiciar todo lo que he construido? —El rey lo miró a los ojos, y por primera vez, Kira vio algo en esa mirada que heló su sangre—. Te ofrecí el trono. Te ofrecí el poder. Te ofrecí todo. Y lo rechazaste por... ¿esto? ¿Una mujer que ni siquiera conoce su propio legado? Dorian lo golpeó.
No con magia, sino con un puñetazo que hizo que la cabeza del rey se girara bruscamente, que hizo que sangre brotara de su labio. —Ella es más de lo que tú serás jamás. Ella es todo lo que debería haber sido.

Kira luchaba por respirar.
La presión en su pecho era insoportable, como si Malachai estuviera apretando directamente su corazón, estrujándolo como una esponja. A través del Vinculum, sentía la batalla de Dorian contra su padre, sentía cada golpe que él recibía y cada uno que daba, sentía su amor y su miedo y su determinación como olas que chocaban contra ella.

Concéntrate, se dijo. *Usa el vínculo. No como un arma... como un todo.*

Cerró los ojos y se sumergió en la conexión. Allí, en el espacio entre sus almas, encontró a Dorian. Su presencia era un faro en la oscuridad, cálido y brillante, un ancla en el medio de la tormenta. Y más allá de él, en algún lugar profundo, la Oscuridad Primordial esperaba, observando, hambrienta.

No intentó combatirla esta vez.
En su lugar, la abrazó.
La Oscuridad no era malvada. Era poder. Energía pura que podía ser moldeada. Y si ella y Dorian podían equilibrarla juntos, si podían convertirse en el vaso perfecto...

Kira, ¿qué estás haciendo?
La voz de Dorian resonó en su mente, teñida de pánico.

Lo que debí hacer desde el principio. Lo que mi madre habría hecho. Lo que Elena intentó hacer.

Abrió los ojos.
Las sombras ya no la controlaban. Ella las controlaba a ellas. Se arremolinaban a su alrededor como un vendaval oscuro, como alas de cuervo extendidas, pero respondían a su voluntad.

—Interesante —dijo Malachai, y por primera vez, Kira vio algo parecido al respeto en sus ojos antiguos—. Has aprendido a cabalgar la bestia en lugar de luchar contra ella. Pocas personas lo logran. Menos aún sobreviven. —Algo así. —Kira extendió las manos—. Y ahora, voy a usarla para destruirte. Canalizó toda la Oscuridad a través del Vinculum, usándolo como un conducto entre ella y Dorian. Su poder combinado, sus sangres entrelazadas, sus almas fusionadas en un solo propósito. El rayo que surgió de sus manos era negro con vetas doradas —la Oscuridad mezclada con la luz del Vinculum— y atravesó el aire como una lanza de noche y día. Malachai levantó ambas manos para bloquearlo. El impacto sacudió el salón del trono. Las columnas que aún quedaban en pie se agrietaron más. El suelo tembló bajo sus pies, y las ventanas restantes estallaron en lluvias de cristal. Y por un momento, un breve momento glorioso, Kira pensó que había funcionado.

Entonces Malachai contraatacó.
No con magia. No con sombras.
Con palabras.

—El Vinculum tiene un precio, ¿lo sabías? —Su voz atravesó el caos, serena como un lago negro—. Cada vez que lo usan, consumen un poco de sí mismos. ¿Cuánto les queda, creo? ¿Horas? ¿Minutos? ¿Segundos?

Kira sintió un escalofrío.
No por las palabras, sino porque algo en ella sabía que era verdad. Podía sentirlo: un vacío creciente en su interior, como si cada hechizo estuviera drenando algo más que energía. Como si el Vinculum estuviera alimentándose de ella, de Dorian, de todo lo que eran.

—Miente —dijo Dorian, apareciendo a su lado. Tenía sangre en la boca y un corte en la frente, pero estaba de pie, estaba con ella—. Intenta distraerte. —¿Lo estoy? —Malachai sonrió—. Pregúntale a tu príncipe cuánto tiempo llevan sintiéndose cansados. Pregúntale si ha notado que sus heridas sanan más lento. Pregúntale si ha sentido que algo falta cada vez que usan el vínculo. —¡CÁLLATE!
Kira lanzó otro rayo, pero Malachai lo desvió con un gesto casual, como espantando una mosca. —Pueden pelear —dijo—. Pueden resistirse. Pero al final, el resultado será el mismo. El Vinculum los está consumiendo, alimentándose de su amor, de su conexión. Y cuando mueran, sus almas alimentarán el puente que necesito.

El rey se había incorporado, limpiándose la sangre del rostro. —¿Lo ven? —Se paró junto a Malachai, y Kira vio el parecido familiar en sus rasgos—. No hay salida. Nunca la hubo. Cada momento que pasaron juntos, cada vez que usaron el vínculo, los acercó a este momento.

Kira miró a Dorian.
A través del Vinculum, sintió lo que él estaba sintiendo: miedo, sí, pero también determinación. Una calma absoluta que venía de haber tomado una decisión. Una paz que solo encontraba en ella.

¿Estás pensando lo que yo pienso? le preguntó mentalmente.

Probablemente no. Pero sea lo que sea, estoy contigo. Hasta el final.

Sonrió a pesar de todo, a pesar del dolor, a pesar del miedo.

Vamos a usar el vínculo como un arma. Pero no contra ellos. ¿Contra qué entonces?
Contra nosotros mismos. Contra lo que esperan que seamos.

Antes de que Dorian pudiera preguntar qué significaba eso, Kira comenzó a caminar hacia Malachai. —Tienes razón —dijo en voz alta, y cada paso era una declaración—. El Vinculum nos está consumiendo. Pero ¿sabes qué más hace? —¿Qué? —Malachai la observó con curiosidad, como un científico estudiando un espécimen interesante. —Nos conecta. —Kira siguió avanzando—. Comparte dolor. Comparte sangre. Comparte... muerte. Los ojos de Malachai se estrecharon.
—¿Qué estás planeando?
—Algo que no esperas. Algo que trescientos años de arrogancia no te enseñaron a prever. —Kira se detuvo a tres metros de él—. Has vivido tres siglos con la Oscuridad. Eres parte de ella. Eso significa que si te mato... —No puedes matarme. —Malachai se rió—. Soy inmortal. Soy eterno. —Nadie es inmortal. —Kira sonrió, y la Oscuridad en su interior cantó con ella—. Solo necesitan la muerte correcta.

Y se clavó el cuchillo en el pecho.

El dolor fue instantáneo y absoluto.
Kira sintió la hoja atravesar piel, músculo, hueso. Sintió la sangre brotar, caliente y vital, manchando todo lo que tocaba. Sintió el Vinculum arder como fuego mientras transmitía todo ese dolor a Dorian. Pero también sintió algo más.
La Oscuridad Primordial en su interior, despertándose ante la proximidad de la muerte. Y a través de ella, la conexión con Malachai —otro portador de la misma Oscuridad— que se activaba como un circuito cerrado.

—¡NO! —gritó Dorian.
—¿Qué estás...? —Malachai dio un paso atrás, y por primera vez, Kira vio miedo en sus ojos—. ¡No puedes...! Pero ya era demasiado tarde.
Kira usó el Vinculum como un puente. No hacia Dorian esta vez, sino hacia Malachai. A través de la Oscuridad que compartían, canalizó todo su dolor, toda su muerte inminente, hacia él. El anciano gritó. No era un grito humano. Era el sonido de algo que había vivido tres siglos siendo arrancado de la existencia. Su cuerpo comenzó a agrietarse, luz oscura brotando de las fisuras como magma de un volcán. —¡Maldita! —Malachai levantó las manos, intentando cortar la conexión—. ¡Me estás matando! —Ese es... el plan... —Kira cayó de rodillas, sintiendo la vida abandonarla, sintiendo el Vinculum latir frenéticamente mientras intentaba mantenerla con vida, compartiendo la carga con Dorian. —¡KIRA! —Dorian corrió hacia ella, y todo en su voz era amor y terror y desesperación.

Y entonces el rey actuó.

No atacó a Kira. Atacó a Dorian.

Una daga de sombras surgió de su mano y atravesó el aire, golpeando a Dorian justo cuando alcanzaba a Kira. La hoja se hundió en su pecho, atravesando carne y hueso, encontrando el corazón.

El impacto lo lanzó hacia atrás. Su cuerpo golpeó el suelo con un sonido húmedo, y la sangre comenzó a extenderse bajo él como una flor carmesí.

—No, no, no. —Kira intentó arrastrarse hacia él, pero sus fuerzas la estaban abandonando, su sangre se mezclaba con la de él en el suelo—. Dorian... Dorian... —Lo siento, hijo. —El rey se acercó al cuerpo caído, mirándolo con algo que podría haber sido tristeza en otro contexto—. Pero tenías tu oportunidad. Y la desperdiciaste por

ella. —No... —Dorian tosió sangre, y cada tos era un esfuerzo titánico—. Kira... escúchame... —¡No te mueras! —Las lágrimas corrían por el rostro de Kira, mezclándose con la sangre—. ¡No te atrevas a morir! —El Vinculum... —Dorian extendió una mano hacia ella, temblando—. Si uno de nosotros... muere... el otro... —Lo sé. —Kira alcanzó su mano, entrelazando sus dedos—. Lo sé. Por favor, no me dejes sola otra vez. —Entonces... no dejes... que sea... en vano.

Detrás de ellos, Malachai se estaba desmoronando. Literalmente. Su cuerpo se deshacía en cenizas oscuras, su grito llenando el salón del trono como el aullido de un mundo muriendo. Pero Kira ya no lo veía.
Solo veía a Dorian. Solo sentía el Vinculum debilitándose, la conexión desvaneciéndose mientras la vida los abandonaba a ambos.

—Te amo —susurró él, con la última fuerza que le quedaba. —Te amo. —Kira apretó su mano—. Te amo. Te amo. Te... Los ojos de Dorian se cerraron.
Y el mundo de Kira se volvió negro.

No había dolor.
No había oscuridad.
Solo un vacío absoluto, un silencio que lo abarcaba todo. Kira flotaba en la nada, sin saber si estaba viva o muerta, sin saber si importaba.

Y entonces, una voz.

Despierta, hija mía.
Era femenina. Suave. Familiar de una manera que le rompió el corazón. *No es tu momento. Ninguno de los dos.*

Una luz apareció en la oscuridad. Y en esa luz, Kira vio a una mujer con su mismo cabello oscuro, sus mismos ojos verdes, las mismas

cicatrices de batalla en sus manos.

—¿Madre...?
La mujer sonrió, y la sonrisa era todo lo que Kira había recordado y todo lo que había olvidado. *El Vinculum fue creado para proteger. Para conectar. Para amar. No para destruir. Tu ancestro lo olvidó. Tú no. Ahora despierta. Y recuerda que el amor es más fuerte que la muerte.*

Y luego, el vacío explotó en luz.

Kira despertó jadeando.
El salón del trono estaba en ruinas. Malachai se había ido, solo quedaba un montón de cenizas donde había estado. El rey estaba de rodillas, observando todo con una mezcla de horror y fascinación, su rostro pálido como la muerte.

Y Dorian...

Dorian no se movía.

—No... —Kira se arrastró hacia él, cada movimiento una agonía—. No, no, no... Sus manos temblaban cuando tocó su rostro. Su piel estaba fría. Su pecho no se movía. El Vinculum estaba silencioso en su interior, un eco donde antes había una sinfonía.

—Por favor... —Las lágrimas caían sobre el rostro de Dorian, mezclándose con la sangre—. Por favor, no me dejes... No otra vez... No de nuevo...

Nada.
El silencio era absoluto.
Dorian Blackveil estaba muerto.

Y Kira Nighthollow se quedó sola en las ruinas del palacio, sosteniendo el cuerpo del hombre que había amado, con un grito de dolor atrapado en su garganta como un pájaro que no podía volar.

No fue hasta que vio la sangre en sus propias manos —sangre que no era suya— que notó algo imposible. La herida en su pecho, la que ella misma se había infligido, estaba sanando. La carne se cerraba como si el tiempo fluyera hacia atrás. Y en el pecho de Dorian, donde la daga del rey lo había atravesado, había una luz dorada brillando a través de la sangre.

—¿Qué...?
Antes de que pudiera comprenderlo, el salón del trono se llenó de sombras que no eran hostiles. Y de las sombras, emergió una figura que Kira reconoció de visiones fragmentadas, de sueños medio recordados. Una mujer con cabello plateado y ojos que habían visto trescientos años de historia.

—Elena Nighthollow, supongo —dijo Kira, con voz quebrada. La mujer se arrodilló junto a ella.
—Tu ancestro, sí. —Sonrió con tristeza—. Y lamentablemente, la única que puede salvarlo ahora. —¿Puedes... puedes salvarlo?
Elena miró el cuerpo de Dorian, y luego a Kira. —Puedo. Pero tendrá un precio. Uno que no estoy segura de que estés dispuesta a pagar.
—Cualquier cosa. —Kira apretó la mano de Dorian, fría e inmóvil—. Lo que sea. Mi vida, mi alma, mi... —El precio no es tu vida. —Elena dudó, y algo en su expresión heló la sangre de Kira—. Es todo lo que han vivido juntos. Cada momento. Cada beso. Cada palabra de amor. Cada recuerdo del Vinculum. Para salvarlo, el vínculo debe romperse completamente. Y si se rompe... tú no lo recordarás. Él no te recordará. Serán extraños que una vez se amaron.

Kira miró a Dorian.
Su rostro tranquilo. Sus manos, que la habían sostenido tantas veces. Sus labios, que la habían besado en medio de la oscuridad, que le habían prometido un futuro que ahora parecía imposible. —

¿Él vivirá?
—Sí.
—¿Estará... completo?
—Sí. Pero no tendrá idea de quién eres. Ni tú de él. Kira cerró los ojos.
—Hazlo.
—¿Estás segura? —La voz de Elena era suave, compasiva—. Perderás todo. El amor que construyeron. Los momentos que compartieron. Las promesas que se hicieron. Será como si nunca hubiera existido. Kira miró una última vez el rostro de Dorian, grabándolo en su memoria aunque esa memoria pronto sería borrada. —Si él vive... eso es suficiente. —Las lágrimas corrían por sus mejillas—. Si él vive, puedo aprender a amarlo de nuevo. O puedo dejarlo ir. Pero no puedo... no puedo dejarlo morir. No puedo vivir en un mundo donde él no existe, aunque en ese mundo él no sepa que existo. Elena asintió lentamente.
—Muy bien. Que así sea.
Extendió las manos sobre el cuerpo de Dorian, y una luz dorada comenzó a brillar, envolviéndolo, envolviendo a Kira, envolviendo todo. Kira sintió el Vinculum estirarse, tensarse, resistirse. Y luego... Romperse.
El dolor fue instantáneo y absoluto. Como si le arrancaran el alma del cuerpo. Como si cada célula de su ser gritara en protesta. Como si algo fundamental estuviera siendo destruido. Y luego, nada.
La luz se desvaneció.
El salón del trono quedó en silencio. Y Kira Nighthollow abrió los ojos a un mundo donde el hombre frente a ella era un completo extraño. Un extraño cuyo rostro le dolía mirar, aunque no sabía por qué. Un extraño que había dado su vida por ella, aunque ella no recordaba por qué habría hecho eso. Un extraño al que había amado más que a nada en el mundo, en otra vida que ya no existía.

CAPÍTULO 28: La sangre que recuerda

El dolor llegó antes que la memoria.

Dorian abrió los ojos a un mundo de cenizas y luz rota. Columnas agrietadas se alzaban como esqueletos de piedra; símbolos luminosos se desvanecían en el suelo, y el aire sabía a magia quemada y sangre antigua.

Se llevó la mano al pecho. Vendajes manchados. Piel nueva sobre una herida que no recordaba haber recibido. Su corazón latía irregular, como si cada latido fuera un préstamo, no un derecho.

Y entonces la vio.

Una mujer arrodillada junto a él. Cabello oscuro enmarañado, ojos verdes brillantes con una determinación que él no comprendía. Sus palmas brillaban con luz dorada que se hundía en su pecho como ríos de fuego.

—¿Quién eres? —Su voz sonaba como papel arrugado. Ella no respondió. O no pudo. Sus labios se movieron sin sonido, y su rostro se contrajo en una mueca de agonía absoluta. —Estás... —Dorian intentó incorporarse, pero el dolor lo clavó al suelo—. Estás sangrando. Era verdad. Una herida se abría en el pecho de ella, idéntica a la que sanaba en el de él. Como si estuviera transfiriendo algo más que magia. Como si estuviera transfiriendo su vida. —Para —jadeó, agarrando su muñeca—. Te estás matando. Los ojos verdes encontraron los suyos. Había reconocimiento en ellos. Una chispa de algo que él no compartía. —No me... conozco... —La voz de ella era un susurro—. Pero sé... que debes... vivir... —¿Por qué? ¿Por qué mueres por alguien que no recuerdas? —Porque... —Las lágrimas corrían por su rostro—. Mi sangre... lo sabe...

—Conmovedor.

La voz llegó desde el otro lado del salón. Dorian levantó la vista y sintió un escalofrío recorrer su columna. El hombre que se acercaba tenía sus rasgos. Su postura. La misma sangre real corriendo por

venas que brillaban con poder oscuro. —¿Quién eres? —preguntó Dorian.
—Soy tu padre. —El rey Aldric sonrió, y no había calor en esa sonrisa—. Soy el hombre que te dio la vida. Y soy el hombre que te la quitará. —¿El Vinculum? —Dorian miró sus manos, luego las de la mujer, luego el espacio entre ambos—. ¿Qué es eso? ¿Quién es ella?
—Esa mujer es la última Nighthollow. Tu enemiga natural. Tu destino entrelazado. —Aldric se detuvo a dos metros de ellos—. Un hechizo de sangre unía sus vidas. Si uno moría, el otro le seguía. Elena Nighthollow lo diseñó hace trescientos años, y mi familia ha pasado generaciones intentando romperlo. —¿Y lo lograron?
—Oh, sí. —El rey miró a la mujer con algo parecido al hambre—. El Vinculum se rompió. Pero ella sigue transfiriendo su esencia. No porque un hechizo la obligue, sino porque su cuerpo lo elige. —¿Por qué haría eso?
—Porque te ama. —Aldric se encogió de hombros—. O te amaba. Es bastante patético, realmente.

El rey levantó una mano, y las sombras se arremolinaron a su alrededor como serpientes hambrientas. Dorian sintió algo despertar en su interior. Una magia que no recordaba poseer. Una sangre que pulsaba con poder ancestral. —Ah —murmuró Aldric con satisfacción —. La sangre Blackveil despierta. Incluso sin recuerdos, el poder persiste. —No sé quién eres. —Dorian se puso de pie con dificultad —. No sé qué he sido. Pero sé que no voy a dejarte hacerle daño. —¿A ella? ¿A una extraña? —El rey se rió—. Qué noble. Qué estúpido. Las cuchillas de sombras se lanzaron hacia Dorian. No hubo tiempo de reaccionar. Solo hubo el instinto de levantar los brazos, de cerrar los ojos, de esperar la muerte. Que nunca llegó.

La mujer se interpuso entre él y el ataque. Las sombras la atravesaron: hombro, abdomen, muslo. Tres heridas mortales. Pero

ella permaneció de pie, con los ojos verdes ardiendo. —Kira... —Dorian no sabía de dónde venía el nombre, pero su boca lo pronunció como una oración—. Kira... Ella se volvió hacia él. Por un instante, hubo reconocimiento en su mirada. —No... recuerdo... tu nombre... —susurró—. Pero mi cuerpo... sí... —Basta. —Dorian la sostuvo cuando sus rodillas cedieron—. No vales menos que yo. —Eso no es lo que mi sangre dice... —Kira sonrió, y había sangre en sus dientes—. Dice que sin ti... no hay punto... —Eso es el hechizo. No es real.
—Tal vez... —Kira tosió—. Pero si el hechizo se rompió... y sigo eligiendo esto... ¿no significa eso que es real? Dorian no tuvo respuesta. No recordaba amarla. Pero algo en su pecho se fragmentaba cada vez que ella sangraba. —Qué tierno. —El rey caminó hacia ellos—. El amor que persiste más allá de la memoria. Es exactamente por eso que deben morir los dos.

Kira se separó de Dorian con una determinación tranquila. —Escúchame. —Ella lo miró a los ojos, y por primera vez, Dorian vio un incendio. Una tormenta. Un alma que había atravesado el infierno y había regresado por él—. No sé quién eres. Pero hay algo en mi sangre que me grita que te proteja. —Eso no es verdad.
—Tal vez no. —Kira sonrió, y era la sonrisa más triste que Dorian había visto—. Pero es lo que mi cuerpo cree. Antes de que pudiera detenerla, ella caminó hacia el rey. Cada paso dejaba una huella de sangre en el mármol. Pero siguió avanzando. —¿Qué planeas hacer? —Aldric la observó con curiosidad—. ¿Matarme sin recuerdos, sin poder? —No planeo matarte. —Kira se detuvo a un metro de él—. Planeo darte lo que quieres. —¿Mi sangre? Ya la tengo.
—Tengo algo mejor. —Kira extendió las manos, y la luz dorada brilló entre sus palmas—. La esencia que me queda. La vida que robé de la muerte. El poder completo de los Nighthollow y los Blackveil, unido en un solo cuerpo. El rey se tensó.
—¿Cuál es la trampa?

—No hay trampa. Solo una condición. —Kira se volvió hacia Dorian —. Que él viva. Que lo dejes ir. Que nunca lo toques otra vez.

El silencio se extendió como una herida. —Interesante. —El rey inclinó la cabeza—. Me ofreces todo a cambio de una vida que, según tú, no tiene valor sin ti. —No tiene valor para mí si estoy muerta. —Kira se encogió de hombros—. Pero si lo dejas vivir, mi sacrificio significa algo. Significa que elegí. —Eres una tonta. —Probablemente. —Kira sonrió—. Pero soy una tonta con poder. ¿Aceptas el trato? Aldric dudó. Dorian vio el cálculo en sus ojos: trescientos años de planificación contra la oportunidad de poder absoluto. —Está bien. —El rey extendió la mano—. Toma mi mano, y el trato está hecho. Kira miró a Dorian una última vez.
No dijo nada. No necesitaba hacerlo. Todo lo que había sido y todo lo que había perdido estaba en esa mirada: el amor que no recordaba, la vida que entregaba para que él viviera. Y luego tomó la mano del rey.

La luz explotó.
Dorian fue lanzado hacia atrás. Su espalda golpeó una columna, y el dolor lo envolvió. Pero no cerró los ojos. No podía. Vio a Kira brillar con una luz dorada y oscura. Vio al rey absorber esa luz, su cuerpo arqueándose en éxtasis y agonía. Vio la sangre de ella fluir hacia él como una fuerza de la naturaleza. Y vio a Kira caer.
Su cuerpo colapsó como una marioneta sin hilos. El impacto sordo de la carne contra el mármol. El silencio absoluto. —KIRA. —Dorian se arrastró hacia ella, ignorando el dolor—. Kira, no... por favor... Sus manos temblaban cuando tocó su rostro. Su piel estaba fría. Su pecho no se movía. Sus ojos verdes estaban abiertos, fijos en un punto que él no podía ver. —No... —Las lágrimas corrían por su rostro—. No te vayas... no otra vez... No sabía qué significaba "otra

vez". Pero las palabras salieron como una verdad que su cuerpo conocía.

El rey se puso de pie.
Su cuerpo irradiaba poder ahora. La luz dorada de Kira se había fundido con las sombras, creando algo nuevo. —¿Ves? —Aldric caminó hacia él—. Ella eligió salvarte. Yo elegí aceptar. Un trato es un trato. —La mataste.
—Ella se sacrificó. Hay diferencia. —El rey se detuvo frente a Dorian —. Puedes irte. Vivirás. Olvidarás esto eventualmente. Dorian miró a Kira. Su cuerpo inerte. Su sangre manchando el suelo. —No voy a olvidar. —Se puso de pie lentamente, con algo despertando en su interior—. No voy a dejar que esto quede así. —No tienes elección. Sin el Vinculum, sin recuerdos, sin aliados... ¿qué puedes hacer?
Dorian no respondió con palabras.
Respondió con sangre.

La magia Blackveil no requería recuerdos. Requería sangre. Intención. Deseo de destruir. Y en ese momento, Dorian tenía los tres. Sus venas se iluminaron con poder. Símbolos ancestrales brillaron bajo su piel, y el suelo tembló. El rey dio un paso atrás, y por primera vez, Dorian vio miedo en sus ojos. —¿Qué... qué eres?
—No lo sé. —Dorian caminó hacia él—. Pero sé lo que tú eres. —¿Qué?
—El final de todo esto.
El golpe llegó como un rayo. Pura intención canalizada a través de una sangre que recordaba generaciones de dolor. El rey intentó bloquearlo. Las sombras se levantaron como un muro. Pero esta vez no fue suficiente.
La luz atravesó las sombras. El poder atravesó las defensas. Y Dorian atravesó al rey. Aldric Blackveil cayó de rodillas. Su cuerpo se agrietaba desde dentro, la luz dorada que había robado rebelándose

contra él. —Esto... no... es... el... final... —jadeó. —Lo es. —Dorian se inclinó sobre él—. Para ti. El rey colapsó. Y con él, las sombras que habían protegido el palacio durante generaciones se desvanecieron como humo.

Dorian corrió hacia Kira.
Su cuerpo seguía frío. Su pecho seguía inmóvil. Pero algo en él se negaba a aceptarlo. —Vamos... —La tomó en sus brazos—. No puedes morir. No sin que yo recuerde por qué... No pasó nada.
Pero algo más ocurrió.
En el espacio entre ellos, donde antes había existido algo llamado Vinculum, una chispa brilló. Débil. Minúscula. Y Kira Nighthollow inhaló.

El sonido fue como un milagro.
Dorian la apretó contra su pecho, sintiendo el retorno de la vida. —Kira... ¿Kira...?
Sus ojos se abrieron lentamente. Verdes. Brillantes. Vacíos. —¿Quién...? —Su voz era un susurro roto—. ¿Quién eres...? Dorian sintió las lágrimas correr por su rostro. —No lo sé —admitió—. Pero voy a averiguarlo. Contigo. Kira lo miró, confundida, perdida, tan vacía de recuerdos como él. Pero en el espacio entre sus corazones, la chispa persistía. Y eso, por ahora, era suficiente.

CAPÍTULO 29: El precio del olvido

La muerte no llegó con estruendo.

Llegó con un susurro, como las últimas notas de una canción que se niega a terminar. Kira estaba arrodillada junto a Dorian, sus manos apretando la herida que no dejaba de sangrar, su magia sanguínea intentando cerrar algo que se negaba a sanar.

—No te atrevas —susurró, y las palabras eran una orden y una plegaria—. No te atrevas a dejarme.

Dorian abrió los ojos. Esos ojos oscuros que habían visto ruinas y esperanzas, que la habían mirado como si fuera el único ancla en un mundo de tempestades.

—Kira... —Su voz era apenas un aliento—. Escúchame.

—No. —Ella presionó más fuerte, y la sangre se filtraba entre sus dedos como agua entre piedras—. No voy a escucharte despedirte. No otra vez. No de esta forma.

Pero el Vinculum no mentía.

A través del vínculo, Kira sentía la vida de Dorian desvaneciéndose como arena entre los dedos. Cada latido era más lento. Cada respiración más superficial. La conexión que los unía se estiraba, tensándose como una cuerda a punto de romperse.

Y algo más.

Algo oscuro y hambriento tiraba de ella. Un frío que se arrastraba por su columna, dedos invisibles que intentaban asirla y arrastrarla hacia un abismo sin fondo.

—¿Lo sientes? —Dorian levantó una mano temblorosa hacia su rostro—. El Vinculum... quiere llevarte conmigo.

—Que lo intente. —Kira apretó los dientes—. He sobrevivido a cosas peores.

—No, Kira. —Sus dedos rozaron su mejilla, dejando un rastro húmedo y caliente—. Si muero... el vínculo te arrastrará. Es así como funciona. Elena lo diseñó para que ninguno... quedara solo.

—Entonces no mueras.

—No puedo... evitarlo.

El salón del trono estaba en ruinas a su alrededor. Las cenizas de Malachai se mezclaban con el polvo de las columnas derrumbadas. El cuerpo del rey Aldric yacía cerca del trono destruido, su rostro congelado en una mueca de sorpresa y derrota.

Nada de eso importaba.

—Hay una forma —dijo Dorian, y algo en su tono heló la sangre de Kira.

—No.

—El Vinculum puede romperse. Elena me lo mostró... en un sueño, o una visión, no estoy seguro. Cuando estuve al borde de la muerte antes.

—Dijiste que no. —Kira lo miró a los ojos, y el pánico era un animal atrapado en su pecho—. Me dijiste que no había vuelta atrás.

—No la hay. —Dorian tosió, y más sangre brotó de sus labios—. Pero hay un precio.

—¿Qué precio? ¿Mi vida? Tómala. ¿Mi sangre? Ya es tuya. ¿Mi alma? —Las lágrimas corrían por su rostro, pero su voz era acero—. No hay nada que no daría por ti.

—Lo sé. —La sonrisa de Dorian fue la cosa más triste que Kira había visto—. Por eso soy yo quien tiene que elegir.

—¿Elegir qué?

—Romper el vínculo. —Cada palabra era un esfuerzo—. Para que vivas.

Kira negó con la cabeza, un movimiento brusco y desesperado.

—No. Si rompes el vínculo, morirás. Sin la conexión, sin mi esencia manteniéndote vivo...

—Voy a morir de todos modos. —Dorian la interrumpió con una suavidad que le rompió el corazón—. La herida es demasiado profunda. La magia que usé contra mi padre... me consumió por dentro. Solo el Vinculum me está manteniendo aquí.

—Entonces moriremos juntos. —Kira apretó su mano—. No me importa. No quiero un mundo donde tú no existas.

—Pero yo sí.

—¿Qué?

—A mí me importa. —Dorian reunió las fuerzas para incorporarse ligeramente, para mirarla directamente a los ojos—. Me importa que vivas. Que veas el amanecer. Que encuentres... a alguien que te haga sonreír como yo no pude hacerlo suficiente.

—No digas eso.

—Es la verdad. —Su voz se quebró—. Te amé desde el momento en que te vi, incluso cuando no sabía qué era el amor. Te amé cuando eras mi enemiga. Te amé cuando el mundo entero nos dijo que era imposible. Y te amo ahora, cuando mi sangre se drena y mi corazón se detiene.

—Entonces quédate. —Kira hundió el rostro en su pecho—. Quédate y ámame. Eso es todo lo que pido.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque el Vinculum está tirando de ti. —Dorian le acarició el cabello—. ¿Lo sientes? Esa oscuridad en el borde de tu consciencia. Ese frío que se extiende por tus venas.

Kira lo sentía. Era como una sombra arrastrándose por su columna, como dedos invisibles intentando asirla y tirarla hacia un abismo sin fondo. Cada segundo que pasaba, la presión aumentaba. Su visión se oscurecía en los bordes.

—Es el vínculo —continuó Dorian—. Cuando uno de los dos muere, intenta llevarse al otro. Es su naturaleza. Elena lo diseñó así para que las almas gemelas no se separaran nunca.

—No me importa. —Pero incluso mientras lo decía, Kira sentía el tirón fortaleciéndose—. Si el precio es mi vida, lo pago con gusto.

—Pero yo no.

Dorian se incorporó con un esfuerzo que Kira sintió a través del Vinculum como una ola de agonía.

—Hay una forma de romper el vínculo sin matarte —dijo, y su voz tenía la gravedad de alguien que había tomado una decisión irreversible—. Elena me lo mostró. El precio no es tu vida.

—¿Entonces qué?

—Son tus recuerdos.

El silencio que siguió pesó más que las columnas derrumbadas.

—¿Qué? —Kira apenas reconoció su propia voz.

—El Vinculum puede romperse si uno de los portadores renuncia a todos los recuerdos del otro. —Dorian la miró, y en sus ojos había

amor y despedida y algo que se parecía a la paz—. Si yo elijo olvidarte... el vínculo se rompe. Y tú vives.

—No. —Kira negó con fuerza—. No, no, no. Eso es... eso es peor que la muerte.

—Es la única forma.

—¿Olvidar todo? ¿Cada momento? ¿Cada beso, cada promesa, cada vez que me dijiste que me amabas? —Las lágrimas ahogaban sus palabras—. Eso no es vivir. Eso es... eso es borrarte de la existencia.

—No de tu existencia. Solo de tu memoria.

—¿Y eso es mejor? ¿Vivir sabiendo que hay un vacío en mi alma que no puedo nombrar? ¿Sentir tu ausencia sin siquiera saber quién eres?

—No lo sabrás. —Dorian le tomó las manos—. No recordarás que hubo algo que olvidar. Es un precio misericordioso, de cierta forma.

—¿Misericordioso? —Kira casi se rió—. ¿Llamas misericordioso a borrarme de mi propia vida?

—Llamo misericordioso a darte la oportunidad de vivir. De encontrar felicidad. De amanecer sin el peso de mi muerte en tu corazón.

—No quiero felicidad sin ti.

—Lo sé. —Dorian sonrió, y había tanto amor en esa sonrisa que Kira sintió que su corazón se fragmentaba—. Por eso soy yo quien elige. No tú.

El Vinculum pulsó entre ellos, y Kira sintió el tirón fortaleciéndose. Era como una corriente submarina, arrastrándola hacia la oscuridad

que reclamaba a Dorian. Su respiración era superficial. Las puntas de sus dedos hormigueaban.

—Te estás muriendo —susurró, y el reconocimiento fue un golpe—. Ambos nos estamos muriendo.

—No tienes que hacerlo. —Dorian levantó una mano y la colocó sobre su corazón—. Puedo romper el vínculo ahora. Antes de que sea demasiado tarde.

—Y perderte para siempre.

—Ya me estás perdiendo. —Su voz era suave—. Al menos deja que te salve.

Kira cerró los ojos.

A través del Vinculum, sentía todo: el amor de Dorian, su miedo, su determinación. Y debajo de todo eso, la verdad que él intentaba ocultar: estaba muriendo. Rápidamente. El vínculo era lo único que lo mantenía con vida, y al mismo tiempo, lo que la arrastraba con él.

—¿Cuánto tiempo tengo? —preguntó.

—Minutos. Tal vez menos.

—Entonces no los desperdiciemos hablando de muerte.

Abrió los ojos y encontró los suyos.

—Háblame de vida. Háblame de lo que hubiéramos sido.

Dorian la miró, y por un momento, el dolor se desvaneció de su rostro.

—Te habría llevado a ver el mar. —Su voz era un susurro—. Nunca has visto el mar, ¿verdad?

—No.

—Es... infinito. Como el cielo pero en agua. Hay un lugar en la costa norte donde las olas chocan contra acantilados de cristal negro. Me gustaría haber visto tu rostro cuando lo vieras.

—¿Qué más?

—Te habría construido una casa. —Dorian sonrió—. No un palacio. Una casa. Con un jardín donde pudieras plantar flores que no tuvieran ningún propósito más que ser hermosas.

—¿Y tú qué harías?

—Te observaría. —La sonrisa se ensanchó—. Te observaría vivir.

Kira se inclinó hacia él y lo besó.

Fue un beso desesperado, lleno de todo lo que no tendrían tiempo de decir. Sabía a sangre y lágrimas y despedida.

—Te amo —susurró contra sus labios—. Te he amado desde antes de saber qué era el amor. Te amaré después de que mi cuerpo olvide cómo respirar.

—Lo sé. —Dorian la abrazó con los brazos que se debilitaban—. Y eso es lo que hace esto tan difícil.

El tirón del Vinculum se volvió insoportable. Kira sintió su consciencia deslizándose, como si algo la arrastrara hacia un pozo sin fondo. Su visión parpadeaba. Su respiración era superficial. El frío había ascendido hasta su pecho, apretando como un puño invisible.

—Ahora —dijo Dorian, y su voz era firme a pesar del dolor—. Tengo que hacerlo ahora.

—No. —Kira intentó aferrarse a él, pero sus dedos no respondían—. Por favor... no...

—Mírame. —Dorian le tomó el rostro entre las manos—. Mírame una última vez.

Kira lo hizo. Grabó cada detalle en su memoria: los ojos oscuros que habían visto lo mejor y lo peor de ella, la cicatriz en su mandíbula de una batalla que nunca le había contado, la forma en que sus labios se curvaban cuando estaba a punto de decir algo que la haría enojar.

—Te amo —dijo él—. Y porque te amo, te libero.

Y comenzó a cantar.

No era una canción en ningún idioma que Kira reconociera. Eran palabras antiguas, palabras de sangre y magia, palabras que resonaban en el Vinculum como cuerdas de un instrumento que se afinaba por última vez.

—Dorian, no... —Intentó detenerlo, pero su cuerpo no respondía.

El tirón del vínculo se intensificó. Y al mismo tiempo, algo más comenzó a suceder.

Recuerdos.

Memorias que se desvanecían como niebla bajo el sol de la mañana.

—El primer momento en que te vi —cantó Dorian, y Kira sintió el recuerdo deslizándose—. Cuando me miraste con odio en los ojos y fuego en el alma.

El recuerdo parpadeó. Se fragmentó. Desapareció.

—La primera vez que el Vinculum nos conectó. Cuando sentí tu dolor como si fuera mío, y supe que nunca volvería a estar solo.

Otro recuerdo se desvaneció.

—La primera vez que elegiste quedarte. Cuando tuve que aceptar que me importabas más de lo que debería.

—Para —suplicó Kira, pero las lágrimas ahogaban sus palabras—. Por favor, para...

—La primera vez que te besé. Cuando entendí que el amor no era debilidad, sino la única fuerza que podía salvarme.

Cada palabra era un recuerdo que se borraba. Cada nota era una parte de su historia que dejaba de existir.

—El momento en que elegiste salvarme. Cuando supe que moriría por ti sin dudarlo.

Kira luchó. Se aferró a los recuerdos con todas sus fuerzas. Pero era como intentar retener agua con las manos desnudas.

—Dorian, te lo ruego... no hagas esto...

—La última vez que te dije que te amo. —Dorian la miró, y sus ojos estaban llenos de lágrimas—. Que fue ahora. Y será la última.

El Vinculum se rompió.

Kira sintió el desgarro en su alma, como si algo fundamental estuviera siendo arrancado de su ser. Un grito salió de su garganta, pero no tenía palabras. Solo dolor. Solo pérdida. Solo un vacío que se extendía donde antes había habido... ¿qué?

No lo recordaba.

El mundo se volvió blanco.

Y luego, negro.

Y luego, nada.

Kira despertó con una bocanada de aire, como alguien que ha estado ahogándose y finalmente rompe la superficie.

Se incorporó de golpe, el corazón latiendo desbocado, las manos temblando.

—¿Qué...?

Estaba en un salón destruido. Columnas agrietadas, símbolos desvanecidos, cuerpos en el suelo. El aire olía a magia quemada y sangre antigua.

¿Cómo había llegado allí? ¿Qué había pasado?

Se miró las manos. Estaban manchadas de sangre, pero no tenía heridas. Su cuerpo estaba intacto.

Pero algo faltaba.

Un vacío en su pecho. Un espacio donde debería haber habido... algo. Alguien.

—¿Hola? —Su voz resonó en el vacío—. ¿Hay alguien aquí?

Nadie respondió.

Se puso de pie lentamente, las piernas temblorosas. A su alrededor, ruinas. Destrucción. Los restos de una batalla que no recordaba.

Había un cuerpo cerca del trono destruido. Un hombre mayor, con rasgos que le resultaban vagamente familiares. ¿Lo conocía? ¿Era su enemigo? ¿Su aliado?

No lo sabía.

Caminó entre los escombros, buscando algo. Una pista. Un recuerdo. Cualquier cosa que le explicara por qué estaba allí, por qué su corazón dolía como si hubiera perdido algo irremplazable.

Y entonces lo vio.

Un hombre joven, acostado entre las ruinas. Cabello oscuro, rasgos nobles, una herida en el pecho que ya no sangraba.

Se arrodilló junto a él sin saber por qué.

—¿Te conozco? —susurró.

El hombre no respondió. No podía responder. Su pecho no se movía. Sus ojos estaban cerrados, como si durmiera.

Pero había algo en su rostro. Algo que le resultaba terriblemente familiar y completamente extraño al mismo tiempo.

Le tocó la mejilla.

—¿Quién eras para mí?

No hubo respuesta. Solo el silencio de un salón destruido y el peso de una pérdida que no podía nombrar.

Kira Nighthollow se quedó arrodillada junto al cuerpo de un extraño, con lágrimas corriendo por su rostro por razones que no comprendía.

Y en algún lugar profundo de su alma, donde el eco de un vínculo roto todavía resonaba, una voz susurró palabras que no podía escuchar.

Te amaré en cada vida. En cada mundo. En cada momento que el tiempo nos permita.

Pero ella no recordaba.

Y eso era el verdadero precio del amor que la había salvado.

CAPÍTULO 30: Las memorias que ella perdió

La primera cosa que Dorian supo fue que había muerto.

La segunda fue que estaba equivocado.

El dolor llegó antes que la luz. Un dolor profundo, que no venía de heridas sino de ausencia. Como si alguien hubiera extraído algo fundamental de su pecho y dejado un vacío que gritaba.

Abrió los ojos.

Cenizas. Ruinas. El salón del trono destruido, con columnas agrietadas y símbolos marchitos en el suelo. Los cuerpos del rey Aldric y Malachai yacían cerca del trono, sus formas ya irreconocibles bajo la luz grisácea del amanecer que se filtraba por las ventanas rotas.

Y junto a él, arrodillada, estaba Kira.

Sus ojos verdes estaban fijos en su rostro. No había reconocimiento en ellos. No había amor. Solo confusión, curiosidad, y algo que se parecía dolorosamente a la indiferencia.

—Estás vivo —dijo, y las palabras sonaron como una observación clínica—. No deberías estarlo.

Dorian intentó hablar. Su garganta estaba seca, como si no la hubiera usado en días.

—¿Kira?

Ella se tensó. Su mano se movió hacia el cuchillo en su cintura, un movimiento instintivo que le partió el corazón.

—¿Me conoces? —preguntó, y había esperanza en su voz—. ¿Sabes quién soy? ¿Por qué estoy aquí?

El vacío en su pecho se expandió. Dorian entendió entonces lo que había hecho, lo que había sacrificado. El Vinculum se había roto. Él había cantado los recuerdos hasta desvanecerlos, había elegido borrar su existencia de su memoria para salvarla.

Pero él recordaba todo.

Cada beso. Cada promesa. Cada momento en que ella había elegido quedarse a pesar de todo. Cada vez que le había dicho que lo amaba.

Y ella no recordaba nada.

—Te llamas Kira Nighthollow —dijo, y su voz sonaba extranjera incluso para sí mismo—. Eres... una guerrera. Luchaste contra el rey. Ganamos.

—¿Ganamos? —Ella miró a su alrededor, los cuerpos, las ruinas—. ¿Quién eres tú?

Dorian tardó un momento en responder. ¿Quién era él sin el Vinculum? Sin el vínculo que los había unido, que había definido cada momento de su existencia durante meses?

—Mi nombre es Dorian Blackveil —dijo finalmente—. Era... el príncipe.

Kira se puso de pie de un salto, retrocediendo. La desconfianza en sus ojos era física.

—¿Príncipe? ¿Hijo del rey?

—Sí. Pero no como él. —Dorian intentó incorporarse, y el dolor lo atravesó. Una herida en su costado, solo parcialmente cerrada—.

Yo...

No terminó la frase.

Porque Kira había gritado.

Se llevó la mano al costado, exactamente donde él tenía la herida. Su palma salió manchada de sangre.

—¿Qué...? —Se miró la mano, luego a él—. ¿Qué me hiciste?

Dorian la miró, atónito.

—Yo no... —Levantó su propia mano, tocándose el costado. La herida se había abierto de nuevo, sangrando profusamente—. Esto no debería estar pasando. El Vinculum se rompió.

—¿El qué?

—El vínculo. La conexión que nos unía. —Dorian se obligó a respirar —. Lo rompí. Debería haber terminado.

Pero mientras hablaba, vio algo que heló su sangre.

En la muñeca de Kira, donde antes había estado el tatuaje de los Oprimidos, ahora había algo más. Líneas finas como hilos de plata, apenas visibles bajo su piel. Se extendían desde su muñeca hacia el antebrazo, dibujando patrones que reconocía.

Eran los mismos patrones que él tenía en el pecho.

—Muéstrame tu muñeca —pidió, y su voz sonaba distante.

Kira dudó, pero algo en su tono la hizo obedecer. Levantó la mano, y los hilos de plata brillaron bajo la luz del amanecer.

—¿Qué son? —preguntó, y había miedo en su voz.

Dorian no respondió. Se puso de pie, ignorando el dolor, y caminó hacia ella. Kira retrocedió un paso, pero se detuvo.

—No te voy a hacer daño —dijo él—. Solo... déjame ver.

Con precaución, extendió su mano y tocó los hilos en su muñeca.

El impacto los golpeó a ambos.

Una chispa. Un destello de algo que no era memoria, sino instinto. Una sensación de calor y pertenencia y hogar que atravesó a Kira como un rayo.

Ella se apartó de golpe, respirando agitada.

—¿Qué fue eso?

—No lo sé. —Dorian se miró la mano, luego su costado sangrante—. El Vinculum se rompió. Lo rompí yo mismo. Canté los recuerdos, los desvanecí... deberías ser libre.

—¿Libre de qué?

—De mí.

El silencio se extendió entre ellos, cargado de todo lo que ella no recordaba.

Kira se presionaba el costado, donde la sangre había dejado de fluir. La herida se había cerrado tan misteriosamente como había aparecido.

—Explícame —dijo, y su voz era la de una guerrera acostumbrada a dar órdenes—. Explícame qué éramos. Qué era este vínculo. Por qué sangro cuando tú sangras.

Dorian la miró. ¿Cómo podía explicarle lo que habían sido en palabras? ¿Cómo resumir meses de odio convertido en amor, de enemistad transformada en devoción, de un hechizo que se había convertido en algo más real que cualquier magia?

—Éramos... —comenzó, y se detuvo. ¿Cómo decirle que la había amado más que a su propia vida? ¿Que había sacrificado sus recuerdos de ella para salvarla? ¿Que cada momento que la miraba era un recordatorio de todo lo que ella había olvidado?

—Éramos enemigos —dijo finalmente—. Y luego, algo más. El Vinculum nos unía. Compartíamos dolor, sangre, vida. Cuando uno moría, el otro moría también.

—¿Y lo rompiste?

—Sí.

—¿Por qué?

Dorian la miró a los ojos. Esos ojos verdes que habían visto lo mejor y lo peor de él. Que lo habían mirado con odio, con deseo, con amor. Que ahora lo miraban como a un extraño.

—Porque estabas muriendo —dijo, y la verdad le dolió como una herida abierta—. El vínculo te arrastraba conmigo. La única forma de salvarte era romperlo.

—¿Y el precio?

—Los recuerdos. —Su voz se quebró—. El que rompe el vínculo hace que el otro pierda todos los recuerdos de su existencia juntos. Tú no recuerdas nada de lo que fuimos.

Kira lo miró durante un largo momento.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Tú recuerdas?

—Todo.

Caminaron en silencio entre las ruinas del palacio.

Dorian no sabía adónde iban. Solo sabía que no podía quedarse en ese salón, rodeado de muerte y memorias que ella no compartía.

Kira caminaba a su lado, pero había distancia entre ellos. Una distancia que no era física.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó ella de pronto.

—¿Perdón?

—¿Cuánto tiempo duró... lo que fuimos?

Dorian calculó. Meses de encuentros y desencuentros. De batallas y treguas. De odio transformándose lentamente en algo más.

—No suficiente —dijo—. Nunca habría sido suficiente.

—¿Te amaba?

La pregunta fue como un golpe.

—Sí.

—¿Y tú a mí?

—Más de lo que jamás amé nada.

Kira se detuvo. Se volvió hacia él, y por un instante, Dorian vio algo en sus ojos. Un destello. Una sombra de algo que había sido.

—No te conozco —dijo—. No siento nada cuando te miro. No hay reconocimiento, ni familiaridad, ni... nada. Solo un vacío.

—Lo sé.

—Pero cuando tocaste mi muñeca... —Se miró la mano, los hilos de plata bajo la piel—. Hubo algo. Algo que no puedo explicar.

—El vínculo dejó una marca —dijo Dorian—. No sé por qué. No sé qué significa. Pero algo de lo que fuimos... persiste.

—¿Y eso debería consolarme? —preguntó—. ¿Debería hacerme sentir mejor por haber perdido... lo que sea que perdí?

—No. —Dorian negó con la cabeza—. No hay consuelo para esto. No hay palabras que arreglen lo que se rompió.

Salieron del palacio al amanecer.

El cielo estaba teñido de naranja y rosa, como si el mundo no supiera que algo monumental había cambiado. Como si el sol pudiera salir normalmente después de todo lo que había pasado.

Un grupo de personas los esperaba en el patio. Dorian reconoció a algunos: soldados rebeldes, sirvientes leales, sobrevivientes de la batalla.

Y entre ellos, una mujer con cabello oscuro y ojos que brillaban con lágrimas no derramadas.

—¿Kira? —Vera Thornwood se adelantó, su rostro una mezcla de alivio y cautela—. ¿Estás bien?

Kira la miró sin reconocimiento.

—¿Te conozco?

El dolor en el rostro de Vera fue evidente.

—Soy... era tu amiga. Tu aliada. —Miró a Dorian con odio—. ¿Qué le hiciste?

—La salvé. —Dorian mantuvo la voz firme—. A costa de todo.

—¿Salvaste? —Vera escupió las palabras—. ¿Así se ve la salvación? ¿Una Kira que no recuerda a nadie?

—Está viva. —Dorian sostuvo su mirada—. Eso es lo que importa.

—¿Para ti? ¿O para ella?

Kira levantó una mano, deteniendo la discusión.

—Basta. —Su voz tenía la autoridad de alguien acostumbrado al mando—. No sé qué pasó entre ustedes. No sé qué perdí. Pero sé que no voy a quedarme aquí discutiendo como niños.

Se volvió hacia Dorian.

—¿Tienes adónde ir?

La pregunta lo tomó por sorpresa.

—El palacio está destruido. Mi padre está muerto. El reino... —Miró a su alrededor, las ruinas humeantes, los cuerpos que empezaban a ser retirados—. El reino necesitará reconstrucción. Alguien tendrá que...

—¿Tú?

—No. —Dorian negó con la cabeza—. No puedo quedarme aquí. No después de todo lo que hice.

Kira lo estudió durante un largo momento.

—Entonces ven conmigo.

—¿Qué?

—No me mires así. —Cruzó los brazos—. No sé quién eres. No sé qué fuiste para mí. Pero algo me dice que las respuestas están contigo. Y necesito respuestas.

—Kira...

—Además —interrumpió, y por un instante hubo algo en su voz que le recordó dolorosamente a la mujer que había amado—. Sangro cuando tú sangras. Eso significa que no puedo dejarte morir en una cuneta. Sería inconveniente.

Dorian no pudo evitarlo. Sonrió.

—Inconveniente.

—Exactamente. —Kira se volvió hacia Vera—. ¿Tienes provisiones?

Vera los miró, claramente queriendo protestar, pero algo en el rostro de Kira la detuvo.

—Te traeré lo que necesites.

Partieron al mediodía.

Caminaban en silencio, dejando atrás las ruinas del palacio, los cuerpos de los caídos, todo lo que había sido y ya no sería.

Dorian observaba a Kira de reojo. Su postura, su forma de caminar, la manera en que escaneaba el horizonte buscando amenazas. Todo era familiar y extraño al mismo tiempo.

—Deja de mirarme así —dijo ella sin volverse.

—¿Así cómo?

—Como si buscaras a alguien que no está ahí.

Dorian sintió el vacío en su pecho expandirse.

—Lo siento. Es solo que... te conozco. Te conozco mejor de lo que nadie te ha conocido. Y tú no me conoces en absoluto.

—Entonces enséñame.

Se detuvieron junto a un arroyo. Kira se arrodilló para beber, y Dorian se quedó de pie, mirando el agua que fluía sin preocuparse por las tragedias humanas.

—¿Qué quieres saber?

—Todo. —Kira se incorporó, secándose la boca—. ¿Cómo nos conocimos? ¿Cómo pasamos de enemigos a... lo que fuimos? ¿Por qué te amé?

Dorian cerró los ojos por un momento.

—Nos conocimos cuando te capturaron infiltrando el palacio. Yo era el príncipe heredero. Tú eras una rebelde con un odio profundo hacia mi familia.

—¿Y el vínculo?

—Nos unió contra nuestra voluntad. Al principio fue una maldición. Sentía tu dolor, tú sentías el mío. Si uno moría, el otro moría también.

—¿Y después?

—Después... —Dorian la miró—. Después se convirtió en algo más. No sé cuándo pasó. No sé cómo. Pero dejamos de ser enemigos. Empezamos a ser... nosotros.

Kira guardó silencio, procesando.

—¿Y me amabas? ¿A pesar de todo lo que mi familia te hizo? ¿A pesar de lo que yo era?

—Te amaba precisamente por lo que eras. —Dorian sintió las lágrimas amenazando—. Feroz. Leal. Incapaz de rendirte incluso cuando todo estaba perdido. Te amaba porque eras la primera persona que me vio como algo más que un príncipe. Me viste como un hombre. Y me hiciste querer ser mejor.

Kira lo miró durante un largo momento.

—No lo recuerdo —dijo finalmente—. No siento nada de lo que describes. Pero...

Se tocó el pecho, justo donde el corazón latía.

—Cuando hablas, hay algo aquí. Algo que no puedo nombrar. No es memoria. No es reconocimiento. Es... un peso. Como si algo que perdí todavía estuviera buscando el camino de regreso.

Dorian asintió lentamente.

—Entonces eso es lo que haremos. —Su voz era firme, a pesar del dolor—. Buscaremos el camino de regreso.

—¿Cómo?

—No lo sé. Pero juro que encontraré la forma. —La miró a los ojos —. Te conocí cuando eras mi enemiga. Te amé cuando el mundo entero nos dijo que era imposible. Te salvé cuando eso significó perder todo lo que éramos. Y voy a encontrarte de nuevo. No importa cuánto tiempo tome. No importa cuánto duela.

Kira lo estudió.

—Eso suena a una promesa.

—Lo es.

—No sé si puedo confiar en ti.

—Lo sé.

—No sé si quiero lo que dices que tuvimos.

—También lo sé.

—Pero...

Y entonces, sin razón aparente, sin memoria que la justificara, Kira Nighthollow sonrió.

Fue una sonrisa pequeña. Imperceptible. La sonrisa de alguien que escucha una canción familiar sin recordar la letra.

—Algo me dice que deberíamos intentarlo —dijo.

Dorian la miró, y por primera vez desde que había despertado en un mundo donde ella no lo conocía, sintió algo que se parecía a la esperanza.

—Solo una cosa —añadió Kira mientras reanudaban la marcha—. Si vuelves a sangrar, avísame. Preferiría no desangrarme sin saber por qué.

—Lo tendré en cuenta.

Caminaron juntos hacia el oeste, dejando atrás las ruinas del viejo mundo.

Y en el espacio entre sus corazones, los hilos de plata pulsaban con una promesa que la memoria no podía borrar.

No era un final feliz.

Pero era un comienzo.